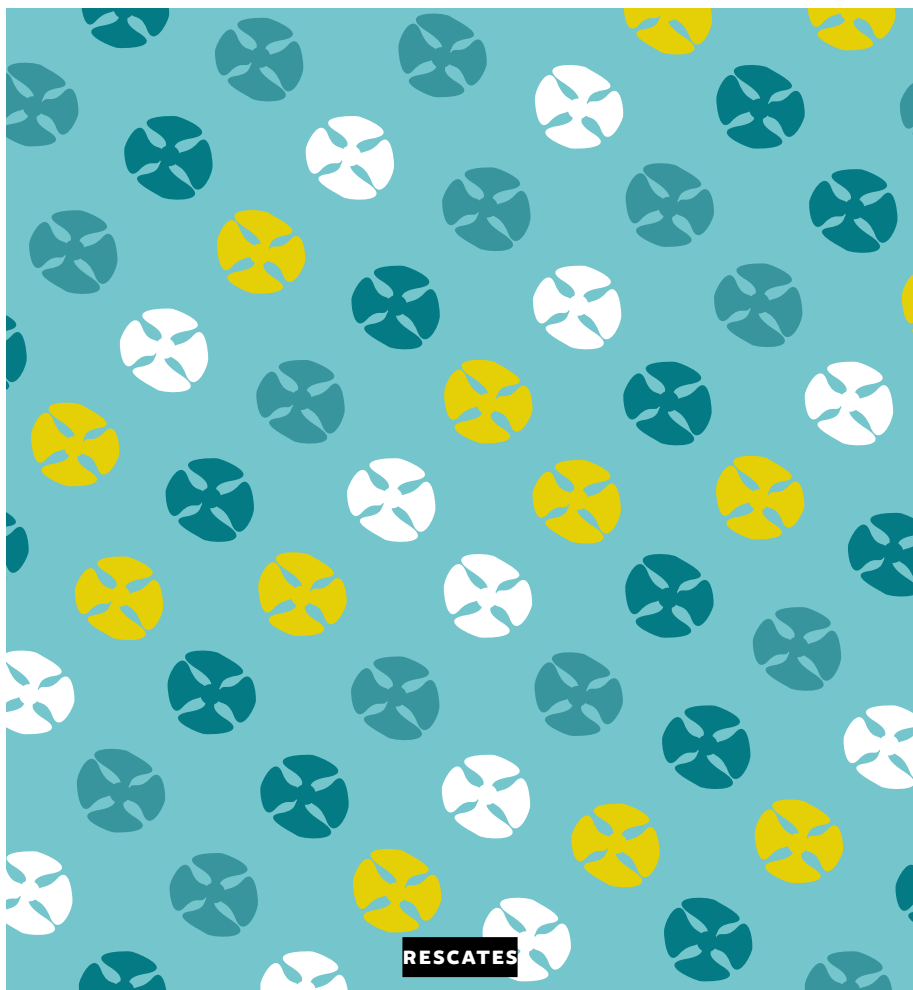


SUBJETIVIDADES CALEIDOSCÓPICAS, RELATOS Y ESPEJOS TRIZADOS

Martha Cecilia Herrera
Carol Pertuz Bedoya



Subjetividades
caleidoscópicas,
relatos y espejos
trizados

Subjetividades caleidoscópicas, relatos y espejos trizados

Martha Cecilia Herrera

Carol Pertuz Bedoya



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL

Educadora de educadores

Herrera, Martha Cecilia
Subjetividades caleidoscópicas, relatos y espejos trizados.
Martha Cecilia Herrera, Carol Pertuz Bedoya. -- 2ª. Edición. Bogotá : Universidad Pedagógica Nacional, 2020
265 páginas. -- (Colección Rescate)

Incluye: Referencias bibliográficas.

Incluye: Índice temático

ISBN: 978-958-5503-86-1 (Impreso)

ISBN: 978-958-5503-88-5 (PDF)

ISBN: 978-958-5503-87-8 (ePub)

1. Violencia Política – Investigaciones – América Latina. 2. Víctimas de la Violencia – Relatos Personales – América Latina 3. Derechos Humanos – Violencia – América Latina. 4. Desaparición de Personas – Argentina. 5. Desaparición de Personas – Chile. 6. Desaparición de Personas – Colombia.
I. Pertuz Bedoya, Carol II. Tít.

303.6098

Subjetividades caleidoscópicas, relatos y espejos trizados

Todos los derechos reservados

© Universidad Pedagógica Nacional

© Martha Cecilia Herrera Cortés

© Carol Pertuz Bedoya

ISBN impreso: 978-958-5503-86-1

ISBN PDF: 978-958-5503-88-5

ISBN ePub: 978-958-5503-87-8

Primera edición: Bogotá, 2018

Segunda edición: Bogotá, 2020

Leonardo Fabio Martínez Pérez

Rector

John Harold Córdoba Aldana

Vicerrector Académico

María Isabel González Terreros

Vicerrectora de Gestión Universitaria

Fernando Méndez Díaz

Vicerrector Administrativo y Financiero

Gina Paola Zambrano Ramírez

Secretaría General

Preparación editorial

Grupo Interno de Trabajo

Editorial

Universidad Pedagógica

Nacional

Carrera 16A n.º 79-08

editorial.pedagogica.edu.co

Teléfono: (57 1) 347 1190 - (57 1)

594 1894 Bogotá, Colombia

Alba Lucía Bernal Cerquera

Coordinación

Miguel Ángel Pineda

Edición

Claudia Patricia Rodríguez Ávila

Diseño de colección y diagramación

Hecho el depósito legal que ordena la Ley 44 de 1993 y decreto reglamentario 460 de 1995.

Este libro no puede ser fotocopiado, ni reproducido total o parcialmente, por ningún medio o método, sin la autorización por escrito de la universidad. Todos los derechos reservados.

A Jaume Peris,
horizonte de futuro

A Simón y a Zally,
cómplices, con Carol,
de los sueños que acrisolan
las nuevas generaciones

Contenido

Prólogo	11
Presentación	15
LAS INFLEXIONES DE LAS SUBJETIVIDADES EN LAS NARRATIVAS SOBRE VIOLENCIA POLÍTICA	20
La urdimbre de la violencia política y sus expresiones en la narrativa testimonial en América Latina	20
Configuración de subjetividades y narrativa testimonial en América Latina	39
Elementos para el análisis de la narrativa testimonial: precisiones metodológicas	47
TRAMAS SUBJETIVAS Y NARRATIVAS TESTIMONIALES	53
Comienzo a aprender a morir: algunas narrativas chilenas	55
Una sola muerte numerosa: algunas narrativas argentinas	92
La muerte es la única consejera sabia: algunas narrativas colombianas	118

IMÁGENES RECORTADAS Y FIGURAS DE SUJETO	152
Voy atravesando el espejo y mi voz ya no tiene sonido (Chile)	153
Cuando me robaron el nombre fui una, fui cien, fui miles y no fui nadie (Argentina)	166
Ante mí la existencia se proyectaba como una hoja en blanco (Colombia)	182
LA MEMORIA COMO PALIMPSESTO	196
El mundo exterior de los humanos apenas si significaba un silencio del que solo existían los recuerdos (Chile)	199
Quisiera olvidar, pero el imperativo de recordar es más fuerte (Argentina)	210
Tal vez recordando quién había sido encontraría la que deseaba ser (Colombia)	220
REFLEXIONES FINALES	228
REFERENCIAS	237
LAS AUTORAS	259

Prólogo

Este libro toma como objeto de reflexión un buen número de narrativas testimoniales que dan cuenta de procesos de violencia política en tres países de América Latina (Argentina, Chile, Colombia) del último medio siglo. Sin embargo, frente a la mayoría de estudios sobre las diferentes modalidades del testimonio latinoamericano, el trabajo de Martha Cecilia Herrera y Carol Pertuz presenta tres importantes singularidades que lo convierten en un aporte de primer orden a los debates sobre la relación entre cultura y política en la Latinoamérica contemporánea.

En primer lugar, el trabajo se centra en explorar y analizar la relación entre testimonio y subjetividad, y no en hacer una mera crítica formal o histórica. Saliéndose de los cauces habituales desde los que los estudios literarios han abordado el tema, las autoras se interrogan sobre el modo en que las narrativas testimoniales dan cuenta, representan e intervienen en los procesos de producción de subjetividad que implican los acontecimientos históricos a los que aluden los testimonios. Y no es una cuestión baladí, pues las dictaduras argentina y chilena, y los diferentes modos de la violencia en la Colombia reciente fueron, sobre todo, procesos radicales de reconfiguración de la subjetividad. Efectivamente, la violencia sistemática de los campos de concentración en Argentina y Chile sirvió para desarticular las identidades

colectivas y el tejido social que habían hecho posible, en Chile, la llegada al poder de la Unidad Popular y, en Argentina, la fenomenal movilización revolucionaria de principios de los setenta. La política de desaparición forzada y la tortura sistemática generaron un *shock* profundo en el cuerpo social que, además de acabar con la oposición política, produjeron un quiebre sin retorno en la subjetividad: si a principios de los setenta las identidades se construían fundamentalmente en torno a la pertenencia a un grupo, a una clase o a un proyecto colectivo, la violencia militar dejó como saldo una sociedad de individualidades aisladas, incapaces de leer sus vidas en relación con grupos mayores que la esfera familiar. La violencia militar, pues, produjo una cierta privatización de la experiencia social, cortando los lazos que unían a los individuos con las grandes organizaciones e identidades colectivas. De ese modo, las dictaduras militares utilizaron la violencia extrema como un modo de crear subjetividades dóciles y aisladas, funcionales a la lógica del mercado. No por casualidad Naomi Klein, en su célebre estudio, conceptualizó a Chile y a Argentina como lugares de experimentación del neoliberalismo, situándolos en el origen histórico de la aplicación de la "doctrina del *shock*", según la cual las reformas neoliberales necesitan de un estado de desorientación y confusión de la población —una guerra, una catástrofe natural, una dictadura militar, una crisis económica— para poder echar a andar.

Las narrativas y textos testimoniales tratan de dar cuenta de los procesos de destrucción y reorganización de la subjetividad que involucran estos acontecimientos violentos, y constituyen, de hecho, espacios de tensión siempre irresuelta entre una subjetividad marcada por los efectos de la violencia y la voluntad de resistir a los estragos producidas por ella. "No queda nada de mí", escribió Hernán Valdés en *Tejas Verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*, desde un lugar imposible en el que el sujeto describe su propia desaparición. Ese lugar imposible, atravesado a la vez por corrientes de desubjetivación y subjetivación, es el

lugar tensional y a veces paradójico del testimonio. Pero es precisamente en esas tensiones y, a menudo, en sus contradicciones, donde anida el profundo valor de la escritura testimonial. No tanto, pues, en el supuesto valor estético que ciertos estudios literarios le confieren, sino en sus propios agujeros y lagunas de representación, en la crisis de la figuración que emerge en ellos, late en buena medida una verdad imposible de decir de otro modo: la de la extrema dificultad de un sujeto de dar cuenta de su propia aniquilación.

En segundo lugar, este trabajo se singulariza por su carácter comparativo y panorámico. Tres realidades latinoamericanas, tres modos diferentes de articulación entre violencia y capitalismo y, en último lugar, tres grupos diferentes de prácticas testimoniales, incardinado cada uno de ellos en la particularidad del país al que refiere. En esa tríada, Argentina y Chile tienen casi el carácter de modelos para pensar, pues sus testimonios han sido ampliamente trabajados por los estudios de memoria, por los estudios culturales y la sociología. La apuesta consiste, en buena medida, en tender puentes con la experiencia colombiana, que presenta formas de la violencia muy diferentes a las de las dictaduras del Cono Sur y, en cierta medida, refractarias a los modelos de análisis desarrollados para ellas. Sin embargo, como demuestran las autoras, las narrativas testimoniales son un espacio propicio para tender puentes entre experiencias de apariencia disímiles, pero en las que han tenido lugar vivencias similares de quiebre y reconfiguración de la subjetividad mediante la violencia de Estado o paraestatal. A esa reflexión comparativa ayuda la voluntad panorámica del estudio, que abarca un corpus muy amplio de testimonios cuyas problemáticas aparecen interrelacionadas y perfectamente conectadas con los procesos políticos e históricos a los que cada uno de ellos alude.

En tercer lugar, el libro se singulariza por la variedad de los materiales testimoniales que toma como objeto de estudio. Si los estudios literarios tienden a reducir a los textos escritos al estatuto

de lo testimonial, el enfoque de Herrera y Pertuz pone en relación textos escritos y publicados con documentos audiovisuales, imágenes fotográficas, pinturas, artes plásticas y prácticas muy variadas que desbordan la tradicional identificación de la narrativa testimonial con el formato del libro o el informe verbal. De esa forma, las autoras indagan en las relaciones no siempre evidentes entre imagen, palabra, forma y subjetividad en relación con procesos históricos de gran violencia. ¿Cómo dar cuenta visualmente de la anulación de los sentidos durante el encierro?, ¿cómo reconstruir la experiencia del sonido amplificado en los campos de concentración?, ¿con qué palabras nombrar el dolor extremo en el cuerpo que acaba por quebrar la propia subjetividad?

El libro de Martha Cecilia Herrera y Carol Pertuz tiene el valor de abordar estas preguntas desde el rigor teórico, pero, al mismo tiempo, desde la ternura de la escucha activa: ¿qué tienen que decirnos estos textos y estas prácticas que desbordan, con mucho, los conceptos y marcos de análisis que hemos creado para leerlos?, ¿qué pueden decirnos sus agujeros, sus lagunas y sus contradicciones de la naturaleza del acontecimiento que tratan de representar?, ¿en qué nos ayuda a comprender la naturaleza compleja y caleidoscópica de estos procesos históricos la singularidad, a veces traumada, de cada testimonio?

Todas esas preguntas apuntan en un sentido determinado, en el que las autoras inscriben implícitamente su trabajo: las diferentes prácticas testimoniales pueden ser elementos claves de nuevas formas de aprendizaje. Efectivamente, la lectura, el análisis y la discusión de estas narrativas e intervenciones culturales pueden constituir un elemento central en nuevos modos de formación política basados en la escucha y puesta en valor de los saberes precarios, siempre incompletos y fragmentarios, pero por ello mismo preciosos e insustituibles, que ofrece el testimonio.

Jaume Peris Blanes
Universitat de València

Presentación

Me queda la palabra

En la historia, la memoria y el olvido. En la memoria y el olvido, la vida. Pero escribir la vida es otra historia. Inconclusión...

PAUL RICCEUR

El presente libro da cuenta de una investigación en la cual nos interrogamos en torno a las modalidades de constitución de las subjetividades que tuvieron lugar en el contexto de prácticas de cultura política en América Latina a partir de 1960, en las cuales la violencia política fue uno de sus componentes fundamentales. Para ello, nos apoyamos en un corpus basado en las narrativas testimoniales elaboradas por sujetos que estuvieron involucrados en organizaciones de izquierda o en cercanía con ellas y que fueron víctimas de la violencia estatal en Chile, Argentina y Colombia entre 1970 y 1990. Es en estas décadas que los casos de los tres países se asemejan y que, sin lugar a duda, la comparación de Chile y Argentina con Colombia se muestra válida, puesto que comparten un contexto político y social que les es común a varios países de América Latina en el marco de lo que fue conocido como la Guerra Fría, y el surgimiento de movimientos insurgentes de carácter armado y de la violencia política estatal.

La investigación se propuso comprender, en las narrativas testimoniales, tanto las diversas formas de configuración de las subjetividades desplegadas en el contexto mencionado, para auscultar las formas en las que la violencia política quebró los referentes en los cuales estas se apoyaban, como las estrategias llevadas a cabo por los individuos para hacer frente a ella, y las modalidades de desubjetivación y de reconfiguración subjetiva surgidas en este proceso y después de él.

Este libro está precedido de otro volumen en el cual nos centramos tanto en las políticas públicas sobre memorias de la violencia política y sus implicaciones en la formación de las subjetividades, como en sus expresiones en las políticas educativas en los tres países (Herrera y Pertuz, 2016). Los dos hacen parte de preocupaciones investigativas de largo aliento con las que buscamos aportar a esclarecer las incidencias que estas décadas, plagadas de expresiones de violencia política han dejado en nuestro continente y en las prácticas que caracterizan la esfera pública y modulan nuestras subjetividades políticas. En dichas preocupaciones siempre ha estado explícita la apuesta por reivindicar los sujetos y la formación de sus subjetividades más allá de las huellas dejadas por las experiencias de la violencia política, sobrepasando la idea del sujeto víctima que ha prevalecido en buena parte de las políticas de la memoria y con la cual se pretende enmarcar a los seres humanos bajo una sola figura, la de la víctima, la de quien ha vivido un trauma de manera individual y solitaria.

Esta figura ha perseguido a los sujetos en sus procesos personales de reconfiguración marcados por las interpelaciones que las políticas públicas les han hecho, movidas por un contexto que solo apunta a la idea de lo doloroso de estas experiencias, y desdibuja otras de sus aristas, incluidas las resistencias, los proyectos políticos que animaron sus enfrentamientos con el orden social establecido y las utopías en torno a un mundo mejor, así como los diversos hechos de carácter histórico en los que la violencia política fue desplegada. Las narrativas nos muestran

todas estas expresiones, sus aspectos ambiguos y contradictorios, y las luchas de los sujetos por volver a reconfigurarse y situarse mucho más allá de estas vivencias, pues en buena parte de los relatos se considera que, aunque tales vivencias fraccionaron de manera tajante sus vidas, los sujetos son mucho más que esto, sujetos víctimas.

Las aproximaciones contemporáneas a la historia social y cultural de la educación han dejado ver la importancia de trabajar con una amplia gama de fuentes documentales, han sobrepasado la idea de considerar únicamente registros que aluden a las políticas públicas, en donde la mayoría de las veces el sujeto se encuentra ausente o se le concibe como un mero receptáculo de estas. El acercamiento que estos nuevos enfoques han permitido a otras esferas del conocimiento ha enriquecido las posibilidades de establecer nuevos objetos de estudio y beber en fuentes documentales, como es el caso de la literatura, para trazar mapas más inteligibles sobre lo que han sido los seres humanos a lo largo de la historia y las maneras como los diversos dispositivos han modulado sus subjetividades, asignando, a su vez, mayor interacción a los sujetos en dichos procesos. Es por eso que en esta investigación nuestro foco de análisis se detuvo en las narrativas testimoniales entendidas de manera amplia, como lo podremos ver en los desarrollos de la obra. Las narrativas nos permiten trabajar sobre un tipo de subjetividad en la que están presentes dimensiones más policromadas, más caleidoscópicas, que nos posibilitan un mejor acercamiento a las sensibilidades, a los deseos, a las frustraciones, a las esperanzas, a todo aquello que había sido invisibilizado por el paradigma del sujeto racional heredado de la modernidad y ausente en muchos de los trabajos de historia de la educación.

El libro despliega el resultado de nuestras búsquedas a lo largo de cuatro capítulos. En el primero, se hacen algunas aproximaciones en torno a la violencia política y sus expresiones en la narrativa testimonial latinoamericana. En el segundo, se lleva a cabo

un panorama sobre la narrativa testimonial en los tres países, mostrando algunos de sus autores y las tendencias que caracterizan los trabajos, y las formas como emergen en ella asuntos referentes a las subjetividades. En el tercer capítulo nos detenemos en algunas de las figuras de sujeto presentes en dicho *corpus* documental para mostrar la complejidad de las estructuraciones subjetivas y la multiplicidad de posibilidades puestas en juego en su despliegue. En el cuarto capítulo señalamos el lugar que las narrativas le dan a la memoria en sus diversas modulaciones entre recuerdos, silencios y olvidos, dejando al descubierto los compromisos éticos y políticos que las caracterizan. Al final incluimos algunas reflexiones a manera de conclusiones, así como una bibliografía que incluye tanto las fuentes primarias como secundarias que sirvieron para la construcción del *corpus* documental, clasificada de acuerdo con las características de las fuentes.

La investigación, de la cual se presentan aquí algunos resultados, contó con la financiación del Centro de Investigaciones de la Universidad Pedagógica Nacional y hace parte del programa de formación e investigación "Configuración de subjetividades y constitución de memorias sobre la violencia política en América Latina" (Herrera, Ortega, Olaya y Cristancho, 2012), adscrito a la Universidad Pedagógica Nacional como parte de las actividades del Grupo de Investigación Educación y Cultura Política (clasificado por Colciencias como A1).

No podemos dejar de expresar nuestro agradecimiento a los artistas que aceptaron nuestra invitación a formar parte de este proyecto: los chilenos Guillermo Núñez, autor de la obra *Todo me une porque todo me lacera*, y Cristian Kirby, autor de la obra *119*; la argentina Nora Strejilevich, autora del dibujo *Cuando me robaron el nombre*; y los colombianos Erika Diettes, autora de la obra *Sudarios* y Luis Fernando Mejía Jaramillo, autor de la serie *Culpables*. Guillermo y Nora protagonizan la generación que vivió de manera directa los embates de las dictaduras en sus países; sus producciones estético-artísticas son analizadas en nuestra

investigación. Cristian y Erika, por su parte, representan la generación de jóvenes que desde sus apuestas revisitan el pasado desde sus interpelaciones para resignificarlo e interrogar al conjunto de la sociedad. El agradecimiento a Luis Fernando lo extendemos a su hermana María Cecilia, quien se ha encargado de la conservación y la curaduría de su obra. Todos ellos enriquecen y potencian con su generosidad los sentidos de este trabajo, sin sus obras este libro estaría incompleto.

Para concluir esta presentación, nada mejor que la poesía de Blas de Otero "Me queda la palabra", popularizada en la voz del cantante español Paco Ibáñez, durante la época en que se dieron los acontecimientos a los que aquí se hace referencia. Esta poesía alude a la puesta en juego, tanto en las narrativas como en nuestro trabajo de investigación alrededor de ellas, del poder y la virtud que tiene la palabra:

Si he perdido la vida, el tiempo,
todo lo que tiré, como un anillo al agua,
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.

Si he sufrido la sed, el hambre,
todo lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.

Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,
si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.

(BLAS DE OTERO)

Las inflexiones de las subjetividades en las narrativas sobre violencia política

La maquina se llevó por delante
nuestras más locas ilusiones
y los mitos más sagrados que adornan nuestra historia
y que, de una u otra forma nublaron,
hasta oscurecerlo,
el análisis marxista.

CARMEN ROJAS

La urdimbre de la violencia política y sus expresiones en la narrativa testimonial en América Latina

Violencia política y Estado

Diversos han sido los debates en torno al papel de la violencia en el ejercicio del poder político, y su práctica y monopolio por parte de los estados modernos. Al respecto, Paul Ricoeur (1991) discute el acercamiento al término de violencia y sus relaciones con la política a partir del texto *Sobre la violencia* escrito por Arendt en 1970, dilucidando la comprensión que esta filósofa tiene sobre el Estado en cuanto mediador y regulador de la organización social y garante de la supervivencia de los individuos y de las comunidades. En su análisis, Ricoeur procede a situar el contexto de los años setenta, en el cual Arendt escribió su ensayo, para indicar su

correspondencia con un momento caracterizado por las revueltas estudiantiles, la guerra de Vietnam y la amenaza de la guerra nuclear. Esto conduce, en su opinión, a que el texto tenga como lectores ideales a los estudiantes universitarios, quienes se encontraban seducidos en ese entonces por el uso de la violencia para la obtención de sus fines políticos, el cual Arendt pretende *desalentar* a través de una argumentación que deslegitima la violencia como recurso válido en la esfera política. Según Arendt, "cuanto más dudoso e incierto se ha tornado en las relaciones internacionales el instrumento de la violencia, más reputación y atractivo ha cobrado en los asuntos internos, especialmente en cuestiones de revolución" (Arendt, 2005, p. 20).

En su ensayo, Arendt se desmarca de la tradición de la filosofía política weberiana según la cual el poder se entiende en términos de dominación, para entrar a concebirlo, en su lugar, en términos de concertación, es decir, como un poder que se basa en el consentimiento de los actores políticos. En este sentido, si bien la violencia puede destruir el poder, no está en capacidad de crearlo dado su carácter instrumental. Para ella, "el dominio por la pura violencia entra en juego allí donde se está perdiendo poder" (p. 73).

Además de lo mencionado por Ricœur en relación con el entorno europeo en el que Arendt hace estas elaboraciones, debemos anotar que dicho contexto tiene como coetáneo el auge de los movimientos sociales y el surgimiento de grupos insurreccionales en América Latina, en los cuales los jóvenes ocuparon un lugar protagónico. Estos fenómenos fueron acompañados por el surgimiento de las dictaduras en el Cono Sur y de democracias restringidas en otros países del continente, lo que dio lugar a una serie de acontecimientos de violencia política de gran envergadura en los que el terrorismo de Estado llegó a clausurar toda forma de representación política.

El núcleo del distanciamiento de Arendt respecto a Weber estribaría en el concepto mismo de dominación utilizado por él

y del que ella se aparta al dar mayor importancia al consenso, lo cual implica, incluso, que el término de dominación no se encuentre desplegado en la red conceptual que desarrolla para llevar a cabo su reflexión. En su análisis, Ricœur procede a precisar la definición de Weber sobre el Estado como una relación de dominación entre gobernantes y gobernados en la que la violencia constituye un elemento consustancial y legítimo para su ejercicio, al tiempo que señala el contexto histórico en el que se encuentra este intelectual alemán:

[...] recuerdo la definición de Estado según Max Weber: "una relación de dominación (Herrschaft) de hombres sobre hombres, que se sostiene por medio de la violencia legítima, es decir, de la que es vista como tal" (no es indiferente recordar que Max Weber da esta definición en *La política como vocación*, es decir, en un discurso dirigido a otros estudiantes, los jóvenes pacifistas alemanes sometidos a la tentación de la no-violencia al final desastroso de la Primera Guerra Mundial). (Ricœur, 1998, párr. 5).

Puede decirse que las apreciaciones de Ricœur sobre el contexto en el cual tanto Arendt como Weber elaboraron sus teorías sobre el Estado y el lugar que dan en ellas a las relaciones entre poder y violencia evidencian de qué manera las distintas coyunturas históricas hicieron demandas particulares a estos intelectuales y, en este sentido, crearon las condiciones de posibilidad de sus reflexiones, así como las de los lectores a quienes pretendían dirigirse. Lo anterior llevó, en el caso de Arendt, a desestimar el uso de la violencia por parte de los estudiantes y, en el de Weber, a cuestionar los temores de estos a que el Estado hiciera uso de ella.

Una vez examinados los postulados arendtianos y weberianos, Ricœur pasa a proponer una teoría del Estado en la cual articula las aproximaciones de estos dos intelectuales, movido quizás por las interpelaciones que el contexto histórico le hace a él mismo como pensador. Así, procede a afirmar que el Estado debe actuar

desde una idea del poder en términos de concertación, pero valiéndose, al mismo tiempo, de un uso moderado de la violencia para obtener su legitimación. El autor afirma que la violencia ha permanecido siempre en juego en cuanto recurso del Estado para garantizar la supervivencia de las comunidades, de las cuales ha sido mediador y continúa siéndolo en la actualidad. A la vez, este filósofo define la violencia como un componente fundante de toda comunidad, lo cual le lleva a establecer que, si bien la violencia es una constante entre los seres humanos y, por lo tanto, ha de ser regulada por el Estado, no es la violencia la que define al Estado, pues su verdadero objetivo se halla en consolidar y proteger la supervivencia histórica de las comunidades. En sus palabras:

Aunque sea cierto que todos los Estados se originan en la violencia, que dejan en cada uno una cicatriz, no es la violencia la que define el Estado, sino su finalidad, a saber, ayudar a la comunidad histórica a construir su historia. Es en este aspecto que el Estado es centro de decisiones. En cuanto al objetivo de esta decisión, se lo puede resumir en una palabra: la supervivencia, la existencia duradera de la comunidad histórica. Y esto en contra de todas las amenazas externas e internas. (2009, p. 100).

De este modo, como tuvimos oportunidad de mencionarlo en un artículo reciente respecto a estos posicionamientos y debates en relación con el Estado, podría decirse que:

Es en torno a esta finalidad suprema, *la voluntad de supervivencia*, que se han pronunciado las distintas posiciones de la filosofía política en su análisis sobre el Estado para privilegiar ya sea, el problema de la *fuerza* con la que debe este operar para garantizar la supervivencia de la comunidad, lo cual lleva a prestar mayor interés a asuntos referidos al poder; o ya sea, en el problema de la *forma* como el Estado debe llevar a cabo el propósito de garantizar la supervivencia de la comunidad, lo cual conduce a preocupaciones referidas más al

Estado de derecho y a sus normas constitucionales. (Herrera y Pertuz, 2015a, p. 389).

La tendencia a pensar el Estado desde la *forma* acentúa una de las propiedades del Estado como razonable: "un Estado de derecho cuyo gobierno observa ciertas reglas legales que limitan su arbitrariedad" (Ricœur, 2009, p. 101). No obstante, la otra dimensión del Estado referida a la *fuerza* también corresponde a un Estado de derecho, ya que este "no puede definirse si no se incorpora a su función el monopolio de la fuerza legítima" (p. 102). Por ello, nos dice Ricœur, "la paradoja política consiste precisamente en esta confrontación entre la forma y la fuerza en la definición de Estado" (p. 102), en cuyo interior acecha permanentemente la huella de la violencia arbitraria y las posibilidades de su activación:

Es, pues, indiscutible que el Estado más razonable, el Estado de derecho, lleva la cicatriz de la violencia original de los tiranos hacedores de historia. En este sentido lo arbitrario sigue siendo substancial con la forma misma del Estado. Un formalismo político no debe sustituir el formalismo moral. Tampoco se puede negar la violencia que se disimula en la representación desigual de las fuerzas sociales en el aparato del Estado. (p. 102).

El Estado, siguiendo a Ricœur, debe propiciar espacios de libertad y deliberación referidos a la esfera pública, en los cuales los conflictos y sus posibles negociaciones sean tramitados. Allí es preciso considerar las interacciones entre ética y política:

[...] el Estado como organización de la comunidad da forma jurídica a lo que nos parece constituir el tercero neutral en la intención ética, a saber: la regla. El Estado de derecho es en este sentido la efectuación de la intención ética en la esfera de lo político. (Ricœur, 2009, p. 102).

Situado en un momento histórico en el que la economía y la política avanzaban hacia instancias posnacionales y bajo el horizonte de la amenaza nuclear, Ricœur señala como utopía la no violencia generalizada, la cual debería ser regulada por Estados supranacionales, toda vez que los nacionales llevan en sí aquella impronta fundante de la violencia que está siempre al acecho. La “no violencia generalizada y, de cierto modo institucionalizada, es sin duda alguna la mayor utopía de la vida política moderna”, puesto que “la existencia misma de los Estados particulares libres está subordinada a la supervivencia física de la especie humana”, motivo por el cual “un asombroso vuelco de prioridad se impone al pensamiento político: el Estado mundial se ha convertido en el medio de supervivencia de los Estados como educadores no violentos” (p. 103). Al mismo tiempo, Ricœur puntualiza las paradojas de esta afirmación:

Pero sabemos que esta utopía sólo es una utopía, ya que no sabemos cuál debería ser el primer paso hacia esa transferencia de soberanía, que debería ser concedida por todos los Estados sin excepción y simultáneamente; ahora bien, esta decisión queda en manos de la prudencia de los Estados, que siguen siendo grandes individuos violentos en la escena de la historia. (p. 104).

De esta manera, el asunto de la violencia cuando se habla de los Estados no está saldado, sino que permanece en una tensión permanente en la que política, ética y violencia son tres ejes interrelacionados y sujetos a distintas modulaciones sociohistóricas. Ricœur acude a Weber para defender el uso de la violencia por parte del Estado, afirmando, a su vez, que la política quiebra la ética en dos al indicar de qué manera ella impone ciertas formas de asumir la moral, condicionadas por el escrutinio de las distintas coyunturas históricas, lo cual conlleva una tensión permanente en las formas de entender la naturaleza de dicha moral (convicción/responsabilidad):

Por una parte, hay una moral de *convicción*, que se le podría definir por la excelencia de lo preferible, y, por otra, una moral de *responsabilidad*, que se define por lo realizable en un contexto histórico dado y, agregaba Weber, mediante un uso moderado de la violencia. La ética y la política constituyen dos esferas distintas, aunque estén en intersección, porque la moral de convicción y la moral de responsabilidad no pueden fusionarse por completo. (p. 107).

Para el filósofo, se requiere hacer un tránsito de la ética a la moral, porque es la violencia la que lo exige:

La moral es la figura que resiste la solicitud frente a la violencia y la amenaza de violencia. A todas las figuras del mal de la violencia responde la prohibición moral. Aquí reside, sin duda, la razón última por la cual la forma negativa de la prohibición es inexpugnable. (Ricœur, 2002, p. 248).

En lo que respecta a las formas de regulación supranacionales y al manejo de la violencia por parte de los Estados nacionales, tanto en el plano interno como en el externo, es preciso decir que a partir de las dos guerras mundiales y las profundas secuelas que dejaron para individuos, sociedades y economías, en un mundo que cada vez se avizoraba más interconectado, se reunieron en San Francisco (Estados Unidos), en 1945, delegados de cincuenta naciones para crear las *Naciones Unidas*, con el propósito de "proteger a las generaciones venideras del azote de la guerra". En este contexto, se elaboró la Declaración Universal de los Derechos Humanos en 1948, en la cual se sistematizaron las normas jurídicas referidas a esta problemática que deberían ser acogidas por todos los Estados miembros. Estas disposiciones, a la vez que trataron de pautar las actuaciones de los Estados en el orden nacional e internacional, también delimitaron las características de los individuos y los derechos y deberes que los configuraban como sujetos/ciudadanos en el marco de los Estados nacionales, pero bajo normativas de carácter internacional.

Aunque el momento actual señala lo distante que está la utopía de Ricœur, lo que sí puede indicarse es que en el debate sobre la violencia política y el papel del Estado en torno a su regulación, las fuerzas supranacionales tienen cada vez un lugar más destacado, a través de diversos pactos internacionales de derechos humanos y de organismos como la Corte Penal Internacional (1998) o la Corte Interamericana de Derechos Humanos y la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, para el caso de los países del continente americano adscritos a la Organización de Naciones Unidas.

Es en este contexto atravesado por los debates en torno al lugar de la violencia como recurso para detentar el poder y las aspiraciones de los estados modernos por consolidarse como los actores legítimos de su monopolio, acicateados por el surgimiento de modelos políticos y económicos que cuestionan el régimen capitalista, los estragos de las guerras mundiales y por las demandas de movimientos sociales y grupos de oposición, que emergen grupos políticos armados y no armados, los cuales, en el marco de una ideología de izquierda, cuestionan la legitimidad del poder estatal y su uso de la violencia, considerándolo arbitrario y desmedido. Este fenómeno tuvo expresión en América Latina desde la década de los sesenta del siglo pasado.

Violencia política en América Latina

El contexto de efervescencia social y política que caracterizó al continente latinoamericano, y los idearios que habían avizorado fenómenos como la Revolución Cubana y los movimientos de liberación nacional vietnamita y argelino respecto a las posibilidades de construir modelos diferentes al capitalista, condujeron a la conformación de organizaciones de izquierda que tomaron las armas bajo la convicción de que los órdenes sociales existentes y los regímenes que los representaban habían perdido su legitimidad; este diagnóstico validaba el uso de la violencia para tomar el poder e instaurar regímenes que posibilitasen órdenes sociales más justos. Es en este marco que surgen en Chile organizaciones

como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), Brigada Ramona Parra y Brigadas del Pueblo Revolucionario; en Argentina, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP); en Colombia, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, hoy conocida como *Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común* (Farc-EP), el Ejército Popular de Liberación (EPL), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Movimiento 19 de abril (M-19), entre otras (Herrera y Pertuz, 2015a, p. 389).

Estas organizaciones convivieron con otros partidos de izquierda que, según los contextos de cada país, entablaron con ellas relaciones complejas y, en varias ocasiones, marcadas por la ambigüedad. De este modo, con base en una concepción en ocasiones foquista, acentuada con el transcurrir de los años, estas organizaciones consideraron ser las vanguardias para generar las condiciones revolucionarias que permitieron la disputa del poder del Estado e hicieron uso de la violencia armada insurgente como posibilidad de instaurar un orden social pautado por un ideario diferente al capitalista, el cual tenía como núcleo común la lucha contra el imperialismo norteamericano que se configuraba como hegemónico en la región. Empero, la violencia estatal en contra de expresiones con ideología de izquierda que cuestionaron el orden social establecido golpeó no solo las organizaciones guerrilleras sino también diversas agrupaciones partidistas y grupos políticos que luchaban por obtener reivindicaciones económicas, sociales y políticas en medio de las condiciones de opresión y de desigualdad que caracterizaban los regímenes políticos en curso y que, en el caso de Chile, llegaron a tener expresión en el gobierno de la Unidad Popular, encabezada por Salvador Allende.

La chilena Nubia Becker en su texto *Recuerdos de una mirista* (1988), firmado bajo el seudónimo de Carmen Rojas, describe el contexto de la época y su incidencia en la configuración de las subjetividades de la siguiente manera:

Esa camada de jóvenes y dirigentes era el resultado de las luchas que se venían dando no sólo en Chile, sino en varios países en América Latina, en Asia, en África y en todo lugar donde se luchara por más libertad y menos hipocresía. Eran parte de una generación que sintió en carne viva la lucha vietnamita, que vibró en marchas antimperialistas, que fue encontrando su raíz mestiza y americana, y que se pensó a fondo los términos de la dependencia para poder saber por qué y con quién luchar. Que hizo suya la revolución cubana y que tuvo en el Che un paradigma revolucionario comprometido con una revolución capaz de recrear no solo las estructuras sino al hombre global en una vida más digna, más justa y más bella. Esta fue una juventud que tuvo la desfachatez de saltar por sobre las parsimonias y las ortodoxias europeizantes de la política *chilensis*, pero que vio frustrado su magnífico intento revolucionario. (p. 59).

Por su parte, María Eugenia Vásquez, excombatiente del M-19, menciona en su libro autobiográfico *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia* (2000) la serie de vectores que incidieron en la formación política de los jóvenes en la Colombia de los años setenta, troquelados por diversos acontecimientos de orden social, cultural y político, así como sus expresiones en el contexto universitario en el cual ella se encontraba:

Hasta la universidad había llegado avivando hogueras el viento de la revolución. El triunfo de la guerrilla cubana y la experiencia de mayo del 68 en París influían el pensamiento de los jóvenes de los años 70. Era una generación que simultáneamente deseaba acabar con la guerra del Vietnam y cambiar el mundo a través de la guerra revolucionaria, practicar el amor libre y construir utopías posibles en el sur de América, romper con el continuismo político y proponer otras ideologías, recomponer el orden social para hacer realidad una sociedad más equitativa. Era una juventud que se sentía atraída por los proyectos colectivos y que jugó a parecerse a los ídolos de ese tiempo. (2000, p. 97).

Como característica general, los estados latinoamericanos reaccionaron de manera feroz frente a las tentativas de los movimientos sociales y de las organizaciones políticas y político-militares que impugnaban el orden social capitalista, y se aprestaron a desplegar modalidades de violencia estatal que culminaron en regímenes dictatoriales en varios de los países del Cono Sur al mando de los militares, o en medidas excepcionales de Estado de sitio que los habilitaron para llevar a cabo acciones distantes de los lineamientos de las sociedades democráticas que se ufanaban de representar, como fue el caso de Colombia. Pasadas varias décadas de estos sucesos, diversos analistas coinciden en mostrar cómo el despliegue del terrorismo de Estado en este periodo obedeció a una estrategia de disciplinamiento político, social y económico a la que fueron sometidos los países del continente y que posibilitó la puesta en marcha de las políticas neoliberales instauradas en la región; dicha estrategia propició la modulación de nuevas subjetividades a partir del desmantelamiento de las identidades políticas existentes, de los lazos sociales en las que estas se arraigaban, y de los proyectos políticos que les daban sustento (Moulian, 1991; Peris Blanes, 2008; Richard, 2010).

En el caso de Chile la intencionalidad fue la desarticulación de las condiciones que habían hecho posible la experiencia de la Unidad Popular y el gobierno de Salvador Allende; en el de Argentina, el desmonte de los procesos de movilización social y política que habían alcanzado posiciones de fuerza desde la década anterior y, en muchos de los casos, en sus nexos con el peronismo; en el de Colombia, el control social sobre los movimientos sociales y la sofocación de expresiones políticas diferentes al tradicional binomio liberal/conservador.

Los procesos de subjetivación, en el sentido de sujeción, que se activaron por parte de las dictaduras militares en Chile y Argentina se proponían marcar los cuerpos individuales e intervenir en el tejido social como un todo; ellos incluyeron tecnologías de represión y disciplinamiento con el despliegue de prácticas que

incluyeron desde encarcelamiento, desaparición, tortura y muerte, hasta exilio e insilio, entre otras. En el caso de Colombia, bajo una democracia restringida, las modalidades fueron las mismas, contexto en el que fenómenos como las masacres y el desplazamiento adquirieron un amplio espectro en el transcurso de las décadas. Sobre esto último, todavía se discute si su alcance fue mayor o menor en relación con las prácticas desplegadas en Chile y Argentina, a medida que se conocen cada vez más datos estadísticos en torno a las afectaciones de la violencia.

Estas formas de represión estaban respaldadas en las políticas de seguridad nacional que bajo las orientaciones de Estados Unidos fueron implantadas en toda América Latina, con base tanto en la experiencia francesa en Indochina y en Argelia, como en la experiencia estadounidense en Vietnam. Estas políticas siguieron, en la mayoría de los casos, pautas similares, a la vez que los gobiernos y las fuerzas militares coordinaron acciones conjuntas en más de una ocasión para el logro de sus propósitos (Marchesi, 2008).

Al referirse a Chile, Jaume Peris Blanes (2009a) expresa que

la dinámica represiva del gobierno militar se anudó en todo momento a las transformaciones legislativas, económicas y sociales que sacudirían Chile a partir de 1973, generando un dispositivo conjunto cuyo objetivo y efecto fundamental fue generar un régimen de producción de subjetividades funcionales a la sociedad de mercado. De hecho, las tecnologías de la represión aplicadas por los militares revelaban una concepción de la subjetividad como una sustancia modulable por el suplicio corporal. Al contrario de lo que la ideología militarista propuso siempre, el objetivo fundamental de la tortura no fue tanto extraer información de los detenidos como arrasar las identidades políticas constituidas y los lazos sociales que las sostenían. En ese sentido, el sistema concentracionario y la aplicación masiva de la tortura que siguieron al golpe del 73 no deben ser pensados como desbordes o excesos en la aplicación del poder sino como elementos estructurales

en el proyecto de transformación social que puso en marcha el gobierno de la Junta Militar. (p. 262).

Esta intencionalidad se expresó en la declaración de principios de la Junta Militar chilena en 1974, al aludir a su propósito de incidir en el cambio de mentalidades de la población y de inculcar en las nuevas generaciones, a través de la educación, los valores que consideraban acordes a su proyecto político en una tentativa que concibieron de larga duración:

Las Fuerzas Armadas y de Orden no fijan un plazo a su gestión de gobierno, porque la tarea de reconstruir moral, institucional y materialmente al país, requiere de una acción profunda y prolongada [...]. No se trata de una tregua de reordenamiento para devolver el poder a los mismos políticos que tanta responsabilidad tuvieron, por acción u omisión, en la virtual destrucción del país. En definitiva, resulta imperioso cambiar la mentalidad de los chilenos [...]. El gobierno de las Fuerzas Armadas y de Orden aspira a iniciar una nueva etapa en el destino nacional, abriendo el paso a nuevas generaciones de chilenos formadas en una escuela de sanos hábitos cívicos. (Declaración de principios de la Junta Militar, 11 de marzo de 1974, citado en Maestre Alfonso, 1989, pp. 33-34).

Por su parte, Carmen Rojas (1988) alude al quiebre de los imaginarios vigentes sobre el Estado de derecho que el golpe trajo consigo para el conjunto de la sociedad chilena:

[...] la inmensa máquina de la muerte arrasaba con el famoso progreso y la cultura de que tanto nos ufanábamos los "ingleses de América Latina". Demostró a bombazos la irrealidad del mentado constitucionalismo de las fuerzas armadas, acabó con la ilusión de la liberalidad de la burguesía y del poder de la clase obrera chilena. Y terminó también con la peregrina idea de la irreversibilidad de las reformas. (p. 59).

De la misma manera, en el caso de Argentina los militares se propusieron la desarticulación de los lazos organizativos y las estructuras políticas y gremiales que, se consideraba, atentaban contra el orden social que se pretendía imponer bajo un modelo disciplinar que, según Calveiro, replicaba las lógicas autoritarias que regían a las fuerzas armadas y se resguardaba en el rescate de los valores de la sociedad occidental, motivo por el cual denominaron a su proyecto *Proceso de Reorganización Nacional*. Para Calveiro (1998) no es fortuito el hecho de que las salas de tortura se denominaran quirófanos:

Decididos a llevar a cabo los cambios necesarios para salvar al país, para ello era necesario llevar a cabo una operación de cirugía mayor, así la llamaron. No es casualidad que se llamaran quirófanos a las salas de tortura; también fueron sin duda el campo de prueba de una nueva sociedad ordenada, controlada. Las fuerzas armadas asumieron el disciplinamiento de la sociedad para modelarla a su imagen y semejanza. (p. 5).

Las pretensiones de alcanzar con sus métodos de terror al conjunto de la sociedad a través de estrategias de carácter tanto individual como colectivo queda bien explicitado en las palabras pronunciadas en 1977 por Ibérico Saint-Jean, general del ejército y gobernador de la Provincia de Buenos Aires: "Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después a sus simpatizantes, enseguida a aquellos que permanecen indiferentes y finalmente, a los tímidos" ("Luto en el infierno", 2012). Cercano a esta idea, el teniente coronel Hugo Hildebrando Pacarelli, jefe del grupo uno de artillería de Ciudadela (provincia de Buenos Aires), había dicho un año antes: "la lucha que libramos no reconoce límites ni morales ni naturales, se realiza más allá del bien y del mal" (Ferreira, 1999).

En el caso de Argentina, inicialmente se dijo que funcionaron alrededor de 340 campos de concentración-exterminio entre 1976

y 1983, bajo el nombre de centros clandestinos de detención, en todo el territorio nacional. Sus magnitudes fueron variables respecto a la cantidad de prisioneros albergados, y a sus instalaciones e infraestructura. Se estima que por ellos pasaron entre 15.000 y 20.000 personas, de las cuales el 90 % fue asesinado (Calveiro, 1998, p. 16). Hoy en día las investigaciones académicas aluden a 600 centros clandestinos (Lorenz y Winn, 2014). En Chile se calcula que existieron alrededor de 1168 lugares entre *públicos* y *secretos* puesto que,

además de los campos de concentración habilitados por las Fuerzas Armadas en los primeros meses, que sólo se cerrarían en 1976 con la elección presidencial de Carter en los Estados Unidos, los servicios de inteligencia crearían centros de detención secretos especialmente habilitados para la práctica sistemática y continuada de la tortura. (Peris Blanes, 2008, p. 45).

En lo referente a Colombia, los procesos de represión estatal, si bien no se activaron como parte de regímenes dictatoriales, sí estuvieron enmarcados por órdenes sociales caracterizados por democracias restringidas, pautados, al igual que los del Cono Sur, por la persecución y la eliminación política de los disidentes y el desmonte de los movimientos sociales de oposición, cobrando mayor visibilidad a finales de la década de los setenta y, de manera particular, bajo la presidencia de Turbay Ayala (1978-1982), cuando se puso en marcha el Estatuto de Seguridad en consonancia con las políticas de seguridad nacional. Aunque en los años ochenta se dieron intentos de negociación con los grupos guerrilleros y se alentó la organización de fuerzas políticas de oposición a través de las vías legales —lo cual condujo, entre otras, al surgimiento de la Unión Patriótica (UP)—, estos grupos y partidos políticos nacientes quedaron anegados en un mar de incertidumbres institucionales y en la emergencia de la guerra sucia, encabezada por grupos paramilitares en alianza con el narcotráfico y, en muchas ocasiones, con

sectores de las Fuerzas Militares. Dicha guerra tuvo como consecuencia el asesinato de varios candidatos presidenciales, así como el desmantelamiento de la Unión Patriótica a través de la represión y la muerte de la gran mayoría de sus militantes, a quienes se les ha estigmatizado y acusado de haber hecho uso de formas legales e ilegales de acción política (al continuar, supuestamente, con lazos con las Farc, organización con la que fracasaron las negociaciones de paz en ese periodo).

En palabras de Aída Avella, dirigente de la Unión Patriótica, quien tuvo que partir al exilio después del quinto atentado contra su vida:

La práctica sistemática del terrorismo de Estado explica el genocidio contra la UP. La oligarquía dominante puso en práctica estrictamente las concepciones de la Doctrina de la Seguridad Nacional y del "enemigo interno", diseñadas en la Escuela de las Américas y en el Comando Sur de EE. UU. Las mismas que aplicaron todas las dictaduras del Cono Sur. En Colombia no era necesaria una dictadura. Han adaptado la "democracia" de tal manera que cometen crímenes peores que en los regímenes despóticos, a nombre de ella [...]. En todo este análisis de lo que pasó con la Unión Patriótica no se puede dejar de lado el estudio de documentos como los de Santa Fe 1, 2 y 3, que fueron manuales perfectos para consolidar el proyecto contrainsurgente en Colombia y que llenó de sangre, terror y lágrimas todos los rincones del país. Desde un principio todos sabíamos que el terrorismo de Estado estaba operando, que detrás de las masacres, desapariciones, asesinatos, amenazas y desplazamientos forzados, estaban, como aún lo están, las fuerzas militares, los terratenientes, la burguesía, los políticos liberales y conservadores, pero en las dimensiones que se han conocido por las revelaciones de los jefes paramilitares, jamás. (citado en Romero Ospina, 2011, p. 317).

En lo referente a los asesinatos y las desapariciones relacionados con la Unión Patriótica, las cifras no son consistentes.

Por ejemplo, en *Verdad Abierta* se afirma que: "en dos décadas de ejercicio político más de 3 mil de sus militantes fueron asesinados, entre ellos dos candidatos presidenciales y 13 parlamentarios" ("El saldo rojo", 2013). A su vez, en un artículo editorial del periódico *El Tiempo* se dice que

es importante recordar el saldo que dejó tal persecución, que se hizo más intensa a finales de los 80 y comienzos de los 90. Alrededor de 5.000 de sus militantes murieron, entre ellos dos candidatos presidenciales: Jaime Pardo Leal, en 1987, y Bernardo Jaramillo Ossa, en 1990; además de 8 congresistas, 13 diputados, 70 concejales y 11 alcaldes. ("Editorial: Renace la Unión Patriótica", 2013, 11 de julio).

A estas cifras habría que agregar las referentes a desapariciones y asesinatos de miembros de otras organizaciones políticas, armadas o no, así como de sindicalistas, periodistas y líderes de oposición cuyos datos son imprecisos por lo complejo del conflicto armado colombiano y su prolongación hasta el tiempo presente. En la actualidad las cifras que se manejan para el periodo 1958-2012 son las de 218.094 muertes causadas por el conflicto armado. En el 2015 se mencionaba una cifra de 45.000 personas desaparecidas desde 1985 hasta la actualidad (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013).

Un caso relevante es el de la toma del Palacio de Justicia por parte de un comando del M-19 en 1985 —cuyo propósito era el de entablar un juicio público al gobierno de Belisario Betancur por su incumplimiento en los acuerdos de paz—. La manera como los integrantes de este comando fueron masacrados por el ejército, al igual que los miembros de la Corte Suprema de Justicia y otros civiles que se encontraban en el lugar de los hechos, indican la prevalencia de la política de aniquilación del oponente, antes que su rendición o su inclusión en el ámbito de la esfera política por parte de los sectores más retardatarios de la sociedad. Aunque a comienzo de la década de los años noventa esta organización

negoció una amnistía y la reinserción de sus integrantes a la vida civil, varios de sus miembros fueron asesinados o, cuando menos, víctimas de atentados contra sus vidas. Esta organización participó políticamente a nombre del Partido Alianza Democrática M-19 y obtuvo, en las elecciones de 1991, 19 senadores y 12 representantes a las cámaras; luego, progresivamente, perdió representación y se fue diluyendo en otros grupos de oposición de izquierda. En la actualidad, inclusive algunos de sus antiguos dirigentes hacen parte de partidos políticos de derecha.

Esta serie de acontecimientos concluyó en la instauración de dictaduras en el Cono Sur y en modalidades desmedidas de violencia política estatal no solo en países en los que se dieron procesos dictatoriales sino en otros como Colombia, entre 1970 y 1990. Lo anterior, sumado a las dinámicas desplegadas en las décadas posteriores, ha puesto en evidencia los desajustes entre estos fenómenos históricos y varias de las teorizaciones llevadas a cabo en relación con el Estado y con la idea de que el monopolio de la violencia garantizaba una convivencia más pacífica.¹ Al mismo tiempo, mostraron las inconsistencias de las teorías clásicas sobre la ciudadanía, como las de Thomas Marshall (1992), respecto a la adquisición progresiva y lineal de los derechos humanos en las sociedades capitalistas.

Estos desajustes son expresados por Crenzel (2009) respecto a las dictaduras en el Cono Sur —pero también aplican para nuestro contexto de democracias restringidas— de la siguiente manera:

Las políticas de las dictaduras pusieron en evidencia que la incorporación de derechos no reviste un carácter lineal y progresivo, como presuponían ciertas teorías que los postularon como fruto de una secuencia de generaciones sucesivas; de igual modo desmintieron la asociación imaginada del monopolio estatal de la fuerza y

1 Tales teorizaciones habían sido postuladas en diversos sentidos por Max Weber (1967), Hanna Arendt (2005), Ricoeur (2009) o, incluso, Norbert Elias (1997) cuando se refirió al proceso de civilización en Occidente.

la pacificación del espacio social como resultado del proceso civilizatorio, y cuestionaron la representación, construida en la región tras décadas de intensa intervención estatal en la vida pública, que proponía al estado como sujeto garante y protector de los derechos individuales y colectivos. (p. 358).

Los saldos de horror dejados por "la era de las catástrofes"², los evidentes abusos de la fuerza represiva por parte de los totalitarismos de finales del siglo xx y el fracaso de la mayoría de los proyectos revolucionarios armados latinoamericanos han puesto en cuestión el uso de la violencia como forma de perpetuación del poder o como método de acceso a esta —no sin que la amenaza de los discursos totalitaristas deje de pender sobre los pueblos. La década de los noventa comprendió un momento de transición para algunos países latinoamericanos y, con esta, tuvieron lugar en el continente reivindicaciones de la democracia como régimen político deseable y de la defensa de los derechos humanos. Así mismo, en aras de la idea de dar un paso adelante de las épocas de terror, los discursos sobre la reconciliación han primado en la agenda política, al menos en las etapas iniciales de la transición, y con ellos la elusión de las tensiones que representa, para el conjunto de la sociedad, el pasado violento. A este respecto, Calveiro (2005a) señala cómo

desconocer el componente violento de la política —estatal o no— es pretender ignorarla como un espacio de conflicto, dominación y resistencia para terminar abonando una visión "pacificada" que sólo reconoce y legitima a la fuerza de ley, es decir, a la violencia institucional del Estado. (Calveiro, 2005a, p. 46).

2 La era de las catástrofes es la expresión que utiliza Hobsbawm para referirse al periodo comprendido por las dos guerras mundiales (1914-1945), la cual finaliza con la caída de los imperios.

En Colombia, a diferencia de Chile y Argentina, las organizaciones guerrilleras no fueron derrotadas militarmente ni sus proyectos políticos quebrados a partir de las dictaduras. En vez de esto, se dio lugar a procesos de amnistía a finales de la década de los ochenta y comienzos de la década de los noventa. Así mismo, algunas organizaciones guerrilleras continúan activas, aunque en la actualidad el acuerdo de paz con las Farc se encuentra en la compleja fase de implementación, quedando pendiente establecer negociaciones sólidas con el ELN. De este modo, para lograr una acotación más clara respecto a nuestro corpus documental, en lo que refiere a Colombia en este libro solo vamos a abordar las narrativas referentes a los grupos guerrilleros que se amnistiaron a comienzos de los años noventa y del partido político Unión Patriótica.

En este orden de ideas, nuestra búsqueda investigativa procuró auscultar cómo se desplegaron las modalidades de constitución de subjetividades en la narrativa testimonial producida a partir de las prácticas de violencia política emergentes en América Latina desde la década de los sesenta en Chile, Argentina y Colombia, acotada a los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1970 y 1990.

Configuración de subjetividades y narrativa testimonial en América Latina³

Ellos escucharon la palabra cultura y sacaron la pistola, quemaron los libros, asesinaron a Víctor Jara, saquearon la casa de Neruda. Con eso creyeron tener la misión cumplida, pero desde las mismas entrañas de la hiena se levantaban otros dos poetas por cada poeta muerto.

EDITORIAL, *El barco de papel*

3 Algunos de los desarrollos presentados en este apartado se alimentan del capítulo "Narrativa testimonial, políticas de la memoria y subjetividad en América Latina. Perspectivas teóricas y metodológicas" (Herrera, 2013b) publicado en *Acercaamientos metodológicos a la subjetivación política: debates latinoamericanos*, compilado por Claudia Piedrahita, Álvaro Díaz y Pablo Vommaro.

La serie de sucesos que tuvieron lugar en América Latina desde la década de los sesenta del siglo pasado, relacionada tanto con la emergencia de movimientos sociales y de organizaciones políticas y político-militares, como con el despliegue del terrorismo de Estado para su desmonte y su desarticulación, trajo aparejada la emergencia de testimonios que buscaron dar cuenta de los acontecimientos que se dieron a partir de la violencia estatal. Tales testimonios debieron estructurarse, en primera instancia, como contramemorias frente a la historia oficial que ocultaba los crímenes de lesa humanidad y la persecución política que permeó diferentes intersticios del tejido social. Los testimonios fueron sedimentando un tipo de producción que se expresó de manera privilegiada bajo el formato judicial que tuvo como prioridad la denuncia de la represión política y la búsqueda de verdad y justicia. Dichas producciones recorrieron diversos circuitos nacionales e internacionales y, con el pasar de los años, fueron enriqueciéndose bajo otros formatos al empezar a tenderse puentes entre el campo político y el campo cultural, algo que fue característico del periodo.

En palabras de Elzbieta Sklodowska (1992), "el florecimiento de la narrativa no-ficticia en Latinoamérica (1970-85) seguido de un auge de la actividad crítica (la década de los 80) terminó por canonizar al testimonio como modalidad literaria 'auténticamente' latinoamericana" (p. 1). En esta dirección, Frete (2000) afirma que

es difícil argumentar a favor o en contra de la especificidad latinoamericana del género testimonial. La narrativa testimonial como discurso de resistencia no es un fenómeno literario que pueda circunscribirse sólo al continente latinoamericano. Pero sí puede señalarse como fenómeno específicamente latinoamericano la magnitud e importancia que el testimonio adquirió como medio de expresión y representación de nuevos sujetos sociales en la escena político-cultural a lo largo de estas últimas décadas. (p. 81).

Según Peris Blanes (2014), no hay una definición satisfactoria sobre lo que se llama testimonio, aunque sus diversos usos en las

últimas décadas señalan, por lo menos, tres formas de caracterizarlo cuando se menciona cómo está presente en dicha producción:

En primer lugar, la representación de un acontecimiento o proceso violento (político o no) realmente ocurrido, del cual el texto desea dar cuenta y, en la mayoría de los casos, denunciar, hacer visible o construir su memoria. En segundo lugar, la presencia de una voz subjetiva que garantiza la veracidad de lo ocurrido, y que vincula la narración del acontecimiento con su circunstancia y su punto de vista. En tercer lugar, la construcción de una versión diferente, cuando no opuesta, a las narrativas institucionales y oficiales sobre el pasado reciente. (p. 11).

Nora Strejilevich (1991), quien ha estudiado la producción testimonial en Chile, Uruguay y Argentina entre 1970 y 1990, enuncia cómo la profusión de este tipo de narrativas

satisface la necesidad de un numeroso público por conseguir versiones originales de sucesos históricos no pasados por la censura de los medios de comunicación masiva, sino narrados por los propios testigos. Dichos sucesos se relacionan en muchos casos con abusos de los derechos humanos, tema prohibido por los países que los practican e insuficientemente conocido en los otros. (p. 9).

De este modo, puede decirse que la represión política vivida por individuos y por grupos y movimientos sociales obliga a llevar a cabo reflexiones, por parte de los sujetos, que posibiliten la elaboración de las experiencias vividas y su dotación de sentido, a lo cual contribuye la producción testimonial, pues en esta se despliega tanto un trabajo en torno a la memoria colectiva como una reconfiguración de orden subjetivo, lo cual nos permite entenderla como una práctica cultural. En esta dirección, Strejilevich señala que

la dictadura asesinó individuos, colectividades y movimientos sociales y separarse de ella presupone un proceso de reflexión y crítica

basado en la memoria. Los testimonios son intentos de lidiar con la pérdida, no sólo de vidas sino de una forma de vida y entusiasmo. Si bien se elaboran desde la subjetividad, configuran la memoria colectiva ya que el testimonialista documenta una época, una cultura, una forma de resistencia, un imaginario. (2006, p. 47).

En el caso de Colombia, también la narrativa testimonial ha constituido un registro valioso para dar cuenta de la violencia política marcada, si bien no por regímenes dictatoriales, por regímenes de democracia restringida en los cuales la represión estatal ha tenido presencia importante (Herrera, 2013a; Herrera y Pertuz, 2015b). Para Lucía Ortiz:

Resulta evidente que en Colombia este modelo estético conlleva una función social que responde a los medios oficiales y convencionales que no se han comprometido a formular propuestas válidas de cambio en una sociedad agobiada por la deshumanización y la violencia. (1997, p. 5).

Esta producción señala la urgencia de encontrar canales de expresión diferentes a los análisis académicos, considerados objetivos, pero en los cuales está ausente la figura del sujeto, las marcas subjetivas de la violencia, las formas de apropiación de la experiencia y, en este mismo sentido, las claves para elucidar cómo los acontecimientos de violencia política han ayudado a configurar las subjetividades de los individuos en este periodo de la historia latinoamericana.

Existe alguna producción académica que señala la serie de problemas que la narrativa testimonial tiene como fuente y las dificultades que existen para su tratamiento historiográfico, derivadas del carácter subjetivo que le es inherente, lo cual hace que se dude de su posibilidad para dar cuenta de los acontecimientos a los que se alude de manera objetiva; al anterior argumento se suma el que indica una mayor problemática cuando los hechos referidos son muy recientes respecto al testimonio brindado,

cuestión que impediría una toma de distancia crítica sobre lo narrado. No obstante, los testimonios se encuentran cercanos a todos los registros relacionados con la historia oral, la cual ha sido validada en el campo historiográfico, justo porque da cuenta de un tipo de expresiones que no encuentra soporte en otras fuentes documentales, aunque no se pretende con ello la sacralización de estos. En esta dirección, lo que habría que sopesar —al igual que se hace con cualquier tipo de fuente— tanto las condiciones de su emergencia, como su validación con otro tipo de registros, de manera tal que sea posible precisar sus características y la toma de distancia crítica para su análisis según el objeto de estudio para el cual sea utilizada.

Es un hecho que en el campo de la investigación social se está haciendo un uso prolífico de la narrativa testimonial, en unos casos para utilizarla como fuente que ejemplifica los análisis en torno a un fenómeno específico a ser estudiado y, en otros, para tomarla como centro mismo de la investigación. En este sentido, existen diferentes posicionamientos respecto a la forma como deben ser usados los testimonios y el lugar que ocupan quienes trabajan con ellos. De este modo, algunos consideran que el investigador debe conservar un lugar subordinado en su relación con el escrito, privilegiar las declaraciones de los testimoniantes, evitar al máximo la edición de los textos recogidos para no interrumpir su fluidez, y colocar sus puntos de vista al final del documento; otros, por su parte, estiman que no es posible invisibilizar la presencia del investigador, pues su aparición se da desde el momento en el cual concibe y diseña la investigación, define el objeto de estudio y determina, en función de este, a quiénes va a entrevistar y en relación con qué aspecto o con cuáles fuentes testimoniales va a trabajar (Beverly y Achugar, 2002). Esta última posición —que compartimos— aboga por visibilizar la interacción que se da entre el investigador, los sujetos y los documentos testimoniales de los que hace uso. Con ello, el proceso investigativo se despoja de la ilusión de una relación diáfana entre el investigador y su objeto.

En este sentido, tanto las posibilidades de relación entre estos componentes del trabajo investigativo, como los estilos, los formatos y los soportes con los cuales se pueden dar a conocer los resultados de esta interacción son múltiples (Herrera, 2013a).

Es un hecho señalado por Wiewiorka (1998) y por Hartog (2012), entre otros, que los acontecimientos referidos al pasado reciente se encuentran atravesados por las voces de las víctimas y por los testimonios en torno a sus experiencias, lo cual ha multiplicado, entre otros, las investigaciones en torno a la memoria, objeto de estudio con el cual deben lidiar hoy en día los historiadores y científicos sociales. En este orden de ideas, la contrastación de los registros testimoniales con otras fuentes, más que buscar sus condiciones de veracidad, pretende acercarse a la elucidación de horizontes de sentido más amplios que dejen emerger de los contextos de enunciación de los testimonios y sus posibilidades de ser dichos. En este sentido, el historiador que trabaje con narrativas testimoniales será sensible al momento histórico de su emergencia, a los escenarios en que estas tienen lugar, a los circuitos que recorren, a sus posibilidades de visibilidad y legitimación, y a otra serie de elementos relacionados con el mundo editorial y la esfera cultural y sus interrelaciones con la esfera política (Herrera, 2013a).

Para los propósitos de nuestro análisis, nos acercaremos a la narrativa testimonial —para dar cuenta de la manera como se configuraron los sujetos en medio de los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en el continente— en el sentido que Asunción Lavrin le confiere a la literatura testimonial, incluyendo en ella obras de diverso orden y formato en las cuales se hace uso del testimonio:

Uso el término "literatura" no como un término que implique el carácter estético de ficción, sino en un sentido amplio que envuelve un conjunto de obras que llevan el cuño de varios géneros académicos como la historia, la sociología, la literatura, la antropología y la etnografía. Los testimonios contienen elementos de varias disciplinas

y trascienden las fronteras de los géneros clásicos porque son expresiones polifacéticas, casi camaleónicas en su habilidad de cambiar de color de acuerdo con las circunstancias y los enunciantes, y en eso son perfectos representantes de la realidad fracturada que tratan de expresar. (Lavrin, 2003, p. 89).

Con el mismo propósito de incluir bajo la idea de producción testimonial una serie de trabajos de índole bastante amplia, Nora Strejilevich (2006) indica los posibles acercamientos en torno a ella:

Las técnicas narrativas y las propuestas de cada uno de estos testimonios son distintas: esta práctica discursiva asume las formas más variadas colaborando, cada uno a su manera, al proceso de transmisión. Su registro va desde la transcripción de un relato oral por un reportero hasta la redacción de una denuncia por parte del testigo. Desde la confesión de quien expone sus vivencias de manera ficcionalizada, hasta la novela documental producida con material y técnicas testimoniales. Desde lo periodístico hasta lo literario. Desde lo testimonial 'en sí' (no consciente de sí más que como denuncia) hasta lo testimonial 'para sí' (consciente de sí en su función práctica y narrativa). El testimonio puede combinar autobiografía, épica, novela documental, crónica y memorias. Su finalidad es desenmascarar procesos históricos devastadores que se ocultan sistemáticamente y que el testigo pone en la escena en la página impresa, a la manera de un relato de la memoria. (p. 32).

Debido a la enorme profusión de materiales relacionados con esta temática y la imposibilidad de abordarla en su totalidad por limitaciones de tiempo y de infraestructura, en la presente investigación tratamos de acotar el corpus documental, con algunas excepciones, a trabajos relacionados con narrativas elaboradas por personas que tuvieron vínculos directos con organizaciones de izquierda y, muchas veces, con grupos guerrilleros, y que fueron objeto directo de la represión y la violencia de Estado en

Chile, Argentina y Colombia. Como investigadoras, procuramos ser lectoras atentas de las narrativas abordadas, de encontrar en ellas los resquicios en los que subyacen signos que pueden dar indicios sobre las configuraciones y reconfiguraciones subjetivas que tuvieron lugar tanto en personas víctimas del terrorismo de Estado, como en personas allegadas a ellas, durante las décadas de los setenta y los noventa del siglo pasado. Procuramos percibir en ellas las discordancias temporales, los recuerdos, los olvidos, los silencios, las marcas de lo social; cómo se construye en ellas al sujeto víctima, al sí mismo y a los otros; cómo elaboran sus vivencias a la luz de los acontecimientos en curso; qué tipo de sentimientos y emociones se develan; qué procesos de elaboración subjetiva están en curso; cómo se ven; cómo se juzgan; cómo se narran (Larrosa, 1995).

Lo anterior nos acercó a la comprensión de cómo se formaron estos sujetos, hombres y mujeres, testigos de una época y de un momento histórico excepcional en el que parecía plausible una sociedad *otra*, un orden social diferente al pautado por el capitalismo, un momento histórico que, aunque hace parte del pasado y significó el fracaso político de muchas de estas apuestas, guarda en él semillas de futuro a ser cultivadas por las nuevas generaciones, en cuanto utopía y búsqueda de órdenes sociales más justos e igualitarios, obviamente desde otros lugares de enunciación y de apropiación. No obstante, somos conscientes de nuestro trabajo interpretativo, de que las fuentes no hablan por sí mismas y de manera transparente, sino que, por el contrario, hablan a la luz de nuestras búsquedas, de nuestros interrogantes y, según esto, posibilitan al investigador elaborar nuevas tramas interpretativas, historiográficas, dadas a través de diversas operaciones heurísticas y hermenéuticas sobre el conjunto del corpus documental.

Elementos para el análisis de la narrativa testimonial: precisiones metodológicas⁴

En general, en buena parte de la literatura investigativa en relación con el tema de la violencia política se percibe una demanda por establecer mayores conexiones entre los aspectos estructurales asociados a ella y las configuraciones subjetivas de los actores en juego, incluyendo a los mismos analistas de estos fenómenos. En este sentido, para Bolívar y Flórez (2004):

La investigación sobre la violencia tiene que comprender mejor la relación entre violencia y subjetividad y articular las varias líneas de conexión y exclusión establecidas entre la memoria cultural, la memoria pública, y la memoria sensorial de los individuos. La función de la memoria y la representación no es sólo la de la autenticidad de las memorias, como si ellas estuvieran escritas en la roca, sino la lucha por producir la historia de uno con relación a las representaciones que busca imponer una clase diferente de verdad en ellas. El informante dirá siempre lo que se espera de él en términos de gestos dramáticos de heroísmo, coherencia, victimización o reconciliación, dependiendo del estado del proceso al que su relato del pasado alimiente. Por lo tanto, la presión por crear una clase diferente de pasado, no es sólo el tema de cómo el relato se maquilla para aparecer como lo que interesa, sino también cómo cada uno,

4 El diseño y el perfeccionamiento de los elementos para el análisis de las narrativas testimoniales que se presentan fueron elaborados en el marco del proyecto "Narrativa testimonial, políticas de la memoria y subjetividad en América Latina" (CIUP, 2013-2014) y del trabajo de grado "Vivir sin los otros. Literatura testimonial en la configuración de subjetividades y la constitución de memorias colectivas: aperturas pedagógicas" (Pertuz, 2014). Así mismo, algunos de los desarrollos presentados en este apartado se alimentan del capítulo "Narrativa testimonial, políticas de la memoria y subjetividad en América Latina. Perspectivas teóricas y metodológicas" (Herrera, 2013b) publicado en el libro *Acercamientos metodológicos a la subjetivación política: debates latinoamericanos*, compilado por Claudia Piedrahita, Álvaro Díaz y Pablo Vommaro.

incluyendo el analista, lidia con la violencia de las memorias en el presente. (p. 39).

Dentro de este horizonte de sentido, vale la pena considerar la serie de asuntos para tener en cuenta cuando se trabaja con corpus documentales conformados a partir de narrativa testimonial. Entonces, se partirá por decir que en la narrativa testimonial emergen aspectos que aluden a problemáticas relacionadas con las categorías de historia, memoria, cultura y educación. En este sentido, cabe la pregunta por las posibles conexiones e imbricaciones entre estas categorías en los textos a ser abordados: es decir, ¿dentro de qué universo relacional es posible articularlas?; ¿cuáles serían las jerarquías y subordinaciones emergentes?; ¿cuál es su utilidad para el abordaje de objetos de investigación conducentes a dilucidar las significaciones sociales que se dan dentro de las sociedades contemporáneas?; y ¿cuál es su relación con las prácticas sociales y, de manera más específica, con los procesos de formación de subjetividades y de identidades colectivas e individuales, entre otras?

Derivado de lo anterior, las relaciones entre historia y memoria y, dentro de este espectro, las articulaciones entre memoria colectiva y memoria individual (Halbwachs, 1968, 1994; Ricoeur, 2002) conllevan, en su tratamiento, el análisis en torno a la veracidad y la verosimilitud del material testimonial. Para efectos investigativos es necesario, como menciona Crenzel (2010), que el material testimonial adquiera el carácter de *documento* a partir del abordaje que el investigador le da intentando "comprender los marcos epistémicos en los cuales se producen los relatos sobre el pasado y a confrontarlos para producir una narrativa, también posible de ser verificada, compartida y discutida" (p. 9). En esta dirección, un criterio metodológico importante es el de considerar la importancia de elementos atinentes tanto a lo textual como a lo paratextual en el corpus a ser analizado.

En este orden de ideas, otro criterio metodológico se relaciona con el establecimiento de las características y las condiciones de producción de la narrativa, sus autores y mediadores (Tobón, 2008), los circuitos de difusión que han recorrido y su relación con las políticas de la memoria en las diferentes coyunturas históricas que marcan lo decible en la narrativa (Peris Blanes, 2008). Así, hay que estar atentos a la estructura interna del texto y su relación con las carátulas, los prólogos y las introducciones, los autores de estos y el lugar que ocupan en el campo político y el cultural, y las variaciones que han ocurrido en las reediciones; también se hace necesario reparar en cuál ha sido la forma editorial por la que se han dado a conocer las narrativas y bajo qué tipo de formato, cuál ha sido el tiraje, y dentro de qué tipo de circuitos se han difundido (locales, nacionales o internacionales) (Chartier, 2005; Peris Blanes, 2008).

Por otra parte, es preciso observar que las condiciones espaciotemporales en las que se lleva a cabo el relato atraviesan de manera importante las tonalidades y las posibilidades de su enunciación: no es lo mismo testimoniar ante un juez que ante una comisión de verdad o ante un entrevistador; tampoco es lo mismo escribir en soledad el relato de los acontecimientos que atestan la memoria, que construir estas memorias a través de un relato novelado más o menos ficcional; no es igual testimoniar recién pasaron los hechos que marcaron la experiencia del sujeto, que en un tiempo corto o largo en relación con estos (Pollak, 2006; Peris Blanes, 2008).

En consonancia con lo anterior, en el análisis de la narrativa es preciso considerar las características del sujeto de la enunciación, el sujeto del enunciado y las formas de representación de la subjetividad, el estatuto del testigo y el del sujeto que narra, y las estrategias retóricas utilizadas por la narrativa. Estos aspectos no solo están en relación con la lógica inherente al relato, sino también con la dilucidación de las circunstancias internas y

externas que intervinieron en las condiciones de posibilidad de estas, en las cuales lo referenciado juega una importancia decisiva.

La diversidad de formas y estilos en los relatos testimoniales conduce la búsqueda de elementos de análisis que devienen del acercamiento mismo a los textos. A continuación, se presenta el esbozo de la matriz de análisis que guió el acercamiento a las narrativas que conforman el corpus documental estudiado. Se diseñó una estructura analítica, sustentada en un enfoque semiótico, cercana a la propuesta por Ferrer (2000), la cual se despliega en tres niveles de interpretación: descriptivo, pragmático e ideológico. Estos niveles se desplazan analíticamente desde el qué, hacia el cómo y el para qué, y no deben ser pensados de manera fragmentada sino de modo articulado. Además de estos se incluyeron dos niveles adicionales: de enunciación y de las configuraciones subjetivas e intersubjetivas.

El nivel descriptivo da cuenta de las unidades lingüísticas, comunicativas y sociales que caracterizan la propuesta discursiva de la obra; los temas y los elementos del texto; las secuencias textuales del relato; la polifonía y la arquitectura de la narración que se construyen a partir de la voz del autor; "la métrica, la densidad de la frase, la adjetivación, la descripción espaciotemporal, etc., ilustran este nivel" (Ferrer, 2000, p. 8). El nivel pragmático surge de la relación de las categorías del nivel anterior, no como elementos aislados, sino como parte de una obra en conjunto, de una apuesta global, en la que se requiere dilucidar, a la manera de Bajtin, su forma arquitectónica o, en palabras de Lotman, la estructura de la obra artística; la interpretación de este nivel permite el desentrañamiento de las estrategias narrativas y la caracterización de la complejidad de la forma arquitectónica de la obra. Así, en este nivel puede decirse que "cuando el escritor [o el artista visual] escoge el punto de vista del narrador (entre otros aspectos de la focalización), ya tiene en mente una función, una intención, un mecanismo narratorio" (Ferrer, 2000, p. 9). Por su parte, el nivel ideológico permite relacionar los elementos

anteriores y adensar el análisis en torno a la estructura de la obra con la visión de mundo que la sustenta, indagando la construcción de símbolos derivada de la fusión de "lo dicho y de la forma"; este nivel permite proponer "la formulación de hipótesis de sentido indagadoras de las estructuras de la obra como un decir algo acerca del mundo a través de la propuesta estética" (Ferrer, 2000, p. 9).

Del tratamiento de estos tres niveles emerge un nivel de enunciación (cuarto nivel), en el que se sitúa un análisis crítico de la propuesta narrativa considerada ya no solo en sí misma, sino en el entramado de una red de dimensiones de diferente orden: social, político, filosófico y simbólico, que se constituye en un ir más allá del texto en las construcciones que se extienden a su función ideológica, social, cultural e histórica. En este nivel se pregunta por la ubicación del texto, por las características sociopolíticas de su producción, el uso que se hace de él en distintos contextos de enunciación, y por los lugares desde los cuales tanto el autor —sobre quien se ciñe la mirada para indagar quién escribe y para qué lo hace— como la obra —mecanismos de difusión, canales de circulación, número de ediciones, tiraje, casa editorial— se sitúan. Además, contempla la relación de la producción narrativa con otras producciones acerca del mismo evento, adentrado en una red de narrativas que se disputan las interpretaciones sobre los acontecimientos a los que hacen referencia y configuran la memoria colectiva de manera diferenciada (Ochando Aymerich, 1998; Peris Blanes, 2010).

Por último, se propone el nivel de las configuraciones subjetivas e intersubjetivas, desde el cual se rastrean apuestas de la obra en la configuración de sujetos, tanto en los actores tematizados como en el autor y el lector, esta vez puestos en el complejo del entramado de las múltiples narrativas. Este nivel implica la elaboración de hipótesis acerca de la recepción del texto, indagando por modelos de sujeto, por formación de subjetividades y por procesos de subjetivación propuestos en el relato, desde los cuales el autor interpela al lector; refiere a la construcción del

lector implícito, como lo denomina Ochando, o el lector modelo, en términos de Eco; a las posibilidades de interpretación dependientes, por un lado, del lector y de sus marcos de comprensión y, por el otro, de las posibilidades que desde el nivel de enunciación ofrecen claves para la significación del texto. En este nivel se atienden los componentes consabidos de la formación política e histórica de los lectores y las subjetividades en diálogo con las diferentes versiones acerca del acontecimiento. Así mismo, se resalta la categoría de la narratividad a través de la cual la configuración de los seres humanos es vista en virtud de su construcción lingüística y discursiva, y las construcciones del yo y de la otredad se comprenden en función de "las narraciones que nos contamos, nos cuentan y contamos a las otras personas" (Cabruja, Íñiguez y Vásquez, 2000, p. 63).

Hechas estas delimitaciones y precisiones metodológicas, nos resta agregar que el corpus documental se conformó con registros que incluyeron tanto variadas expresiones de lo testimonial que abarcaron textos más ceñidos al testimonio, como novelas testimoniales, entrevistas, documentales, cinematografía; para el rastreo de estos registros se acudió a documentación primaria y secundaria. Así mismo, se usó una gran cantidad de bibliografía secundaria que nos permitió establecer los contextos en los cuales emergieron las narrativas sobre los acontecimientos históricos en torno a los cuales discurre el interés de nuestra investigación. Es importante precisar que los registros con los que trabajamos se hicieron con base en fuentes primarias y secundarias, sin hacer una división tajante y prejuiciosa frente a ellas sino, más bien, tejiendo una red entre estas. Así, al tiempo que trabajamos un gran número de registros que identificamos en la búsqueda documental, nos valemos de fuentes secundarias imprescindibles por los aportes que han hecho y, al respecto, seguimos sus pistas en torno a producciones narrativas específicas, acudiendo directamente a ellas para profundizar aspectos de nuestro interés.

Tramas subjetivas y narrativas testimoniales

Pues bien, yo he visto hombres con alas,
he visto hombres volar.
A veces los veo pasar por mi lado,
aquí sin darme cuenta
Quizás tu mismo compañero...
Es cuestión de mirar un poquito más.

GUILLERMO NÚÑEZ

Las narrativas expresan las tensiones en la configuración de las subjetividades, y las formas a través de las cuales el ejercicio testimonial da cuenta de ello develando aspectos relacionados con los planos de lo individual y de lo colectivo (Peris; Strejilevich; Calveiro; Carnovale; Nieto). En el plano de lo individual, las narrativas exteriorizan las marcas que los suplicios corporales labraron en los sujetos, evidenciadas, entre otras cuestiones, por la fragmentación narrativa como señal de las dificultades para dar cuenta de los procesos a los que fueron sometidos. En el plano de lo colectivo, se pueden trazar líneas en las que convergen alusiones a lazos sociales, políticos y afectivos como parte de las configuraciones subjetivas. En el péndulo incesante e inestable entre estos dos puntos, o en los múltiples pliegues a que ello puede dar lugar, el cuerpo ocupa un nodo vital en cuanto territorio en el cual convergen los haces que intervienen en los procesos de subjetivación y modulan las subjetividades.

Si existe un correlato entre los sujetos y su encarnación en cuerpos concretos, es decir, si el límite del sujeto en el plano biológico es su propio cuerpo, puede decirse que buena parte de los relatos dan cuenta de los conflictos por los que atraviesa el individuo cuando su cuerpo es sometido a tortura extrema y se le priva de todos sus referentes, lo cual le obliga a tener que incluir en su trayectoria biográfica el acontecimiento traumático ocasionado por la violencia política, lo que no siempre se logra de manera exitosa. En buena parte de las narrativas testimoniales se perciben tanto las dificultades para aludir a las experiencias vividas, como las tensiones generadas por poder, de un lado, expresar las vivencias del terror en sus cuerpos y la lucha por la sobrevivencia, y, de otro lado, conseguir la articulación de estas con la trayectoria social o la pertenencia política de los sujetos, en sus diferentes adscripciones: familiar, barrial, partidista, sindical, nacional y supranacional, entre otras. En todas ellas, el hilo central que se trenza es la vida, ya sea en su expresión biológica o en su versión trascendente al plano social y, por ello, es la muerte la que se porta en las espaldas como una sombra inminente que acecha marcando el derrumbe de las cosas, de los cuerpos y de los idearios que ellos portan. Hay que aprender a morir y, sin duda, también a vivir.

Así las cosas, en el presente capítulo se abordan aspectos atinentes a la configuración de las subjetividades. Trabajamos los tres países, Chile, Argentina y Colombia, de manera separada, aludiendo a las tensiones señaladas. Al mismo tiempo que mostramos un panorama sobre la narrativa testimonial más destacada, nos detenemos, a nuestra vez, en algunas de ellas para auscultar el despliegue de tópicos alusivos a las dimensiones individual y colectiva de las subjetividades, las maneras como se expresan en ellas la violencia estatal, sus afecciones sobre los sujetos, y las formas como estos reelaboran la experiencia a través del ejercicio testimonial, entendido, como un ejercicio de subjetivación.

Comienzo a aprender a morir⁵: algunas narrativas chilenas

Afuera están los pájaros, están las nubes / y
no sabes si de veras está oscuro, /
si de veras estás solo, / si de veras te mueres tan
suavemente.

GUILLERMO NÚÑEZ

Buena parte de las primeras narrativas sobre la dictadura chilena y el terrorismo de Estado comienzan aludiendo al bombardeo a la Casa de la Moneda en septiembre de 1973, a la actitud heroica de Salvador Allende, a la sensación de impotencia de quienes se adherían a sus idearios frente al avasallamiento militar que se cernía sobre el proyecto de la Unidad Popular, a los días previos al golpe, al inicio del despliegue de la maquinaria represiva y al alto grado de polarización social. Rápidamente, la trama se concentra en el acontecimiento puntual, individualizado, el que dio inicio a la detención de la que fueron víctimas los sujetos y los hechos que luego se desencadenaron en sus vidas. A partir de allí, estas dos temporalidades se trenzan con otras en las cuales la memoria trae al sujeto retazos de su vida, ya sea de cuando era militante, ya sea de momentos importantes de su vida adulta, o de su infancia o adolescencia, como si el suceso traumático obligase al sujeto a trazar atropelladamente algunos de los rasgos de lo que ha configurado su existencia y su propia identidad.

En las narrativas elaboradas con mucha posterioridad al acontecimiento, las alusiones al sometimiento del sujeto por medio de los suplicios corporales y al espanto causado por sentirse confinado en los campos clandestinos de detención o en las cárceles bajo represión desmedida, tan centrales en las narrativas elaboradas en tiempos muy cercanos al confinamiento, pueden tomar otro cariz

5 Texto extraído del libro *El infierno* de Luz Arce (1993, p. 56).

y no ocupar la totalidad de la narrativa. Esto deja salir a flote otro tipo de asuntos y de remembranzas en las que se traslucen más las fugas y las resistencias de los sujetos, las pequeñas acciones y los gestos, en el plano tanto individual como colectivo, al tiempo que se hace uso de estrategias textuales ficcionales.

En los testimonios chilenos es posible evidenciar las desarticulaciones vividas por los sujetos entre el cuerpo y su subjetividad, debido a los procesos de enajenación sufridos en las salas de tortura y en los centros de confinamiento, características que han sido analizadas, entre otros autores, por Nora Strejilevich y Jaume Peris Blanes, a través de textos que alcanzaron mayor difusión como *Tejas Verdes* de Hernán Valdés (1974), *Recuerdos de una mirista* de Carmen Rojas (1988), *El Infierno* de Luz Arce (1993), *Prisión en Chile* de Alejandro Witker (1975), *Prigüé* de Rolando Carrasco (1977), *Dawson isla 10* de Sergio Bitar (1987), *Mi verdad* de Marcia Merino (1993), *Jamás de rodillas: acusaciones de un prisionero de la junta militar fascista* de Rodrigo Rojas (1974), *Dawson* de Aristóteles España (1985), *De academias y subterráneos* de Guillermo Teillier (1993), entre otros.

Los suplicios corporales

Tejas Verdes: diario de un campo de concentración en Chile de Hernán Valdés⁶, simpatizante del proyecto de la Unidad Popular, fue uno de los primeros testimonios que circularon en el exilio en el periodo temprano de la dictadura, cuando la violencia estatal fue más desembozada y de carácter masivo. El de Valdés se constituye en un referente cuando se habla de los testimonios chilenos. Fue

6 Hernán Valdés es un escritor chileno que ya había publicado algunas poesías y novelas en el país. Fue detenido el 24 de febrero de 1974 acusándosele de conocer el paradero del dirigente del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Miguel Enríquez. A pesar de que no se le encontraron vínculos con esta organización, permaneció detenido en el campo de Tejas Verdes durante un mes, exiliándose posteriormente en Barcelona cuando comenzó a escribir su trabajo testimonial. Posteriormente escribió la novela *A partir del fin* centrada en el golpe militar, publicada en 1981 en México y en el 2003 en Chile. Actualmente se encuentra radicado en Alemania.

publicado en 1974 y reeditado varias veces, una de las cuales fue en Chile en 1996 a través de la editorial LOM. En él se describe, en formato de diario, la cotidianidad de los días de cautiverio, en lo referente tanto al mismo Valdés como a los otros prisioneros, dejando al descubierto la imposición feroz del terror y del vejamen, en un lugar que, paradójicamente, se encontraba contiguo a un balneario al que acudían los bañistas con frecuencia, lo cual tornaba inverosímil la situación de cautiverio en la que se encontraban los detenidos:

En la mañana he visto al campesino que se fugó, el que quería cosechar sus melones. Pelado al rapé y bajo el cuerpo desnudo, atado de manos, camina hacia el baño tras un soldado que lo tironea de una larga cuerda que le enlaza el cuello. Sobre el puente van y vienen los veraneantes y he aquí esta visión del medioevo. (p. 185).

En otros pasajes, Valdés describe las dificultades para encontrar un referente propio, algo que le permita enlazar su momento actual en el hilo de su vida, ahora cortado de tajo por un acontecimiento que no consigue explicarse y frente al cual se sorprende, cuando trata de *pensar en sí mismo*, al *ver* y *sentir* su cuerpo sacudido por las sensaciones físicas y emocionales que le provoca su condición actual:

No puedo razonar. Todo lo que me propongo como pensamiento se transforma en ensoñaciones, en visiones tortuosas y escalofriantes. Me silban los oídos, mi piel empieza a desaparecer bajo la barba. No doy conmigo, no sé qué soy exactamente después de todo lo que ha sucedido. No tenía nada allá afuera, no tengo nada que recuperar, imaginativamente, aquí adentro. Pero no quiero pensar en eso, no puedo, mi conciencia no admite otra noción que la de estar-aquí-esperando. Pura vigilancia del presente. Es curioso, pero justo: en todos estos días no he tenido ninguna imagen sensual. (pp. 89-90).

Así mismo, hay apartes en los cuales Valdés se refiere a las limitaciones de la palabra para dar cuenta de lo que ocurría con su cuerpo, con su proceso de derrumbe subjetivo, a la distancia entre él como sujeto y su cuerpo cosificado. Uno de ellos alude al momento en el cual sabe que será conducido a las primeras sesiones de tortura:

No sé cómo decir que estoy temblando sin que parezca una figura retórica. Las rodillas, los hombros, el pecho, los músculos del cuello y la nuca se estremecen cada cual independiente, con contracciones distintas [...]. Siento pena de mi cuerpo. Este cuerpo va a ser torturado, es idiota. Y sin embargo es así, no existe ningún recurso racional para evitarlo [...]. No queda nada de mí sino esta avidez histérica de mi pecho por tragar aire. (1974, pp. 160-161, 164).

Según Peris Blanes (2008), en este "no queda nada de mí" se expresa con claridad la desarticulación entre un sujeto que siente su derrumbe subjetivo al afirmar "no queda nada de mí", pero, al mismo tiempo, se evidencia el esfuerzo en la formulación de una enunciación a través de la cual es el mismo sujeto quien habla e intenta reconfigurar su subjetividad enajenada (p. 73).

Por su parte, Guillermo Teillier⁷, militante del Partido Comunista, en su novela testimonial *De academias y subterráneos* (1993) describe las sensaciones que tuvo en las primeras sesiones de tortura, develando las dificultades para vincular su propio cuerpo y sus sensaciones de dolor con su propia subjetividad; desconoce sus gemidos, su voz distorsionada. Y al desconocer su cuerpo no

7 Guillermo Teillier militó desde su juventud en el Partido Comunista Chileno, del cual es su actual presidente. En 1974, cuando era secretario regional del Partido Comunista (PC) en la ciudad de Concepción, fue detenido en Santiago y torturado por seis meses en los subterráneos de la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea. Permaneció por diecisiete meses detenido en distintos centros construidos especialmente para presos políticos en Ritoque, Puchuncaví y Tres Álamos, habiéndose exilado posteriormente. En el periodo parlamentario 2010-2014 fue elegido diputado por el Distrito 28.

sabe si este le pertenece o no, si existe una subjetividad que se pueda hacer cargo de este:

Escuchó sus propios alaridos, roncós, espeluznantes; de su garganta debía salir sangre, porque no tenía saliva. Sus venas y arterias se hincharon como globos. Tres, cuatro, cinco veces se repitió lo mismo. Se le confundieron las cosas, perdió todo el sentido de la realidad. Entonces, tuvo la impresión de que era a otro al que torturaban; pero no, se equivocaba: él era quien gritaba y quien se debatía contra el dolor. Perdió el conocimiento cuando, imaginación o realidad, tuvo la intuición de que lo habían llevado a un cuarto oscuro, donde gente que lo rodeaba le insistía preguntándole muchas cosas. (p. 36).

En su texto *Prisión en Chile*, publicado en México en 1975, Alejandro Witker⁸, quien era militante del Partido Socialista en el momento del golpe, describe las torturas a las que fue sometido a través de una mirada distanciada, objetivada, con la pretensión de que el lector acceda a una idea de los campos que rebasa su experiencia individual, para lo cual en muchas ocasiones no habla en primera persona sino que se vale de la tercera persona, como es el caso del siguiente fragmento en donde describe las torturas:

Los castigos corporales eran muy variados: descargas eléctricas que se aplicaban en los órganos sexuales y en el ano, pecho, sobre el

8 Alejandro Witker es un historiador chileno. Desde sus años juveniles militó en el Partido Socialista de Chile. Fue detenido el 14 de septiembre de 1973 en su domicilio, en presencia de su mujer y sus dos hijos, lugar en el que procedieron a decomisar toda su biblioteca con palabras como "hay que quemar esta basura marxista [...] con estos libros se han envenenado ustedes y envenenan a otra gente. Esto se acabó, señores, no más socialismo ni comunismo" (Witker, 1975, párr. 6). Witker luego de estar detenido en la Cuarta Comisaría y en la Isla Quiriquina, fue trasladado al Estadio Regional de Concepción y posteriormente a Chacabuco. La presión internacional de universidades y embajadas consiguió que fuera liberado un año después, radicándose en México. Actualmente es profesor de Historia Social de América Latina en la Universidad de Chile, director del Consejo de Difusión de la Universidad de Concepción.

corazón; a las mujeres, en ambos senos, en los ojos, en la nariz. En estos lugares se colocaba un apretador, conectado a un artefacto eléctrico, para luego accionarlo hasta provocar en el prisionero extenuantes crisis nerviosas, vómitos, desmayos, e incluso infartos cardiacos que costaron numerosas vidas. Los cuerpos solían ser golpeados con látigos de goma, cadenas metálicas y palos, y por supuesto por las botas de los torturadores. Se practicaba el colgamiento de los prisioneros. Unas veces se les mantenía suspendidos de una viga, atados de los pies con la cabeza hacia el suelo, o bien de las manos fuertemente atadas. De una u otra manera, el suplicio se practicaba por varios días, incluso semanas, y era matizado con lanzamientos violentos contra los muros. Las quemaduras eran procedimiento soportado: en una de cuyas variantes se procedía a quemar los senos de las mujeres con cigarrillos encendidos. (Witker, 1975, párr. 30).

Rolando Carrasco⁹, militante del Partido Comunista, publicó en Moscú en 1977 un texto denominado *Prigué*, apócope de prisionero de guerra, en donde testimonia sobre su paso por diferentes campos de concentración en Chile. Este fue uno de los pocos testimonios que encontró difusión temprana en el país, a través de ejemplares mimeografiados o elaborados en papel calco. Uno de los propósitos de tal difusión era establecer nexos entre los exiliados y los grupos políticos clandestinos en Chile (Peris Blanes, 2009b, p. 145).

Carrasco también señala el proceso de cosificación al que fueron sometidos él y sus compañeros, en apartes en los que asume una vocería colectiva de la experiencia, al referirse al mismo día del golpe en el que él y muchos otros fueron detenidos,

9 Rolando Carrasco, periodista chileno y militante del Partido Comunista, fue detenido el mismo día del golpe. Lo aprehendieron junto con su compañera, Anita Mirlo, mientras se hallaba en su puesto de director de la radio Luis Emilio Recabarren de la Central Única de Trabajadores. Lo condujeron al Ministerio de Defensa y de ahí al Estadio Chile, luego al Estadio Nacional y más tarde a Chacabuco, Tres Álamos, Puchuncaví, Ritoque y otra vez Tres Álamos hasta que fue expulsado del país. Falleció en 2014.

y a la forma como fueron sometidos y conducidos hacia el lugar de los interrogatorios:

Tenemos los músculos de las piernas endurecidos, la ropa húmeda pegada al cuero, caras ojerosas y las lenguas cocidas de tanto fumar. Cumplimos ocho horas inmovilizados en nuestra detención, cuando nos ordenan levantarnos y formar junto a una de las paredes laterales. Fila de a uno. Nos amarran las manos a la nuca y con la misma sogá atan a toda la fila [...]. Pegados unos a otros nos cuesta avanzar, pese a los empujones de los guardias. Constituimos una cuega de chorizos de piezas verticales trepando a tanteos la escala, estimulados por los culatazos y los gritos [...]. Es imposible correr. Por eso nos demoramos bastante en cubrir una cuadra hasta Morando. Ahí torcemos a la derecha. (Carrasco, 1977, párr. 5).

Carrasco describe, además, como parte de una escena dantesca, lo que sus ojos veían a medida que recorrían penosamente las calles:

Bandera es un desfiladero oscuro con automóviles de parabrisas agujereados volcados en sus estacionamientos. Vitrinas rotas, postes retorcidos o quebrados hacia la calzada. Tropezamos con los terrones y trozos de pavimento removido. Pisamos humedad pegajosa de sangre que nos dejará el sello en los zapatos. Los bultos inmóviles botados sin orden en las cunetas, confundidos entre papeles y basura quemada que hemos visto fragmentariamente en el trayecto, aquí en Alameda y Bandera revelan identidad humana: civiles muertos. La columna de camiones tronando hacia el este los alumbrá directamente con sus reflectores al pasar. Los repasan otras luces antes de que nuevamente los borre la oscuridad. (Carrasco, 1977, párr. 12).

Bajo el seudónimo de Carmen Rojas, Nubia Becker¹⁰, militante del MIR, escribió *Recuerdos de una mirista*, texto publicado en 1986, el cual fue reeditado en 1988 y 1990 manteniendo dicho seudónimo; posteriormente, en el 2011, publicó una nueva edición bajo el título *Una mujer en Villagrimaldi* esta vez con su nombre verdadero. En su texto Carmen elabora pasajes que refieren también las sensaciones de enajenación corporal:

Recibí la primera descarga con un alarido. Todo mi cuerpo se estremeció bruscamente. Me crujó la cabeza y los tobillos me dolieron tanto, como si además de los huesos, me estuvieran golpeando cada uno de los nervios y las venas de las piernas [...]. Me ahogaba. Mi cuerpo saltaba solo [...]. Después, desmadejada, me tiraron en la celda. (Rojas, 1988, pp. 28, 31).

La autora alude al dilema entre morir y sobrevivir como una herida que debe ser elaborada por el sujeto de manera insistente para rearmar su subjetividad:

Ahí aprendí que en el fondo de uno, de todas maneras se agazapa el instinto de vivir. Eso sí que a veces duele hasta el hueso. Se vive en el horror y se clama por la muerte. Pero allí, en el centro mismo del infierno, donde todo se vuelve en contra, y donde los amores y los recuerdos tan pronto son motivo de heroísmo como de debilidad, porque juegan en el límite de la resistencia humana y uno no quiere otra cosa que morir, para borrarse y dejar de sufrir y de temer. Al mismo tiempo como que las raíces se rebelan y se aferran

10 Nubia Becker es escritora, licenciada en literatura y orientadora familiar. Era militante del MIR cuando fue detenida a finales de enero de 1975 y liberada a finales de septiembre del mismo año. Durante este lapso pasó por el centro de torturas de Villa Grimaldi y los campos de prisioneros de Tres Álamos y Cuatro Álamos. En su libro *Recuerdos de una mirista* alude a las vivencias de dicha detención y su libro se editó en Venezuela donde estuvo exiliada (además de Cuba). Conjuntamente con la reedición de este libro, Becker publicó recientemente *La reina de la primavera* (2014), en el cual se refiere, de manera ficcional, a la participación de las mujeres en los movimientos sociales chilenos de los años sesenta y setenta.

a la vida, más allá de la razón y de la voluntad y también más allá de la locura. (Rojas, 1988, p. 15).

Aunque la violencia sexual no fue exclusiva sobre las mujeres, su despliegue sí fue más férreo debido a la serie de representaciones que circulaban sobre la mujer como objeto sexual. En ese sentido, el proceso de cosificación al que aludían los testimonios daba cuenta de tecnologías en las cuales se utilizaron perros entrenados para violar, como lo mencionan mujeres que estuvieron en el centro clandestino denominado la Venda Sexy (Mega, 2014). Al respecto, Alejandro Witker dice en su relato:

Las mujeres despertaban en los torturadores una excitación patológica: se las interrogaba desnudas, y cuando no respondían satisfactoriamente las preguntas, se desataba una increíble cadena de vejaciones humillantes y daños físicos del más increíble sadismo: se les introducían en la vagina ratones, arañas, etc. Los más depravados de los infantes de marina las violaban por grupos, en presencia de otras mujeres, y se les obligaba a tener relaciones sexuales con los prisioneros. (Witker, 1975, párr. 33).

Nubia Becker (Carmen Rojas), en una presentación hecha en el 2012 sobre la reedición de su libro, alude a los imaginarios de los torturadores sobre las mujeres que, como ella, participaban en política, así como las maneras en que sus cuerpos eran ultrajados:

Ser mujer era más doloroso, porque nosotros ahí sufríamos de una manera exacerbada el machismo. El machismo con autoritarismo es la peor de las torturas que puede sufrir una mujer [...]. Nosotros para ellos (los torturadores) éramos eso: unas prostitutas, porque nos habíamos metido en política, o sea, en un área que era para hombres. Éramos desnaturalizadas por la política, y entonces éramos doblemente castigadas, doblemente abusadas. Éramos lo peor de la sociedad para ellos, y satanizadas por el hecho de ser 'mujeres sueltas' en su concepción. Esto exponía a las presas mujeres a "sufrir

permanentemente agresiones sexuales, porque era una especie de castigo. Algo que para muchos es un motivo de placer o de amor, allá eran un motivo de humillación, de tortura". (Becker, citada en "Ex detenida en Villa Grimaldi", 2012, párr. 3-5).

En este mismo sentido se refiere Beatriz Bataszew, detenida y torturada en la Venda Sexy:

Quien ejerce dominio a través de la violencia sexual, le da lo mismo si yo soy gorda, chica, velluda, grande, no, ese no es el tema. Esta mujer era muy subversiva en relación al rol asignado. Entonces eso era inaguantable en circunstancias en que el régimen militar planteaba todo lo contrario: la mujer madre-esposa, en su casa. Entonces los tipos tenían una saña impresionante contra nosotras las mujeres. (Mega, 2014).

En su libro testimonial *El infierno*, Luz Arce¹¹, militante en ese momento del Partido Socialista, quien a través de la tortura logra ser quebrada y convertida en una colaboradora de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), relata situaciones como la siguiente: "Dolor en todo el cuerpo, estoy llorando, ya no tengo fuerzas, sólo percibo que soy algo tirado ahí que está siendo usado [...]. Comienzo a aprender a morir, siguen sobre mí, siento que mi cuerpo se sacude espasmódicamente" (1993, p. 56).

En una entrevista que Arce le concede a Lazzara, hace pocos años, alude a los recuerdos que le asaltan respecto a la tortura e indica el impacto que tienen los relacionados con situaciones de violación:

11 Luz Arce era militante del Partido Socialista cuando fue detenida el 17 de marzo de 1974. Después de ser torturada y amenazada durante su detención, se transformó en colaboradora de la DINA. Sobrevivientes la recuerdan presente en las sesiones de tortura en Villa Grimaldi, Londres 38 y Cuatro Álamos. Continuó su trabajo en la Central Nacional de Informaciones (CNI) y en 1990 se puso a disposición de los tribunales para declarar en casos de desaparecidos. Hoy vive en México ("Luz Arce Sandoval", 2013).

He sufrido regresiones al recuerdo vivido de todo aquello —*muchas*— hasta y durante la década de los 80, e incluso a comienzos de los 90. Pero yo diría que, por cada regresión a momentos de tortura, ocurrían dos referidas a violaciones. (Lazzara, 2008, p. 204).

Así mismo, Arce menciona la incidencia de la tortura en el proceso que la llevó a convertirse en colaboradora, refiriendo un proceso de desobjetivación marcado por las ambigüedades e incertidumbres y que, ahora, desde la distancia, trata de encajar en un Yo que pretende hacerse cargo de la experiencia:

Simplemente me quebré. Pienso que fue así por la suma de tortura en el tiempo, más otras cuestiones de orden emocional. No todas fueron decisiones. El colaborar ni siquiera introduce una seguridad de que seguiré viva. Día a día era una suerte de juego mortal, una suerte de ruleta rusa. Simplemente estuve incapaz de salirme hasta que lo pude hacer. De eso sí soy responsable. (1993, p. 179).

Arce indica el tipo de discernimiento moral con el que trataba —¿o trata?— de justificar la delación que hizo, bajo tortura, de personas comprometidas con el proyecto de la Unidad Popular y que condujo a la detención y la desaparición de varias de ellas. Para ello alude a criterios que retomó, según ella, de textos leídos en su proceso de formación como militante, dentro de los cuales estaban manuales del MIR que establecían un tipo de jerarquía en el orden de las delaciones:

Todavía recuerdo las líneas de los manuales del MIR que leíamos en la clandestinidad y la voz del compañero que los leía (aunque éramos del PS). Leíamos esos textos fotocopiados para poder mantenerlos a buen recaudo, y conversábamos acerca de la represión en aumento en los primeros días de la dictadura. La actividad de leer esos manuales nos hizo pensar en nuestros compañeros que iban siendo detenidos. Y decíamos: "Si hay un momento en que no podemos resistir,

hay que entregar a los compañeros de la periferia partidaria". Eso hice. Entregué a ayudistas, a simpatizantes, a gente de las brigadas de propaganda que sólo habían pintado letreros en los periodos de elecciones. Sinceramente pensé que además de unos golpes y un periodo en prisión, no pasaría a mayores. (Lazzara, 2008, p. 188).

Jorge Montealegre¹² tenía 19 años cuando se produjo el golpe y fue llevado al Estadio Nacional y después trasladado a Chacabuco. Al referirse a los momentos en los que fueron sometidos él y otros detenidos a la tortura en el Estadio Nacional, cuando se les llevaba al Velódromo para ser interrogados, dice que esta tenía como propósito no solo la obtención de información del detenido sino también servir de escarmiento al grueso de los prisioneros. El propósito es que sus ojos puedan ver, que su mirada quede afectada, cuando los torturados regresen del Velódromo:

El regreso desde el Velódromo era una lenta y silenciosa procesión, que era seguida con tristeza y asombro desde las galerías. Nos devolvían al Estadio para aterrorizar a quienes nos miraban. En el Velódromo no torturaban para obtener datos sino para sembrar el terror. Cada torturado que contaba su paso por el interrogatorio era inconscientemente un mensaje, una advertencia, para quienes pensaban seguir "en la lucha". Cada torturado era un promotor involuntario del silencio y del miedo [...]. Era inquietante, por otro lado, enfrentarse a un espejo que nos desfiguraba. Nos sentíamos iguales y, por ello,

12 Jorge Montealegre, escritor y periodista chileno. Por su simpatía con la Unidad Popular fue apresado a sus diecinueve años, luego del golpe militar de 1973. En la prisión de Chacabuco inició su aproximación a la literatura, de hecho, "Su primera distinción como poeta la recibió de sus compañeros de prisión en el 'Festival de la poesía y la Canción de Chacabuco', en 1974" (Lavquen, 2003b, párr. 1). En el exilio en Roma publicó su testimonio "Chacabuco" (1975). Regresó a Chile en 1979 y desde entonces se ha desempeñado en el ámbito del periodismo, la publicidad, la docencia y la gestión cultural; así mismo, ha compilado varios volúmenes de poesía y se ha dedicado a la investigación y los estudios culturales referidos a la historieta y la memoria. Ha recibido numerosas distinciones y se le reconoce también por sus producciones en humor gráfico. En la actualidad se encuentra a cargo del área de extensión de la Universidad de Santiago de Chile.

para quienes no habían sido interrogados el compañero con marcas de tortura era una prefiguración terrorífica de lo que podría pasarnos. Nos inquietaban también los delirantes, con sus nombres sueltos y sus recados inconexos. (Montealegre, 2003, pp. 143-144).

Por su parte, Carrasco dice lo siguiente sobre este mismo aspecto:

Si la oficialidad torturadora creía la existencia del Plan Zeta —con el que se eliminaría a todos los altos mandos de las instituciones armadas— estaba engañada. Si conociendo la verdad, castigaba y mataba, ¿qué factores la impulsaban a hacerlo? La pregunta nunca la pudimos responder en el Estadio, ni tampoco en los campos de concentración, donde nos apiñaron durante meses, años. La única explicación a tal ferocidad quizás parta del escarmiento a la "rotería" destinado a grabarle cicatrices tan profundas que nunca más volvieran a alentar propósitos de gobernar Chile. (Carrasco, 1977, párr. 45).

En torno al orden de lo colectivo

En relación con el orden de lo colectivo, las reconfiguraciones subjetivas se apoyaban en el ideario de la Unidad Popular, de las asociaciones o de los grupos políticos a los que estaban adscritos los sujetos en el momento de su detención. La idea de una comunidad política arrasada por la dictadura alentaba a los sujetos a encontrar en ella una reserva de saberes y de experiencias que posibilitaran repertorios de identificación, de narración y de representación que ayudaran a su reconfiguración (Cefaï, 2001). En verdad los seres humanos siempre hemos dependido de los demás, y aunque las doctrinas liberales hayan hecho del ideario del individuo aislado una de las características más relevantes de la subjetividad contemporánea, requerimos de los otros para configurarnos como humanos en una compleja urdimbre en la que lo intersubjetivo marca las tramas de nuestra individuación en sociedades y culturas específicas (Larrosa, 1995; Ricœur, 1999, 2008).

Así, a la vez que el dispositivo represivo aislaba a los individuos y los ponía en una prueba límite frente a sí mismos, procurando reducirlos a sus aspectos biológicos básicos, a una lucha por la sobrevivencia que llegaba a animalizarlos, estos acudieron a diversas tácticas para enfrentar la maquinaria represiva y trataron de encontrar referentes más allá de sí mismos, vínculos societales, políticos y afectivos que los ayudasen a dar sentido a su existencia en momentos en los que se encontraba reducida a la sobrevivencia y bajo amenaza potencial permanente de muerte.

Asuntos como la reconstrucción de las luchas militantes y sindicales, la denuncia pública de los actos de la dictadura, la resistencia antifascista en la que enmarcaron sus actuaciones, y las diversas alusiones metafóricas a la comunidad perdida indican algunas de las tramas que anudaron los testimonios en lo referente a las adscripciones colectivas de los sujetos. Dichos horizontes de futuro, en la primera etapa de la dictadura, se edificaron en la idea del retorno de la Unidad Popular y los idearios que el golpe militar quebrantó y, en una segunda etapa, una vez quedó clara la imposibilidad del retorno de dicho proyecto, alrededor de la construcción de un orden social democrático que tendría que contar, al mismo tiempo, con las memorias políticas del tiempo de la Unidad Popular, y con las huellas y traumas que la dictadura había dejado en el plano de lo social y de lo individual.

En el testimonio de Carrasco se alude a imágenes en las cuales el sujeto, asumiendo una voz plural, se siente pieza de un engranaje colectivo aplastado por la dictadura, cuyo sentido individual carece de toda significación en estas circunstancias:

Cogidos en los vaivenes de la demolición del régimen constituimos piezas aisladas de un mecanismo paralizado en su centro y desintegrándose hacia la periferia. Ramaje despegado del tronco al que calcinaron sus raíces, simplemente vegetaremos hasta el momento en que orgánicamente volvamos a encajar en el cuerpo coherente de la vida necesariamente impulsada a renacer y desarrollarse. (Carrasco, 1977, párr. 79).

En otro pasaje, Carrasco continúa mostrando los estragos de la tortura, describiéndose a sí mismo desde el nosotros, sintiéndose parte orgánica de un colectivo, insuflándose valor al ver la solidaridad que se despierta en torno a los prisioneros, quienes, a través de un catalejo, consiguen ver miembros de su familia, en especial mujeres, que se agolpan alrededor del Estadio para saber el destino de sus seres queridos:

Ahora nos miramos las caras machucadas dando vueltas sobre nuestros zapatos como animales en la antesala del matadero. El agotamiento de las últimas semanas es lo de menos. Los cardenales morados de la piel, tampoco. Ignorados, permanecemos sombríos y anónimos, registrados en listas confidenciales, postergados por el olvido al mismo fin de aquellos que quedaron en las calles o regimientos atravesados por los corvos. Por eso un cosquilleo refrescante nos envalentona. Alguien silva despacito un himno que conocemos y cantamos numerosas veces: “en el día que yo muera... mi lugar lo ocupas tú...” [...]. Caídos, deshabitado el lugar que ocupábamos en la vida accionando nuestra palanca, esas sombras fugaces animadas ante el catalejo nos inyectan su savia y las pulsaciones de su existencia. Existimos de nuevo. Compañeras de años. Compañeras de hambres, huelgas, de festín en día de pago. Allí están empeñando energías por la libertad. Arriesgan también el carcelazo. Pero están. Se agrupan decididas en las proximidades del Chile. (Carrasco, 1977, párr. 14-15).

Sin embargo, los esfuerzos de los sujetos para pensar en algo más que no fuera el cuerpo vejado, el dolor sobre el mismo, la sensación de ajenidad no hacía fácil la tarea de reconfiguración subjetiva. La permanente insistencia en los lazos colectivos que se rastrea en los testimonios evidencia, al mismo tiempo, su fragilidad y el temor que tenían los sobrevivientes de la destrucción de estos, así como la responsabilidad que se imputaban a sí mismos de resguardarlos como semilla de futuro. Según Peris Blanes, este "esfuerzo semántico" puede captarse en varios de los testimonios,

entre ellos el de Rodrigo Rojas¹³ en *Jamás de rodillas. Acusaciones de un prisionero de la junta militar fascista* (1974), en el cual, si bien el texto

se abastecía de la experiencia personal del autor, narrada cronológicamente en primera persona, hacía saltar continuamente la voz narrativa del singular al plural, no solo en las descripciones de las actividades realizadas colectivamente, sino también en las que hablan de reacciones subjetivas ante los acontecimientos. (Peris Blanes, 2008, p. 115).

En su estadía en el Estadio Nacional, a donde primero fue conducido, Rojas se refiere al tratamiento de tortura al que fue sometido al igual que sus compañeros:

Como consecuencia del trabajo del "equipo de ablandamiento", varios prisioneros no podían caminar y sus compañeros debían llevarlos en sillas de manos. Otros fuimos conducidos, antes de llegar al Estadio, al hospital de campaña para algunas curaciones elementales. Allí, pudimos comprobar las maravillas de la terapéutica castrense; yo tenía los testículos hinchados y sangrantes, hematomas en todo el cuerpo, la cabeza me zumbaba como colmenar. Para curar todo ello, recibí de una agraciada enfermera militar [...] dos tabletas de vitamina C. (Rojas, 1974, p. 19).

En su condición de militante destacado del Partido Comunista, la narrativa de Rojas está pautada por hechos que señalan las actitudes heroicas de él y de muchos de sus compañeros, y el

13 Rodrigo Rojas trabajó desde 1961 a 1969 en el órgano teórico del Comité Central, Principios, y en la Comisión de Relaciones Internacionales del Partido Comunista Chileno. Formó parte de la delegación encabezada por Luis Corvalán, que participó en la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros en Moscú. Desde septiembre de 1972 al 11 de septiembre de 1973, actuó como asesor de difusión y propaganda del presidente Salvador Allende. Estuvo detenido en el Estadio Nacional y en varios campos de detención clandestina.

espíritu inquebrantable que mostraron frente a la tortura y a la amenaza constante de muerte, el cual se alimentaba en un ideario compartido y en la certeza de la solidaridad internacional que se fraguaba en torno a Chile y a la causa de la Unidad Popular:

Al llegar a las salas de tortura íbamos enteros y firmes: teníamos la certeza de que no estábamos solos, de que el mundo conocía la tragedia de nuestro pueblo y de que no estábamos aislados. El cálido aliento de la solidaridad, la mano fraterna de los antifascistas del mundo, se extendía hacia y sobre nuestra patria atormentada, atravesando los muros de las prisiones y rodeando con un hálito de entereza a los que enfrentaban a los pelotones de ejecución. (Rojas, 1974, p. 31).

Al no conseguir que Rojas declarara lo que los militares pretendían imputarle respecto a que era un espía de la Unión Soviética o un ideólogo del inexistente Plan Z (con el que supuestamente "se eliminaría a todos los altos mandos de las instituciones armadas"), procedieron a interrogarlo y a acusarle de lo que él consideró "una honrosa imputación: activista del comunismo a través de la prensa" (p. 32). Frente a esto Rojas relata en su texto:

Y todos los interrogatorios siguientes se centraron en eso. Me sentía como pez en el agua. Comencé diciéndoles que si ser activista del comunismo a través de la prensa significaba usar ese medio de comunicación para dar a conocer al pueblo la política del Partido Comunista de Chile y la política del movimiento comunista internacional, reconocía que, en efecto, su acusación era correcta, que yo era un activista del comunismo a través de la prensa o, mejor dicho, que había tratado de serlo en la mejor forma posible. Esa fue la única "confesión" que me arrancaron y la única "declaración" que firmé en las cámaras de torturas del Velódromo del Estadio Nacional. (p. 32).

En esta misma dirección, algunos relatos incorporaron fragmentos de testimonios pertenecientes a otros prisioneros con el

fin de mostrar que, aunque se aludía a una experiencia personal, esta tenía lugar dentro de una experiencia colectiva. En *Prisión en Chile*, Alejandro Witker (1975) iniciaba cada capítulo con un aparte del testimonio de alguno de los prisioneros escuchados en el campo de concentración (Peris Blanes, 2009b, p. 150). Desde la misma introducción de su libro, Witker muestra tanto la intencionalidad de su testimonio en el orden político, como la inscripción de su experiencia en el reservorio de héroes/mártires pertenecientes a la izquierda que dieron su vida por un proyecto que, para él, encuentra raigambre en lo nacional y en lo popular:

Desde el exilio, siento el rumor lejano del sufrimiento de mis compatriotas que aún permanecen en los campos de concentración y el eco de las palabras de Fernando Álvarez Castillo: “Tienes la obligación moral y política de hablar...”. Y hablaré. Serán estos relatos de la represión en Chile un testimonio vivo de 356 días de experiencias compartidas con otros miles de chilenos. Como nunca, conocí la grandeza de mi pueblo, su capacidad increíble para sufrir sin apagar jamás en su espíritu el fuego que encendiera el verbo y el ejemplo de Salvador Allende y sus partidos. En este tiempo, intensamente vivido, comprobé la hondura de las raíces nacionales y populares de la izquierda chilena y el flujo de la fuerza moral que sobre el pueblo proyectan sus héroes: Salvador Allende, José Tohá, Arsenio Poupin, Miguel Enríquez, Alberto Bachelet, Carlos Prats, Enrique París, Víctor Jara, Arnoldo Camu, Eduardo Paredes, Isidoro Carrillo, Danilo González, Fernando Álvarez, Ricardo Lagos Reyes, Reinaldo Poseck, Pedro Ríos, Augusto Olivares, y tantos otros que en las fábricas, minas, haciendas, universidades y poblaciones están presentes con sus voces subterráneas llamando a la unidad, a la organización y a la lucha. (Witker, 1975, párr. 30-31).

Así mismo, Witker insiste en que buena parte de su entereza en los momentos difíciles se debe a su pertenencia al Partido Socialista y habla desde una voz colectiva:

Finalmente, queremos expresar gratitud al Partido Socialista de Chile, que nos formó, le dio sentido a nuestra vida, nos enseñó a luchar y nos templó el espíritu con el ejemplo de sus forjadores, de sus dirigentes y su militancia leal y fraterna. Fue la conciencia partidista y la solidaridad socialista una fuente inagotable de energía y esperanza revolucionaria en las horas más negras y los días más largos del cautiverio. Los socialistas sabíamos que éramos hombres y mujeres del partido de Allende y teníamos la obligación de comportarnos como tales, y ese deber fue cumplido. (Witker, 1975, párr. 38).

Witker expresa también el deseo de contribuir con el proyecto político de su partido por medio de las ganancias de su publicación:

El autor del presente testimonio ha resuelto destinar los ingresos que provengan de su edición como una modesta contribución, desde el exilio, a la dirección de nuestro partido, que, radicada en el interior de Chile, estimula a la militancia y a los trabajadores con el ejemplo de su consecuencia y lealtad revolucionaria. (Witker, 1975, párr. 39).

Cuando Carrasco y otros de los prisioneros son trasladados del Estadio Chile hacia el campo de Chacabuco, este se refiere al despliegue hecho por los militares con intención de escarmiento obligando a los prisioneros a marchar por las calles, seguidos por la mirada de la multitud que se agolpaba a su paso, en una especie de espectáculo de circo en el cual los captores parecían decirle al público:

¡Espectáculo único en su género, señoras y señores! ¡Todo gratis, para grandes y chicos, respetable público! ¡Y aprendan la lección! ¡Si entre Uds. hay rotería marxista, mire su futuro aquí, jodido entre nuestras lustrosas botas! ¡Perros marxistas! ¡Inmundicia! ¡Cloaca! ¡Mierda! ¡Sí, señoras y señores! ¡Sí, respetable público! (Carrasco, 1977, párr. 17).

No obstante, según el autor, este consigue leer en los rostros y en los gestos de la mayoría de las personas más solidaridad que repudio, lo cual lleva a que la intencionalidad de los victimarios se transfigure y les haga optar por hacer los traslados de manera clandestina:

Nuestra gran familia, íntegra, llena las calles. Esa marcha triunfal organizada para escarmiento ciudadano, tornó su significación ostensiblemente. Cien kilómetros con los presos. Cien kilómetros de repudio a la opresión. Así lo apreciamos nosotros inflamados de orgullo. Así lo apreció la Junta que atrasó mediodía nuestro desembarco en Antofagasta, tachó una repetición de la gran caravana por las principales calles de la ciudad, nos sacó clandestinamente una madrugada, apiñados en un trencito de trocha angosta, eludiendo publicidad y reptando sin pitazos al desierto negro amarillento de la pampa salitrea. (párr. 18).

Puede decirse entonces que varios de los testimonios, a la vez que describen los mecanismos impuestos por la violencia estatal y sus impactos sobre las subjetividades a través del suplicio corporal, dan cuenta de las maneras como los sujetos consiguieron procesarla, y dejan a la luz los proyectos políticos que encarnaban y una mirada particular sobre las afecciones de la violencia y las formas de resistencia, organización y sobrevivencia de los prisioneros políticos.

En las páginas introductorias al libro de Carmen Rojas (Nubia Becker), se deja establecido el vínculo de su propia experiencia con un proyecto generacional y una apuesta inscrita en sujetos colectivos como el MIR y el pueblo chileno en general:

En esos años cayeron muertos centenares de militantes de la izquierda, desaparecieron miles de compañeros y fueron apresados y torturados una multitud de miristas, que en conjunto constituían una generación que se venía gestando con nuevos bríos desde la

década anterior, y que logró crear una propuesta bella y revolucionaria para Chile [...]. Se trata, en definitiva, de ir escribiendo una historia que no solo es la historia del MIR sino de las luchas y esperanzas del pueblo chileno, una historia fantástica, como lo es toda historia verdadera. (1988, pp. 7-8).

Cuando se refiere a sus vivencias en la prisión de Tres Álamos, que marcará su paso final como detenida de la dictadura, Rojas alude a su experiencia como mujer y se apropia, a través de la figura del nosotros, de otras subjetividades de mujeres que con ella compartieron el cautiverio, catalogándola como una experiencia personal dolorosa, pero señalando también la posibilidad de su resarcimiento a través de su procesamiento en el marco de adscripción a una comunidad política:

Ya por ese tiempo, la ausencia de nuestros hijos y de nuestras parejas nos pesaba. Una tristeza difusa y persistente nos angustiaba a muchas. A veces nos desesperábamos y llorábamos solas, por la noche. Sufríamos males reales e imaginarios que a veces nos producían disturbios hormonales y dolores imprecisos y, de repente, nos enmudecíamos por días. La mayoría superó estas cosas; pero con dolores grandes, haciéndonos más sensibles, más perceptivas, más poéticas. Sublimábamos mucho nuestras penas y carencias, y también las racionalizábamos, dándonos una multitud de argumentos políticos e invocándolos como talismanes para explicar lo inexplicable. (1988, p. 93).

Las voces referidas a la dimensión colectiva de las subjetividades encuentran resonancias especiales con los relatos sobre el campo de concentración de Chacabuco, situado en el desierto de Atacama, en donde funcionaba una salitrera declarada por Allende monumento nacional y posteriormente transformada, entre noviembre de 1973 y abril de 1975, en "prisión para obreros, campesinos, intelectuales, dirigentes políticos, profesores, estudiantes, artistas, médicos, periodistas" (Zamorano Silva, 2012). Por este

lugar se calcula que pasaron alrededor de tres mil personas; allí los prisioneros llevaron a cabo un sinnúmero de actividades para preservar las identidades políticas nucleadas mayoritariamente alrededor de los idearios de la Unidad Popular (Zamorano Silva, 2012).

Witker, quien estuvo en Chacabuco, destaca la capacidad organizativa allí desplegada como una de las características de la idiosincrasia chilena:

Uno de los rasgos más característicos del pueblo chileno es su notable experiencia organizativa. Los presos de Chacabuco confirmaron esas virtudes sociales. Se creó una completa organización administrativa encargada de enfrentarse a una infinidad de problemas derivados de las necesidades materiales y espirituales de casi un millar de gentes. En cada pabellón se designó un jefe encargado de representarlo en una junta que fue llamada Consejo de Ancianos. La curiosa denominación se debió al hecho de que en un primer tiempo los militares exigieron que esos cargos recayeran sobre las personas de más edad de cada pabellón. Posteriormente se desestimó este requisito a petición de los presos. (Witker, 1975, párr. 40).

En un editorial de la publicación *Barco de Papel*, se hace la siguiente referencia a algunas de las vivencias que tuvieron lugar allí:

Ahí los ‘prisioneros de guerra’ sufrieron el maltrato y el escarnio de los asesinos del Presidente Allende; pero también se organizaron para resistir las presiones, mantener la salud mental y la moral en alto. Los presos políticos formaron un Consejo de Ancianos que les dirigía y se impartieron cursos de alfabetización, de enseñanza básica, media, superior y también de idiomas. Hicieron un Policlínico y un Diario Mural. Había un coro, grupos musicales y un conjunto folklórico creado por Ángel Parra. Los nuevos chacabucanos tallaban, hacían teatro y escribían. Hacían deportes, vivían. Quisieron humillar a los vencidos y éstos —en medio del terror y el trabajo forzado— respondieron con el arma que la clase obrera chilena comenzó

a utilizar en esa misma pampa: la organización. De esta organización surgió el 'Festival de la Poesía y la Canción de Chacabuco'. Todos los prisioneros fueron llamados a participar y alrededor de cincuenta poemas fueron presentados. Los artistas plásticos del Campo hicieron afiches, en los cuales se veía una golondrina volando sobre la alambrada; también confeccionaron el diploma que cada autor recibió por su trabajo. ("Editorial", 1979, p. 32).

Carrasco también menciona cómo los oficiales a su cargo acogían, así fuese con reservas, las formas organizativas gestadas en Chacabuco por los prisioneros políticos:

Consolidada la autoridad del Consejo de Ancianos, los oficiales de seguridad concurrían invitados a una de sus sesiones cuando llegaban. Allí definían su política para con los presos y se enteraban ordenadamente de nuestras actividades. Les sorprendía la vitalidad y organización de estos hombres separados de la sociedad. Sus creaciones infatigables, el remedo de ciudad normal allí trasplantado con ingenio en vez de descabezamiento humano. (Carrasco, 1977, párr. 39).

Jorge Montealegre, quien afirma haber iniciado su carrera poética en Chacabuco, fue premiado en el festival que tuvo lugar en este campo. En el 2014 estuvo en Colombia participando en el festival de poesía que acontece hace varios años en Medellín. En el sitio web del festival se reprodujo una entrevista hecha por Alejandro Lavquen a Montealegre, en la cual se le pregunta por la incidencia que tuvo en su trabajo poético el haber sido preso político, frente a lo cual este respondió:

Comencé a escribir en el campo de prisioneros de Chacabuco, con la experiencia del Estadio Nacional fresca en cuerpo y alma. Mis primeros versos nacieron en una atmósfera de solidaridad, de estímulo fraterno, que determinó las referencias de mi escritura. La atmósfera chacabucana, de dolor y esperanza, fue iniciática. Dejó una marca

ética más que estética. De la experiencia con la prisión y los prisioneros quedó una mezcla extraña de horror y ternura. El encierro, el desierto, el cemento son parte de un imaginario que perdura y se transfigura. El poeta que nace en cautiverio muere en cautiverio. La prisión, como el exilio, no es un lugar que se abandona. Se lleva para siempre. Aparece y desaparece. Nos visita y se visita. (Lavquen, 2003b, párr. 4).

Por su parte, Carrasco, al ser traslado a Tres Álamos, menciona cómo quienes procedían de Chacabuco, como él, replicaron las formas organizativas allí gestadas en la búsqueda de evitar respuestas individuales a la violencia estatal:

Rudimentariamente organizados por cabañas, poco a poco íbamos terminando con la imposición de responder individualmente por las cosas buenas y colectivamente por las malas. Elegidos los representantes de las cabañas, éstos podían entenderse a nombre de todos los presos con los carceleros. Manteníamos la unidad necesaria conteniendo las constantes ofensivas divisionistas. El estudiado favoritismo a los más débiles o el reiterado llamado a: "trabajos voluntarios" de los impacientes. A través del propio Consejo nos encargábamos de la distribución proporcional de obligaciones y del mantenimiento de algunos fondos de alimentos, dinero, especies, donados por los que recibían más para suplir mínimas necesidades de los que recibían menos o no recibían nada de sus familiares. (Carrasco, 1977, párr. 29).

Otra expresión referida a la dimensión colectiva de las subjetividades la encontramos en el documental *Calle Santa Fe* (2007) de Carmen Castillo¹⁴, militante del MIR, en el que alude a una carta de su madre, la escritora Mónica Echavarría, en la cual la interpela

14 Carmen Castillo es cineasta y documentalista chilena. Militante del MIR y segunda esposa del dirigente Miguel Enríquez, con quien se encontraba en el momento en que allanaron su casa. Después de un enfrentamiento con la DINA, Miguel resultó asesinado y ella, herida, fue obligada a salir al exilio una vez se recuperó. Actualmente es profesora de historia e investigadora en el Centro de Investigaciones de

para dejar atrás las vivencias dolorosas ocasionadas por la dictadura, el asesinato de su esposo Miguel Enríquez y de tantos otros muertos, instándola a situarse, en su lugar, en el mundo de los vivos: "Cuando uno ha tenido la suerte de sobrevivir uno tiene que aprender a vivir, y tiene de una vez por todas que desprenderse de ese muerto, de todos los demás muertos", le dice su madre en la carta y agrega: "creo que todo lo que pasó vale la pena, para mí, pero le doy vuelta a la página, usted continúa en lo mismo, continúa en lo mismo, no me gusta". Frente a esta interpelación Carmen alude a la imposibilidad de "voltear la página", en un contexto en el cual los acontecimientos ocasionados por la violencia estatal no han sido tramitados debidamente, en el que todavía hacen falta muchos procesos de verdad, justicia y memorialización, pero que, al mismo tiempo, le lleva a renovar la antigua fuerza de la experiencia colectiva como posibilidad de reconfiguración subjetiva:

Pero cómo voltear la página. La realidad que le dio nacimiento a nuestro movimiento en los años sesenta no ha cambiado mucho. La misma injusticia social, igual opresión y desprecio por el sufrimiento. No sabemos todavía dónde se encuentran los cuerpos de los desaparecidos. Los criminales no han sido aún condenados. No hay avenidas ni plazas para honrar la memoria de los combatientes de la resistencia. Sin embargo, lejos de los proyectores algo emerge. (Castillo, 2007, 149:17).

Aunque *Calle Santa Fe* tiene como nudo narrativo lo relacionado con el asesinato de Miguel Enríquez, principal dirigente del MIR y compañero de Castillo, alrededor de quien se teje la historia personal de Castillo, protagonista de la trama fílmica, es un documental modulado por distintas voces, cuya narrativa se sitúa dentro de una historia colectiva en la cual se desgrana la represión contra los militantes de izquierda, la sevicia contra el MIR

como organización guerrillera que actuaba en la clandestinidad y las diversas expresiones populares a favor del proyecto de la Unidad Popular.

Castillo se mueve en distintas temporalidades que oscilan entre el tiempo anterior al golpe y la fuerza de los movimientos sociales en el marco de la Unidad Popular, y el golpe y sus secuelas, a través de imágenes callejeras y del momento posterior ubicado en la época de la transición chilena; dichas temporalidades son entretajadas con las de sus vivencias personales. Al referirse a la fundación del MIR menciona su conformación con jóvenes de distinta procedencia política nucleados alrededor del ideal de la revolución:

Nosotros, es decir los miristas, los militantes del MIR, una organización revolucionaria nacida en 1965. En el grupo fundador había estudiantes como Miguel, pero también sindicalistas, anarquistas, cristianos, trotskistas, éramos guevaristas, rechazábamos el modelo estalinista y como tantos otros jóvenes en el mundo inventábamos los caminos de la revolución. (Castillo, 2007, 11:33).

En el documental, Castillo muestra un ritual simbólico llevado a cabo en el 2005 en torno a los asesinados y desaparecidos en el Estadio Nacional de Santiago y señala la intencionalidad de la tortura sobre las subjetividades de los militantes:

Luego de las redadas masivas de los miles de prisioneros amontonados en el Estadio Nacional, la dictadura aplica la tortura sistemática contra toda persona detenida, la tortura ordenada como un reloj, para quebrar no sólo los cuerpos sino sobre todo la esencia humana de los militantes. (1:22).

A continuación, Castillo, a manera de *contramemoria* que interpela esta afirmación, incluye las palabras de Gladys Díaz, una de las figuras más destacadas del MIR, en torno al parque de Villa Grimaldi —constituido como Espacio de la Memoria— en

el cual funcionaba uno de los centros clandestinos más conocidos, en el que ella estuvo incomunicada durante 80 días. En el documental, mientras la cámara se concentra en el memorial erigido con los nombres de las víctimas, aparece un letrero que explicita que quien habla es Gladys Díaz, quien se refiere a la posibilidad que tuvo como sujeto de hacer una elección personal que le permitió oponerse al mandato que, a través de la tortura, le quiso imponer la dictadura:

Hubo un tiempo en el que este parque vivía la dicotomía total. Se mezclaban aquí el olor dulzón y perfumado de los rosales, con los efluvios de la carne asada, con los quejidos y los llantos. No puedo hablar en nombre de los otros prisioneros, cada experiencia es única y se enlaza con la vida de cada ser humano, la vida de antes. El anclaje en el cuerpo, en la cabeza, de esta situación en la que la muerte es a veces esperada como una liberación es para cada uno diferente. Y si todos tenemos esos filtros de la memoria, ninguno de ellos se parece. En la víspera al anuncio de mi muerte, las horas pasaban y en la lucha interna entre la luz y la sombra la luz se impuso. Ya no le tenía miedo a la muerte y supe, y esto para siempre, que ellos pueden encarcelarte, despedazarte, romperte los huesos, los tímpanos, abrirte la carne, electrocutarte, todo lo pueden, pero no quitarte la libertad si así lo decides. Mía fue la libre decisión de cada acto, de cada gesto, decidí libremente que no estaba derrotada y pude de esa manera tener un comportamiento victorioso. (Díaz, citada en Castillo, 2007, 1:23).

Estas palabras pronunciadas casi treinta años después evidencian, a su vez, el nuevo contexto marcado por la transición chilena y el predominio de políticas memoriales que van a desplazar los relatos que acentúan la experiencia desde la voz colectiva, como lo vimos, por ejemplo, en los textos tempranos de Carrasco, Rojas y Witker, para insistir en el filtro de la memoria individual, en el anclaje subjetivo entendido desde la singularidad

de la experiencia. Esto lo ha mostrado de manera magistral Jaime Peris Blanes en su análisis de los testimonios chilenos, al indicar cómo de la primera fase de denuncia que los caracterizaba, se va a pasar, en el periodo de la transición, a otra fase en la cual el centro es la víctima y su experiencia en el orden de lo individual (Peris Blanes, 2008).

La dificultad de transmitir *lo indecible* de las experiencias *límites* visibilizó el despliegue de otros lenguajes que permitieron la expresión de lo que resultaba inaprensible desde discursos coherentes, y mostraron tanto otras búsquedas, como la disputa en torno a la legitimación de otros lugares de enunciación. Así, la escritura poética, enmarcada en una amplia serie de producciones simbólicas, permitió a algunos de los sujetos "elaborar lo vivido en los campos desde otro lugar, ya no ligado a la comunicatividad del discurso, sino a una exploración de las posibilidades del lenguaje para dar cuenta de aquellas regiones que su uso cotidiano no podía enfrentar" (Peris Blanes, 2008, p. 77). En esta dirección se encuentra la narrativa de Aristóteles España¹⁵, internado el 11 de septiembre de 1973 en el centro clandestino de Isla Dawson, a la edad de diecisiete años, quien "escribió una serie de poemas en los que trataba de elaborar los efectos de la experiencia del campo en su propia subjetividad" (Peris Blanes, 2008, p. 76), *in situ*, es decir, en el mismo lugar en el que estaba recluido. Uno de estos poemas se denomina "Más allá de la tortura":

Me aplican corriente eléctrica en el cuerpo.
Soy un extraño pasajero en viaje a lo desconocido,
Arden mis uñas y los poros, los tranvías,
En la sala contigua golpean a una mujer embarazada,

15 Aristóteles España fue licenciado en Ciencias Políticas y Comunicaciones, Derechos Humanos y Guion Cinematográfico. Era presidente de la Federación de Estudiantes de Magallanes y dirigente regional de la Juventud Socialista en el momento de su detención, cuando fue trasladado de la Base Aérea de Bahía Catalina a Dawson junto con un grupo de 40 dirigentes políticos, sociales y juveniles de Punta Arenas. Falleció en 2011.

Las flores del amor y la justicia crecerán más adelante
Sobre las cenizas de todas las dictaduras de la tierra. (España,
1985, p. 39).

La serie de subterfugios a través de las cuales los prisioneros consiguieron que este tipo de producciones saliera de los campos evidencia sujetos que están dispuestos a retar, bajo circunstancias desfavorables, los procesos de disciplinamiento basados en el terror y abrir paso a su denuncia. En una reseña hecha por Myriam Carmen Pinto (2013) sobre los poemas escritos por España en prisión, se afirma lo siguiente:

Su poesía fue parte de la resistencia. En Dawson, escribía bajo la oscuridad de la noche. Una vez que conseguía lápiz y papeles. En pequeños pedacitos de papel escribía sus poemas, escondiéndolos para luego sacarlos del campamento de prisioneros, gracias a la valentía y buena voluntad de unos jóvenes soldados que hacían su servicio militar. Uno de ellos era un ex compañero de curso, y los otros, vecinos de barrio. Ocultos dentro de botas y ropajes militares, los poemas cruzaron mares y ríos hasta llegar al amparo de su madre, a quien le recomendaron no decir nada a nadie. A modo de seguridad, unas copias de los textos fueron resguardados por un sacerdote, quien los hace viajar nuevamente esta vez al encuentro de su padre autor, radicado en Argentina. Eran poemas prisioneros, poemas que denunciaban lo que nunca habíamos pensado sucedería alguna vez en nuestro país, lo inimaginable de lo imaginable. (párr. 25-27).

Los sujetos que acudieron a otro tipo de lenguajes, que incluyeron la poética o las expresiones que brindaba el lenguaje artístico, literario o cinematográfico, entre otros, para dar cuenta de las experiencias subjetivas del periodo de la dictadura expresan la convicción de que a través de ellos se tejen versiones que disputan el orden de lo establecido y, en esta dirección, pugnan porque sus narrativas alcancen un estatuto dentro de la memoria histórica.

Aristóteles España alude, en este sentido, al colectivo de escritores jóvenes que él lideraba en la década de los ochenta denominado NN, en una entrevista en la cual afirma:

fuiamos NN en el sentido de la marginalidad casi total, sin apoyo del mundo académico ni de becas ni trabajos públicos. Muchos fuimos dirigentes clandestinos de las juventudes opositoras a la dictadura. Habíamos estado en las cárceles siendo muy jóvenes, como Raúl Zurita, Jorge Montealegre, Mauricio Redolés, Heddy Navarro, Bruno Serrano. Nuestros refugios muchas veces eran la Biblioteca Nacional y los bares. Eso sí, creo que hicimos un aporte a la literatura escribiendo desde el miedo, desde el terror con textos que quedarán en la memoria histórica. (España, citado en Lavquen, 2003a, s. p.).

En otra ocasión, España indicaba las posibilidades de la poesía y el compromiso ético que asumió su generación con la palabra escrita:

La poesía es poderosa en el sentido de representar los vientos de la historia y de no sucumbir ante los cantos de sirena del poder de turno. En ese sentido, adquiere mayor fuerza en su expresión creadora durante los periodos de dictadura, sean de izquierda o derecha. Mi generación, junto con salir a las calles a luchar contra el tirano, mantuvo una actitud ética y de responsabilidad frente a la palabra escrita. (Pinto, 2013).

En este orden de ideas, es preciso considerar muchas de las expresiones llevadas a cabo por intelectuales y artistas plásticos, buena parte de ellos en el exilio, algunas de las cuales pueden ser rastreadas en las revistas culturales publicadas en el periodo, como *Araucaria* o *Revista de Literatura Chilena en el Exilio*, o los trabajos llevados a cabo por documentalistas como Patricio Guzmán y Carmen Castillo, entre otros. Así mismo, se encuentran los trabajos del movimiento La Escena de Avanzada (del que participaron

artistas, poetas, literatos, como Raúl Zurita, Guillermo Núñez, Diamela Eltit, Lotty Rosenfeld y Carlos Altamirano, entre otros), el cual surgió en la década de los setenta y contribuyó a promover una cultura antidictatorial que desafió los cánones establecidos en múltiples direcciones.

Es en el acercamiento dado por perspectivas de este tenor en donde se encuentran, para Richard (1998), las claves para la construcción de un saber crítico que posibilite la emergencia y el rescate de acontecimientos "a tono con lo más frágil y conmovedor de la memoria del desastre" (p. 50). En sus palabras:

Para desbloquear el recuerdo del pasado que el dolor o la culpa encriptaron en una temporalidad sellada, deben liberarse diversas interpretaciones de la historia y de la memoria capaces de asumir la conflictividad de los relatos y de ensayar, a partir de las múltiples fracciones disconexas de una temporalidad contradictoria, nuevas versiones y rescrituras de lo sucedido que trasladen el suceso a redes inéditas de inteligibilidad histórica. (p. 41).

Otras vetas narrativas: las nuevas generaciones

Las generaciones jóvenes de chilenos que hoy se enfrentan a las herencias del pasado dictatorial han debido tramitar de diversas maneras dicho legado y, en algunos de los casos, han abordado a través de la narrativa las problemáticas que de allí se desprenden relacionadas con búsquedas identitarias; con la necesidad de comprensión y de resignificación de los acontecimientos que rodearon el periodo dictatorial; las actuaciones de sus padres, madres, familiares o allegados; las formas como fueron objeto de la violencia estatal; y los silencios o nudos ciegos de la memoria individual, familiar o social frente a determinados acontecimientos.

Ricardo De Querol abordó esta problemática especialmente en lo referente a la producción literaria. En un artículo sobre la *Literatura de Hijos* (título que retoma el que uno de estos jóvenes, Alejandro Zambra, dio a uno de los capítulos de su libro *Formas de*

volver a casa, 2011), De Querol sostiene que "los jóvenes criados durante la dictadura de Pinochet ya son una destacada generación literaria y comparten una reconstrucción de la memoria entre lo íntimo y lo político" (De Querol, 2015, 13 de julio, párr. 1).

De Querol señala la existencia de un tipo de producción literaria marcada por rasgos comunes, dentro de la que se cuentan los trabajos de Zambra y de autores como Lina Meruane con su texto *Cercada* (2000, 2014) que alude a la relación entre los hijos de un torturador y los de sus víctimas; Nona Fernández en *Space Invaders* (2013) cuenta una historia sobre los niños que crecieron en la dictadura; Rafael Gumucio con *Memorias prematuras* (2010), que se centra en el autorretrato de un adolescente que vivió entre Chile y París arrastrado por el fracaso de sus padres izquierdistas exiliados; Alia Trabucco con *La Resta* (2015 [1983]), en donde los personajes buscan desprenderse de su pasado en la obra, pues, según aseguró su escritora en una entrevista con EFE, ella

se despega de otros discursos que han sido más dominantes en relación con cómo hablar de la dictadura, como por ejemplo la nostalgia. El objetivo de la escritora es "alejarse" de este sentimiento "para lidiar con otros, como el humor, con la ironía e incluso el resentimiento". (Montoya, 2015, párr. 2-3).

Al comienzo de su artículo De Querol subraya los aspectos que considera comunes en este tipo de narrativas y en los jóvenes que las vehiculizan:

Los nacidos en los años setenta y ochenta, que eran niños durante la represión, a los que sus padres protegían callando antes que compartiendo, son hoy una destacada generación de narradores. Su mirada tiene puntos en común: el primero es un intento de rellenar los huecos que dejaron esos silencios. Lo autobiográfico tiene así un fuerte peso en sus obras, en las que la memoria pasa de lo íntimo a lo político. Tienen una visión crítica de la transición a la democracia

en su país. Coinciden en el gusto por el cuento o la novela breve. Y abundan algunos rasgos estilísticos: muchos ejercen una prosa directa, casi cinematográfica, de frases cortas. Pero también se ven influencias de la poesía y del vanguardismo, formatos arriesgados. En algún caso, el minimalismo se lleva al extremo. (De Querol, 2015, párr. 2).

En este punto es importante resaltar cómo los acontecimientos de la dictadura chilena y la serie de problemáticas conexas a ella dejaron huellas en el plano subjetivo en toda una cadena intergeneracional que, en distintos grados, se vio afectada en sus formas de pensarse como sujetos, en el plano tanto individual como colectivo, y en las maneras de situarse frente a los acontecimientos políticos, rasgos que las narrativas testimoniales dejan entrever en los múltiples trabajos de configuración y reconfiguración subjetiva llevados a cabo en torno a esta problemática. Pasadas más de cuatro décadas del golpe, sus incidencias sobre el tejido social chileno y sobre las subjetividades siguen mostrándose como una herida que en muchos de sus bordes debe continuar siendo resanada y cuyos signos emergen a través de diversos trazos de la memoria. En el 2013, en la Pontificia Universidad Católica de Chile se llevaron a cabo unas jornadas denominadas *En el país del nunca jamás. Narrativas de infancia en el Cono Sur*, en cuya presentación se reflexiona sobre cómo

las representaciones y perspectivas infantiles han cobrado terreno en los últimos años en Chile, tanto en el ámbito de la historia como de la literatura, en que voces y experiencias antaño descalificadas o minimizadas por su subalternidad comienzan a ser atendidas. La infancia es visibilizada hoy también desde una perspectiva política en el Cono Sur, no sólo por la histórica desprotección y fragilidad social en que viven niños y niñas, sino también tras las experiencias dictatoriales que dejaron marcas persistentes en varias generaciones. Los relatos "de lo(a)s hijo(a)s",

llamados también "de segunda generación" y vinculados con el concepto de posmemoria, ocupan un lugar relevante en la filmografía y la producción poética y narrativa de Chile, Argentina y otros países que pasaron por crisis políticas, económicas y sociales de esta naturaleza. (Instituto de Estética, 2013, párr. 1).

En el cine chileno han tenido lugar las narrativas de las generaciones que, si bien no participaron de manera directa en los hechos desencadenados durante la dictadura, sí cargan con una herencia histórica que ha configurado sus vidas en torno al exilio, las ausencias o la clandestinidad. Algunos de estos relatos de la *segunda generación* intentan situar a la primera desde una reconstrucción de los hechos del pasado violento, como el cortometraje *Detrás del humo* (2012) dirigido por Arnaldo Rodríguez; otros relatos se acercan tanto a las vivencias de la infancia, como a las miradas de los hoy adultos, quienes mantienen un vínculo con su pasado que siempre amenaza con romper la cotidianidad. Por ejemplo, el cortometraje *Topo Gigio is dead* (2011) de David Miranda Hardy, un proyecto elaborado a través de la modalidad *crowdfunding*, presenta el encuentro en Filadelfia de dos personajes pertenecientes a la segunda generación: Daniela, hija de un detenido por razones políticas y torturado durante la dictadura y, Tomás, hijo del médico que torturó al padre de Daniela. Ambos se conocen cuando ella asiste al funeral de Tomás Díaz (padre) y allí empieza una relación conflictiva en la que ella le recrimina por lo que le pasó a su padre y él alega los vínculos del torturado y sus actividades. También sobresalen otros cortometrajes como *Partir* (2012) de Cecilia Otero y *Adiós General* (2014) —o *Adieu Général*, su título original— de Luis Briceño.

Por otra parte, el corto animado *Historia de un oso* (2014), dirigido por Gabriel Osorio y producido por Patricio Escala, ganador del Premio Oscar en su categoría, se acerca al drama de la ruptura familiar a la que un oso y su familia son expuestos después de que este es detenido en su casa, maltratado y obligado a trabajar

dentro de un circo. Para Osorio el circo representa la metáfora del exilio, una situación que se encuentra enlazada con su historia personal, pues su abuelo —Leopoldo Osorio, militante del Partido Socialista— tuvo que partir a Inglaterra en 1975 después de haber permanecido detenido durante dos años. Respecto a su experiencia, Osorio relata:

Yo no entendía muy bien qué era esto de la política que le impedía estar con la familia. Fue una cosa muy tremenda, porque por un hecho político, ajeno, mi familia quedó desmembrada. Ese es el mensaje que quise transmitir con el cortometraje, de algún modo. Que no hay nada que valga para separar a una familia. (Perasso, 2016, 29 de febrero, párr. 11).

Además del cine, las narrativas de la infancia también han tenido lugar en la literatura infantil y juvenil. Aunque en el 2013 la escritora María José González de la Fundación Había Una Vez señalaba, en una intervención para las Jornadas de Estética de la Pontificia Universidad Católica de Chile *En el país del nunca jamás. Narrativas de infancia en el Cono Sur*, que en Chile las publicaciones de libros infantiles en los que se hace referencia al golpe militar de 1973 y a la dictadura son limitadas, en ese mismo año y en los posteriores este número ha ido en aumento. El único ejemplo referenciado por González como literatura es *La composición* (2000) de Antonio Skármeta y Alfonso Ruano, uno de los textos de mayor renombre y difusión en este género. *La composición*, un cuento cuya primera versión circuló desde 1981, muestra cómo desde las escuelas y a través de los niños se ejercía vigilancia sobre las familias:

En 1981, circuló por primera vez entre los exiliados en Venezuela el cuento *La composición* escrito a su vez por un exiliado en Berlín (Antonio Skármeta) y publicado por un diario venezolano. Su inspiración, provocada por el escándalo que lo embargaba, eran los

decretos firmados por Pinochet que instaban a los profesores, a los directores de escuelas y liceos y a los padres a averiguar las tendencias políticas de alumnos y familias y a denunciarlos. Desde ese momento, las editoras de Ekaré, una editorial independiente fundada en Venezuela en 1978 por una exiliada chilena y una exiliada guatemalteca, se propusieron hacer un libro ilustrado en la colección *Así vivimos* que, según las editoras, "intenta contar historias de niños enfrentados a asuntos que habitualmente se encuentran en el coto cerrado de los adultos". (González, 2013, p. 4).

Hacia finales de 2013 se publicó la novela *La bicicleta mágica de Sergio Krumm* de Marcelo Guajardo. La trama propuesta por Guajardo se desenvuelve en 1986, cuando un grupo de amigos encuentra fotografías en un taller de bicicletas y se proponen conocer la historia de quien está en ellas, como desenmarañando un misterio. Esta historia hace referencia a la desaparición, en 1974, de Sergio Tormen, un reconocido ciclista chileno quien fue detenido junto con su hermano Peter Tormen en un taller de bicicletas donde instantes antes había sido capturado otro ciclista: Luis Guajardo. Peter fue liberado, pero Luis y Sergio continúan desaparecidos. *La bicicleta mágica de Sergio Krumm* también se enlaza en la realidad cuando en 1987 el hermano de Sergio compete con la bicicleta del desaparecido y gana la Vuelta a Chile; en la novela son los niños los encargados de convencerlo de competir. El relato se centra en las búsquedas del grupo de amigos y sus hallazgos:

Lo que descubren son palabras nuevas, que los sacarán de la plácida vida de barrio. Significa conocer la palabra Policía Secreta: "Algunos de nosotros sabíamos de la existencia de la Policía Secreta —leemos—. Nuestros padres nos habían contado, muy a regañadientes, algunas de sus tropelías, siempre con sigilo y en la seguridad de nuestra casa y advirtiéndonos que no tocáramos el tema en otro lugar". Y significa conocer una palabra todavía peor: detenido desaparecido. La

bicicleta mágica de Sergio Krumm no es un relato lastimero. Al contrario [...] logra conmover y divertir con las aventuras de la pandilla de amigos, quienes se esforzarán por ver nuevamente la bicicleta de Sergio Krumm compitiendo, pero esta vez montada por el hermano pequeño del ciclista desaparecido, Peter Krumm. Los niños darán un ejemplo a los adultos, alzándose contra la indiferencia y el olvido. (Espinosa, 2014, párr. 3).

Entre otras obras de literatura infantil y juvenil es posible señalar *Un diamante en el fondo de la tierra*, un libro ilustrado publicado en el 2015 que entreteteje el texto del escritor colombiano Jairo Buitrago con las ilustraciones del chileno Daniel Blanco Pantoja en una historia que recaba en los recuerdos de un abuelo interpretados desde la mirada del niño, quien presenta algunos detalles con la simpleza (no así facilidad) de la voz infantil:

A mi abuelo lo subieron a un camión con otras personas. Pero eso no me lo contó él, me lo contó mi mamá. Si la profesora me pregunta, le diré que mi abuelo tiene marcas en sus muñecas. Le quedaron cuando lo ataron a ese camión. Podrá venir a la escuela y mostrársela a mis compañeros. (Buitrago y Blanco, 2015).

El relato que presentan Buitrago y Blanco es también una manera de develar las razones que explican el comportamiento taciturno, aislado y melancólico del abuelo, un hombre a quien le es difícil explicar su situación. En una reseña de la obra, Diego Muñoz expresa la manera como un ejercicio de clase propuesto por la maestra —"La profesora nos dijo que habláramos con nuestros abuelos si estaban vivos, y contáramos sus historias" (Buitrago y Blanco, 2015)—:

[...] muta en una potente galería de imágenes e historias que se contraponen al hilo principal. Abuelos que atravesaron enfurecidos mares, que conquistaron "enormes montañas", que escalaron árboles

gritando demencialmente bajo la mirada molesta de sus familiares y que pidieron matrimonio en noches llenas de amor y pirotecnia, se van alternando para dejarnos entrever la historia de los abuelos del protagonista: de él, sabemos que está vivo, fue un muralista que hoy está lejos de su país, no sabe nada sobre el paradero de su esposa y dedica sus días a mirar por la ventana. De ella, sabemos que ayudaba al abuelo cuando pintaba los murales. Un día llegó la policía a su casa y se la llevó. (Muñoz, 2016, párr. 3).

Una sola muerte numerosa¹⁶: algunas narrativas argentinas

La revolución deja pocas horas / para recorrer
la vida con la yema de los dedos. / O tal vez ellos
no han sabido.

MIGUEL BONASSO

Fernando Reati¹⁷ llevó a cabo una tesis doctoral sobre literatura y violencia política en Argentina durante su exilio en Estados Unidos, la cual dio pie a la publicación del libro *Nombrar lo innombrable* (1992), en el cual aborda como objeto la violencia política y la novela argentina entre 1975 y 1985, y analiza textos como *La larga noche de Francisco Sanctis* (Costantini, 1984), *Luna caliente* (Giardinelli, 1984), *Cuarteles en invierno* (Soriano, 1982), *El mejor enemigo* (López, 1984), *Recuerdo de la muerte* (Bonasso, 1984), *De dioses, hombrecitos y policías* (Costantini, 1979), *El beso de la mujer araña* (Puig, 1976), *Con el trapo en la boca* (Medina, 1984) y *Cola*

16 Texto extraído del libro *Una sola muerte numerosa* de Nora Strejilevich (1997).

17 Fernando Reati es profesor de literatura. Militante de la Juventud Universitaria Peronista. Fue apresado en septiembre de 1976 y llevado a un centro de detención clandestino donde fue torturado para ser después legalizado y reconocido como preso, aunque sin condena, juicio o acusación, como les sucedió a otras personas. Permaneció por cuatro años bajo prisión y después de su liberación se radicó en Estados Unidos en donde adelantó estudios en literatura y se dedicó al tema de los derechos humanos.

de lagartija (Valenzuela, 1983). En la introducción a este texto, Reati alude a la tensión permanente que se establece entre el hecho histórico y su representación literaria, y la potencia de esta para comprender la sociedad de la cual emerge:

La relación entre un hecho histórico y la ficción que pretende representarlo, recordarlo o aludirlo es una suma de préstamos y resistencias mutuas [...]. Lo literario es siempre un objeto históricamente determinado y determinante, un resultado y un generador, y por sobre todo una manera de aproximarse a la sociedad que lo ha engendrado. (1992, p. 15).

En un trabajo posterior, Reati (2004) señala que la elaboración del trauma sufrido por los sujetos requiere de un tiempo de procesamiento que se puede apreciar en la narrativa testimonial. Según él, las narrativas escritas en los años ochenta están marcadas por las representaciones públicas (oficiales y no oficiales) sobre el pasado reciente y ello se percibe en la obra escritural:

Aquellos testimonios carcelarios de los 80, de intención mayormente política y denunciatoria, estaban constreñidos por la necesidad de la auto-justificación y la autodefensa frente a una memoria colectiva no siempre favorable a ellos en aquel momento, lo cual los obligaba a moldear su memoria de lo ocurrido en medio de un contexto social que todavía negaba en gran medida los prolongados efectos traumáticos de lo ocurrido. (2004, p. 107).

Cuando ha pasado un mayor tiempo de la experiencia traumática los escritos cobran mayores posibilidades narrativas y potencian mejor la reconfiguración subjetiva de sus autores, en la medida en que las vivencias se articulan dentro de una historia de vida. En este sentido, Reati alude a relatos testimoniales escritos en los años noventa por personas que estuvieron en cárceles, en centros clandestinos de detención o en el exilio, en los cuales se pone en juego el recurso ficcional para dar solución a algunas de

las encrucijadas que enfrentaron los sujetos al procesar y comunicar sus vivencias sobre la violencia política. En este abanico de producción el autor analiza *Memorias del río inmóvil* (2001) de Cristina Feijóo; *A fuego lento* (1993) y *Mala junta* (1999) de Mario Paoletti; *Calle de las Escuelas n.º 13* (1999) de Martín Prieto; *Detrás del vidrio* (2000) de Sergio Schmucler; *Bajo el mismo cielo* (2002) de Silvia Silberstein; y *Una sola muerte numerosa* (1997) de Nora Strejilevich.

Hacia mediados de la década de los noventa la narrativa argentina pasa a enfocar al sujeto víctima de la violencia, más que en su condición de desaparecido, como militante y a visibilizar a los sobrevivientes. En ese contexto, las preguntas por la identidad y las particularidades de la experiencia dan lugar al surgimiento de una narrativa testimonial femenina que, como dice Davidovich, "busca reflejar las especificidades de género de la experiencia concentracionaria y carcelaria en manos de las Fuerzas Armadas" (2014, p. 59). Al respecto, la autora alude al *boom* de testimonios escritos por mujeres durante el periodo, dentro de los cuales resalta:

M. Actis, G. Aldini, L. Gardekis, M. Lewin, E. Tokar, *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001; Noemí Ciollaro, *Pájaros sin luz. Testimonios de mujeres de desaparecidos*, Buenos Aires, Planeta, 1999; Laura Giussani, *Buscada. Lili Massafiero: de los dorados años cincuenta a la militancia montonera*, Buenos Aires, Norma, 2005; Adriana Robles, *Perejiles. Los otros montoneros*, Buenos Aires, Colihue, 2004; Mari-sa Sadi, *Montoneros. La resistencia después del final*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2004; Gabriela Saidon, *La Montonera. Biografía de Norma Arrostito*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005; Cristina Zuker, *El tren de la victoria, una saga familiar*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003; *Nosotras, presas políticas*, Buenos Aires, Nuestra América, 2006; La Lopre, *Memorias de una presa política*, Buenos Aires, Norma, 2006. (Davidovich, 2014, p. 21).

Los suplicios corporales

El miedo a la muerte —experimentado en carne propia o a través de las experiencias de los otros— se manifiesta de manera recurrente en los relatos, cuando el cuerpo es el blanco sobre el que recaen las posibilidades del accionar represivo. En esta lógica, la tortura es uno de los métodos represivos que más generan terror en los sujetos y la amenaza de su ocurrencia —cuyo límite extremo es la muerte— constituye uno de los elementos persistentes en las narraciones, pues en esta se halla inminente la probabilidad del derrumbe del sujeto, con todas sus consecuencias de enajenación, de delación, de pérdida de identidad. "Después de la tortura empieza el tiempo muerto, el tiempo de la muerte, de sentir la muerte acercarse, bailar alrededor", escribe Graciela Fainstein¹⁸ en su libro *Detrás de los ojos* (2006, p. 63).

La idea de sentir no solo la propia muerte sino también la de los otros, a través de alusiones a las afectaciones corporales que produce, está presente en buena parte del relato de Strejilevich, también detenida-desaparecida-sobreviviente¹⁹, *una sola muerte numerosa*. Con este título, la autora muestra la intencionalidad de legitimar a través de la escritura algunos entramados de su reconfiguración subjetiva, en la que su experiencia es significada

18 Graciela Fainstein es filósofa. Fue secuestrada en 1976 cuando tenía 19 años junto con su novio y una amiga y permaneció en cautiverio durante tres días. Ella y su novio militaban en la Federación Juvenil Comunista. Graciela partió al exilio a España queriendo olvidar esta vivencia dolorosa, pero una serie de acontecimientos la llevó décadas después a rescatar sus recuerdos en torno a esta, de lo cual da cuenta la escritura de su libro. Actualmente es licenciada en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid y trabaja como documentalista en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas desde 1989.

19 Nora Strejilevich es escritora y docente argentina. Su hermano militaba en las Juventudes Peronistas (JP), fue detenida y torturada en julio de 1977, a los veintiséis años; sobre su detención comenta el componente antisemita presente en los interrogatorios. Tras su liberación en el mismo año del Club Atlético, partió al exilio a Canadá en donde permaneció como asilada política y realizó sus estudios doctorales en literatura latinoamericana. Su hermano, primos y compañeros fueron desaparecidos. Ha investigado el tema del genocidio desde su experiencia como sobreviviente y exiliada. Ha publicado textos académicos, entre ellos, el derivado de su tesis doctoral "El arte de no olvidar", cuentos, autobiografía, poesía y ensayos.

como un síntoma de lo colectivo: "En mi cuerpo se alojaban tanto el empuje utópico de mi generación como el universo siniestro en que se había hundido" (Strejilevich, 1997, p. 114). Su voz es la de muchos, la suya y la de los otros, a quienes puede aludir de múltiples formas, una de ellas, experimentando en el cuerpo, a nivel simbólico, la muerte de los demás: "No te hago monumentos pero te llevo en el cuerpo, en las neuronas, en los pies" (Maldonado, 2012, p. 5), dirá cuando se entera de la muerte de su padre.

Maldonado menciona cómo en la obra de Strejilevich el cuerpo se configura como "el sitio donde las ausencias, la violencia y el terror van inscribiendo sus marcas, delimitándolo como un territorio atravesado por la historia" y en el cual "la muerte cobra dimensiones vitales y, lejos de aparecer lejana, se instala adentro", a través de imágenes como esta: "Un aullido de muerte me ocupa el cuerpo" (p. 5). A su vez, el relato sobre el cuerpo alude, *retrata*, procesos no solo de vejación sino también de resistencia percibidos en la descripción de algunos de sus movimientos: "la cabeza se levanta y se desploma, salir de esta red de heridas y moretones" (2012, p. 5).

Mario Villani²⁰, un físico militante de la Juventud Trabajadora Peronista, sobreviviente de cinco campos de concentración, se refiere a la dimensión psíquica de la tortura y a los efectos que el miedo a ella activaba, a través de un texto que elabora en coautoría con Fernando Reati —quien, en este caso, entrevista a Villani sobre sus vivencias—, titulado *Desaparecido. Memorias de un cautiverio* (2011):

20 Mario Villani militaba en la Juventud Trabajadora Peronista. Era un físico, docente e investigador en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) en el área de física molecular. Fue secuestrado el 18 de noviembre de 1977 y dejado en libertad en agosto de 1981, después de haber pasado por cinco campos de concentración: El Club Atlético, El Banco, El Olimpo, Div. Cuatrismo de Quilmes y la Escuela Mecánica de la Armada (ESMA). Desde el fin de la dictadura ha brindado su testimonio en numerosos escenarios para colaborar con el juicio a los represores.

No sé por qué recién me torturaron al segundo día. Sé que hay distintas técnicas de ablande: a algunos los torturaban desde que se bajaban del auto e ingresaban al campo, y a otros los dejaban esperando, escuchando gritos y preguntándose cuándo les tocaría y cómo los torturarían. La incertidumbre misma era una tortura y parte de esta etapa. A veces es peor imaginar la tortura que sufrirla (p. 30). De ese miedo no se salvaron siquiera quienes colaboraron en el suplicio de sus propios compañeros. La tortura psíquica que representa la posibilidad de ser nuevamente sometido a tormentos fue peor aún que la tortura física: ante eso no había excepciones ni paréntesis por "buena conducta". (pp. 158-159).

Villani se refiere a los procesos de disociación a los que conduce la tortura no solo sobre el propio cuerpo sino también sobre los otros cuerpos en cautiverio, que despliegan sus presencias bajo situaciones que los sitúan en el límite y que deben sobrellevar de manera individual, debido al procedimiento de compartimentación que caracteriza las condiciones del confinamiento:

Es difícil entender cómo se puede vivir durante tantos meses y años escuchando gritos de gente torturada: ¿cómo algo tan anormal puede convertirse en la norma y la rutina? Esa capacidad de disociarse es extraña, sin embargo, no recuerdo que nadie se volviera loco, si bien he visto a gente más desenchajada que otra. Nadie conoce sus límites hasta que se encuentra en las regiones fronterizas. Esos límites están, por lo general, mucho más allá de lo concebible. Como digo siempre, cada día en el campo era una lucha por sobrevivir veinticuatro horas más: aguantar el horror era parte de esa lucha. Era extenuante, pero si uno se dejaba abrumar perdía la batalla. No quedaba otra opción que aguantar. (Villani y Reati, 2011, p. 95)

En *Ese infierno*, Actis et al. (2001) rememoran las disociaciones corporales que sufrieron al aludir a situaciones de tortura:

Munú²¹: Yo, hasta el día de hoy, sigo viéndome atada en esa cama de metal, el agua sobre el cuerpo desnudo para que la corriente haga más efecto... Me veo, pero no puedo vivenciar el dolor físico.

[...]

Liliana²²: ¿tampoco el otro tipo de dolor, las otras sensaciones? Lo que a mí me pasa es que reconstruyo la escena y puedo mirarla desde afuera, y me meto dentro y reproduzco absolutamente todas las sensaciones, lo que sentía, lo que me provocaba la cara de ellos, la confusión, pero tengo un recuerdo muy atenuado del dolor físico. A lo mejor, entre tanta cosa que pasaba, el dolor físico quedaba archivado.

[...]

Miriam²³: a mí me generó una sensación de desdoblamiento, yo salía de mi cuerpo y lo miraba desde afuera. (pp. 69-70).

-
- 21 Nilda (Munú) Actis Goretta estudió pintura mural en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata. Su militancia transcurrió en los barrios más carenciados de la localidad bonaerense de Ensenada. Fue secuestrada en Buenos Aires el 19 de junio de 1978 y permaneció en la ESMA hasta febrero de 1979, cuando pasó a una situación de libertad vigilada. En julio de 1979 pudo salir del país con un tiquete aéreo pagado por la armada Argentina y siguió siendo vigilada en el exterior. Pasó el exilio en Venezuela. Con la democracia regresó al país y terminó sus estudios. En la actualidad hace arte público monumental.
- 22 Liliana Gardella estudió la carrera de Antropología en Buenos Aires, en donde se vinculó como activista política. Fue secuestrada en Mar del Plata el 25 de noviembre de 1977. Al poco tiempo fue trasladada a la ESMA, donde permaneció hasta el 8 de enero de 1979. Ha ejercido como docente universitaria y trabaja como profesional vinculada a las políticas sociales en el ámbito tanto público como privado.
- 23 Miriam Lewin es periodista. Inició su actividad política en el Colegio Nacional de Buenos Aires en tiempo del camporismo, ligada a grupos de izquierda. Se vinculó con la Juventud Peronista. Cuando tenía diecinueve años fue secuestrada el 17 de mayo de 1977, en La Matanza, por un grupo armado de la Fuerza Aérea que la mantuvo aislada hasta entregarla a la Marina en la ESMA casi un año después. Estuvo desaparecida hasta enero de 1979. Residió en Estados Unidos donde militó en grupos de defensa de los derechos humanos hasta el regreso de la democracia, cuando retornó a Argentina y se dedicó de lleno a la actividad periodística.

En una entrevista de Nora Strejilevich a Jacobo Timerman²⁴ (1991), él alude al impacto de la tortura sobre el sujeto y a la extrañeza que produce sobre el sí mismo:

Hay una cosa que es cierta: la persona que fue torturada vive con la tortura incorporada y eso se manifiesta en formas difíciles de describir. Es como si uno perteneciera no a otra sociedad ni a otro mundo, sino a otra galaxia. Es muy muy difícil de explicar. (p. 170).

En *Preso sin nombre, celda sin número*, Timerman (1981) se refiere a la tortura de manera impersonal en la tentativa, que ya se ha mostrado en los textos chilenos, de que su vivencia sea transmitida como una experiencia en el orden de lo colectivo, que se valore como una lección no respecto a él como sujeto, sino sobre el ser humano en general cuando se les somete a situaciones de violencia extrema, frente a lo cual insiste, de manera paradójica, en la imposibilidad de transmitir dicha experiencia. En uno de sus pasajes afirma:

En los largos meses de encierro pensé muchas veces en cómo podría transmitir el dolor que siente el hombre torturado. Y siempre concluía que era imposible. Es un dolor que no tiene puntos de referencia, ni símbolos reveladores, ni claves que puedan servir de indicadores. El ser humano es llevado tan rápidamente de un mundo a otro, que no tiene la forma de encontrar algún resto de energía para afrontar esa violencia desatada [...]. El ser humano es esposado por la espalda, sus ojos vendados. Nadie dice una palabra. Los golpes

24 Jacobo Timerman fue un periodista ucraniano-argentino. Creó el diario *La Opinión* en 1971, el cual fue expropiado y editado por la dictadura con el mismo nombre durante cuatro años. Se le detuvo en 1977 bajo la acusación de lavar dinero de la organización Montoneros a partir de sus nexos con el financista David Graiver. Timerman fue expulsado del país y se le retiró la ciudadanía argentina. Prestó testimonio en 1984 ante la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas (Conadep) sobre su caso y la existencia de los centros clandestinos de detención, lo cual fue incluido en el informe *Nunca más* (1984). Murió en Buenos Aires en 1999.

llueven sobre el ser humano. Es colocado en el suelo y se cuenta hasta diez, pero no se lo mata. El ser humano es luego rápidamente llevado hasta lo que puede ser una cama de lona, o una mesa, desnudado, rociado con agua, atado a los extremos de la cama o la mesa con las manos y las piernas abiertas. Y comienza la aplicación de descargas eléctricas [...]. Alguien pone en la boca del ser humano una goma para evitar que se muerda la lengua o se destruya los labios. Breve paréntesis. Y todo recommienza. Ahora con insultos. Breve paréntesis. Ahora con preguntas. Breve paréntesis. Ahora con palabras de esperanza. Breve paréntesis. Ahora con insultos. Breve paréntesis. Ahora con preguntas. (pp. 46-47).

Villani menciona el proceso de cosificación inherente al trato al cual eran sometidos los prisioneros; al recordar su vivencia en la ESMA se refiriere a ella en primera persona, pero salta rápidamente a una voz colectiva a través del uso del nosotros:

La estadía en Capuchita (un cuarto pequeño sobre el altillo del edificio con un tanque de agua y una bomba que ocupaban la mitad del espacio) fue terriblemente parecida a lo vivido tras mi secuestro un año y medio antes. Permanecíamos acostados todo el tiempo entre los tabiques de madera, engrillados y encapuchados. Igual que en otros campos no había distinción entre hombres y mujeres: estábamos todos mezclados porque, para los represores, no éramos seres humanos sino gusanos. Ante cualquier movimiento los guardias nos pegaban en la cabeza y teníamos absolutamente prohibido hablar con los compañeros en los cubículos contiguos. (Villani y Reati, 2011, p. 128).

Villani alude también a procesos de subjetivación que lo llevaban a sopesar sus vivencias en el momento del cautiverio y la lucha incesante por encontrar referentes en un mundo en donde los límites, que anteriormente eran claros en la trayectoria del sujeto, se encuentran ahora diluidos; un mundo en el que las alusiones

al yo, al nosotros y al ellos están en franca tensión y recomposición; un mundo en el que se debe batallar porque el sujeto se mantenga anclado a través de sus esfuerzos por explicarse lo vivido de manera narrativa, a un Yo que intenta "preservar su identidad":

Por la noche, de vuelta en mi celda, trataba de reflexionar sobre lo que había hecho en esa jornada y si había logrado un avance, y trataba de analizar racionalmente el comportamiento de los otros tanto como el mío. No sé si llegaba realmente a entender sus comportamientos, pero ese ejercicio me ayudaba a mantenerme armado para preservar mi identidad. Tal vez por mi entrenamiento científico o por el hecho de que siempre me he considerado un poquito esquizoide, cuando analizaba fríamente si iba por buen camino o no podía casi verme a mí mismo como desde afuera de la experiencia. Nunca me gustó sentir que las cosas suceden independientemente de mi voluntad; no es que me considere omnipotente pero no me gusta bajar los brazos con respecto a mi integridad personal. Deseaba sentir que yo era yo, y todo en el campo, en particular esa confusión de roles y la incertidumbre sobre dónde estaba parado cada uno, apuntaba a destruir la identidad del detenido. ¿Soy yo? ¿Soy el torturador? Y si no soy el torturador, pero tampoco soy yo, ¿quién soy? (Villani y Reati, 2011, p. 64).

La confrontación del sujeto con los procedimientos y las técnicas que el poder represivo desplegó dio pie a complejos procesos de reconfiguración en los que estaban en juego tanto las estrategias de la maquinaria como las tácticas de los sujetos sobre los que esta actuaba. Pilar Calveiro²⁵, también detenida-desapa-

25 Pilar Calveiro es una pensadora política contemporánea que ha realizado importantes aportes al análisis del biopoder, la violencia política, así como a la historia reciente y a la memoria de la represión argentina. Militó, primero, en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y luego en Montoneros. En mayo de 1977 fue secuestrada y llevada al centro clandestino de detención Mansión Seré. Durante un año y medio estuvo detenida-desaparecida en distintos centros: la comisaría de Castelar, la excasa del Almirante Massera, perteneciente al Servicio de Informaciones

recida-sobreviviente, afirma en su análisis respecto a los campos de concentración en Argentina, para el cual se apoyó en varios testimonios directos, que

se entablaba así una lucha entre la resistencia del preso y la eficiencia en las "técnicas" de producción de la verdad, con resultados variados. El campo alcanzaba su victoria con la anulación de la resistencia; el prisionero con cada engaño, con cada subterfugio, con cada silencio [...]. Es difícil precisar todas las funcionalidades del tormento, pero se puede discernir que fue, a la vez, un instrumento para "arrancar" la confesión, un método para *producir la verdad* que se esperaba del prisionero y un mecanismo definitorio del *quiebre* del sujeto. (Calveiro, 1998, pp. 117-118).

En sus textos, Nora Strejilevich alude al trabajo llevado a cabo para tratar de integrar, en un solo sujeto, en ella como Nora, las experiencias vividas en el campo de concentración, trabajo de subjetivación en el cual su condición de escritora fue neurálgica al permitirle recurrir a diversas búsquedas de lenguaje, aunque, no obstante, deja entrever que algo queda sin ser resuelto, algo se escapa al sentido. En el texto "Anamnesis" (2008) la autora expresa lo siguiente:

Empecé a escribir para darle forma a la extrañeza de ser "la de siempre" y a la vez otra, parida en un campo de concentración. Buscando la palabra que me pronunciara aterricé en la poesía [...]. Ese tiempo persistía en mí, no se engarzaba en una cronología, era un agujero

Navales, y en la ESMA. En 1978 partió al exilio a España y luego a México, donde reside desde 1979. En 1980 su esposo, Horacio Domingo Campiglia, fue detenido en Brasil —en el marco de operaciones del Plan Cóndor— y trasladado a Argentina, luego fue desaparecido. Calveiro estudió ciencias políticas —licenciatura (1986), maestría (1995) y doctorado (2001)— en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En el 2014 recibió el Premio Konex-Diploma al Mérito como una de las escritoras de ensayos políticos y sociológicos de mayor importancia en Argentina (Consultado en Wikipedia).

negro por donde se esfumaba todo marco de referencia, todo consuelo, todo sentido... Necesitaba entender qué huellas dejaba en mí, en la humanidad, en nuestro siglo, lo que padecía sin poder nombrar con todas las letras: el legado del horror [...]. El relato del horror me exigía el uso y abuso de todos los géneros (poesía, testimonio oral, narrativa, periodismo, ensayo). Todos resultaban insuficientes a la hora de contar, y por eso busqué superponerlos, de modo que el sentido se escurriera por las grietas de lo dicho. (pp. 114, 116).

En torno al orden de lo colectivo

Las referencias a la dimensión colectiva de la experiencia de los sujetos cobra en Argentina rasgos diferentes a Chile, en el sentido de que en el segundo el terrorismo de Estado había derrocado un gobierno legítimo de carácter socialista, el de la Unidad Popular, en el cual los sujetos afincaban los idearios en torno al establecimiento de un orden social diferente al capitalista, a través del acceso al poder por vías legales; no obstante, organizaciones como el MIR conservaban prudente distancia de esta opción al considerar que la burguesía no declinaría sus intereses de manera pacífica. En el caso de Argentina, los grupos de izquierda no estaban en el poder y tenían, así mismo, la experiencia del golpe en Chile en 1973. Esto hizo que el conjunto de la izquierda latinoamericana se percatase de las grandes dificultades para conseguir que sus proyectos políticos lograsen hegemonía y acceder a través de ellos al poder.

No obstante, hay que precisar que Argentina acababa de pasar por un breve periodo de gobiernos democráticos con el triunfo, en 1973, del candidato peronista Héctor Cámpora, quien buscó abrir paso a la candidatura de Perón, retirando la proscripción para que pudiese retornar al país y ser habilitado como candidato presidencial; en efecto, Cámpora fue elegido en mayo de 1973 y renunció en julio, al tiempo que Perón fue elegido presidente por tercera vez en octubre del mismo año, pero murió un año después de ser electo, quedando al mando su esposa María Estela Martínez, quien fue derrocada con el golpe militar de 1976. Empero, durante su gobierno empezaron a operar las fuerzas

paramilitares conocidas como la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), que anticiparon el accionar terrorista institucionalizado con el golpe de 1976.

Así, mientras las alusiones a lo colectivo en el caso chileno se apoyaban en la experiencia acumulada y en los repertorios vehiculizados por el proyecto de la Unidad Popular, en el caso argentino las referencias fueron acotadas a las organizaciones en las que militaban los sujetos, con el peronismo como escenario de fondo, que había marcado la escena política argentina desde la década de los cuarenta y que para los años setenta mostró profundas divisiones; esto originó la deslegitimación que en la última etapa hizo Perón de los jóvenes peronistas y de sus incursiones armadas a través de la organización Montoneros.

Los sujetos debieron enfrentar las situaciones de violencia estatal desde los repertorios que los habían configurado antes de su detención, dentro de los cuales su condición de militantes y los idearios de la organización en la que se habían formado políticamente eran unos de los referentes más importantes. En ese sentido, fue ardua la batalla que debieron librar para enfrentar las tecnologías represivas que buscaron arrasar las subjetividades, poniendo en juego la sobrevivencia y la fidelidad a los principios militantes frente a la posibilidad de traicionar a la organización cuando se estaba bajo la tortura. En la novela testimonial *Recuerdo de la muerte* (1984), de Miguel Bonasso²⁶, exmilitante de Montoneros, en la cual se aborda la experiencia de Jaime Dri, un exdiputado de la Juventud Peronista, se recrea esta problemática, en la que emerge *la vigilancia* del sujeto frente a la posibilidad

26 Miguel Bonasso fue político y periodista. Militante montonero a cargo de la dirección de los diarios *Noticias* y *El Mundo* que eran de esta organización. Se exilió en México a finales de los setenta y escribió su novela basado en las vivencias de Jaime Dri, "el Pelado", un militante montonero secuestrado en Uruguay, trasladado clandestinamente a Argentina y a la ESMA, aunque también se apoya en algunos testimonios y documentos de prensa para darle mayor verosimilitud a su relato. Escrita entre 1980 y 1983, antes de que terminase la dictadura, esta novela vendió, a pocas semanas de la edición argentina, 5000 ejemplares y en la actualidad las ventas superan los 200000 ejemplares.

de desubjetivación que ocasiona la tortura y la acechanza de la muerte:

El miedo a convertirse en otro ser, que no trabaje en pro de los valores humanos de la organización peronista, que no sea leal al partido montonero, fue la causa de que muchos militantes guerrilleros murieran por no dejar de ser quienes eran, por no permitir que el régimen los convirtiera en traidores [...]. Bueno, de todos modos, cientos pudieron morir peleando. Él no. No había tenido esa suerte. Le tocaba ese final lleno de acechanzas. Ser machacado hasta dejar de ser. "Tengo que morir" pensó. "Tengo que morir siendo yo" [...]. Después recordaría: "yo creía antes de caer que lo que te sostiene e impide seas un traidor son dos puntales ideológicos y políticos. Son importantes. Pero mucho más importante fue el temor a dejar de ser yo mismo. El temor ante lo que podrían pensar de mí los compañeros que yo me metí en esto. Descubrió así, de manera sencilla, tan sencilla como cualquier acto de vida, que necesitaba la muerte. Que en este horizonte de tinieblas era la salida. El fin del acoso. Se sorprendió abogándole a Dios que llegara pronto". (p. 44).

Villani indica algunas diferencias en las vivencias que tuvieron los presos políticos en Argentina que no estaban en calidad de detenidos-desaparecidos: en el primero de los casos, tenían más oportunidades de intercambio, mientras que, en el segundo caso, las posibilidades eran más reducidas, a lo cual se unían las divisiones poco claras con los victimarios debido a la forma como estaban distribuidos los espacios en campos clandestinos como la ESMA:

En las cárceles comunes los presos políticos están con sus compañeros en la celda o en el patio de recreo y pueden hablar, intercambiar opiniones y consultarse unos a otros sobre tal o cual problema. Hay grupos de discusión y hasta clases de formación política fuera del alcance de los guardias, y cuando a la noche se cierran las celdas pueden hablar con relativa libertad sobre lo que están viviendo y

cómo reaccionar ante ello. En los centros clandestinos, en cambio, los guardias nunca estaban del otro lado de la reja: siempre estaban adentro compartiendo el mismo espacio y prácticamente conviviendo con los secuestrados sometidos al trabajo esclavo. Para el prisionero de un centro clandestino nunca existía la oportunidad de compartir abiertamente sus experiencias. (2011, p. 62).

A este respecto Mirta Clara (2008), psicóloga, quien estuvo detenida en la cárcel de Devoto, sostiene algunas conversaciones con las autoras de *Ese Infierno* y sus vivencias en la ESMA. Dice que, al contrastar estos relatos con sus propias experiencias como prisionera política, puede percibir que en la cárcel se dieron mayores posibilidades de organización interna de las prisioneras, mientras en la ESMA la organización solo se podía dar en torno a pequeñas cosas de lo cotidiano, ya que en los campos clandestinos de detención "los represores usaban la atomización, la fragmentación" (p. 190). Por su parte, Munú opina que

Si bien la cárcel legal no garantizaba la vida, había muchas más posibilidades de sobrevivir. Eso lo veo como una gran diferencia. Nosotros nunca sabíamos si en el minuto siguiente seguiríamos vivos [...]. La cárcel legal me parece que les daba a los detenidos un espacio, un reconocimiento, eran los presos políticos de la dictadura y todo el mundo lo sabía. (p. 291).

Respecto a la cárcel de Devoto, algunas investigaciones, apoyadas en entrevistas a mujeres que estuvieron en calidad de presas políticas en este lugar, dejan entrever de qué modo quienes ingresaban allí no se sentían despojadas totalmente de sus referentes, a diferencia de lo que ocurría en los centros clandestinos de detención, puesto que en este espacio se posibilitaba la continuidad de los lazos de los militantes con sus organizaciones e, incluso, se replicaban sus jerarquías internas. Así, en este tipo de escenarios pueden emerger muchas más figuras de sujeto relacionadas con la

resistencia y en las cuales el individuo no se siente en soledad sino sostenido por un colectivo, así esto ocurra de manera precaria. Como lo indica Garaño (2010),

la cárcel política, al mismo tiempo que buscó disciplinar a la población (hacia adentro y hacia fuera), se convirtió en un espacio de socialización política que puso en tensión dos universos de valores morales, sentidos y prácticas: el burocrático penitenciario y el del conjunto de presos políticos. Es decir, al mismo tiempo que se configuró un régimen represivo se convirtió en un espacio de "resistencia" donde muchos detenidos continuaron militando en organizaciones políticas. (p. 100).

En el libro *Nosotras, presas políticas* (Beguan, 2006), que recrea en buena parte las vivencias en la cárcel de Devoto de 112 mujeres, se señalan las condiciones particulares de este recinto, ya que allí se concentró buena parte de las prisioneras políticas a partir del golpe militar; también fue considerada como una cárcel-vitrina puesto que sus mejores condiciones, en relación con otros lugares de reclusión, hacían que los militares la mostrasen como ejemplo cuando llegaban visitas de los organismos internacionales de derechos humanos alertados por las denuncias del terrorismo de Estado. Así mismo, las autoras indican la conexión entre las diversas modalidades de represión en el país, de las cuales las más visibles fueron las relacionadas con el asesinato y la desaparición de personas, cuestión que condujo a privilegiar su denuncia e hizo que otras memorias quedaran obturadas; no obstante, con el pasar de los años, estas fueron saliendo a la luz por medio de los testimonios de los supervivientes:

Para concretar la política de "cerco y aniquilamiento" crearon tres tipos diferentes de lugares de detención, algo que no registra antecedentes históricos: por un lado, las cárceles clandestinas como centro de exterminio. Por otro, las cárceles que podríamos llamar

semi-legales, puesto que en ellas concentraban a los detenidos reconocidos, "legales", pero aún así disponían de su vida y de su integridad física. Y, por último, las cárceles legales, como la nuestra. (Beguan, 2006, p. 100).

Las condiciones de Villa Devoto posibilitaron la emergencia de un sinnúmero de estrategias de resistencia mediadas por los repertorios políticos de las militantes que allí se encontraban, y también por los lazos de afecto y solidaridad en los cuales se apoyaron:

Nunca abandonamos los reclamos ante las autoridades del Penal por mejoras en las condiciones de vida: las horas de encierro, las visitas, la alimentación, la salud, eran algunos de los ejes que insistentemente aparecían en las audiencias con el Director, con el Jefe de Seguridad, con los jefes de las distintas áreas, o en el diálogo cotidiano con celadoras y subadjuntas [...]. Para eso designábamos a una compañera que expresara nuestros pedidos ante las autoridades en representación de todas: la delegada. Esta modalidad fue incorporada naturalmente, no sólo porque algunas de nosotras habíamos sido delegadas fabriles o estudiantiles, sino porque también contamos con la experiencia transmitida por los presos políticos de la dictadura anterior. De esta manera, fundamentalmente, expresamos el carácter político de nuestra permanencia en la cárcel. (Beguan, 2006, p. 117).

Strejilevich (2006) enfatiza cómo los testimonios entrañan una lección de carácter social que es inminente escuchar; ellos son portadores de experiencias individuales, pero con resonancias de índole colectiva en el plano ético y político:

Los sobrevivientes quieren testimoniar y al hacerlo revelan que reconocen la derrota política —porque se asesinó una forma de ser en el mundo— pero se niegan a aceptar una derrota ética. La potencia de esa voz que se atreve a pronunciar su desesperación y hasta su

vergüenza resulta clave para entender la lección del campo, lugar para cuya definición el diccionario resulta siempre insuficiente: no es apenas catástrofe, no es holocausto, no es sólo desastre. En esa zona tan difícil de nombrar hay una lección que nos urge escuchar. Lo que cada testimonio nos dice, a su manera, es que "en la banalidad está el mal". (p. 8).

Otras vetas narrativas: las nuevas generaciones

Es preciso destacar que desde finales de la década de los noventa aparecieron nuevas formas de acercamiento para aludir a los secuestros, las desapariciones, el robo de bienes materiales, la apropiación de niños y el exilio forzado que caracterizaron la experiencia argentina. Estos nuevos acercamientos incluyen varias apuestas en el campo cinematográfico con mayor énfasis en la búsqueda de identidad de los hijos de los desaparecidos a partir de 2002. El caso de la identidad de ellos es un asunto de gran complejidad en Argentina, pues abarca no solo las problemáticas de quienes siendo muy niños perdieron a sus padres en manos del terrorismo estatal y tuvieron que procesar esta ausencia y los móviles que la acompañaron, sino también las relacionadas con el plan sistemático de la dictadura de la apropiación de hijos de las prisioneras. Según las fuentes testimoniales, a varias de las mujeres detenidas que estaban en embarazo se les conservaba la vida hasta que tenían el parto para apropiarse de sus bebés y darlos en adopción de forma irregular a familias de militares o cercanas a ellas; se calcula que aproximadamente 400 personas fueron apropiadas de esta manera: "¡Las embarazadas eran el cuadro más espantoso! ¡Era la posible muerte pariendo vida!" (Munú, en *Actis et al.*, 2006, p. 247).

Eduardo Duhalde, secretario de derechos humanos, dice al respecto de este plan sistemático: "ese cambio de identidad de los niños también estaba relacionado con ese cambio de identidad, con esa negación de la propia historia de nuestro pueblo y querer convertirlos en otra cosa perteneciente al mundo de

los apropiadores" (Archivo Nacional de la Memoria, 2007-2009, 13:03). Así mismo, Juan Cabandié, un nieto recuperado²⁷ nacido en la ESMA durante el cautiverio de su madre, dijo en año 2004, en el evento por el cual Nestor Kirchner convirtió el predio de la ESMA en un Espacio para la Memoria:

Mi madre estuvo en este lugar detenida. Seguramente fue torturada. Y yo nací aquí adentro en este mismo edificio. Acá hubo personas que se creyeron impunes sacándome la identidad durante veinticinco años. Encontré la verdad hace dos meses, soy el nieto número 77 de los hijos que apareció. (Archivo Nacional de la Memoria, 2007-2009, 13:45).

Según Berger (2008), con el surgimiento de la agrupación H.I.J.O.S, coetánea a la conmemoración de los veinte años del golpe militar,

la presencia de los hijos de los desaparecidos fue masiva, tanto a nivel político como en los medios de comunicación, lo que acarrió un cambio en las prácticas memoriales y un auge de la producción de obras teatrales, literatura, cine y documentales dedicados al tema. (p. 14).

En estos acercamientos se propende por establecer articulaciones entre los procesos de reconstrucción de las subjetividades de quienes fueron afectados por pertenecer a una generación cuyos padres fueron desaparecidos, detenidos o marcharon al

27 Desde comienzos de la década de los ochenta, las Abuelas de Plaza de Mayo impulsaron el desarrollo de técnicas para determinar la identidad y reconstruir los parentescos. Lo llamaron "índice de abuelidad" y fue desarrollado inicialmente por el Blood Center de Estados Unidos. El gobierno de Alfonsín dispuso la creación del Banco Nacional de Datos Genéticos (BNDG) en el que se han depositado muestras de sangre de las familias de desaparecidos que serán guardadas hasta el 2050 con el fin de compararlas con cualquier persona con quien se suponga puedan existir lazos de parentesco (Consultado en Wikipedia).

exilio, con cuestionamientos en torno a las identidades y las trayectorias políticas de sus progenitores, a las actuaciones de la dictadura, y al legado de esta historia reciente y sus incidencias en la configuración de subjetividades en la segunda generación.

Dentro de esta tendencia se encuentran producciones cinematográficas como *Papá Iván* de María Inés Roqué (2000), *(H) Historias cotidianas* de Andrés Habegger y Lucía Puenzo (2001), *Los Rubios* de Albertina Carri (2003), *M.* de Nicolás Prividera (2007), *Cordero de Dios* de Lucía Cedrón (2008), y *Nietos: identidad y memoria* (2004) e *Infancia clandestina* (2012) de Benjamín Ávila. Al hablar de su documental *Los Rubios*, Albertina Carri (2007) alude a la generación de sus padres, los dos desaparecidos por la violencia estatal, de la siguiente manera:

Fue una generación avasallante, arrasadora y admirable, pero también desaparecida. Y quienes los siguieron tuvieron que cumplir un rol histórico algo pesado. Creo que nosotros, mi generación, pudimos tomar la herencia de manera menos solemne y desarticulada, probarse los vestidos de la abuela y bailar con ellos. (p. 24).

Libros como el de Gabriela Cerruti²⁸, *Herederos del Silencio* (1997), presentan la experiencia de algunas personas que eran adolescentes en el periodo de la dictadura y que crecieron, como dice la contraportada de su libro, "entre asesinos, víctimas, cómplices e indiferentes, y puestos a elegir, no podrían estar ni con los represores ni con los aniquilados". Cerruti fue amiga en ese

28 Gabriela Cerruti es periodista, escritora y política argentina. Si bien en el ámbito universitario ya participaba en el Centro de Estudiantes de Periodismo y Comunicación Social, en el Consejo Estudiantil y como miembro de la Comisión de reforma del plan de estudios de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, es en el 2000 cuando ingresa de lleno en la función pública al participar en la fundación y asumir la dirección ejecutiva de la Comisión Provincial por la Memoria de la provincia de Buenos Aires. Desde ese año hasta el 2004 dirigió *Puentes*, revista de debate sobre la construcción de la memoria colectiva publicada por la Comisión. En el 2007 fue elegida legisladora de la ciudad de Buenos Aires e integra el bloque Nuevo Encuentro (Consultado en Wikipedia).

periodo de la hija del "Tigre" Acosta, un torturador renombrado en la ESMA, hoy condenado a cadena perpetua. Jamás hubiese podido imaginar a este padre de familia en su actividad como victimario en dicho centro clandestino. En su libro, Gabriela esboza su reconfiguración subjetiva a través de la cual transita de una adolescente sin compromisos políticos, y que juzgaba con dureza las actuaciones de la violencia insurgente, hacia una joven activista de derechos humanos, una vez que conoce y comprende las actuaciones del terrorismo estatal durante la dictadura, sin renunciar a un punto de vista crítico sobre las formas de proceder de la izquierda en dicho periodo. La autora alude al momento en que era adolescente en el cual su vida transcurría sin las preocupaciones de lo que ocurría en su entorno social, para dejarnos ver las percepciones de algunas de las personas en ese momento:

Tenía catorce, quince, dieciséis años. Disfrutes y melancolías, una vida común. Bailaba, soñaba, construía quimeras e imaginaba porvenires. En la Argentina, entre 1976 y 1983, en la puerta de al lado de mi casa se estaba llevando a cabo un genocidio. Yo era feliz. (p. 28).

No obstante, según Pilar Calveiro, el despliegue de la violencia estatal fue tan amplio que es difícil pensar que buena parte de la sociedad permaneció al margen de lo que sucedía; por el contrario, pone en evidencia las afecciones que el poder concentracionario infringió al conjunto de la sociedad, al marcar su cotidianidad y sus representaciones sobre el orden social establecido y los sujetos que este validaba como *legítimos*, a través del envés que mostraba el accionar represivo sobre quienes consideraba *ilegítimos*. Según ella,

En la Argentina de 1976, nadie podía aducir desconocimiento. Coches sin placas de identificación, tocando sirenas y tripulados por hombres que hacían ostentación de armas, recorrían todas las ciudades del país; las personas desaparecían bajo procedimientos

espectaculares, muchas veces en la vía pública; cadáveres dinamitados y destrozados se reportaban casi a diario en la prensa. Casi todos los sobrevivientes relatan haber sido secuestrados en presencia de testigos. Los campos de concentración estaban "disimulados", pero eso no impedía que los vecinos vieran y supieran. (2005b, p. 151).

En otro de los pasajes del libro de Gabriela Cerruti, la autora describe la profunda emoción que sintió el 9 de diciembre de 1985 cuando escuchó en la televisión, en compañía de sus amigos, las sentencias dictadas a varios de los militares, como parte del Juicio a las Juntas, a quienes se encontró culpables de delitos "cometidos en la represión del terrorismo subversivo". A partir de este juicio, Videla y Massera fueron sentenciados a cadena perpetua, y otros miembros de las Juntas a periodos que oscilaron entre los cuatro y los diecisiete años de prisión. Este relato indica los efectos en el plano de lo subjetivo y la toma de responsabilidades que las nuevas generaciones tuvieron que asumir al lidiar con un presente en el cual el pasado estaba vivo y desafiaba con sus fantasmas las posibilidades de futuro:

Las lágrimas se me caían sin ruido ni sollozos. Quizá sea así como se llora de desolación y soledad. La inmensa soledad de estar parado frente al destino, al final de una tragedia o al inicio de otra, incapaces de transferir lo que se siente, de compartirlo, un instante de felicidad supremo pagándole tributo a tanto sufrimiento, a tanta muerte, a tanto desconsuelo. La inconmensurable desolación de estar de puntillas sobre un tiempo sin presente en el momento exacto que separa al pasado del futuro, intuyendo la historia y sintiendo al mismo tiempo la inhabilidad más absoluta para comprender lo que está sucediendo. (Cerruti, 1997, p. 20).

En la literatura infantil y juvenil también se encuentra un número importante de producciones que, desde las voces de niños en tránsito hacia la adolescencia, empiezan a descubrir los

motivos de las ausencias y a conocer el mundo que habitaron sus padres, a comprender las búsquedas de las abuelas y a confrontar las descarnadas verdades de la desaparición y la tortura. Es el caso de la obra *Rompecabezas* de María Fernanda Maquieira (2015), quien explica que esta novela

nació a partir de dos cuestiones que cruzaron mi infancia/adolescencia y la de mi generación en Argentina: la dictadura militar de los años setenta y la guerra de Malvinas. Fueron dos hechos históricos que marcaron a fuego el país y dejaron huellas muy fuertes en la vida cotidiana. Entonces quise contar la historia de una niña de esa época, que sucediera en ese marco como un escenario. (Fundación Cuatro Gatos, 2015, párr. 7).

Maquieira, al igual que Gabriela Cerruti, vivió su infancia/adolescencia durante la dictadura, y aunque su experiencia durante esos años no se corresponde con la del personaje de *Rompecabezas*, Mora sí intenta acercarse a los aspectos comunes que vivieron los niños y los jóvenes de aquella época, e incluso los de la actual, para construir una suerte de infancia/adolescencia universal:

[...] la época corresponde a mi infancia/adolescencia, por lo tanto, hay muchísimas referencias a mi propia vida: el tipo de escuela, las modas del momento, los juegos infantiles, los diferentes tipos de familia, etc. Aunque la historia de Mora no tiene nada que ver con la mía, sí podría ser algo verosímil en esos años. Y también hay frases, voces, dichos y entredichos que son de los chicos que tengo más cerca: mi hija, hijos de amigos, sobrinos... (Fundación Cuatro Gatos, 2015, párr. 9).

Así mismo, Maquieira muestra cómo los acontecimientos del pasado configuran aspectos de la cotidianidad en las generaciones que desde sus propios lugares viven el ahora y se preguntan por

el pasado. Además, halla valor en la construcción de una voz que logre presentar las comprensiones que, en relación con el pasado, se crean desde una pertenencia generacional y que muestran elementos de la subjetividad que se configuran en relación con lo que aconteció durante las dictaduras en América Latina:

Me interesa mucho, por un lado, ver cómo los hechos históricos condicionan la vida cotidiana, y en particular me atraen las ficciones que transcurren en los setenta/ochenta porque creo que nos ayudan a entender mejor lo que nos pasa y a no olvidar. Por otra parte, me gusta pensar la voz narrativa desde el punto de vista de los chicos. Me encantan las novelas que exploran el "yo" infantil, como por ejemplo *La casa de los conejos*, de Laura Alcoba; *Una muchacha muy bella*, de Julián López, o *El mar y la serpiente*, de Paula Bombara. (Fundación Cuatro Gatos, 2015, párr. 10).

Esta última obra mencionada por María Fernanda Maquieira, *El mar y la serpiente* de Paula Bombara (2005), también hace parte del conjunto de narrativas del género literatura infantil y juvenil que se acerca a las configuraciones de la subjetividad de los niños y jóvenes que vivieron la usencia de sus padres por cuenta de la violencia política durante la última dictadura. Paula Bombara, quien nació en 1972, debió abandonar Bahía Blanca (provincia de Buenos Aires) por la persecución política que pesaba sobre sus padres. Sobre *El mar y la serpiente*, Gemma Lluch comenta:

[...] el relato habla de lo que le ocurre a una persona demasiado niña para entender, pero suficiente adulta para sufrir y sentirse perdida; que continúa con la necesidad de saber para comprender y finaliza con la necesidad de contar, de dar a conocer, de compartir una historia como una manera de reivindicar la memoria familiar. Leer la historia de esta niña es meterte en la habitación y en el corazón de los hijos de los desaparecidos en la dictadura argentina, pero también en cualquier dictadura. Es contemplar el miedo, la

inseguridad, la rabia, el dolor ante la ausencia de aquel que se fue, es asistir a la pantomima de fortaleza que se adopta para no dejarse llevar por la corriente del sufrimiento. (Lluch, 2014, párr. 5).

Uno de los aspectos que resaltan en estas obras, en las cuales el foco narrativo se ubica en las voces de niños y jóvenes que vivieron la dictadura, dispuestas en ficciones escritas para un público infantil y juvenil, es la necesidad de develar la verdad de lo que ocurrió con sus padres, enfrentada con los miedos de los adultos por dejarla salir a flote o por confrontar el momento en que las preguntas se hacen inevitables, ineludibles y se torna imposible continuar contestando con evasivas o con versiones que intentan proteger a los niños de la crueldad del mundo adulto. Así lo expresa Graciela Bialek (1997) en este fragmento de su libro *Los sapos de la memoria* que hace parte del capítulo titulado "No hay tumbas para la verdad":

El tío Hugo cumplió como siempre su palabra y me consiguió el libro que había elaborado la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Yo quería revisar ese informe para ver si encontraba el nombre de mi mamá que estaba desaparecida desde la última dictadura militar. Desaparecida. Como si se hubiese desvanecido en el aire, o se la hubiera tragado la tierra, o esfumado como por arte de magia, según parecía creer mi abuela intentando argumentarme la vida con ositos de peluche aún a mis 17 años [...]. Revisé el libro hoja por hoja esquivando las ganas de vomitar que me producía cada relato, en la certeza de que eso no había sido investigado y escrito bajo anestesia de ninguna cerveza, y comprobé que los cuentos de terror de Rogelio sólo eran nanas infantiles al lado de aquellas desgarradoras historias del libro [...]. (Ministerio de Educación, Presidencia de la Nación, República de Argentina, 2003, pp. 1-3).

Esta necesidad de conocer la verdad se vincula con la búsqueda de la identidad en los jóvenes, para lo cual el anclaje con

el pasado se configura en imperativo. El tránsito del personaje que compone el relato de Bialet pasa por la búsqueda, por la re-criminación hacia los adultos que le mantuvieron alejado de la verdad y hacia sí mismo por los reclamos que hubiera podido tener hacia su madre desaparecida, por el odio hacia los torturadores y asesinos, hasta la recomposición de cada una de las piezas que hacen parte de su propia historia, que lo conduce hacia una cierta reconciliación con ellas. El encuentro con la verdad es el catalizador de un proceso de reconfiguración subjetiva:

Finalmente, en la página 323 encontré el nombre de mi mamá: Ana Calónico de Juárez, 26 años, secuestrada de su domicilio el 21 de septiembre de 1977. La vista se me acalambó y se resistía a leer. A regañadientes obligué a mis ojos a dar sus saltos decodificando líneas y letras. Eran solo seis renglones. Pensé inmediatamente en no volver a dirigirle la palabra a la abuela, porque si ella había recurrido a todos los organismos de defensa de los derechos humanos buscando a mamá, como me había dicho, la hubiera encontrado hace mucho en esta maldita página 323 igual que yo. Me sentía brutalmente estafado, pero mi curiosidad iba más rápido que la bronca y seguí leyendo. Así me enteré de que mamá había sido vista en un destacamento militar utilizado como centro de detención clandestino llamado La Perla. Allí la habían torturado con electricidad atada a un elástico metálico luego de ser violada por varios guardias, y no se supo más de ella después de que la sacaron en un camión junto a otras dos mujeres. Se presume que fueron arrojadas al pozo de una cantera de cal sin apagar, a pocos kilómetros del lugar de cautiverio. Me floreció un sudor pegajoso en la cara y quedé ciego no sé por cuánto tiempo [...]. Imaginé todas las traidoras razones por las cuales me ocultaron la verdad sobre la muerte de mi madre. ¿Acaso uno no es dueño de su historia, por dolorosa y terrible que sea? [...] ¡No tenían derecho a obligarme a olvidar! (Ministerio de Educación, Presidencia de la Nación, República de Argentina, 2003, pp. 3-6).

La muerte es la única consejera sabia²⁹: algunas narrativas colombianas

Por detrás de mi voz —escucha, escucha—
otra voz canta.
Viene de atrás, de lejos, viene de
sepultadas bocas y canta.
"Operación cirirí", en Alonso Salazar,
Mujeres de fuego

Para Franco, Nieto y Rincón (2010), las narrativas elaboradas en el país en torno a la violencia y el conflicto armado provienen de los medios de comunicación (en sus distintas expresiones), de la academia o de los testimonios directos que abarcan de manera amplia biografías y literaturas del yo. Sobre esta última modalidad, los autores mencionan su prevalencia en las narrativas desplegadas durante la última década, a las cuales han acudido tanto víctimas como victimarios y circulan en la esfera pública de manera diferenciada (p. 30).

Según Verón (2011),

a lo largo de sesenta y un años (1950-2011), la sociedad colombiana ha producido una cantidad extensa de víctimas de la violencia, cuyos relatos aluden a situaciones de desplazamiento, secuestro o militancia política. Víctimas reducidas al "puro cuerpo", al ser marcadas por el dolor hasta la muerte sobre sus carnes, o al ser obligadas a huir de sus lugares de origen, comunidad o trabajo. (p. 40).

Verón también resalta la invisibilidad social de las víctimas antes de los años ochenta, un hecho que contrasta con los amplios canales de difusión con los que han contado los victimarios, cuyas voces han sido escuchadas en escenarios que van desde los

29 Texto extraído del libro *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia* de María Eugenia Vásquez (2000).

medios de comunicación, hasta los estrados del Congreso y, recientemente, los estrados judiciales (bajo versión libre).

Aunque en el marco del contexto colombiano las tres figuras de sujeto/víctima, a las que alude Verón, relacionadas con el desplazamiento, con situaciones de secuestro o con la militancia política encuentran entre sí complejas interrelaciones —que indican algunas de las particularidades de los acontecimientos de violencia política y social recientes—, nos detendremos en el análisis de las narrativas referentes a la militancia política. En estas hallamos mayores puntos de convergencia con las narrativas trabajadas para los casos de Chile y Argentina, si se estima el contexto de la violencia estatal ejercida hacia las expresiones consideradas de izquierda, las cuales encontraron en la imagen del *subversivo* una de las representaciones más comunes. Verón explica cómo

la voz testimonial desde la que se enuncia la víctima de crímenes cometidos por el Estado colombiano o bajo su amparo, como lo es el militante de oposición política al régimen, encuentra diferentes formas narrativas. El recurso a la primera persona, modalidad por excelencia del género testimonial y que evidencia el carácter referencial de dicho género, es una de ellas y se manifiesta por medio de escritos de autoría directa de la víctima: escritos de víctimas mortales, así como de víctimas que han logrado sobrevivir a la barbarie; pero también textos escritos por familiares, amigos, viudas y huérfanos. Otro tipo de autor testimonial que aparece dentro del campo literario es el escritor-testigo, es decir, un tercero que se hace a la tarea de investigar los acontecimientos entre los testigos presenciales (militantes, simpatizantes, agentes de organizaciones sociales, como sindicalistas, líderes comunitarios, defensores de derechos humanos, etc.) y de realizar todo el proceso de "edición" del testimonio (recurriendo la mayoría de las veces a la primera persona). Es un sujeto que se involucra voluntariamente en la reconstrucción de lo acontecido y media narrativamente entre la víctima y el lector. (2011, p. 77).

En estos términos, Verón reseña relatos de militantes de algunas organizaciones de izquierda referidos al aniquilamiento físico y político de la Unión Patriótica, a la toma y retoma del Palacio de Justicia, en la que intervino el M-19, así como a biografías e historias de vida y también novelas testimoniales que se detienen en acontecimientos relacionados con la violencia estatal de manera más general —trabajos que también fueron identificados por varios autores como Elvira Sánchez-Blake, Lucía Ortiz, Patricia Nieto, Juan Carlos Vélez, Natalia Tobón, Omar Rincón y Natalia Franco, entre otros, quienes han venido investigando en torno a las narrativas sobre el conflicto colombiano—. A continuación, se presentan algunas de estas producciones con el fin de mostrar las maneras como se despliegan en ellas aspectos referentes a la constitución de los sujetos y a la configuración de subjetividades. Para ello nos valemos tanto de la consulta directa a los textos referenciados, como de los análisis y las menciones que se han hecho en torno a estas producciones (narrativas críticas) y de otros textos conexos, identificados en nuestra propia indagación.

En su texto *Voces de la violencia: narrativa testimonial en Colombia* (1997) Lucía Ortiz³⁰ identifica un tipo de producción que, bajo diferentes formatos, ha acogido al género testimonial latinoamericano para servir como mediador de las problemáticas de la colectividad y cuyo efecto ha sido dar visibilidad a las voces marginadas. En esta dirección, la autora se refiere a obras que, a partir de relatos orales, ofrecen versiones noveladas de vivencias de sujetos, hombres y mujeres, afectados por la violencia política. Dentro de estas obras incluye las de Alfredo Molano³¹, quien se

30 Lucía Ortiz es una escritora e investigadora colombiana especialista en Literatura Latinoamericana. Actualmente, es profesora titular en el Departamento de Lenguas Extranjeras de Regis College en Weston, Massachusetts. En 1997 publicó *La novela colombiana hacia finales del siglo xx, una nueva aproximación a la historia*. También cuenta con trabajos sobre literatura colombiana testimonial, de mujeres y de afrocolombianos.

31 Alfredo Molano es escritor y sociólogo colombiano. En la actualidad se encuentra en el país y es columnista del periódico *El Espectador*. A finales de 2017 fue

ha distinguido por elaborar textos basados en testimonios generalmente de carácter novelado, en los cuales los protagonistas son muchas veces condensaciones de varios testimoniados. Algunos de sus escritos versan sobre organizaciones guerrilleras, como es el caso de *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras* (1989), *Trochas y fusiles* (1994) —en el que transcribe los avatares de algunos miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc)— y *Aquí les dejo estos fierros* (2009). Molano tuvo que exiliarse en 1998 debido a las múltiples amenazas por parte de los paramilitares. Sobre esta experiencia escribió un libro en el que narra cómo se fue involucrando, como investigador, en los problemas relacionados con la violencia en el país y de qué modo sus intereses pasaron de "estudiar a la gente" a entender que el camino era escucharla y poder dar cuenta, en libros, columnas periodísticas y diversos escenarios, de sus angustias y necesidades. Según él, "La gente me contó mil cuentos. En todos había —y hay— un elemento común: el desalojo por razones políticas, pero con fines económicos" (Molano, 2001a).

En uno de los pasajes de *Desterrados: crónicas del desarraigo* (2001b), Alfredo Molano se refiere a los momentos previos a su exilio y deja entrever los alcances de la violencia política en el país y el modo como el miedo ronda a los sujetos:

Mis enemigos me leían con atención y sentí que trazaban un límite. Lo ignoré, y con dificultades continué viajando por el país, oyendo a la gente, conociendo sus problemas, que ya comenzaban a convertirse en tragedias, sobre todo en el caso del —hasta entonces— millón de campesinos desplazados por el terror. Me afectaron en el alma los asesinatos de amigos ambientalistas con quienes defendíamos los páramos, las selvas y los ríos de la expansión ganadera y denunciábamos los efectos mortales de la fumigación de los cultivos ilícitos; de los abogados que se apersonaban de la causa de los derechos humanos;

de los indígenas que habían caído por exigir el respeto a su tierra y a sus tradiciones, y de los periodistas que investigaban las desapariciones forzadas, los secuestros, las masacres. Escribí una columna donde, a pesar del miedo, dije: "Llegó el momento de aclararle al país cuáles son los vínculos entre el establecimiento, el Estado y los paramilitares, y de entrar a saco contra todo lo que ha impedido el ejercicio de la democracia y de la oposición civil. Todo lo que está pasando da miedo. Y escribirlo da más, pero hay que aguantárselo". (Molano, 2001b, p. 19).

En algunos de los textos testimoniales no ficcionales, escritores-testigos han optado por presentar un *collage* de voces a través del cual, según Lucía Ortiz, el testimonio figura como expresión de una "conciencia colectiva". Este tipo de manifestaciones se puede observar en libros como el de Alonso Salazar³², *Mujeres de fuego* (1993). Sobre esta obra Ortiz aduce:

El texto está compuesto por los relatos de cinco mujeres de distintas edades y clases sociales. Son las narraciones de dos milicianas, dos traficantes de droga, la madre de un desaparecido, una juez del Orden Público y una guerrillera. Cada una de estas mujeres representa una esfera de los diferentes problemas que vive el país y sus historias nos refieren a diferentes niveles de la reciente crisis nacional desde un ángulo personal e íntimo. (1997, p. 2).

Este libro cuenta con un prólogo elaborado por la politóloga María Teresa Uribe de Hincapié, experta en temas relacionados con la violencia política, allí afirma lo siguiente:

32 Alonso Salazar es un periodista, escritor y político colombiano. En el plano de la escritura, sus obras se acercan al análisis del fenómeno del narcotráfico, y de la génesis y evolución del sicariato en Medellín. En el plano político, fue elegido como alcalde de Medellín durante el periodo 2008-2011; en compañía de Sergio Fajardo gestó el Movimiento Compromiso Ciudadano, el cual concitó la presencia de académicos, empresarios y dirigentes sociales.

La lectura de *Mujeres de Fuego* nos deja un sabor agrídulce, muchas preguntas a flor de labios y muy pocas certezas; es el derrumbe de visiones maniqueas desde donde se puede dividir el mundo en buenos y malos; por esta vía y sin que el autor se lo propusiese, se está facilitando la comprensión de la otredad y de la alteridad, cuando descubrimos que en todas las mujeres que desfilan por las páginas de este libro, hay mucho de nosotros mismos, más de lo que pudiera pensarse y de lo que estamos dispuestos a aceptar. (1993, p. 22).

Cuando Ortiz se refiere a una "conciencia colectiva" presente en trabajos como el de Salazar, no lo hace debido a que existan comprensiones de los distintos grupos armados en tanto colectivos políticos. Los relatos que recogen estos trabajos están expuestos desde una perspectiva del individuo, en la que se reflejan motivaciones y circunstancias particulares, búsquedas personales, contradicciones e intentos de coherencia, configuraciones y reconfiguraciones subjetivas, tránsitos, entre otros, para mostrar, en últimas, las distintas formas como las mujeres se involucran en el conflicto armado, cómo son afectadas por este —y la manera como, a su vez, la participación de las mujeres modifica las dinámicas de tales conflictos—, sus roles y sus posiciones en las organizaciones en relación con los hombres, entre otros aspectos. La conciencia colectiva a la que se refiere Ortiz apuntaría mucho más a la visibilidad que dan las obras a los aspectos en común que se establecen en las historias de mujeres que están comprometidas en la guerra desde diferentes lugares. Estos *collages* de voces femeninas se constituyen en una reivindicación de actoras siempre presentes, pero pocas veces consideradas, y son un esfuerzo de humanización de la guerra cuando revelan cómo las situaciones a las que se enfrentan estas actoras están, muchas veces, determinadas por su género.

Otros trabajos se han centrado, también, en la compilación de relatos de personas que han vivenciado, de distintas maneras, la violencia política o la social. Entre estos libros se encuentran *Las mujeres de la guerra* (2000) de Patricia Lara y *Patria se escribe*

con sangre (2000) de Elvira Sánchez-Blake. Estos textos y el ya mencionado *Mujeres de fuego* comparten la característica de reunir voces de mujeres que han vivido el conflicto desde diferentes orillas; algunas de ellas se remiten hasta la infancia para señalar las condiciones sociales que las condujeron a introducirse en grupos armados y transitar por ellos, incluso por diferentes bandos. En ellos están retratadas las trayectorias de excombatientes del M-19, de combatientes de las Farc-EP, de miembros de las milicias urbanas, de integrantes de grupos paramilitares, de simpatizantes y colaboradoras, de exsecuestradas, de madres de militantes.

Por su parte, Elvira Sánchez-Blake³³ publicó, en el 2009, *Espiral de silencios*, en el cual sondea, tal vez con la misma intencionalidad de Patricia Lara en *Las mujeres de la guerra* (2000), las expresiones narrativas de mujeres que se encuentran en situaciones diferenciales respecto a sus vivencias sobre el conflicto. Así, la autora

se concentra en eventos ocurridos durante la década de los años ochenta y la del nuevo siglo para entregar, desde diversas miradas femeninas, una perspectiva ignorada, enmudecida o marginal sobre el conflicto armado en Colombia. La voz narrativa entreteje, así, el testimonio de tres hablantes que como madres, esposas e hijas dan cuenta de su posición subalterna en medio de dos bandos que parecieran irreconciliables. (Barraza, 2010, párr. 2).

En el 2012, Sánchez-Blake aborda, en un artículo titulado "Memoria de mujeres en el conflicto colombiano: reportajes, testimonio y nuevas semantizaciones", las narrativas elaboradas por mujeres sobre el conflicto armado de las décadas de los ochenta y los noventa, agrupándolas en reportajes, autobiografías y narrativas

33 Elvira Sánchez-Blake es periodista, especialista en literatura española, escritora, profesora e investigadora. Durante los gobiernos de Julio César Turbay y Belisario Betancur integró el equipo de prensa de la Presidencia de la República. En 1986, tras sufrir amenazas, abandonó el país y partió a Estados Unidos. Actualmente es profesora asociada del Departamento de Español y Portugués de la Michigan State University.

mixtas. En los reportajes incluye trabajos que hacen uso de testimonios y entrevistas provenientes de personajes masculinos que vivieron estas experiencias en la década de los ochenta, de los cuales referencia, entre otros, *Siembra vientos y recogerás tempestades* (1982) de Patricia Lara, *Las guerras de la paz* (1985) y *Noches de humo: cómo se planeó y ejecutó la toma del Palacio de Justicia* (1988) de Olga Behar e *Historia de una traición* (1986) de Laura Restrepo. Hacia finales de la década de los noventa, la autora señala el surgimiento de una narrativa más etnográfica basada en historias de vida, biografías y otro tipo de testimonios, en la cual incluye los textos de María Eugenia Vásquez, *Escrito para no morir* (1998), y de Vera Grabe, *Razones de vida* (2000).

Así mismo, Sánchez-Blake alude al surgimiento del grupo Mujeres Excombatientes en 1999, del que Vásquez es una de sus fundadoras, cuyo fin era el de "iniciar una dinámica de reflexión sobre su experiencia como militantes y su impacto en la sociedad" (2012, p. 9). Este grupo retoma como una de sus estrategias de trabajo, los

talleres de recuperación de la memoria traducidos en procesos de reflexión, producción de historias de vida, videos documentales y textos académicos escritos por las mismas participantes del grupo y en ocasiones por investigadoras que se han sumado a la causa del colectivo. (Sánchez-Blake, 2012, p. 14).

En el 2000 Sánchez-Blake había publicado el texto *Patria se escribe con sangre*, en el cual trabajó con los testimonios de dos mujeres que vivieron la violencia política de diferentes maneras: Inés, una mujer proveniente del campo, quien "se une a grupos con ideales revolucionarios que luchan por construir 'una patria mejor' siempre con la mira de que a sus hijos no les corresponda vivir en el medio hostil en que ella se crió" (p. 5); la otra mujer, María Eugenia Vásquez, es cofundadora del M-19 y por ese mismo tiempo en que fue entrevistada por Sánchez-Blake escribía su historia de vida, a modo de trabajo de grado para obtener el título de

antropóloga en la Universidad Nacional de Colombia. El resultado le valió un premio en Colcultura para su publicación, bajo el título que ya hemos mencionado: *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia* (2000).

Sánchez-Blake menciona que su libro, *Patria se escribe con sangre* (2000), hace parte de un proceso de transición que la conduce, a partir de su exilio, a recorrer un camino diferente al de la periodista que había trabajado como asistente de prensa en la Presidencia de la República durante los últimos años de la administración de Turbay Ayala (1981-1982) y todo el periodo de Belisario Betancur (1982-1986). Durante esos años fue testigo de primera mano de los hechos del Palacio de Justicia. A partir de su exilio, Elvira empezó a recorrer el camino de la literatura y de la narrativa testimonial, y a interesarse por las voces, digamos, olvidadas, dentro de lo cual se fue especializando en trabajos relacionados con las mujeres. En sus palabras,

Mujer, texto, nación, se encuentran y confluyen en el discurso testimonial. La historia de luchas políticas y la conformación dispersa de Latinoamérica han hecho que la experiencia testimonial adquiera el matiz de concientización y de presencia ante las estructuras del poder. El testimonio femenino parte también de esa demarcación particular en un entorno donde la violencia es parte fundamental de la experiencia colectiva y de ser mujer. (2000, p. 79).

De otro lado, algunos acontecimientos específicos que han tenido lugar en el marco del conflicto armado han desembocado en un importante número de narrativas. Este es el caso de la toma del Palacio de Justicia ocurrida el 6 y 7 de noviembre de 1985 llevada a cabo por un comando del M-19, acontecimiento que sin duda alguna se constituye en hito del pasado reciente en Colombia, y que marcó un importante giro en la simpatía que la organización armada despertaba hasta ese momento en los colombianos y una ruptura en la confianza de la ciudadanía hacia

las instituciones del Estado, particularmente hacia las Fuerzas Armadas. Son numerosas y de diverso tipo las narrativas que se han producido a lo largo de las tres décadas que le han sucedido a la toma. En ese caso podría hablarse de narrativas centradas en el acontecimiento, a partir de las cuales se abren múltiples vetas, voces y focos narrativos: afectaciones, búsquedas y reconfiguraciones de las víctimas; versiones de quienes han sido considerados victimarios; reconstrucciones de los hechos, o de una parte de ellos, con base en investigaciones periodísticas; denuncias de hechos no reconocidos en las instancias judiciales o por el Estado ante la opinión pública; formulaciones de hipótesis sobre las responsabilidades de los bandos en cuestión, etcétera.

Como se indicó, sobre este tema han surgido numerosos textos de tipo periodístico. De hecho, el primer libro que se presentó, *Noche de lobos* (1989), fue producto de una temprana investigación del periodista Ramón Jimeno. También se encuentran *El Palacio de Justicia. Una tragedia colombiana* (2009) en el que Ana Carrigan desarrolla la investigación en torno a la ejecución del magistrado auxiliar Carlos Horacio Urán, a quien las cámaras registraron saliendo con vida del Palacio bajo custodia de las Fuerzas Armadas, pero cuyos restos, sometidos a procedimientos irregulares, indican un disparo a corta distancia propinado por las Fuerzas Armadas; y *El palacio sin máscara* (2008) de Germán Castro Caycedo, un texto que alterna fuentes documentales oficiales —obtenidas en juzgados penales, la Procuraduría General de la Nación, la Fiscalía General de la Nación, la Comisión de la Verdad sobre los hechos del Palacio de Justicia (2005-2010) y el Tribunal Especial de Instrucción Criminal (1986)— y testimonios, en una línea narrativa que muestra cómo

la intención del ejército en la retoma fue de "aniquilar" y no de rescatar; que la vida de los rehenes —entre ellos los magistrados de la Corte Suprema, once de los cuales murieron— fue de mínima prioridad [...] que personas que salieron vivas del Palacio fueron

conducidas a guarniciones militares, torturadas y desaparecidas [...] que hubo un intento, por parte de las Fuerzas Armadas, de ocultar los hechos de la masacre y la inaudita retirada de vigilancia del Palacio unos días antes. No queda claro, pero se insinúa, que hubo un golpe de Estado que dejó sin mando al presidente Belisario Betancur. (Cuadros, 2010, párr. 2).

Los textos de Jimeno, Carrigan y Castro Caycedo son solo algunas de las narrativas periodísticas que giran en torno a la toma del Palacio de Justicia; el común denominador de los tres es la denuncia de los excesos de las Fuerzas Armadas en la operación de retoma, entre ellos, el asesinato de magistrados, la desaparición y la tortura, y los procedimientos irregulares en relación con el manejo de los cuerpos. De otra parte, también han surgido expresiones testimoniales más cercanas a la ficción —y a los lenguajes poéticos, si se quiere—. En este grupo cabe mencionar *Las horas secretas* (1990) de Ana María Jaramillo, una novela que se acerca a los idearios del M-19 y al sentimiento que invadía al colectivo; en su foco narrativo se sitúa la compañera sentimental de Alfonso Jacquin —el segundo al mando en la operación de la toma— y en la angustia que significa para la mujer ser testigo a distancia de los hechos que se desencadenaron, con lo que pretendía ser una demanda armada —redactada por su compañero, el abogado de la operación— y el suplicio del duelo sin elaborar de un muerto ausente o de un desaparecido más; *Vivir sin los otros. Los desaparecidos del Palacio de Justicia* (2010) de Fernando González, que recorre la búsqueda de los familiares de los desaparecidos, representados principalmente en dos personajes: Bety, la esposa de uno de los meseros de la cafetería del Palacio, y una periodista que realiza el seguimiento de los juicios al coronel Luis Alfonso Plazas Vega.

Recientemente, fue publicado el libro *Mañana no te presentes* (2016), una novela ficcional de la periodista Marta Orrantía que narra la toma y la retoma del Palacio desde la perspectiva de una

de las guerrilleras que participó en el operativo llevado a cabo por el M-19. Según la autora, en la generalidad de las obras que se han referido a este acontecimiento, los abordajes casi siempre se apegan al estilo periodístico y no han posibilitado traslucir las zonas grises que caracterizan las actuaciones de los seres humanos; una excepción a esta generalidad señalada por Orrantía es *La Siempreviva*³⁴, una obra de teatro de Miguel Torres llevada al cine en el 2015 por Klych López que se refiere, de manera ficcional, a la desaparición de Cristina del Pilar Guarín.

Según Orrantía, este acontecimiento fue un quiebre en la historia del país que nos afectó de muchas maneras. En una entrevista concedida al periódico *El Espectador* dice al respecto:

Creo que de alguna manera perdimos la inocencia. Aquí nadie actuó por el bien del país y todavía, tantos años después, seguimos viviendo las consecuencias de ese día. Todavía lloramos a los desaparecidos, todavía nos preguntamos por la verdad. Nos marcó como una cicatriz. Creo que la toma del Palacio de Justicia, como el asesinato de Gaitán, como las bombas de Escobar, sigue siendo un hito en la barbarie de este país. Un momento que cambió para siempre a quienes lo vivimos. Tanto que creo que todos tenemos nuestra historia personal sobre el Palacio. Qué estábamos haciendo ese día, qué sentimos, qué conocido murió ahí... (Orrantía, citada en Castaño, 2016, párr. 7).

Otra narrativa —cuya forma discursiva se halla a mitad de camino entre la crónica periodística y la novela— en la que se instaure la voz de una guerrillera que vivió la toma desde adentro es *Noches de humo. Cómo se planeó y ejecutó la toma del Palacio*

34 “Una obra emblemática no sólo por el tema: la toma del Palacio de Justicia en 1985, sino por la calidad de su escritura. Texto que conmueve, recuerda y hace reflexionar, sin recurrir a discursos políticos. La historia de una mujer, Julieta, que existió y desapareció ese 6 de noviembre, es el hilo conductor de este texto que muestra de manera magistral la realidad de un país: pobreza, desempleo, terrorismo. Obra presentada por el teatro El Local” (*La Siempreviva*, s. f.).

de *Justicia* de Olga Behar³⁵ (1988), un texto que podría definirse como un relato novelado en el que su autora aborda, a partir de entrevistas, documentos, archivos y álbumes familiares, la toma del Palacio de Justicia vista por una integrante del M-19 y el enfrentamiento con las Fuerzas Armadas durante la operación de retoma. Behar pretende situar, además —a partir de la crónica de los eventos previos—, los móviles de la organización guerrillera para efectuar esta acción. El relato que la autora construye entreteje su voz con la de Clara Helena Enciso, la única integrante del M-19 que sobrevivió a la retoma y que murió años después en el exilio. *Noches de humo* fue escrita cuando ambas, escritora y testimoniante, se encontraban en el exilio.

Aun cuando las narrativas no están centradas en el acontecimiento, la magnitud de este se impone como un capítulo obligado en los relatos de los excombatientes del M-19 por todo lo que les significó como organización: la vinculación pública, probada o no, con el narcotráfico, la ruptura de las "reglas de juego" de los enfrentamientos armados, la pérdida de importantes líderes del movimiento, entre otros. Verbigracia, este asunto puede ser rastreado en el escrito autobiográfico de Vera Grabe, *Razones de vida* (2000), y en el de María Eugenia Vásquez, *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia* (2000). Estas enunciaciones del evento en los relatos se desdoblán en varios sentidos: intentan un acto de contrición ante la sociedad del que hace parte el reconocimiento del error en nombre del colectivo y la búsqueda de perdón de parte de las víctimas y del país en su conjunto; señalan una responsabilidad de tipo compartido con las Fuerzas

35 Olga Behar es una periodista y escritora colombiana. Ha dedicado buena parte de su escritura a narrar el conflicto colombiano. En 1985 tuvo que salir al exilio hacia México luego de que se publicara su texto *Las guerras de la paz* (1985). Estando en ese país escribió un relato novelado sobre la toma del Palacio de Justicia por parte del M-19 (noviembre 6 y 7 de 1985): *Noches de humo. Cómo se planeó y ejecutó la toma del Palacio de Justicia* (1988) para el cual se valió del testimonio de la única integrante sobreviviente de la organización guerrillera. En 2013 publicó el escrito autobiográfico *A bordo de mi misma: crónicas autobiográficas* (2013).

Armadas en relación con los daños ocasionados; demandan al Estado la asunción de dicha responsabilidad; indican la falta de verdad; y, sobre todo, al tiempo que reconocen la responsabilidad colectiva, sitúan el desligamiento individual de la acción, para lo cual se aducen cuestiones como el desconocimiento mismo de los planes. Al respecto, se hace importante entender que la sociedad colombiana aún recuerda con dolor las imágenes de guerra que se transmitieron en vivo por la televisión y los llamados de auxilio de Alfonso Reyes Echandía que se escucharon por la radio. En esta lógica, Antonio Navarro Wolff se refiere a la toma como "el peor error del M-19" y en sus balances insiste en señalar el perdón de las víctimas como una muestra de las posibilidades de la reconciliación —opiniones que están marcadas, por supuesto, por el propio proceso del M-19 de dejación de la lucha armada y por la coyuntura del acuerdo de paz entre el Gobierno y las Farc—:

Repetidas veces en estos 30 años he pedido, a nombre del M-19, perdón a las víctimas. Aunque no tuve responsabilidad directa o indirecta en la toma, soy el superviviente más antiguo del eme y a nombre de todos mis compañeros he pedido perdón por lo sucedido. Fue una terrible equivocación la cometida de la cual nunca nos arrepentiremos lo suficiente. Por las víctimas que causó. Por sus efectos sobre esa etapa de la historia de Colombia [...]. Debo resaltar que hijos de los magistrados muertos nos han perdonado. Que hijos de nuestros compañeros han perdonado a quienes mataron a sus papás, aun fuera de combate. Eso demuestra que la reconciliación de los colombianos es posible. Eso demuestra que se puede mirar adelante. Eso señala que sí hay esperanza de construir una nueva historia para nuestro país. (Navarro, 2015, párr. 9).

El tema de las responsabilidades y su expresión en las narrativas no ha cesado de generar polémica, en tanto en los últimos años se han reactivado los juicios en contra de los militares al mando de la operación de retoma, a quienes se les acusa por la

desaparición de trabajadores de la cafetería del Palacio, visitantes ocasionales y una guerrillera. Algunos sectores reclaman que no se haya juzgado a los responsables del M-19, y pasan por alto, ante la opinión pública, que todos los guerrilleros que participaron en la toma —a excepción de Clara Helena Enciso quien, vale la pena reiterar, falleció años después— murieron durante la retoma o en días posteriores bajo la tutela de las Fuerzas Armadas y que los comandantes generales, Carlos Pizarro y Álvaro Fayad, fueron asesinados.

En el marco de estos debates, de las condenas a los militares responsables y de la vuelta atrás sobre los fallos —como en el caso del coronel (r) Luis Alfonso Plazas Vega, quien fue absuelto a través de un fallo de la Corte Suprema de Justicia el pasado 16 de diciembre del 2015 después de haber sido condenado en 2010 por el delito de desaparición forzada y permanecer recluido durante ocho años—, se han dejado ver posturas en las que prevalece el ánimo conciliatorio al que se subordina el empeño de reconstruir la verdad sobre los hechos. En esa vía se pronunció Navarro ante la noticia de la absolución de Plazas Vega: "Creo que empieza a haber un poco de equilibrio en todo el manejo de la situación del conflicto con el M-19 y el Palacio de Justicia" ("Empieza a haber equilibrio", 2015) y a esto agregó que, para las familias afectadas, es importante que se resuelva el tema de los desaparecidos.

Ya habíamos mencionado, en la línea de los escritos biográficos, los de Vera Grabe y María Eugenia Vásquez. A estos se suma *Mi guerra es la paz* (2004, reeditado 2009) de Juan Carlos Iragorri sobre Antonio Navarro Wolff. En este escrito, al igual que en el de Grabe, se encuentra un fuerte componente dedicado a la justificación de la decisión del M-19 de dejar las armas para integrarse a la vida política y de la firmeza de esta pese al asesinato de Carlos Pizarro. En la defensa de la bandera de la paz que presentan estas narrativas, si bien no hay un reproche sobre la decisión de haber iniciado una lucha armada, que en su momento se consideró legítima, sí hay un distanciamiento de esta, una deslegitimación

de su continuidad en el presente y un ánimo de desalentar estas expresiones.

Así mismo, las organizaciones no gubernamentales (ONG) y algunos organismos estatales han procurado mediar narrativas del pasado por medio de convocatorias a exmilitantes de grupos armados que han participado de procesos de reintegración a la vida civil. A través de talleres de escritura, se han propiciado escenarios en los cuales los participantes comparten y escriben sobre sus experiencias. Como resultado de estas iniciativas se han publicado varios textos, entre ellos, *¿Valió la pena? Testimonios de excombatientes en la vida civil*, coordinado por Otty Patiño y Andrés Peralta, y *La guerra ¿para qué?* (2008) y *La vida no da tregua* (2011) coordinados por Andrés Peralta.

En varios de los textos mencionados es posible notar una reivindicación de la colectividad desde el rescate mismo de las vivencias individuales dentro de las organizaciones y de lo que estas representaron para los sujetos en términos de la constitución de sus identidades. Las expresiones narrativas oscilan desde un foco más situado en la faceta privada entre el individuo y el colectivo, mostrando su indivisibilidad.

Del lado de las narrativas de la Unión Patriótica se encuentra el texto de Mary Daza³⁶, *Los muertos no se cuentan así* (1991) —también referenciado por Lucía Ortiz—, una novela testimonial situada en el Urabá antioqueño que evidencia el desplazamiento campesino, la acción de los paramilitares y los asesinatos a miembros del partido —a cuyo nombre no se alude de manera explícita— en esta región; así mismo, se refiere al homicidio del candidato presidencial Bernardo Jaramillo Ossa, a quien tampoco se le menciona de manera directa. El foco narrativo de la novela se sitúa en una maestra que emprende la búsqueda de su esposo

36 Mary Daza es una periodista y escritora colombiana. Ha escrito varias novelas a través de las cuales ha contado el conflicto armado del país. Debido a su obra *Los muertos no se cuentan así* (1991), su nombre fue incluido en la antología de las veinte mejores escritoras del siglo xx en América Latina por la Escuela de Arte y Literatura de la Universidad de Boston, Estados Unidos.

—también maestro— desaparecido. Daza recorre en este texto, además del drama colectivo de la búsqueda de los desaparecidos que se convierte en la amenaza sobre la vida de quien indaga, la presencia de un victimario invisible, pero con largo alcance (Herrera y Pertuz, 2015b). Con motivo de la presentación que se hizo de la reedición de este libro en 2011, una reseña dice lo siguiente:

Hoy, veinte años después, pareciera que *Los muertos no se cuentan así* hubiera sido escrita ayer en la tarde, pues los muertos de hace dos décadas, tienen las mismas características de los muertos de la semana pasada. Continúa el mismo dolor, la misma angustia, la misma soledad y la misma desesperanza [...]. Los muertos no se cuentan así es más que una simple novela de la Violencia en Colombia. Es, ante todo, la primera obra escrita por una mujer en Colombia sobre este continuo desamor, es un escrito hecho con el alma que invita a reflexionar sobre lo que no hemos podido detener: la muerte. Es hacer una especie de alto en el camino y ver en lontananza, los campos sembrados de cruces para proponernos, como promesa, de nunca más volver a hacer uso de la violencia y sí crear espacios para la vida. ("Los muertos de Mary Daza", s.f., párr. 5-7).

Los suplicios corporales

En su texto biográfico, María Eugenia Vásquez, a la par que hace un balance de sus vivencias, de sus pérdidas y de sus temores, alude a una interpelación propiciada por un pasaje del libro de Carlos Castañeda, *Viaje a Ixtlán*, en donde la muerte se sitúa como timonel:

La muerte es la única consejera sabia que tenemos. Cada vez que sientas [...] que todo te está saliendo mal y que estás a punto de ser aniquilado, vuélvete hacia tu muerte y pregúntale si es cierto. Tu muerte te dirá que te equivocas; que nada importa en realidad más que su toque. Tu muerte te dirá: Todavía no te he tocado. (Vásquez, 2000, p. 215).

Así mismo, el tema del cuerpo emerge en varios de los relatos, al igual que en los de Chile y Argentina, en lo referente al desdoblamiento que se presenta en situaciones de encarcelamiento y tortura, o también como territorio en donde se anclan los haces que intervienen en los procesos de subjetivación y de configuración de las subjetividades. En alusión a la experiencia de la tortura, Vásquez dice: "quiero olvidar esas sensaciones que asocio con el paso por un túnel estrecho, sin tiempo y sin otra noción de vida que el sufrimiento del propio cuerpo" (p. 291). En la entrevista concedida por Vásquez a Sánchez-Blake (2000), la exintegrante del M-19, señala:

Las torturas, las torturas. Cuando caímos presos fueron más a nivel psicológico, y de todas maneras hubo... Nos sometieron a manos amarradas todo el tiempo, a ojos vendados. El hambre. No nos daban de comer ni de beber. No nos dejaban dormir. Frente a eso, mi actitud fue de abandono total. Mi actitud fue, 'si yo me aferro a la vida, me quiebro, si yo me abandono a la muerte, que pase lo que sea' [...]. Frente a mi cuerpo, me abandoné. (p. 69).

Cuando Vásquez alude al proceso de reconfiguración subjetiva que llevó a cabo a propósito de su desvinculación del M-19 y su transición a la vida civil, dice: "Cuando el dolor y la tristeza tocaron a mi puerta, con más urgencia que nunca, miré en torno buscando la mano multitudinaria de mi amada abstracción y tropecé con el silencio. Estaba sola. Sólo mi cuerpo, sólo el corazón" (Vásquez, 2000, p. 482).

"El cuerpo anda por un lado, todo desbaratado, y la mente por otro. Me da igual, ese cuerpo que ya no siento, no me pertenece. Lo pueden destrozarse porque el corazón está intacto, y no lo pueden alcanzar jamás. Los que se humillan son ellos", dice Vera Grabe³⁷ (2000, p. 100) sobre su vivencia como presa política,

37 Vera Grabe es antropóloga y política colombiana, sus padres fueron inmigrantes alemanes. Fue cofundadora e hizo parte del comando central del M-19.

al tiempo que resalta la pérdida de referentes temporales y la incidencia de la represión sobre el cuerpo, haciendo uso de la tercera persona para referirse a la experiencia:

Todo es como una película en la que un montón de escenas se superponen, se juntan, se invierten, sin saber qué es primero y qué es después. Todo está diseñado para debilitar el cuerpo, mediante el dolor, el hambre, la sed, el cansancio, y la mente con preguntas, humillaciones, amenazas, chantaje. (p. 99).

La experiencia de detención que sufrió Vera también la lleva a reflexionar sobre la tortura como una práctica que se remonta muy atrás en la historia de la humanidad, frente a la cual los sujetos tienen que batallar para soportarla y poder comunicar el sentido de su vivencia. Para ello la autora se refiere a ella de manera objetivada:

Es difícil creer que las torturas existen en el mundo real, a menos que las hayas vivido y muy de cerca. Si se lo cuentas a alguien que no lo ha vivido en carne propia, te puede creer, pero le parece ficción, y le asalta un extraño morbo por saber detalles: cómo fue, por cuánto tiempo, qué te hicieron [...]. Tanta gente lo ha vivido, y en esencia siempre es lo mismo. No importa el país, ni la época. Es una larga cadena, caso tras caso. Pero así tu nombre se incorpore a las largas listas donde se pierden los rostros, cada uno es una persona que se enfrenta a una antigua y primitiva práctica humana, sustentada en el dolor, la humillación, en quebrar la voluntad, lealtad y fe de los seres humanos. Y pone en jaque su fe religiosa, la lealtad a sus amigos, el

Se reintegró a la sociedad civil luego de la firma del acuerdo de paz entre el gobierno de Virgilio Barco y esta organización, entre finales de los ochenta y principios de los noventa. Fue representante del Senado de la República por el partido Alianza Democrática M-19. Luego fue consejera para los derechos humanos en la embajada de Colombia en España durante tres años. Actualmente trabaja en el Observatorio de la Paz. En las elecciones presidenciales del 2002 fue fórmula vicepresidencial de Luis Eduardo Garzón.

amor a su pueblo, su convicción política. Cada caso es una denuncia. Pero también testimonio de una batalla ética y afectiva. (2000, p. 38).

Vera también alude a las vivencias relacionadas con torturas a las que fueron sometidos otros miembros del M-19, para situarlas dentro de un repertorio común de experiencias internacionales sobre rebeldía, cuya saga inicia con los cristianos y concluye con Chile y Argentina:

Sabíamos que la tortura era una eventualidad que teníamos que enfrentar. La habían sufrido compañeros nuestros, y era la historia de los rebeldes desde la época de los cristianos perseguidos por los romanos, los herejes en épocas de la Inquisición, los que resistieron al fascismo, los perseguidos por las dictaduras de Chile y Argentina. (2000, p. 94).

En el libro editado por Peralta y Patiño, el relato de "Lucía" evoca cómo ella acudió a sus referentes familiares y en especial a la figura de su padre para resistir los momentos de tortura sin delatar a nadie:

Escuché la voz de otros hombres, aún más vulgares que los anteriores, quienes amenazaron con violarme y matarme. Me trasladaron a otro sitio y allí empecé a sentir la eventualidad de mi muerte como una posibilidad real y cercana. Busqué consuelo evocando a mi familia, mis hermanos y la vital figura de mi padre [...]. Mi padre era un liberal que creía en el país, un hombre con gran rectitud y honestidad. En esos momentos evoqué su historia y su ejemplo de vida; reviví sus enseñanzas, su fe en la lealtad, en la virtud de ser consecuente con lo que se cree, en el afecto, en el lazo magnífico de la amistad que vincula a las personas, en la solidaridad con los más humildes. Esta evocación me dio fuerzas, convencida de que era parte de una gran familia y, por lo tanto, una mujer afortunada. Fue cuando sentí mi fortaleza y superioridad frente a mis interrogadores. (2004, pp. 62-63).

Varios de los relatos se refieren al periodo presidencial de Turbay Ayala (1978-1982) como aquel que mostró mejor la puesta en marcha de las políticas de seguridad estadounidenses y sus desdoblamientos en América Latina, y que condujo a la denuncia de numerosos atropellos a militantes de organizaciones de izquierda y a personas que fueron asociadas con la oposición política en el país, situación que produjo un clima tanto de zozobra como de persecución política. Al respecto Vásquez describe el ambiente del momento y el cerco al que estaba siendo sometido el M-19:

En marzo de 1979 se realizó el Primer Foro por los Derechos Humanos. Con ese evento la gente empezaba a perder el miedo, pero la represión no disminuía. A mediados del año, el país todavía estaba conmocionado. En la prensa, las noticias sobre operativos de propaganda armada y detenciones competían en número. Osuna caricaturizaba en *El Espectador* lo que sucedía en las caballerizas del ejército con los detenidos. El presidente Turbay desmentía en cada viaje al exterior las acusaciones de las organizaciones de derechos humanos sobre torturas y consejos de guerra arbitrarios durante su gobierno. Los intelectuales de izquierda eran perseguidos, familias enteras se asilaban en las embajadas. Y los cuatro gatos que permanecíamos en libertad seguíamos moviéndonos para probar que no nos habían liquidado. (1998, p. 208).

Por su parte, Aída Avella³⁸ alude a los despliegues de la represión, los cuales llegaron a ser rutinarios, y conmovieron y trastocaron la vida cotidiana de muchas personas a lo largo de estos años y, en este sentido, incidieron en sus configuraciones subjetivas:

38 Aída Avella fue dirigente sindical y ocupó la presidencia de la Unión Patriótica entre 1991 y 1996. Cuando se desempeñaba como concejal de Bogotá en representación de la UP tuvo que salir del país en exilio al sufrir el cuarto atentado contra su vida en mayo de 1996. Recientemente fue candidata a la vicepresidencia en las elecciones presidenciales de 2014 por la alianza entre el Polo Democrático Alternativo y la Unión Patriótica.

Con el Estatuto de Seguridad, en el gobierno de Turbay Ayala, entre 1978 y 1982, se recrudeció la ola de allanamientos. Los gendarmes llegaban a las casas muy temprano, entre las 4 y 5 de la mañana, bloqueaban las vías de acceso a las viviendas con camiones del Ejército sin placas, vestidos de civil, con ruanas y debajo de ellas, las metralletas. Requisaban todo, hasta las ollas. Se llevaban lo que querían, libros, cartas personales, las cuitas de los enamorados, retratos de familia, pasaportes, dinero y hasta las joyas. A las personas en Bogotá las conducían a las caballerizas militares de Usaqué de la carrera 7 con calle 107. Los cuarteles se convirtieron en centros ilegales y clandestinos de reclusión donde no eran extrañas las torturas. Muchos murieron víctimas de estos procedimientos prohibidos por la ley. (citado en Romero Ospina, 2011, pp. 314-315).

En torno al orden de lo colectivo

Si bien la persecución política ha tocado a todas las organizaciones de izquierda en Colombia, la llevada a cabo en contra de la Unión Patriótica (UP) adquirió una dimensión de aniquilación sistemática del colectivo, al punto de alcanzar su reconocimiento como genocidio político. A través de masacres, desplazamientos masivos, asesinatos selectivos y magnicidios, fueron exterminados entre 3000 y 5000 —cifras en las que fluctúan los informes— miembros de esta colectividad, entre ellos, dos candidatos presidenciales; muchos sobrevivientes partieron al exilio y solo hasta hace unos pocos años algunos han podido regresar al país³⁹. La Unión Patriótica es un partido político que se constituyó en 1985 en el marco de las negociaciones de paz de La Uribe entre el gobierno de Belisario Betancur y la guerrilla de las Farc, pero que no solo se conformó con miembros de este grupo que abandonaron la lucha armada para integrarse a la legalidad y a la vida política, sino que aglutinó

39 “Dos candidatos presidenciales, 8 congresistas, 13 diputados, 70 concejales, 11 alcaldes y miles de sus militantes fueron asesinados por grupos paramilitares, elementos de las fuerzas de seguridad del Estado (Ejército Colombiano) y narcotraficantes. Algunos de los sobrevivientes al exterminio abandonaron el país” (“Impunidad y olvido”, 2011, párr. 8).

a militantes de varios partidos que no habían tenido participación en la lucha armada. Gracias a la fuerza que la Unión Patriótica tomó, sobre todo en zonas rurales del país, llegó a ganar alcaldías, gobernaciones, escaños en el Congreso de la República y en otros cargos públicos. Las enormes dimensiones de lo ocurrido en contra de la UP han configurado una veta narrativa que busca referirse al sentido mismo de la exterminación del colectivo basada en la cooperación de fuerzas estatales y paraestatales.

Este fenómeno marcó profundamente el imaginario de la izquierda colombiana, que tuvo claro el escarmiento que la extrema derecha, confabulada con el narcotráfico y con el apoyo de los paramilitares (en alianza con sectores del Estado), estaba dispuesta a llevar a cabo frente a opciones que disputaran el orden social establecido. Es preciso recordar que en ese mismo momento se dieron negociaciones con otras organizaciones de izquierda, como el M-19, una fracción mayoritaria del Ejército Popular de Liberación (EPL), el movimiento Quintín Lame y una disidencia del Ejército de Liberación Nacional (ELN) —la Corriente de Renovación Socialista—, entre otros, las cuales se acogieron a la dejación de las armas, pero también sufrieron detenciones, torturas y, en muchos casos, asesinatos de sus militantes, no solo cuando se encontraban en la clandestinidad sino también cuando se reincorporaron a la vida civil. Gustavo Petro⁴⁰, exmilitante del M-19, alude a las lecciones que dejó dicha experiencia para su organización:

El M-19 comete errores en esa conducción democrática del país y el primero surge precisamente del problema de la Unión Patriótica, es lo que yo he denominado el síndrome de la UP y está en la cabeza de los dirigentes del M-19: tratemos de garantizar una especie de cambios no tan radicales, a pesar de poderlos producir, que impidan

40 Gustavo Petro fue candidato por el Polo Democrático a la presidencia en el 2010 y fue alcalde de Bogotá a nombre del Movimiento Progresistas en el periodo 2012-2015.

un proceso de asesinato sobre el M-19, ese es el síndrome de la UP. (Soler, s.f., 38:09).

En años recientes se han multiplicado los testimonios en torno a la experiencia de la UP y de sus militantes, una buena parte de ellos a través del formato documental, cuya característica, casi general, por las circunstancias que se han mencionado, es que han sido producidos desde el exilio y con el apoyo de organizaciones internacionales. Algunos de estos documentales se han centrado en personajes a través de los cuales se muestra al colectivo, como es el caso de *La historia de Antequera* (2012), documentado y narrado por Erika, hija de José Antequera; otros se centran en la experiencia del exilio, como *Volver a nacer: memoria desde el exilio del genocidio de la Unión Patriótica en Colombia* (2008), de Paco Simón y Óscar Bernacer; otros se focalizan en la experiencia del exterminio, como *Memoria de los silenciados: El Baile Rojo* (2003) de Yezid Campos, en referencia a uno de los operativos militares que tuvo como objetivo la coordinación de acciones en contra de la UP.

Algunos documentales, además del exterminio y la impunidad que le ronda al caso de la Unión Patriótica, dedican espacio al análisis de las condiciones que hicieron posible la emergencia del Partido, como *Esperanza es lo que hay por ahí*, apoyado en la investigación de Sebastián González, Jovany Herrera y Carlos Soler. Este documental recupera la voz de uno de los sobrevivientes que se reintegró a la lucha armada y que fue miembro del equipo negociador de los acuerdos que se gestaron entre el 2012 y el 2016 con el gobierno de Juan Manuel Santos, Luciano Marín o Iván Márquez; también visibiliza las voces de unas víctimas pocas veces reconocidas: las familias y, particularmente, los niños. Así mismo, se han dado producciones audiovisuales concebidas desde una mirada de género, como *Hagamos memoria: las mujeres de la Unión Patriótica* (2012), dirigido por Hollman Morris.

Además de los trabajos audiovisuales, también se pueden referenciar textos como *Unión Patriótica. Expedientes contra el olvido*

(2011) de Roberto Romero Ospina, en el cual se presenta la reconstrucción de los perfiles de varios de los militantes asesinados de la UP e incluye fragmentos de entrevistas a militantes sobrevivientes del partido.

Buena parte de los exmilitantes de la UP continúan luchando para que se reconozca como genocidio de Estado el exterminio de la organización. A la par, adelantaron la lucha por la restitución de su personería jurídica como partido (la cual perdió en 2002, por no obtener el número de votos para llegar al Congreso, pero recuperó en 2013 mediante resolución del Consejo de Estado que admitió las circunstancias de persecución política y los impedimentos conexos a ella para obtener presencia electoral en el 2002)⁴¹.

El sentido de colectividad que buena parte de los exmilitantes incorpora a la dimensión individual de sus subjetividades al recordar la UP se encuentra en el trabajo de Iván David Ortiz sobre Sebastián González⁴², uno de los dirigentes del partido. Este texto, con base en entrevistas a Sebastián, está configurado más como una historia institucional sobre la UP, narrado casi todo en tercera persona —las referencias personales de Sebastián son escasas pues el énfasis se hace en los procesos organizativos y las luchas sociales emprendidas por la UP, así como los innumerables hechos de persecución y asesinato de sus militantes—.

41 En 1993, la Corporación Reiniciar y la Comisión Colombiana de Juristas interpusieron una demanda contra el Estado colombiano ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos por su responsabilidad y participación en los crímenes contra la UP; no obstante, la comisión al aceptar la demanda alegó que aunque estos crímenes presentan muchas características comunes al genocidio, en lo relacionado con el derecho la comisión no lo puede tipificar como tal debido a que "no se ajusta a la definición jurídica actual del delito de genocidio consignada en el derecho internacional", puesto que esta no incluye la persecución a grupos políticos (solo incluye grupos referidos a lo nacional, lo étnico, lo racial o religioso) (Comisión Interamericana de Derechos Humanos, 1997). Empero, los upeistas y los defensores de su causa siguen pugnando porque este reconocimiento se dé en el marco de la justicia internacional.

42 Sebastián González es dirigente sindical de Caldas. Militante del Partido Comunista, llegó a ser secretario general de la agrupación entre 1987 y 1988, en una de las épocas más duras del genocidio de la Unión Patriótica.

Para Sebastián es clara la fusión de su proyecto personal con su opción política de militante y la defensa de su memoria: "Yo soy Sebastián González, upeista no de profesión sino de pasión", manifiesta en uno de los apartados (Ortiz, 2006, p. 162).

La memoria de la UP y de los sujetos que fueron signados por dicha opción política está marcada por las pérdidas, las ausencias y la lucha continua por su visibilización a nivel histórico, como lo expresa Sebastián:

Nos reunimos, conversamos y por lo menos para no perder la memoria recordamos; este trabajo que estamos haciendo tiene una gran importancia. Se lo digo de manera franca, porque volver a hacer ese rompecabezas de acordarse de los que ya no están; de los que están pero hace tiempo no veo, porque sólo nos vemos cada vez que hay un entierro o cuando hay un evento; a veces pienso que nos estamos volviendo amigos moribundos. (Ortiz, 2006, p. 70).

Por su parte, Clara López Obregón⁴³, exmilitante de la UP, al introducir el libro de Roberto Romero *Unión Patriótica. Expedientes contra el olvido*⁴⁴ (2011), en su condición de alcaldesa de Bogotá, alude a una frase común en este contexto que condensa lo que estaba en riesgo en las apuestas políticas de la oposición en

43 Clara López Obregón estudió economía en la Universidad de Harvard (1972). Luego de iniciarse como líder estudiantil en Harvard, oponiéndose a la Guerra de Vietnam, regresó a Colombia y trabajó con el presidente Alfonso López Michelsen (1974-1978) bajo la adscripción del Partido Liberal Colombiano. Se vinculó al Nuevo Liberalismo de Luis Carlos Galán, siendo elegida concejal y presidenta del Concejo Distrital, y posteriormente contralora de Bogotá. En 1986 regresó a la militancia de izquierda al vincularse a la Unión Patriótica y apoyar la candidatura presidencial de Jaime Pardo Leal; en 1988 representaría a este partido para la Alcaldía de Bogotá. En 2005 denunció ante la Corte Suprema de Justicia la posible infiltración de organizaciones armadas ilegales de extrema derecha en el Estado colombiano, denuncia que dio inicio al proceso investigativo adelantado por la Alta Corte y que derivaría en un proceso judicial que desató un escándalo político en Colombia conocido como parapolítica. En 2011 estuvo como alcaldesa encargada de Bogotá a nombre del Polo Democrático (Consultado en Wikipedia).

44 Investigación financiada por la Alcaldía Mayor de Bogotá.

esta coyuntura: "nos vemos en el próximo entierro". Veamos las palabras de Clara:

Hace 23 años participaba como candidata de una coalición de izquierdas liderada por la UP en la primera elección popular de alcaldes en 1988. En ese entonces, arreciaba la guerra sucia y el exterminio físico de la Unión Patriótica. Fue Jaime Pardo Leal quien primero me planteó la candidatura, no para ganar las elecciones sino para utilizarlas de tribuna de denuncia del genocidio en pleno desarrollo. Todavía siento el escalofrío que invadió mi cuerpo cuando saliendo del Palacio de San Francisco, donde yacía en cámara ardiente el cuerpo de Teófilo Forero, me despedí de Patricia Ariza diciendo, "Nos vemos en el próximo entierro". La magnitud de lo dicho, la impotencia frente a la inevitabilidad de muchos atentados y homicidios por venir y la indolencia generalizada de una opinión nacional que negaba lo que estaba sucediendo, todo eso y más, se resumía en una frase inconscientemente pronunciada que todavía me conmueve. ¿Cómo pudo toda una sociedad vivir semejante holocausto sin aceptar siquiera que estaba sucediendo? (López, citada en Romero, 2011, p. 9).

Aída Avella alude, a su vez, a la experiencia de esta organización como una lección de amplio calado para el país, refiriéndose a la persecución de la que fue objeto como genocidio, un concepto que ganó presencia en la mayoría de las narrativas testimoniales sobre la UP:

Pienso que la lección que tiene que sacar la gente del común con el caso de la Unión Patriótica es que un sufrimiento así, un genocidio así, no se debe dejar repetir. Creo que el país tiene que sacar una lección como la que se sacó en la Segunda Guerra Mundial después del holocausto. Es que eso no se puede repetir en Colombia, no pueden matar a la gente por su pensamiento político. (Romero, 2011, pp. 113-114).

Patricia Ariza⁴⁵, encargada del área de cultura de la Unión Patriótica, menciona los sentimientos encontrados, a nivel emocional, que le causa pensar en el devenir de la organización, pues le implica lidiar tanto con recuerdos que figuran la UP como una opción real de participación y oposición política, como con recuerdos que le traen un sabor amargo en lo referente al aniquilamiento del cual fue víctima la organización:

Hay unos recuerdos muy bellos y hay unos recuerdos muy dolorosos. A mí me parece que lo de la UP pasó hace tanto tiempo porque todas las cosas fueron de tanto impacto que no logro todavía como asimilarlos, es demasiado fuerte. O sea, en primer lugar, el primer recuerdo es una esperanza fundamental, no todas las esperanzas son iguales, es decir hacer parte de un movimiento que va a cambiar radicalmente este país. Y la segunda parte, pues es la masacre, el exterminio. Entonces esas dos cosas las tengo, a pesar de que primero fue la una y después fue la otra, pero digamos las tengo completamente, afectivamente, entremezcladas. (Morris, 2012, 4:54).

Otras vetas narrativas: las nuevas generaciones

En otros trabajos (Herrera y Pertuz, 2015b) hemos mostrado cómo las siguientes líneas generacionales, desde las preguntas que les genera y las comprensiones que les demanda su propio presente, han empezado a producir nuevas narrativas con las cuales se acercan a explicar los acontecimientos políticos del pasado, con el propósito de "conjurar el olvido político que predomina en la esfera pública colombiana" (Herrera y Pertuz, 2015b, p. 926), y de tender puentes con el pretérito sobre una distancia zanjada por cuenta de exilios y miedos fundados en la violencia política que enfrentaron sus padres o abuelos. Dentro de los jóvenes que

45 Patricia Ariza estudió Historia del Arte en la Universidad Nacional de Colombia, hizo parte de las Juventudes Comunistas y encargada del área de cultura de la Unión Patriótica. Fue creadora junto a Santiago García de La Casa de la Cultura, hoy Teatro La Candelaria.

emprenden estos trabajos de memoria se encuentran María José Pizarro, hija de Carlos Pizarro León Gómez, quien ha realizado dos trabajos audiovisuales —*Carlos Pizarro: un guerrero de paz* (2010) y *Pizarro: la película* (2015)— y uno textual —*De su puño y letra* (2015), en el que recupera y transcribe cartas escritas por su padre—; Erika Antequera, hija de José Antequera, con un trabajo audiovisual —*Hagamos memoria: la historia de Antequera*, con la codirección de Ayoze O'Shanahan— en el que plantea cómo

[...] conocer a mi padre el político que no le pudo explicar a su hija en qué trabajaba me ha servido también para conocer esa otra historia de Colombia que ha sido negada y también una manera de buscar respuestas a veinte años de impunidad. (Antequera y O'Shanahan, 2012, 7:16).

Daniela Abad, nieta del médico y profesor universitario Héctor Abad Gómez —muerto en 1987 en el marco de una serie de asesinatos contra líderes de derechos humanos, dirigentes sociales y sindicales, cuya vida y contexto social, político y cultural fue recreado por su hijo el escritor Héctor Abad Faciolince en la novela biográfica *El olvido que seremos* (2006)—, lleva al lenguaje cinematográfico (en codirección con Miguel Salazar) el texto de su padre con el documental titulado *Carta a una sombra* (2014), ganador de dos categorías en el Festival Internacional del Cine de Cartagena de Indias en 2015.

El día de la premier del documental la revista *Semana* propició un encuentro entre María José Pizarro y Daniela Abad. Esta última, quien nació en España y pasó allí buena parte de su vida, también emprendió de manera decidida el camino del rescate de la memoria de su abuelo y de las apuestas de esa generación en momentos del exacerbamiento de la violencia política y los nexos de esta con sectores de la mafia, el paramilitarismo y las elites del país. En este escenario de intercambio María José Pizarro le menciona a Daniela Abad la especie de deber generacional que les compete a ellas y a los miembros de su generación:

Nosotros tenemos que lograr que este país vuelva a sentir y vuelva a condolerse con el dolor del otro, ir quebrando la indiferencia —dice María José Pizarro—. Si nosotros no lo asumimos, la memoria se pierde. Si Héctor no hace el libro y tú no haces el documental, para la generación siguiente seguramente un hombre tan valioso como Héctor Abad Gómez quedaría perdido en el rastro de la historia. ("Documentales de la memoria", 2015, párr. 9).

Desde un trabajo más cercano a la academia, José Darío Antequera⁴⁶, hermano menor de Erika, quien tenía cinco años cuando mataron a su padre y que en la actualidad se dedica a proyectos relacionados con la memoria histórica, menciona:

Narrar y recordar, ese es el punto de partida para empezar a escribir la historia de lo sucedido. El caso de la UP es la oportunidad de construir memoria, paz y justicia, comprometiendo a todos los sectores de nuestra sociedad. ("Antequera, líder, esposo y padre", 2014, párr. 9).

Así mismo, vale la pena destacar que una de las ramas del trabajo de las nuevas generaciones o para ellas se sitúa en la producción de textos de literatura infantil y juvenil. Autores como Triunfo Arciniegas, Yolanda Reyes, Jairo Buitrago, Claudia Rueda, Gerardo Meneses, Gloria Cecilia Díaz e Ivar Da Coll, entre otros, han abierto espacios, a través del texto y de la ilustración, a la memoria sobre la violencia política en formatos que, si bien se dirigen

46 José Darío Antequera es el hijo del desaparecido dirigente nacional de la Unión Patriótica, José Antequera, asesinado el 3 de marzo de 1989. Se vinculó de manera activa en el proceso de reivindicación de las víctimas del genocidio de la Unión Patriótica, además, hace parte del Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice). En el marco de la Maestría en Estudios Políticos de la Pontificia Universidad Javeriana, llevó a cabo una tesis titulada "Memoria histórica como relato emblemático: consideraciones en medio de la emergencia de políticas de memoria en Colombia". Ese mismo año la Alcaldía Mayor de Bogotá, en asocio con la Agència Catalana de Cooperació al Desenvolupament, publicó esta tesis bajo el título *La memoria histórica como relato emblemático* (Antequera, 2011).

en primer lugar a los más pequeños, también convocan a lectores de todas las edades. La literatura infantil y juvenil relacionada con temáticas referentes a la violencia política no constituye un fenómeno que se diera de forma exclusiva en Colombia —por el contrario, se encuentra menos consolidado en relación con Chile y con Argentina—, sin embargo, ha experimentado en el país un crecimiento importante desde la década de los noventa.

Francisco Montaña, nieto del último presidente de la Unión Patriótica, Diego Montaña Cuellar, escribió la novela juvenil *El gato y la madeja perdida* (2013). El proyecto formó parte de los resultados de una investigación realizada por el autor en la Universidad Nacional de Colombia. Ana María, el personaje principal de la obra, descubre el tránsito de la infancia a la juventud en una serie de eventos que irrumpen en su vida, "como un *roquetazo*": la muerte de su abuelo —un militante de la UP—, la separación de sus padres y su profesor enamorado. La trama se desenvuelve en las búsquedas de Ana María y de los adultos que la rodean, quienes intentan resolver distintas formas de duelo, mientras la joven empieza a develar el mundo de su abuelo y de sus padres, lo cual, hasta ese momento, no parecía haber sido necesario. Las menciones a la UP como proyecto identitario y a su exterminio solo se develan al ritmo que Ana María impone, sin que lleguen a superar los dilemas de la adolescencia a los que se enfrenta. Pese a que a simple vista pudiera estimarse que la historia equivale a una trasposición de las circunstancias de vida del autor en una joven, el abuelo de Francisco Montaña no murió asesinado; el personaje de Ana María, sus búsquedas, sus dilemas, sus preguntas, sus confusiones, sus fragmentaciones y sus recuerdos son la reunión de muchas voces de hijos y de otros familiares de militantes del partido político. Así escribe el autor sobre su libro en un fragmento de los agradecimientos:

Algunas de sus partes han sido escritas tomando elementos (situaciones, frases emociones) de las entrevistas hechas a personas

relacionadas con la historia política de Colombia durante los años ochenta. Espero que sus páginas hagan medianamente honor a las conversaciones que me ofrecieron y que contribuyan a cuestionar las visiones parciales de la historia. (Montaña, 2013, p. 149).

En los agradecimientos de Montaña aparecen los nombres de Bernardo Jaramillo (hijo), Fabiola Lalinde, María José Pizarro, Erika y José Antequera, Imelda Daza y Aída Avella, entre otros.

Por su parte, Jairo Buitrago se ha acercado, desde el libro álbum, al drama de la desaparición, con *Camino a casa* (2008), y del exilio, con *Eloísa y los bichos* (2009), en trabajos conjuntos con el ilustrador Rafael Yonckten; Yolanda Reyes escribió sobre el asesinato de dos investigadores del Cinep en el libro *Los agujeros negros* (2000); Triunfo Arciniegas también se acerca al tema de la guerra y los dilemas del exilio con *El árbol triste* (2005), a la mutilación con *El rabo de Paco* (2011b) y a la desaparición con *El último viaje de Lupita López* (2011a), un texto bellamente ilustrado por Henry González; Gerardo Meneses, con *La luna en los almendros* (2012) y Francisco Leal Quevedo con *El mordisco de la medianoche* (2010) exploran, desde voces infantiles cuidadosamente construidas, el drama del desplazamiento; también Ivar Da Coll se acerca a este fenómeno y al miedo que produce el abuso desde el libro álbum *Tengo miedo* (2012).

Así mismo, la novela gráfica ha empezado a hacerse un lugar en la literatura infantil y juvenil colombiana. En este género se inscribe, por ejemplo, *Los Once. Como un cuento sin hadas* (2014) de los hermanos Miguel y José Luis Jiménez y Andrés Cruz, un libro que aborda la toma del Palacio de Justicia y se titula de esta manera en homenaje a los once desaparecidos (trabajadores de la cafetería y visitantes ocasionales). En la nota editorial que inaugura el texto, Felipe González apunta:

Como los autores de Los Once, soy muy joven para recordar el momento de la toma y la retoma del Palacio de Justicia. Pero crecimos

con sus fantasmas. Varias veces pasamos junto al lote donde la construcción del nuevo edificio se resistía a ser terminada; otras veces vimos en las noticias a las familias de los caídos exigiendo verdad; con mucha frecuencia, alguien traía el suceso a la conversación para analizar algún episodio de violencia desmedida, de los que tantas generaciones hemos sido testigos, cometido por cualquiera de los actores del conflicto. La mirada de Miguel, José y Andrés sobre uno de los acontecimientos más traumáticos de la historia reciente de Colombia, apela a la ficción y a la analogía para contar una historia que no se ha dejado de repetir porque, como una cicatriz, hace parte de la identidad de millones de colombianos. (González, citado en Jiménez, Jiménez y Cruz, 2014, s.p.).

Quizás son, justamente, los fantasmas a los que se refiere González y aquello que se arraiga en nuestras identidades lo que las generaciones de hijos y nietos (o para hijos y nietos) intentan comprender desde una sana distancia temporal, y que plasman en expresiones narrativas cada vez más variadas con las que intentan recordar y resignificar desde el presente, para superar un tiempo en el que, tal vez, olvidar era la opción más legítima.

También se torna importante destacar que *Los Once* se planteó, inicialmente, como un proyecto digital y que en esa misma vía se están gestando varios proyectos de memoria que hacen uso de distintas matrices discursivas, como el cómic interactivo y los videojuegos. Dentro de estas iniciativas vale la pena mencionar *4Ríos*, un proyecto que, desde una estética cercana al cómic y a la novela gráfica, narra historias del conflicto armado desde voces diferenciadas de las víctimas, particularmente, sobre cuatro masacres:

[la de] El Naya desde la perspectiva de un indígena de la región, [la de] Bojayá desde el punto de vista de una mujer que recuerda a su madre, [la de] Apartadó desde la visión de un niño que pierde a su familia y [la de] El Salado visto desde un atacante que huye de la violencia. ("Qué es 4Ríos", s.f., párr. 1).

4Ríos es una propuesta multiplataforma que, además del recurso artístico, usa la integración de contenidos documentales y distintas herramientas tecnológicas. Esta incorporación de múltiples estrategias y soportes es abarcada a partir del concepto de *flujos de memoria*. También, sumado al sitio web que contiene la propuesta, ya existe una versión impresa del cómic, dispositivos para exposiciones, maquetas y cortos animados. *4Ríos* ha logrado reconocimiento por parte del Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (MinTic) y del Ministerio de Cultura a través del Premio Crea Digital en la categoría Sorprende Digital (2013), lo que le ha valido apoyo económico y respaldo institucional bajo la figura de coproducción; también tiene apoyo del Instituto Distrital de las Artes (Idartes) y la Cinemateca Distrital con una Beca de Creación, Circulación y Apropiación de Contenidos Audiovisuales a través de las Nuevas Tecnologías y Redes de Información (2012).

Otro proyecto se gesta actualmente desde ViveLab (un laboratorio de innovación creado por el MinTic, la Alcaldía Mayor de Bogotá y operado por la Universidad Nacional de Colombia). Este tiene que ver con un videojuego —que estará disponible para dispositivos móviles— llamado *Reconstrucción*, cuya línea argumental está basada en

la historia de Victoria, una niña que es amenazada por un grupo armado, le matan a su abuelo y tiene que desplazarse para luego regresar. El circuito completo de la guerra. Amenaza, violencia, desplazamiento, prejuicios y, en algunos casos, retorno. (Kapkin, 2016, párr. 4).

Este videojuego también integraría otros soportes y estrategias narrativas que permitan, además de una posibilidad de comprender el conflicto desde la mirada de las víctimas, un mayor conocimiento de los hechos reales, que se oponga a efectos no deseados como la trivialización del conflicto o la revictimización.

Imágenes recortadas y figuras de sujeto

Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico museo
de formas inconstantes,
ese montón de espejos rotos.

JORGE LUIS BORGES

Las narrativas testimoniales que integraron nuestro corpus documental nos acercan a múltiples imágenes de sujeto, a manera de un espejo trizado en el cual se avizoran pequeñas piezas que configuran las subjetividades o que indican los lugares por los que transita el sujeto y los repertorios que lleva consigo. Son retratos fugaces que dibujan algunos de sus posibles trazos, imágenes repetidas y superpuestas que lo borran y lo nombran una y otra vez, a manera de palimpsesto, en una lucha incesante entre recuerdos, silencios y olvidos. En nuestro análisis no hacemos un trazado exhaustivo, nuestro recorrido no agota las posibilidades de un corpus abundante y variado, pero permite algunas entradas que, obviamente, pueden conducir a más caminos interpretativos de los que aquí conseguimos avizorar.

En Argentina, Chile y Colombia se desplegaron diversas interpelaciones a los sujetos que estaban comprometidos con organizaciones políticas y político-militares y que tuvieron que estar en condiciones de desbandada, bien fuese como exiliados,

como presos políticos o como detenidos-desaparecidos. Tales interpelaciones se dieron en el plano de lo social, a través de los medios de comunicación que hicieron eco del poder represivo; en el plano familiar, lo cual significó la desestructuración de los lazos afectivos y de las redes de solidaridad que allí tenían lugar; en el plano personal, lo cual implicó la pérdida de la libertad; y, en el plano político, al perder, en la mayoría de los casos, el contacto con sus organizaciones y tener que enfrentarse de manera individual a los rigores del terror o tener que reconfigurar los referentes y las formas de comprensión de lo político. De este modo, en este capítulo hacemos un acercamiento a las distintas figuras de sujeto que se despliegan en las narrativas, a manera de imágenes fugaces que bordean las múltiples posibilidades de las configuraciones subjetivas en el periodo.

Voy atravesando el espejo y mi voz ya no tiene sonido⁴⁷ (Chile)

Nuestra columna de hombres sin cabeza,
solitaria, flotando en las penumbras, avanza otra
cuadra arrastrando los pies, dando y recibiendo
pisotones.

ROLANDO CARRASCO

Delante está la venda, y más allá las armas
vigilando y los otros sentados
como tú y la venda y detrás están los ojos, el dolor
y los sueños.

GUILLERMO NÚÑEZ

En las narrativas chilenas está presente la figura de un *sujeto encapuchado* o *vendado* que permanece en la oscuridad, en un mundo de sombras en donde el adentro y el afuera son confusos, figura

47 Texto extraído del libro *Diario de un viaje* de Guillermo Núñez (1989, p. 87).

que alimenta imágenes que expresan tanto emociones y sensaciones dolorosas, como evocaciones sobre la expectativa de salir de la oscuridad, de *poder ver*, de *poder verse*. Carmen Rojas (Nubia Becker) describe situaciones en las que la venda deja intuir el mundo de afuera, sus compañeros de cautiverio (también vendados), la percepción de un universo del cual no se logra establecer con claridad lo real y lo imaginario:

Una madrugada, no sé con qué fin, nos sacaron a todos los prisioneros a un patio grande según lo presentí. A través de la venda lograba atisbar algo y sentía los ruidos atenuados como sólo se sienten en el campo al amanecer [...]. Me corrí un poco la venda [...]. Había una larga hilera de hombres y mujeres con vendas en los ojos, algunos de ellos engrillados. Todos parecían irreales. Semejaban fantasmas surgiendo de la niebla del alba: pálidos, macilentos, andrajosos, desgredados e increíblemente sucios. Aún no tengo claro si todo eso fue real o si yo, sumida en una especie de fantasía desatada, transformaba la realidad en cuadros mágicos para poder mirarla. (Rojas, 1988, p. 43).

En *Tejas Verdes*, Valdés referencia la *capucha* como la tentativa de desligar al sujeto de su propio cuerpo, al ser contemplado desde afuera por sus represores de manera anónima o, mejor, cosificada: "Entiendo la necesidad de este capuchón: no seré una persona, no tendré expresiones. Seré sólo un cuerpo, un bulto, se entenderán sólo con él" (Valdés, 1977, p. 18). Por su parte, Aristóteles España —"el poeta de Dawson"— describe la venda y lo que produce en su subjetividad cuando lo hace internar en "un muro cubierto de espejos y musgos, una escalera llena de incógnitas":

La venda es un trozo de oscuridad que oprime, un rayo negro que golpea las tinieblas, los íntimos gemidos de la mente, penetra como una aguja enloquecida. La venda, en las duras estaciones de la ira y el miedo, hiriendo, desconcertando, se agrandan las imágenes,

los ruidos son campanas que repican estruendosamente, la venda es un muro cubierto de espejos y musgos, un cuarto deshabitado, una escalera llena de incógnitas, la venda crea una atmósfera fantasmal, ayuda a ingresar raudamente a los pasillos huracanados de la meditación y el pánico. (España, 1985, p. 45).

En este despliegue permanente entre lo real y lo irreal y la dificultad de establecer sus límites, también hay imágenes del sujeto vendado en las cuales este se avizora a sí mismo como alguien que lucha por situarse en otro lugar, que desea aprovechar el aislamiento en el que le coloca la venda para *fugarse* a otras realidades que le ayudan a sanar sus heridas y le posibilitan, al mismo tiempo, hacer uso de otras destrezas y formas de percepción que estaban latentes en la realidad usual en la que se encontraba antes de la detención. Esta idea se evidencia en la novela testimonial *De academias y subterráneos*, en la que Teillier narra su propia experiencia en tercera persona y recrea las vivencias de un militante comunista, Fernando, quien en su cautiverio privilegia el uso de otros de sus sentidos debido a "las largas jornadas transcurridas desde su detención y su ceguera casi total, a raíz de la venda que día y noche tapaba su rostro". Así, el protagonista

pudo cronometrar el tiempo por los ruidos que poblaban cada amanecer o el inicio de la noche. Escuchaba el agua corriendo por una alcantarilla, un pajarillo trinando incansable en su nidación o en la búsqueda de pareja. Toses, susurros, voces en sordina. Perros lejanos, grillos, croar de sapos. Un llanto, una risa. Ruido de motores, martillazos, el leve roce de la precavida carrera de una rata. Todo se dimensionaba en distancia, posición, tamaño, grado de amenaza, tiempo y espacio posible. Y la imaginación como una nave espacial, inmersa en un universo de sonido, tacto y dolor, en un sublime vuelo desde el interior del alma herida al espacio infinito de sí mismo, que lo alejaba del dolor y el sufrimiento, por frágiles segundos o por largas horas de ensoñación. (1993, p. 112).

Pero también el trabajo de Teillier relata los primeros momentos de encierro del protagonista (*alter ego* del autor) cuando se inicia el proceso de tortura que lo conduce al extrañamiento de sí mismo. En esa ocasión, cuando es esposado, vendado y ultrajado, mencionando un momento en el que es llevado al baño y se le *autoriza* a quitarse la venda, el protagonista describe cómo se *aproxima* a su cuerpo y las dificultades que tiene para *reconocerse* en las imágenes que le arroja *el espejo*:

Fernando seguía temblando; con lentitud, porque sus manos aun estaban esposadas, se desató la venda, un paño de toalla color verde, amarrado por unas tiras que le cubrían todo el rostro. Pensó que se había quedado ciego, pues no veía casi nada. Poco a poco se fueron formando imágenes; se encontró frente a un espejo, vio un rostro pálido, flaco, desencajado, barbón. Su pelo estaba todo revuelto. Los ojos muy hundidos y las pupilas enormemente dilatadas. Su cuello estaba hinchado, sobresalía en él una especie de globo azul sobre una vena o arteria, al lado derecho. Después, empezó a descubrir su cuerpo; su terno estaba absolutamente arrugado y roto en las piernas. Se daba cuenta que se había orinado y defecado. De la cintura hacia abajo, estaba cubierto de una viscosidad asquerosa y fétida. Sus zapatos, unos bototos de caña alta, estaban reventados por la presión de sus pies. Sintió un par de arcadas, pero su estómago estaba vacío.

—Será mejor que tome un baño, amigo —dijo el sargento con tono paternal y seguidamente ordenó—. Móvil, saque las esposas al prisionero. (Teillier, 1993, p. 37).

Guillermo Núñez es un pintor chileno simpatizante de izquierda que participó en la campaña presidencial de Allende y llevó a cabo, durante su gobierno, iniciativas de exposiciones artísticas como *Homenaje al triunfo del pueblo*, *Las 40 medidas del Gobierno Popular*, *El pueblo tiene arte con Allende*, *El tren de la cultura*. En aquel momento era el director del Museo de Arte

Contemporáneo. Núñez fue detenido en dos ocasiones durante la dictadura; en una de ellas estuvo encerrado por cinco meses y permaneció buena parte del tiempo vendado, en compañía de otros 15 detenidos, casi todos pertenecientes al MIR. En los momentos en los que se le retiraba la venda, Núñez aprovechaba para escribir un diario sobre sus impresiones a través de imágenes y palabras, texto que fue publicado bajo el título *Diario de viaje* en 1989. En este relata las sensaciones que le produce la venda:

Detrás de los ojos, la rabia o los sueños detrás está jamás sólo posible, está el horror, un murmullo, un lento silencio o la luz, el grito. El grito es negro también, también el mar es negro, allí la cordillera, el desierto, el miedo, un paseo bajo la lluvia, una mano, una taza de té, de nuevo el miedo. El miedo no es negro, y en lo oscuro, lentamente, de a poquito, se muere como un rayito luminoso detrás de la ventana. Afuera están los pájaros, están las nubes y no sabes si de veras está oscuro, si de veras estás solo, si de veras te mueres tan suavemente. Delante está la venda, y más allá las armas vigilando y los otros sentados como tú y la venda y detrás están los ojos, el dolor y los sueños. (p. 129).

Núñez señala, en conversaciones con Catalina May, la incidencia de haber permanecido tanto tiempo con la venda y cómo esta experiencia repercutió en su obra pictórica. En relación con esto May nos dice:

Cuando estuvo libre, Núñez comenzó a pintar unas láminas de fondo negro con figuras de extraños cuerpos, en los que destacan grandes bocas con dientes, inspirados por sus meses de encierro. "La visión interna causada por la venda de los ojos deforma la mirada y produce cuerpos monstruosos, donde el torturador y el torturado pasan a ser una sola identidad", explica el pintor hoy. (May, 2009, párr. 15).

Jorge Montes, un dirigente sindical del magisterio y militante del Partido Comunista chileno, era senador de la República en el momento del golpe, fue detenido en 1974 en condición de desaparecido, declarado, posteriormente, como preso político debido a la presión internacional y confinado en la cárcel de Ritoque. En un relato, Montes muestra las resistencias que le significaba la imagen del sujeto vendado y las fugas subjetivas que realizaba para distanciarse de esta imagen, para *luchar* contra ella, para impugnarla:

Contra la venda hay que luchar con toda la fuerza moral que sea posible generar, con la conciencia más clara del objetivo que persigue, con la férrea voluntad de vencer, con la energía indomable del que no se entrega, con la inteligencia más lúcida, con el emocionado frenesí del que libra un combate por su vida y por la más noble causa. Esa batalla comenzó el primer día, más feroz y encarnizada cada hora. A ella me dedico. A defenderme de la venda que cubre mis ojos, que me aparta del mundo, que me mantiene solo, que me enema y me angustia. Quizá por ello, en estos días regreso con frecuencia a mi infancia. Revivo el pasado más lejano y más nítido. Para evadirme de hoy, durante muchas horas, vuelvo a ser niño. Ahora duermo tras la venda. Despertaré, más tarde, para seguir viviendo y luchando contra ella. (Montes, 1978a, párr. 5-6).

Todo el libro de Montes, *La luz entre las sombras*, se encuentra atravesado por imágenes en las que aparece la venda de manera persistente. Siempre alguien le está diciendo a él, o a sus hijas o a su esposa, con quienes llegó a estar detenido en el mismo lugar, que se quiten o se pongan la venda, o él mismo se encuentra mirando de manera parcial, a través de la venda, a sus seres queridos que están con la venda o sin la venda:

La lucha se establece entre la víctima y la venda, desde el primer instante. Buscamos la luz como nuestra quimera. Abajo hay luz. Si la

venda se eleva entonces puedes ver hasta la punta misma de tus pies. Tiene dos amarras. El secreto reside en soltar lo más que puedas, sin despertar sospechas, la que se prende al cuello. Entonces la venda se levanta de abajo. La nariz ayuda. El radio de visión se amplía unos cuantos centímetros. (Montes, 1978a, párr. 3).

En su texto, Carmen Rojas (1988) describe algunas de sus impresiones sobre el surgimiento de la figura del *desaparecido* como expresión de una modalidad represiva que ella no alcanzaba a avizorar en Chile antes de esta coyuntura:

Los perseguidos sabíamos que había varias formas de ser eliminados. Uno se podía morir en la tortura o morir acribillado al resistir la detención. Se podía morir de Falso Enfrentamiento o ser fusilado de frentón. Hasta que por su menor costo político, se les ocurrió matarnos por Ley de Fuga. Pero no sabíamos aún lo que significaba desaparecer, como no sabemos hasta el día de hoy qué pasó con los desaparecidos. Es por eso que en esa madrugada de febrero de 1975 cuando vi la columna de prisioneros formados en el patio, justo delante de la dichosa ventana de la celda de mujeres, jamás pensé que no los veríamos más y que sólo sabríamos de ellos por las listas de desaparecidos. (p. 68).

Jorge Montealegre alude en su libro *Frazadas del Estadio Nacional* a las sensaciones que le produce pensarse como un *sobreviviente*:

Desdoblado, no me veo como un sobreviviente. Tal vez para no sentirme como un náufrago: lo que botó la ola. Me he resistido, pero es un sentimiento que crece con el tiempo en la medida que crece la amnesia del entorno. “¿Esas velas también son por mí?”. Al menos para mis fantasmas. Son para los esperados y desesperados que nunca salieron de ese lugar y para quienes esperaron y siguen esperando. Esa banca de plaza, la banca de la esperanza, debe tener un

espacio en este memorial. En ella me sentaría a esperar al chiquillo que fui hasta que salga de una vez por todas del Estadio. Estaré leyendo o escribiendo poesía. (2003, p. 169).

La figura del *traidor* es también recurrente en la narrativa chilena. Traicionar a los otros es traicionarse a sí mismo en ese juego complejo que configura la subjetividad, engarzada siempre en el adentro y el afuera, entre yo, tú y ellos. Es la figura que hace el quiebre frente a la de héroes o mártires, la que alude a la abyección de la naturaleza humana, aquella que no era permitida por la moral militante, figura que también se anuda con la del *sobreviviente*. Carmen Rojas menciona:

Mientras tanto, por propia experiencia, fuimos aprendiendo que la represión obtiene resultados. Que no todos son héroes y que con la tortura un buen número de compañeros habla. Que no estábamos, como no lo estaba nadie, excepto los que triunfaron, preparados para enfrentar esa dura etapa, en la que nosotros fuimos puestos en la mira para ser exterminados. Por lo mismo se hacía urgente establecer alguna forma de contener esa debacle. (1988, p. 61).

Cuando Carmen Castillo regresa a Santiago de Chile, después de haber estado trece años en el exilio, describe en el documental *Calle Santa Fe* (Castillo, 2007) las imágenes que la atraviesan como *flashes* y le señalan la imposibilidad de volver a poner todo en su lugar; imágenes pobladas por las figuras de los ausentes, de los militares y de los traidores que delinean las sombras del nuevo escenario que vislumbra bajo el fantasma de sentirse a sí misma como *sobreviviente* y que dejan al descubierto, al mismo tiempo, la figura del *sujeto exiliado*:

¿Quién es la que regresa al país, cómo se llama?

13 años por fuera...

Santiago, nada se encuentra en su lugar.

Sólo hay un vacío poblado de ausentes
Las sombras me envuelven
Miedo incluso en pleno día.

Sólo veo militares y traidores
y la resignación de la gente que pasa
El asco me atraganta...
¿Será definitivo este rechazo de Chile y de los chilenos?
Cada imagen, cada olor, cada cadencia, me remiten a otros,
cada emoción me lleva a los ausentes.
Cada lucha de las que fueron interrumpidas.
Recogimiento del tiempo, del espacio.
Como salirse de la fila de los sobrevivientes,
no podía ser que hubieran muerto por nada. (Castillo, 2007, 7:55).

Los textos de Luz Arce (1993) y Marcia Merino (1993), escritos por dos militantes chilenas, una del Partido Socialista y la otra del MIR, que pasaron a colaborar con la DINA cuando fueron detenidas, retratan con crudeza los estragos de la represión sobre las subjetividades de los militantes, de los cuales la figura del traidor, que además se reafirma públicamente como tal, es sintomática. Arce y Merino, después de haber sido quebradas por la represión y colaborar para ella traicionando a sus compañeros, reaparecen en la esfera pública cuando deciden declarar en contra de los militares y escribir sendos textos autobiográficos en los que relatan sus vivencias y sus formas de reconfiguración como sujetos, con la pretensión de sanar sus heridas y obtener el perdón ante la opinión pública.

Como lo han sostenido tanto Peris como Lazzara, los relatos testimoniales de Merino y Arce como *sujetos quebrados* dan cuenta, a su manera, de los logros de la dictadura chilena en el moldeamiento de las subjetividades a través del suplicio corporal (Peris, 2008). Lazzara, en su libro *Luz Arce: después del infierno* (2008), publica una entrevista hecha a Arce en el 2004 y enfatiza en la importancia de profundizar en este tipo de experiencias y en

los sujetos que las encarnan, para dar cuenta de aspectos de esta problemática que no han sido trabajados:

El relato oficial ha tendido a sacralizar y volver intocable al militante martirizado, mientras la figura de la traición se ha mantenido oculta y estigmatizada en bocas que no quieren admitir la "derrota". No obstante, los cuerpos traidores son una parte innegable del relato "post"; ponen en relieve los dilemas ético-morales de la zona gris y encapsulan los quiebres de cuerpo, voz y subjetividad que generan la tortura y la delación. (p. 17).

En la entrevista, Arce habla de cómo ha procesado su experiencia como delatora y asumido la responsabilidad que le cabe, pero, al mismo tiempo, puede verse a sí misma como una víctima del accionar represivo:

No hay justificación a lo ocurrido, naturalmente. Ni en ese tiempo ni en ningún otro. Si me pregunta si me siento "víctima" entiendo por ello que fui doblegada por la fuerza, que no pude oponerme a esa fuerza, ni siquiera mantener mis sentidos normales, que las cosas hechas, sin dejar de ser mi responsabilidad, fui obligada a ellas con amenazas no sólo a mi persona sino a mis familiares directos, incluido el hijo, entonces sí... sí fui una persona victimizada, torturada, una persona en quien todavía quedan cicatrices físicas y morales. (2008, p. 179).

Así mismo, Arce relata cómo entendía su detención como militante y el proceso de empobrecimiento subjetivo que fue sintiendo en su confinamiento:

Aún en los peores tiempos existió algo que podríamos llamar "conciencia". Nunca me pregunté: ¿por qué a mí? Sabía exactamente por qué estaba ahí: porque esa gente deseaba asegurar a cualquier costo la permanencia y supuesta gobernabilidad de la dictadura y — real o no— nosotros, los detenidos, éramos un peligro, según ellos.

Cuando sentí en carne propia que al menos a mí me atribuían tal peligrosidad, empiezo a sentir que nos barrerán, pero antes de aniquilarnos, tenían que enlodarnos, rebajarnos. Y más que para "salvar la patria", necesitaban hacerlo para mantenerse en el poder. Aún así, el vivir tan reducida como persona de alguna manera hace que la conciencia se vaya achicando, como si uno se fuese jibarizando. (Lazzara, 2008, p. 246).

Por su parte, Marcia Merino, en su libro *Mi verdad* (1993), hace una reflexión sobre lo que considera algunas de sus transformaciones subjetivas, una vez que ha transitado entre ser un sujeto militante y llegar a ser un sujeto que traiciona a su organización y a sus compañeros de militancia, aludiendo a su reducción a lo biológico, a las meras sensaciones:

Pienso que cuando "me quiebran", me convierto en algo que sólo puede sentir: miedo, dolor, asco. No quedaba ningún resquicio de racionalidad que me permitiera manejar situaciones o plantearme manejarlas. Ni siquiera tenía capacidad crítica para analizar la manipulación que la DINA estaba haciendo conmigo. (p. 53).

A propósito de la reedición del libro *Recuerdos de una mirista* en el 2011, su autora, Nubia Becker, explica por qué decidió reeditar el texto con su nombre verdadero y bajo un nuevo título, nombrándose a sí misma ya no como sujeto/militante del MIR, sino como *sujeto/víctima*, como *Una mujer en Villagrimaldi*: "He querido salir del anonimato, y lo hago, en primer lugar, porque la situación política del país así lo permite" (Becker, 2011, p. 12). Al mismo tiempo, Becker explica la recuperación de su nombre para evitar equívocos respecto a su trabajo actual como activista de los derechos humanos, ya que "la doble identidad obstaculizaba el diálogo, opté por devolver al libro mi nombre" (p. 12).

En el texto de Luz Arce (1993), la cuestión del nombre propio también adquiere relevancia en el nuevo posicionamiento conseguido después del trabajo escritural, el cual se apoya en

su conversión religiosa, la cual le permitió a la autora procesar los quiebres de su subjetividad, pasando a ser, en la actualidad, una mujer cristiana que se arrepiente de sus actos, pide perdón y clama por justicia, en el contexto de la Reconciliación chilena:

Me llamo Luz Arce. Me ha costado mucho recuperar este nombre. Existe sobre mí una suerte de "leyenda negra", una historia imprecisa, elaborada al tenor de una realidad de horror, humillación y violencia [...]. El país tiene que rescatarse a sí mismo y enfrentar su verdad para poder dejar en el pasado lo que pertenece a este, y pensar y construir un futuro libre del olvido o la mentira. Me doy cuenta que yo necesité hacerlo. Fue importante, fue indispensable para decirme otra vez: mi nombre es Luz, Luz Arce. (pp. 19, 387).

En el libro de Aníbal Quijada *Cerco de púas* (1977), ganador del premio Casa de las Américas en la categoría Testimonio⁴⁸, emergen figuras de sujeto como *el camarada*, para quien escribe imaginariamente Quijada, situando en calidad de receptor de su texto a los miembros de su comunidad política; *el camarada* es a quien interpela para que reciba el legado del recuerdo transmitido, para que acredite en lo que su testimonio afirma, al tiempo que nombra otras figuras asociadas a quienes, como él, sufrieron el cautiverio. Las nombra en sus diversas categorías sociológicas para mostrar el amplio abanico abarcado por la maquinaria represiva y los vejámenes vividos por los prisioneros:

Los primeros días fueron terribles, camarada. ¿Sabe usted que este galpón comenzó a recibir presos desde la misma mañana del día once? Eran arrojados aquí, con las manos amarradas a la espalda,

48 Según Peris, "al premiar *Cerco de púas*, Casa de las Américas no solo trató de dar mayor visibilidad a la situación de los presos chilenos y de implicarse en las estrategias de denuncia de los exiliados chilenos, sino que además formalizó institucionalmente la vinculación entre los testimonios de los supervivientes y la redefinición del sistema literario que estaba teniendo lugar en el campo cultural latinoamericano" (2009a, p. 105).

con alambre. Imagínese, el tanque, adentro, casi cubriendo todo el frente como usted lo vio, repleto de guardias, y el resto un peladero frío y malsano. Había dirigentes, altos funcionarios, profesores, obreros. Después se llenó de jóvenes estudiantes y más trabajadores. (Quijada, 1977, párr. 1).

En su texto, Quijada describe sus impresiones de la ciudad cuando ya se encuentra en libertad y aún continúa vigente la dictadura, para figurarla como campo de concentración rodeado de alambre y púas en donde emergen seres ausentes, transeúntes, nuevas *víctimas*, *represores* y *resistentes*, y en donde increpa la figura del *cristiano* y el *libre pensador*, reivindicando la comunión, la identificación, con la figura del militante, del *compañero* como semilla de futuro para modificar las condiciones de represión:

Sí. Eran púas. Púas y alambre. Podían sentirse con sólo ver la ciudad ocupada, mutilada de tantos seres ausentes, de sentimientos olvidados, de vergüenzas perdidas. En las calles, contra los muros, era habitual ver a las nuevas víctimas con las manos en alto, en denigrantes registros; a los de Inteligencia deteniendo a un transeúnte, amarrándole las manos a la espalda, cubriéndole los ojos con un trapo y empujándolo en un furgón. ¡Las operaciones de guerra! En cada esquina, semiocultos los hombres de la represión, con boinas y las metralletas a un costado, con la vista fija en un departamento o en alguna oficina, al acecho de una presa que debía caer. Púas y alambre. Esa era la libertad. Miseria. Miseria de hambre. Miseria que crecía. Mas, había signos de resistencia. Desde lo alto de los edificios caían a veces los panfletos [...]. En mis breves salidas busqué el rostro del cristiano y del libre pensador. Quería verles los ojos. No lo conseguí. Eran ojos esquivos, falsos. Unos miraban la cruz, esperando el milagro; los otros seguían en sueños. Sólo la mirada del compañero conservaba extraños fulgores. (Quijada, 1977, párr. 20-23).

Cuando me robaron el nombre fui una, fui cien, fui miles y no fui nadie⁴⁹ (Argentina)

Y entonces pasamos esa noche
como enamorados.

Eras un ojo, pero recuerdas esa noche,
¿no es cierto?

JACOBO TIMERMAN

La idea de un universo binario, reforzado por las políticas de seguridad nacional propendidas por Estados Unidos bajo la lógica de la Guerra Fría, llevó a situar a los disidentes como sujetos que se contraponían a lo que se consideraba el sujeto nacional (Giordano, 2005, p. 85). Bajo la lógica de amigo/enemigo, toda oposición al régimen fue elaborada desde la idea de un *Otro* ajeno, extraño, demonizado, cuyos puntos de vista no tenían ninguna legitimidad, como tampoco el derecho al respeto de su vida; un *Otro* al cual se denominó como *subversivo*. Sus límites y sus alcances invadieron buena parte de los intersticios societales. Así, dice Calveiro (1998):

El Otro que construyeron los militares argentinos, que era preciso encerrar en los campos de concentración y luego eliminar, era el subversivo. Subversivo era una categoría verdaderamente incierta. Comprendía, en primer lugar, a los miembros de las organizaciones armadas y sus entornos, es decir militantes políticos y sindicales vinculados de cualquier manera que fuese con la guerrilla. Inmediatamente se pasaba a incluir en la categoría de subversivo a todo grupo político o partido opositor, así como a cualquier organismo de defensa de los derechos humanos, todos ellos dedicados, por una conspiración internacional, a desprestigiar al gobierno [...]. Cualquier tipo de militancia popular entraba dentro del rango de

49 Texto extraído del libro *Una sola muerte numerosa* de Nora Strejilevich (1997, p. 5).

subversivo [...]. Según palabras del general Camps "no desaparecieron personas sino subversivos". (pp. 89-90).

De este modo, bajo la figura del sujeto subversivo se obturaba cualquier expresión diferente a lo que se concebía como parte del Proceso de Reorganización Nacional, en el cual se descartó a los que se consideraban *no aptos* dentro de este universo binario:

No quedó el menor espacio para el disenso; cualquiera de sus formas ameritaba la calificación de subversivo con todas las secuelas que ya se explicó. Se desconoció la identidad de la sociedad o las identidades constitutivas, pretendiendo amoldar un país de grandes diversidades al esquema occidental, cristiano, burocrático y mediocre de los administradores militares. (Calveiro, 1998, p. 155).

El sujeto fragmentado persiste en las narrativas y tiene en ellas variados despliegues. La escritora Luisa Valenzuela⁵⁰, quien se radicó durante diez años en Estados Unidos a partir de 1979, como parte del ambiente de censura que se da a sus trabajos — en su novela *Como en la guerra* (1977) se vio presionada para suprimir una escena de tortura—, tematiza en varios de sus escritos las violaciones que fueron cometidas durante el Proceso en Argentina. En uno de sus cuentos, "Bella", uno de los personajes alude a la tortura y a la fragmentación que esta ocasiona sobre el cuerpo, al tiempo que recrea una posibilidad de reconfiguración subjetiva en torno a lo fraccionado, invocando la unidad

50 Luisa Valenzuela es una escritora y periodista argentina. Parte de su novela *Como la guerra* fue censurada durante el Proceso de Reorganización Nacional y por este motivo se trasladó a Estados Unidos en 1979 y permaneció allí durante diez años. "Sus cuentos publicados hasta 1999 fueron reunidos en el volumen *Cuentos completos y uno más*. Han aparecido desde entonces nuevos volúmenes de cuentos y de microrrelatos: *Brevs, Juego de villanos, Tres por cinco* y *Generosos inconvenientes* [...]. Su extensa obra novelística comprende, entre otros títulos, *Cola de lagartija, Novela negra con argentinos, La travesía, El Mañana, Cuidado con el tigre* y *La máscara sarda, el profundo secreto de Perón* [...]. Su obra ha sido extensamente traducida y estudiada [...]. Se radica en Buenos Aires desde 1989" ("Luisa Valenzuela. Escritora", s.f.).

perdida, tanto en el plano individual como colectivo, a través de la escritura:

Mi cuerpo será, si vuelvo. Éste que aquí toco, tan alcance de mi mano. Cuando le arranquen un pedazo será entero mi cuerpo. En cada mutilado pedacito de mí misma seré yo. Y así lo represento y representando, soy. La tortura en escena, la misma que tantos están sufriendo, la que quizá me espera en casa cuando vuelva. (Valenzuela, 1999, p. 41).

En la investigación de Silvina Merenson (2014) sobre las memorias de las expresas políticas del Penal de Villa Devoto hay un pasaje en el que una de ellas alude a la reelaboración que tuvo que emprender en la relación con su hijo una vez salió de la prisión. Allí también se refiere a imágenes del sujeto fragmentado y a los esfuerzos por su recomposición:

Yo lo tocaba y él me tocaba. Me tocaba la cara y la cabeza y las piernas. Me tocaba las piernas. Me decía: "a ver, párate mamá. Caminá"... él, en todas sus visitas, me vio de acá para acá [señala su cintura y después su cabeza]. Nunca vio mi cuerpo. Nuestros hijos era una de las cosas que más nos preguntaban. Si caminábamos, si teníamos piernas, si teníamos pies. ¡Era horrible! Me tocaba los pies. Me pidió que me sacara los zapatos para ver si tenía dedos. ¡Es terrible! Me acuerdo que me senté y me tocaba las piernas y me decía "hacé así mamá" y él zapateaba. Yo le decía: "tengo piernas. Siempre tuve piernas. Lo que pasa es que vos me veías de la cintura para arriba, pero camino como vos, corro como vos y mañana vamos a correr todo lo que vos quieras y vamos a caminar y vamos a ir a pasear". (p. 133).

Dentro de las figuras recortadas de sujeto, una de las más frecuentes alude a imágenes relacionadas con las maneras como los sujetos se ven o se sienten a sí mismos cuando, de manera usual, lo primero que se hace es vendarles los ojos. *La capucha y la*

venda forman parte de un tipo de accionar sobre los detenidos que contribuye a su proceso de deshumanización y a arrojar imágenes que refuerzan la figura del *sujeto fragmentado*. Para Calveiro:

La desnudez, la capucha que escondía el rostro, las ataduras y mordazas, el dolor y la pérdida de toda pertenencia personal eran los signos de la iniciación en este mundo en donde todas las propiedades, normas, valores, lógicas del exterior parecen canceladas y en donde la propia humanidad entra en suspenso [...]. Los torturadores no ven la cara de su víctima; castigan cuerpos sin rostro; castigan subversivos, no hombres. Hay aquí una negación de la humanidad de la víctima que es doble: frente a sí misma y frente a quienes lo atormentan. (Calveiro, 1998, p. 62).

Graciela Geuna, argentina secuestrada por miembros del ejército en junio de 1976 y llevada al campo de La Perla, a la edad de veintiún años, en donde permaneció en calidad de desaparecida por dos años, dice en su testimonio:

Permanecí con los ojos vendados y con algodones bajo la venda para que no pudiera parpadear durante aproximadamente 10 meses, acostada en el suelo, sobre una colchoneta rellena con paja. Allí pasaría dos años [...]. La venda era una tortura más perversa que la tortura síquica pues nos reducía a nuestro interior y allí estaban nuestros muertos, nuestro dolor de saber que éramos "muertos que caminaban", que estábamos en esa categoría intermedia entre la vida y la muerte, la categoría de "desaparecidos". (Geuna, 1984, pp. 1, 26).

En *Recuerdo de la muerte* (1984), Miguel Bonasso dice: "La capucha y las vendas constituyen una preocupación de los torturadores: los protegen de la mirada de la víctima. Pero cumplen otra función: encierran a la víctima en sí misma" (p. 37). Más adelante el autor referencia imágenes en las cuales la capucha representa también la separación entre los propios detenidos y la obturación

de sus posibles complicidades: "Estaban juntos pero separados por las capuchas, por la imposibilidad de comunicarse que equivaldría a una confesión. Cada uno con su capucha. Metido en su carne y en su pasado. Cada uno temblando ante la expectativa del minuto siguiente" (p. 41).

Es necesario precisar que en la ESMA uno de los lugares en los que tenían a los detenidos después de las sesiones de tortura se llamaba Capucha, nombre con el que se aludía a la condición en la que se encontraban quienes estaban allí, obligados a permanecer con la capucha y engrillados, acostados en el suelo y separados entre sí por tabiques de aglomerado de un metro de altura y bajo la imposición del silencio. También estaba *Capuchita* en donde se encontraban los detenidos a los que se les sometía a condiciones más rudas en materia de tortura y de mayor aislamiento (Actis et al., 2001, p. 26).

Verse a sí mismo sin la capucha, quitarse la capucha, también fue interpretado como una señal de reconfiguración subjetiva cuando se narran las maneras en que los sujetos enfrentaron sus vidas una vez recobraron la libertad, y las formas en que tramitaron el cautiverio y las torturas a las que fueron sometidos, posicionándose como sujetos políticos y no solo como víctimas de la represión. En el epílogo de *Ese infierno* (Actis et al., 2006), las autoras dicen que el haber colocado en la esfera pública sus memorias personales, a través de esta publicación y de las declaraciones que dieron ante los tribunales, implicó un reconocimiento que dio nueva luz a sus vidas, gesto que asocian con hacer a un lado las imágenes que tenían sobre ellas mismas con la capucha y la densidad de significaciones que pendían en torno a ella:

Elisa: Mi estado de inconciencia era total; yo no pensaba. Creo que mi toma de conciencia ocurre después. ¡Mantuve la capucha durante años! Seguí mucho tiempo así.

[...]

Munú: Yo no sé si tengo la capucha entera, pero varios flecos seguro que tengo.

[...]

Elisa⁵¹: A mí me sacudió el juicio a las Juntas, hizo que empezara a quitármela. Y a la vez me di cuenta de que no me acordaba de nada, sólo conocía algunos nombres de guerra y no podía asociarlos a las personas [...]. El sentimiento de derrota yo lo viví de una forma brutal. El hecho de haber estado con la *capucha* puesta tantos años fue mi derrota. (pp. 48-49, 60-61).

Cristina⁵² también describe en *Ese infierno* las sensaciones de reintegrarse a la vida cotidiana después de haber estado en la ESMA, y los momentos en que su cuerpo y su psiquis se vieron sacudidos al elaborar el poder verse de una manera diferente a como se veía cuando estaba confinada en aquel campo:

Cuando en 1980 viví en Santa Fe terminé el profesorado que no había podido completar a causa del golpe... Tuve que hacer las prácticas de residencia, y un día, con el guardapolvo en el brazo, me quedé parada en una esquina, como desubicada y aturdida. ¿Qué hacía yo en ese lugar, dirigiéndome a una escuela? ¿Cómo había ido

51 Elisa Tokar, al terminar sus estudios secundarios, comenzó a trabajar y estudiar en la Facultad de Derecho, donde inició su militancia política y se vinculó luego a la Juventud Trabajadora Peronista. Fue secuestrada el 21 de septiembre de 1977 y continuó durante un tiempo con trabajos forzados en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Terminó la carrera de Psicología Social y se especializó en psicodrama.

52 Cristina Inés Aldini, luego de cursar estudios secundarios, participó en grupos cristianos y realizó trabajo social en barrios obreros de San Fernando, donde posteriormente se desempeñó como maestra de adultos y desarrolló su militancia política. Fue secuestrada el 5 de diciembre de 1978 y permaneció en la ESMA hasta finales de mayo de 1979. Bajo libertad vigilada tuvo que trabajar en unas oficinas en las que la Marina instalaría una agencia de prensa. A partir de 1996 integró una agrupación política y militó activamente por los derechos humanos. Actualmente trabaja en un área del Ministerio de Educación de la Nación.

a dar allí? No podía reconocerme en ese papel, cuando hacía un año me veía con la *capucha* puesta. (p. 280).

En la película *Crónica de una fuga* (Caetano, 2006), se describen las vivencias de cuatro detenidos-desaparecidos en la Mansión Seré que lograron escaparse de este lugar y sobrevivir a dicha fuga. La película está basada en la novela autobiográfica de Claudio Tamburrini, uno de los prisioneros que escapa. En ella se detalla la forma de funcionamiento de este centro clandestino, pero sin mostrar directamente escenas de tortura, solo sus efectos sobre los cuerpos. Estos cuatro prisioneros permanecen juntos en un cuarto, en el cual, aunque tienen vendas, se las pueden quitar cuando están solos. En la película se recrea una escena en la que los detenidos están tendidos en el suelo en colchonetas, con signos de tortura, esposados y vendados, y uno de los represores le pide a otro un espejo que aproxima a dos de los prisioneros, a quienes les hace quitar las vendas, para luego decirle a Guillermo Fernández: "mirate bajito, este sos vos, ¿lo conocés?"; y, posteriormente, al Gallego: "miráte gallego ¿te reconocés? Afuera tampoco te reconocen. Ahora es cuando tienen que hablar. Mirá vos la cara que tenés, ¿no te da vergüenza tener esa cara? Ustedes son gente sucia" (52:53).

La figura del *desaparecido* se instituye como un modo usual dentro de las tecnologías represivas a las que se ha acudido en los procesos de violencia estatal en América Latina y que trajo mayores incertidumbres tanto para las organizaciones políticas y sociales, como para los familiares y allegados de las víctimas de la violencia estatal. El hecho de pensar en alguien y no poder imaginarlo como sujeto, cuál es su condición, dónde se encuentra, quién lo tiene, qué siente, qué hace, qué dice, fue sin duda —y sigue siendo— uno de los mecanismos más perversos de las maquinarias represivas. Así, las sensaciones y las emociones que el individuo experimenta como sujeto al evocar la coyuntura histórica del golpe militar que le obligó a replegarse y a revisar de manera violenta su accionar político encuentra en la

imagen del desaparecido una de sus expresiones más fuertes a nivel material y simbólico. Incluso, los desaparecidos que nunca aparecieron ocuparon el centro de las denuncias y de los procesos de memoria, verdad y justicia por mucho tiempo, dejando en segundo plano a las otras víctimas que, aunque no desaparecieron o desaparecieron solo temporalmente, fueron objeto de violencia estatal y requerían de reparación material y simbólica, algo que poco a poco empezó a ser tratado en las políticas de memoria. Para Reati,

la violación del código social que exige respeto y honra a los despojados en el marco de un ritual personalizado, ayuda a comprender las profundas perturbaciones psicológicas que deja la política de desapariciones en la población en su conjunto, así como en las representaciones literarias correspondientes. (1992, p. 29).

En el texto en el que Reati entrevista a Mario Villani, el segundo señala la perplejidad que le causó cuando, estando detenido/desaparecido en uno de los campos clandestinos, se le saca a la ciudad como parte de los operativos que se hacían con el fin de intentar que los detenidos reconociesen a compañeros de militancia en las calles, perplejidad que asocia con la conciencia que tuvo de sentirse, pensarse, saberse como desaparecido y el doble juego que se instala entre lo social y lo individual:

Estaba ansioso por ver si la ciudad seguía como la recordaba o si algo había cambiado. Esa experiencia profundizó, tal vez más que ninguna otra, mi comprensión de lo que significa estar desaparecido. La sensación de sentirse perdido para el mundo es muy difícil de describir. Todavía hoy me cuesta poner en palabras lo que sentía entonces; tal vez la misma perplejidad de quien hoy lee este relato es la que sentía yo... No era que el mundo había desaparecido para nosotros sino que nosotros no existíamos para el mundo... Quien está desaparecido siente que no sólo está desaparecido para los demás,

para los que no saben de la existencia de los campos de concentración: está desaparecido para sí mismo. (2011, p. 85)

A esto se unió la complejidad sobre la figura de quienes habían desaparecido y reaparecieron posteriormente, como Villani. En un primer momento no podían aludir a sus propias vivencias o, mejor, solo podían aludir a ellas en función de quienes no estaban, ya que eran los testigos de algo que el régimen estatal ocultaba: que había personas desaparecidas que ellos habían visto en esos lugares y sobre cuyas vidas podían certificar que habían quedado en manos de los represores. Según algunos de ellos, aunque es difícil saber por qué se les respetó la vida, una de las posibilidades es la del escarmiento sobre el conjunto de la sociedad, idea retomada en *Recuerdo de la muerte*, el libro de Bonasso, en el que se recrea ficcionalmente una conversación entre el "Tigre" Acosta y Massera respecto al futuro de los detenidos de la ESMA destinados a sobrevivir. En el diálogo este último afirma: "Yo quiero conservar para el futuro a lo que llamo los Predicadores del Arrepentimiento... Acuérdesse Acosta los *Predicadores del Arrepentimiento*" (1984, p. 74).

Por su parte, Villani se pregunta por qué sobrevivió a los campos y se encuentra vivo en la actualidad, frente a lo cual responde:

¿Por qué hoy estoy vivo? No lo sé, no soy yo quien lo decidió. Puedo suponer dos razones: que les fui útil haciendo reparaciones eléctricas y mantenimiento, una colaboración que a mi entender no contrarió mis principios éticos; y que querían dejar a algunos de nosotros libres, siguiendo un criterio en gran medida azaroso, para que al salir nuestro relato difundiera el terror en la sociedad como parte de una metodología de control social. (2011, p. 165).

A esto se une la imagen de los *recuperados* —aunque en Argentina su número fue inferior en relación con los asesinados—,

figura con la cual se alude a quienes, a través de las tecnologías de disciplinamiento, basadas en el suplicio corporal, se les consideró susceptibles de ser *ganados* para el régimen. A esto se hace referencia en lugares como la ESMA. Esta figura hizo un daño profundo en quienes sobrevivieron a los campos de concentración, no solo en lo referente a sus propias subjetividades y las formas de recomposición por las que debieron pasar, sino también a cómo incidieron en las imágenes espejo que la sociedad reflejó en ellas, en donde la sombra de la traición marcó de manera contundente sus existencias. Dicho tema ha sido abordado por Ana Longoni (2007), quien señala de qué modo algunos textos de narrativa testimonial se encargaron de posicionar este imaginario respecto a los desaparecidos/sobrevivientes, para lo cual menciona *Recuerdo de la muerte* de Bonasso (1984) o *El fin de la historia* de Liliana Heker (1996). Estas narrativas construyen códigos éticos sobre el sujeto militante, que lo recrean en calidad de héroe o de mártir. Frente a esto, resulta obvio que la figura de la traición pende sobre los sujetos como una espada de Damocles.

La figura del *militante* se asoma de manera muy tímida en los primeros testimonios por las condiciones de posibilidad que existían, marcadas por el miedo y la censura. Esta figura de sujeto, encarnada en la idea del subversivo, es el envés de la figura del sujeto militante, activista social o político, progresista de izquierda, o "simpatizante", cuyo perfil estaba siendo sometido a prueba por las dictaduras y cuyas imágenes recortadas, desde el anverso, se delinean en las narrativas de diversas maneras según los contextos de enunciación en los que emergen. De este modo, se puede decir que las interpelaciones que desde el poder se hacían a los sujetos, cuando se aludía a la figura del subversivo, llevaban implícitas las figuraciones de sujeto desplegadas por fuera de los márgenes del poder, las cuales desafiaban el orden social establecido y sus representaciones sobre los sujetos que eran considerados los legítimos. Así, en las primeras narrativas emergen figuras de sujeto más delineadas por la máquina

represiva, a diferencia de las décadas posteriores en las cuales las condiciones de las políticas de memoria cambiaron y habilitaron la circulación de testimonios y relatos en los que emerge la figura del militante, del activista político, del *sujeto político*, sobre quienes se había posado la mano del escarmiento y la voluntad de aniquilación. Graciela Daleo⁵³, exdetenida/desaparecida dice:

Uno sabe que durante la dictadura los organismos de DD. HH. no podían plantear la militancia del compañero por dos razones: en muchos casos porque los familiares ni lo sabían, pero en otros porque estaba el tema del desaparecido culpable y del desaparecido inocente. Nosotros tuvimos que ocultar nuestra condición de militantes políticos revolucionarios en los ámbitos internacionales, porque si habías sido torturado y secuestrado porque eras montonero, estaba bien, pero si eras un chico de la juventud peronista no. Cuando tanto los que fuimos al exilio como los que estaban acá tuvimos que declarar en el juicio a los comandantes, tampoco podíamos plantearlo porque íbamos presos. (Daleo, 2001, p. 115).

A partir de finales de la década de los noventa emergen relatos en los cuales los sobrevivientes se refieren a su condición de militantes, y frente a ellos la figura del *desaparecido* y del *desaparecido sobreviviente* ya no se forja solo con imágenes que los sitúan como traidores, como héroes o como mártires:

Nosotros veníamos a hablar de la delación, de la derrota y de la muerte. Es decir, nosotros no traíamos buenas noticias. Traíamos, concentradas, las peores noticias [...]. Y nosotros, aparte de todo lo que habíamos vivido y sobrevivido, veníamos a traer esas noticias hacia las organizaciones políticas, hacia los organismos de

53 "En el 77 la secuestraron en la ESMA durante un año y medio. Ya en democracia, estuvo presa. Rechazó un indulto de Menem y fue prófuga de la justicia. Hasta que la historia puso las cosas en su lugar y se convirtió en una de las testigos clave para que se juzgue a los represores aquí y en Italia" (Daleo, 2007).

derechos humanos, hacia las familias, hacia la sociedad en pleno [...]. Nosotros veníamos a hablar concretamente de hechos que marcaban de la derrota, la incapacidad de resistir a la tortura y que nos estaban matando, que a sus hijos los habían matado, que podían buscar los cuerpos pero que muy excepcionalmente podían encontrarlos con vida [...]. Y nos enfrentamos con las consignas, "aparición con vida", "con vida los llevaron, con vida los queremos". (Messina, 2012, p. 51).

En la introducción al texto de Mario Villani (2011), elaborado, como dijimos, a partir de las entrevistas que le hizo Fernando Reati, este último dice:

Como ejemplifica Mario Villani en su relato, ni morir fue prueba última de heroísmo, ni sobrevivir lo fue de traición a los ideales. Los sobrevivientes de los centros clandestinos no son monstruos ni fenómenos de circo. Por el contrario, son seres humanos, tan humanos como nosotros, tal vez incluso más humanos porque acarrear consigo el deber (y la desdicha) de para siempre tener que atestiguar. (p. 23).

Como ya hemos mencionado, la figura del *traidor* encuentra, a su vez, asociaciones con la del *sujeto recuperado*, pues en ese universo en el que los sujetos son despojados de sus referentes y se horadan las identidades personales y colectivas, la maquinaria represiva no solo castigaba lo que en el sujeto apuntaba a cuestionar el orden social legitimado, sino que, al mismo tiempo, llevaba a cabo un trabajo ideológico por reconquistar los sujetos, intentando "implantar" en ellos nuevas subjetividades. Así, sobre algunos sujetos se intentaron procesos de recuperación, cuyos logros eran medibles por el proceso de colaboración que se prestaba a los victimarios, al poner a su servicio la experticia que tenían en diferentes campos profesionales o técnicos, o por dar muestras de abandonar las creencias como militantes de izquierda, o responder a los estereotipos tradicionales de género, en el caso de las mujeres, respecto a comportamiento, a arreglo

personal o a la satisfacción de algunos de sus *deseos* masculinos. En algunos casos, también se pidieron a los prisioneros procesos escriturales sobre sus trayectorias biográficas, no solo para obtener información, sino también para *conocer al enemigo*, y en esa misma medida establecer estrategias para su derrumbe subjetivo, pero, a su vez, para activar en ellos procesos de subjetivación apoyados en la incorporación de los intereses del poder en términos productivos, es decir, no solo de imposición, sino de apropiación.

En varios de los campos, como el de la ESMA, algunos de los sujetos fueron puestos al servicio de los militares para diversas tareas, teniendo como propósito un proceso de recuperación que, se supone, estaría al servicio de Emilio Massera y su aspiración a ser presidente de Argentina. Varios de ellos integraron lo que se llamó el *staff* y el *ministaff*, posición que les otorgó un tratamiento diferencial respecto a los otros detenidos, aunque bajo condiciones bastante vejatorias. Según Miriam Lewin, el hacer parte del *staff* o el *ministaff* en la ESMA debe entenderse como algo que no obedeció a la voluntad propia de los detenidos y que, incluso, reunió todas las características de trabajo esclavo:

La ESMA creo que es uno de los centros clandestinos de detención más perversos con una concepción refinada de lo que es la sumisión y la reducción a servidumbre [...]. De manera que más allá de la logística del campo que implicaba falsificación de documentos, producción de materiales audiovisuales, mantenimiento, había un núcleo en el tercer piso de Capucha a donde algunos secuestrados seleccionados de manera bastante arbitraria eran obligados a producir desde monografías, traducciones hasta administrar una biblioteca, un archivo, materiales de prensa, traducciones para Massera. (citado en Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, 2014, 30:36).

Esta situación, a la vez que les permitió a los detenidos tener más posibilidades de sobrevivencia, les permitió el acopio de información sobre la lógica de los centros de detención y testimoniar

sobre la existencia de estos, en especial si se tiene en cuenta que, por lo menos para el caso de Argentina, el 90% de quienes estuvieron en los campos continúa desaparecido. De este modo, puede decirse que los límites entre ser un colaborador/traidor/recuperado eran bastante difusos en el campo, no solo para los detenidos, sino también para los victimarios y, en muchos de los casos, estos últimos se equivocaron cuando creyeron que todos los que consideraron *recuperados* al ser dejados en libertad seguirían al servicio de la dictadura. Los victimarios no ponderaron los meandros de las subjetividades y la posibilidad de los sujetos de no someterse de manera absoluta a las arbitrariedades del poder. Según Gillespie,

dentro de la ESMA, algunos prisioneros consiguieron idear una estrategia que, durante el periodo 1977 a 1979, les salvó la vida. Simulando colaborar con sus apresadores de la Armada, escaparon al destino de la gran mayoría [...] en 1979 unos 60 o 70 prisioneros lograron alcanzar de aquella manera una situación que les permitió marcharse a Europa. (citado en Reati, 2006, p. 27).

Varios de los autores de narrativa testimonial que estuvieron en la ESMA y llevaron a cabo trabajos como algunos de los mencionados por Lewin, o de cualquier otra índole, debieron lidiar con lo que les significaba esta situación a la cual aluden en sus relatos desde el punto de vista moral. En opinión de Liliana Gardella, "lo que hicieron fue minar los ideales, forzarnos a que nos adaptáramos a sus conductas como estrategia de sobrevivencia" (Actis et al., 2001, p. 62). Por su parte Miriam Lewin dice:

Todos teníamos distintas estrategias de supervivencia dentro del Campo. Cada uno asumí un rol, un personaje. Desconozco si coincidían los criterios de selección que tenían ellos para ponernos a trabajar y darnos la posibilidad remota de sobrevivir, con el rol que uno asumía después, pero me parece que en general sí había coincidencia. Internamente, tal vez de modo instintivo, uno percibía por

qué lo habían seleccionado y se adaptaba a eso, se anquilosaba, se acomodaba en ese rol. (Actis et al., 2001, p. 144).

Al respecto, Gardella remarca que lo que estaba en juego allí sobrepasaba la asignación y adaptación a un mero rol, ya que era algo que calaba mucho más hondo, señalando el efecto productivo sobre las subjetividades: "pero no solamente el rol en cuanto al trabajo, sino que esa adaptación comprometía nuestro mundo interno, nuestra personalidad. Toda nuestra subjetividad se acomodaba a esa relación con ellos" (Actis et al., 2001, p. 144).

Villani también alude a la colaboración con los victimarios y cómo esta contribuía, a su vez, al oscurecimiento de los límites entre el *ellos* y el *nosotros*, planteando dilemas morales a los detenidos:

Yo no estaba dispuesto a colaborar en nada que condujera a la muerte o el secuestro de alguien, pero el solo hecho de estar vivo les servía, por lo tanto constituía un tipo de colaboración. Cuando un secuestrado llega a un centro clandestino y ve que hay otros prisioneros vivos puede pensar: "ése está vivo, quizás si me porto bien yo también puedo salvarme". Eso ayuda a los torturadores, porque el prisionero se siente motivado a colaborar o por lo menos a "portarse bien". Cuando un detenido ayuda a torturar a sus propios compañeros, este grado máximo de colaboración es muy eficaz en varios sentidos: no es igual de impactante ser torturado por Tosso o Soler que ser torturado por alguien que fue un compañero. En ese caso el suplicio no es solamente para el que está siendo torturado sino también para el ex compañero que ayuda a torturar. Por más que el colaborador se haya dado vuelta y crea estar convencido de lo que hace, en el fondo tiene que ser una tortura también para él. ¿Acaso no se está torturando a sí mismo? (2011, p. 41).

A este mismo asunto se refieren las autoras de *Ese infierno* de la manera siguiente:

Liliana. Alguna vez hemos hablado mucho del tema de víctimas y victimarios, de no confundir entre unos y otros. Yo creo que un compañero secuestrado nunca deja de ser una víctima, haga lo que haga, cualquiera sea la actitud que adopte a partir de las presiones que recibe por parte de los secuestradores. Uno sabe que las cosas las hace por terror, por presión, porque es lo que le sale en esa situación límite, pero nunca deja de ser una víctima del represor, una persona sometida.

Miriam. Yo pongo un límite. Una cosa es quebrarse en la tortura, dar un nombre o dos nombres o un lugar, y otra la colaboración sistemática y el hostigamiento a los compañeros. (Actis et al., 2001, p. 57).

Por otra parte, desde la lógica occidental, el nombre constituye uno de los anclajes más importantes para la identidad de los sujetos. Sobre este ámbito, las tecnologías represivas operaron de manera inmediata al colocar un número a los prisioneros una vez fueron puestos en cautiverio: "Cuando me robaron el nombre fui una, fui cien, fui miles y no fui nadie. *NN* era mi rostro despojado de gesto de mirada de vocal", dice Strejilevich en su novela *Una sola muerte numerosa* (1997); y agrega: "Mi nombre enredadera se enredó entre sílabas de muerte, DESAPARECIDO, ido, nombre, nunca más mi nombre" (Strejilevich, 1997, p. 152).

La serie de conflictos que atraviesan al sujeto en torno a su nombre, en la cual se juega la posibilidad de dar sentido a la existencia una vez se consigue volver a nombrarse, también se evidencia en la mención de Giordano (2005) al texto de Alicia Partnoy, en el que se despliegan las diferentes interpelaciones y el trabajo de reconfiguración subjetiva:

En *The Little School* la protagonista afirma que la última vez que la llamaron por su nombre completo fue el día de su secuestro, luego no sabe si ella es Alicia o Rosa (por su nombre de guerra), y finalmente uno de los guardias la bautiza Muerte: "*Since that moment they*

called me Death. Maybe that is why every day, when I wake up, I say to myself that I, Alicia Partnoy, am still alive". (p. 43).

Giordano también hace referencia a la obra de Strejilevich para ejemplificar las formas de tramitación que el nombre ocupa en los procesos de reconfiguración del sujeto y la manera como la autora lleva a cabo un proceso a través del cual recupera su nombre y resignifica su subjetividad:

Al final de la novela de Strejilevich, cuando la protagonista vuelve al lugar en el que permaneció secuestrada, la obsesión del nombre vuelve a surgir, pero ahora para afirmar su identidad: "Una senda nos lleva al escenario donde suben y bajan emociones y festejos. Un micrófono pronuncia mi nombre: no mi código sino mi nombre. Y sale de ese nombre una voz que resuena a pesar mío, que se planta delante de mi dispuesta a pronunciar su propio texto". (Giordano, 2005, p. 107).

Ante mí la existencia se proyectaba como una hoja en blanco⁵⁴ (Colombia)

Escucharte es buscar los cristales rotos / de lo que fue tu vida y recomponerlos como a flores de jardín después de una tormenta.

PATRICIA NIETO

La figura del *subversivo* sufre variaciones de diverso tipo a lo largo de las trayectorias que se expresan a través de las narrativas de los sujetos. Así, ser subversivo pasa de ser un *estado*, una *manera de ser* deseable durante la militancia o una condición necesaria para quienes buscan formar parte de las organizaciones guerrilleras, hasta convertirse, una vez fuera de esta, en el fantasma que debe

54 Texto extraído del libro *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia* de María Eugenia Vásquez (2011, p. 513).

ser espantado para poder encontrar un lugar en la sociedad civil. Esto tiene que ver, en parte, con el uso que se hace de la palabra en el discurso oficial, el cual, durante las décadas de los setenta, los ochenta y los noventa, estuvo fuertemente destinado a la estigmatización y fue sinónimo de persecución política por parte de fuerzas armadas tanto estatales como paraestatales: la figura del *subversivo* adquirió la dimensión de objeto de disciplinamiento por medios violentos orientados a reducir a los sujetos a la mera vida biológica. Dicha reducción los despoja de una posibilidad legítima de estar en lo público y priva de sentido político su existencia, del mismo modo como explica Espósito (2010) que ocurre con el dispositivo de la persona.

Ser persona constituye, en el mundo contemporáneo, ser sujeto de derechos; estas dos formas de ser sujeto —subversivo y de derechos— se muestran incompatibles en el marco de un régimen represivo cuyas formas de ejercicio del poder apuntaron hacia el despojo de valor de ciertas vidas. Reconocerse como parte de la subversión implicó para los sujetos, en este contexto, la renuncia no solo al ejercicio de la ciudadanía —cuyos alcances se limitan a un orden local—, sino también a ser persona —una categoría cuyo alcance se pretende transnacional en el orden de las pretensiones de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario—. Este mismo mecanismo de despersonalización se ha aplicado a las categorías de terrorista y delincuente, razón por la cual le ha costado tanto a algunos sectores de la sociedad colombiana reconocer en los guerrilleros su condición de actores políticos con quienes es posible entablar un diálogo y que, como producto de este, demanden espacios de actuación política en el marco de la institucionalidad. De allí se entiende que fuesen justamente los organismos internacionales, en respuesta al llamado de las organizaciones políticas, los que pusieran en circulación la figura de *preso político* como una medida de garantía de la protección de los derechos, con la cual se le retorna al subversivo el sentido político de su existencia.

En un fragmento de su relato biográfico, María Eugenia Vásquez muestra el tránsito por el que tuvo que pasar: de ser subversiva a ingresar en un orden social en el que se le había negado la posibilidad de existir en tanto tal. Un tránsito que no se resuelve en la negación de la figura del subversivo en su propio yo, sino en una reafirmación identitaria con raigambre histórica y cultural:

Creo que, entenderme como parte de una historia y heredera de una cultura, le imprimió valor a una actividad como la subversiva socialmente satanizada y, simultáneamente, le dio valor a mi vida. Memoria e identidad se interrelacionaron de manera dinámica en la narración autobiográfica, en ese proceso de empoderamiento que me impulsó a buscar un lugar en la sociedad sin renegar de mi pasado. Parada en mi cuento, me sentí capaz de interpelar a la sociedad colombiana que consideró a los insurgentes como indeseables.

La fuerza de la identidad es uno de los más importantes referentes del individuo o del grupo para buscar reconocimiento en un orden que los ha negado hasta el momento. (Vásquez, 2000, pp. 24-25).

La apelación al reconocimiento de los excombatientes — quienes cargan con las degradaciones de la figura del subversivo— en la sociedad civil determina algunos de los rasgos de la escritura, pues esta, además de ser un proceso catártico, expone a los sujetos ante sus lectores y supone una posibilidad de encuentro con ellos; en este sentido se expresa María Eugenia Vásquez:

[...] desde el comienzo pensé en quienes hoy leen mi relato, en lo que deseaba decirles y en lo que podría ser útil de mi experiencia, de cara a un futuro de convivencia democrática en el cual quepamos todos. Por eso quise mostrarles que tenemos piel y no solamente coraza, que estamos más cercanos de lo que se cree, que soñamos muchas veces lo mismo y, además, nos correspondió pararnos en el mismo pedazo del planeta, así que es tiempo de mirarnos cara a cara para descubrirnos. (Vásquez, 2000, p. 26).

Por su parte, la imagen de *sujeto militante, sujeto revolucionario*, emerge en la narrativa de Vera Grabe (2000) a través de una imagen que contrasta figuras de sujeto hegemónicas:

La historia crea esquemas de villanos y héroes. Así como ser digno exponente de la élite tradicional demanda abolengo, ser blanco, culto, haber estudiado en, frecuentar a, codearse con, conversar sabroso de... por reacción, desde la otra orilla, ser revolucionario suponía haber nacido con luna llena, ser el más rebelde desde el jardín infantil, tirar piedra desde primaria, ser expulsado de tres colegios, dirigente estudiantil desde primero de derecho, y decidir irse pa'l monte en un arrebato. El revolucionario debía ser fiero, duro, implacable, no pestañear para tomar decisiones y tener la mirada siempre fija hacia delante. (Grabe, 2000, p. 50).

Hay muchas maneras de contemplarse a sí mismo como sujeto militante o como sujeto guerrillero; las figuras que se esbozan están marcadas por las trayectorias, por el lugar que se ocupe en las organizaciones y por la coyuntura específica de la que se hable, entre otras variables. En este sentido, en el relato de "Ana María", una combatiente de origen ecuatoriano incorporada al M-19 en Quito, editado en el libro de Peralta y Patiño, surgen otras imágenes cuando ella evoca desde la cárcel del Buen Pastor en Cali:

[...] todo se inició meses atrás, en la cafetería de la universidad, cuando el "Ñato" la invitó a participar en una escuela político-militar en Colombia [...]. Su vida cambió de repente: el tranquilo paseo por las calles quiteñas se convirtió en apresurada fuga por los filos de las montañas colombianas. (2004, p. 68).

Al mencionar su inserción como guerrillera y sentirse atrapada en medio de los combates con el ejército, "Ana María" manifiesta su extrañeza de ver-se/sentir-se en ese entorno:

Al mes de enfrentamientos, atrapada en aquella tierra que sentía tan ajena, Ana María aprendió a distinguir rápidamente entre los sonidos mortales de las bombas de la aviación, los rockets del helicóptero y la granada proyectada desde un mortero; conocía del tiempo mínimo y máximo entre su primer y segundo estallido. Por esos días, en una casa campesina le prestaron un espejo y miró el rostro de otra mujer de facciones duras, piel tostada por la intemperie y expresión ausente. "Ésa no soy yo", pensó. Sin embargo, ya no cerraba los ojos ni disparaba a la loca como la primera vez. Cualquiera diría que había adquirido la misma valentía que los demás guerrilleros, pero no, y sólo ella sabía la verdad; se había desprendido de su amor por la vida, no se trataba de valor, era un desapego a todo, donde lo único que tenía sentido era el presente. (Peralta y Patiño, 2004, p. 73).

La configuración del sujeto/militante en el contexto de las organizaciones clandestinas de las cuales este hacía parte llevaba a una serie de prácticas regidas por la *fragmentación*, por estrategias de información y de actuación compartimentada, por el uso de nombres de guerra que ocultaban las identidades reales ante el enemigo y ante los propios compañeros de militancia, algo que también caracterizó el funcionamiento de las organizaciones guerrilleras en Chile y Argentina. No era fácil tramitar estas identidades fragmentadas y en ocasiones se desbordaban los límites entre el personaje que mantenía una fachada legal (acorde con la vida real) y la existencia civil del individuo, y el o los personajes que daban lugar a existencias paralelas (para poder actuar en la clandestinidad), lo cual conllevaba un alto costo psíquico y emocional. Al respecto, María Eugenia Vásquez (2000) relata una de estas situaciones en la cual se develan imágenes del *sujeto fragmentado*:

En mi coexistían dos mujeres diametralmente distintas. La fragilidad y la fuerza me habitaban. Cuando regresaba de los viajes y entraba en la casa se contraponían los personajes. Sentía mareo, como

si todo fuera irreal. Sabía por algunas lecturas de Franz Fanon, en su libro *Los condenados de la tierra*, que el impacto de la clandestinidad afecta la personalidad de los combatientes y, por varias discusiones con William en clase de antropología, que la esquizofrenia es una posibilidad no lejana para quienes deben llevar una doble vida. Tenía conciencia de que los cambios de conducta radicales podrían afectar mi personalidad. (p. 214).

Al hablarle a William, uno de sus profesores, sobre las dificultades de lidiar con estos juegos identitarios, Vásquez recuerda:

Me escuchó en silencio. Luego, con palabras precisas, explicó lo necesario para calmar mi desazón. Yo vivía con demasiada profundidad los personajes ficticios, me recomendó diferenciar muy bien entre la que era y la que fingía ser. No podía abordar las otras personalidades con tanto realismo. Debía construir los límites, crear una frontera y cuidarme de no traspasarla. (2000, p. 214).

Así, la condición de clandestinidad también daba lugar a la ubicuidad de "*el nombre*" y a figuras de sujeto que desde allí se esbozaban:

Con el seudónimo, yo podía distinguir en mí a tres personas distintas: la de todos los días, que asistía a clase, tenía un círculo de amigos y mantenía lazos con su familia. La otra, la nueva, que se reunía en secreto para aprender a manejar armas y hacer la revolución. Y Claudia, la máscara que protegía a la conspiradora de la curiosidad de extraños. (Vásquez, 2000, p. 106).

La sensación de ser un sujeto fragmentado también se encuentra en los movimientos de reconfiguración subjetiva que Vásquez emprendió una vez se reincorporó a la vida civil y para lo cual el trabajo escritural sobre su trayectoria biográfica fue importante al punto que, según ella, le significó un triunfo frente a la muerte:

Si yo no hubiera escrito mi historia de vida, me hubiera suicidado. Esto fue lo único que me permitió vivir. Al reunirme en pedacitos, le fui encontrando sentido a la vida. Fui encontrando vocaciones, quehaceres. Si uno no hurga en la memoria, no... (Vásquez, citado en Sánchez-Blake, 2000, p. 78).

Vera Grabe menciona, a su vez, los diversos nombres que la cobijaban como militante, de una manera más descomplicada:

El seudónimo era como adquirir una nueva personalidad. Había que cuidarlo y llenarlo de compromiso. Cuando se quemara, de tanto uso, o porque el enemigo lo supiera, lo podría cambiar por otro... y así recorrer toda la gama de nombres que me gustaban. (2000, p. 61).

Las consecuencias del sometimiento a la tortura sobre la moral de los militantes no se hacían esperar y bajo su sombra también se labra la figura de "*el traidor*". Vásquez dice al respecto:

Fueron tiempos duros. La represión generalizada del gobierno de Turbay y la instrumentalización de la tortura como método de interrogatorio hicieron que muchos militantes detenidos perdieran la moral. Algunos se dejaron acorralar por el temor y se aislaron, otros mantenían su calidad de rebeldes por pertenecer a un colectivo que los defendía, pero no eran activos. Pocos mantuvieron intacto el deseo de ponerle el hombro al cambio y a la política al precio que fuera, desde donde tocara. (2011, p. 364).

Pero también la autora expone su distanciamiento sobre comportamientos relacionados con la delación, de manera que, en lo que a ella se refiere, frente a la figura del sujeto/traidor está la contracara del sujeto leal a la organización capaz de resistir ante la tortura, de la cual ella se ve a sí misma como un ejemplo:

Entonces hice acopio de fuerzas para mantenerme sin una queja, sin claudicaciones y sin traicionarme ni traicionar mis grandes afectos.

Tenía claro que no podría vivir conmigo misma ni volver a mirar de frente a los míos, si aceptaba colaborar con los interrogadores. (p. 291).

León Valencia (2014) se refiere también en su autobiografía a la figura de la traición como una impronta que marca a quienes, como él, se reinsertaron a la vida civil abandonando el camino de las armas y suscitan suspicacia en antiguos compañeros de militancia:

He dedicado mi vida a espantar el fantasma de la traición y a buscar día tras día que al final de mi vida no tenga motivos para avergonzarme, o que estos sean pocos y nimios [...]. Cuando salí de la guerrilla, mis antiguos compañeros me acusaban de traición. Me dolía como si rompieran lentamente mi piel con un estilete que se detenía a cada momento para hundir un poco más la cuchilla afilada. Pasaba las noches dándole vueltas a esa palabra y a los múltiples significados que guarda [...]. Este libro atiende al eco que aún deja en mi interior la palabra traidor, pero sobre todo está dedicado a la palabra vergüenza. ¿Debo avergonzarme de mi pasado? ¿De qué parte de él debo hacerlo y de qué parte no? (pp. 18-19, 21).

Cuando Vásquez rememora su trayectoria en el M-19, alude al momento en el cual se retira de la organización y la manera como tuvo que reelaborar los referentes que antes tenía como sujeto militante, para encontrar un nuevo sentido a la existencia que, al desafiar y tramitar las experiencias profundas con la muerte, la situaban ahora ante una hoja en blanco:

Entré y salí del M-19 en los momentos en que consideré oportuno hacerlo, me la jugué por el proyecto político hasta cuando pude, y ahora me iba porque deseaba explorar otros caminos. Pero ante mí la existencia se proyectaba como una hoja en blanco. La muerte se puede dibujar de un solo trazo, con un disparo, por ejemplo. La vida, en

cambio, es una idea en borrador que se inventa a diario. (Vásquez, 2011, p. 513).

Así mismo, en el comienzo de su biografía la autora señala las virtudes de poder narrar su vida y ser escuchada y leída por otros como una reafirmación de su existencia como sujeto, e indica cómo, a través de su narrativa, se pueden trazar esbozos de la época y de las experiencias de muchos sujetos que, como ella, fueron protagonistas de ese momento histórico:

Cuento una vida anónima que relaciona una época, una sociedad percibida desde el mundo de la Universidad Nacional, una opción juvenil, las costumbres y los aprendizajes dentro de un grupo guerrillero urbano, el ser mujer en un mundo eminentemente masculino como el de los ejércitos, la resistencia en la cárcel y las incertidumbres del retorno a la vida civil. Cuando una persona narra su vida y otra u otras la escuchan o la leen, la protagonista siente que existe: se siente. Ése, por sí sólo, es para mí un buen comienzo. (2000, p. 19).

En la entrevista que Vásquez concede a Sánchez-Blake nombra la experiencia de retorno a la vida civil como volver a nacer, pero de manera más difícil ya que implica *re-hacerse*:

Es más difícil que volver a nacer porque cuando se nace, se llega vacío, a estrenarse. Cuando uno se rehace, después de haberse partido en múltiples pasados, tiene la carga del pasado, tiene los olvidos y los recuerdos; tiene los dolores, las cicatrices, entonces es un proceso mucho más difícil. Yo pienso que rehacerse es una tarea de tantos años [...]. Es reconstruirse pedacito a pedacito. (2000, p. 70).

Por su parte, la figura del *desaparecido* emerge, principalmente, en narrativas de tipo ficcional. Esta es construida de varias maneras: desde quienes reconfiguran sus vidas en torno a la búsqueda; desde la recomposición de los eventos en los que se

produce la desaparición; desde el juego presencia/ausencia (una presencia que se muestra en la cotidianidad en la que un evento irrumpe y deja la usencia) o ausencia/presencia (la ausencia es el punto de inicio a partir del cual se trae la reconstrucción de la vida del desaparecido para hacerlo existir de nuevo); o desde las prácticas sociales que se han configurado en torno a la desaparición (como la adopción de los muertos del río o NN), entre otras. En todo caso, el intento de clasificación que se presenta no es estricto y en algunos relatos es posible observar más de un elemento.

Respecto a las narraciones en las cuales se hace referencia a la figura del desaparecido desde las búsquedas de sus allegados, se pueden mencionar varios ejemplos: *Vivir sin los otros. Los desaparecidos del Palacio de Justicia* (2010) de Fernando González Santos, *Las horas secretas* (1990) de Ana María Jaramillo, *Los muertos no se cuentan así* (1991) de Mary Daza y *La multitud errante* (2001) de Laura Restrepo, entre otros. En un pasaje de esta última novela, un personaje que es testigo de las búsquedas de una multitud, porque se ubica en un lugar por el cual todos transitan, describe, en un diálogo imaginado con Siete por Tres —un hombre que, como muchos otros, busca a una desaparecida—, la empresa casi delirante de ir tras la sombra de alguien cuya existencia se ubica en un no lugar:

¿Cómo puedo yo decirle que nunca la va a encontrar, si ha gastado toda su vida buscándola? Me ha dicho que le duele el aire, que la sangre quema sus venas y que su cama es de alfileres, porque perdió a la mujer que ama en alguna de las vueltas del camino y no hay mapa que le diga dónde debe hallarla. La busca por la corteza de la geografía sin concederse ni un minuto de tregua ni de perdón, sin darse cuenta que no es afuera donde está sino que la lleva adentro, metida en su fiebre, presente en los objetos que toca, asomada a los ojos de cada desconocido que se le acerca [...] si yo pudiera hablarle sin romperle el corazón se lo repetiría bien claro, para que deje sus desvelos y errancias en pos de una sombra. Le diría: tu Matilde

Lina se fue al limbo, donde habitan los que no están ni muertos ni vivos. Pero sería segar las raíces del árbol que lo sustenta. Además para qué, si no habría de crearme. Sucede que él también, como aquella mujer que persigue, habita en los entresueños del limbo y se acopla, como ella, a la nebulosa condición intermedia. En este albergue he conocido a muchos marcados por ese estigma: los que han desapareciendo a medida que buscan a sus desaparecidos. (Restrepo, 2001, p. 3).

El recurso narrativo de la presencia/ausencia puede ser rastreado en dos narrativas de tipo ficcional, pero con referencias a hechos y personajes reales, ambas sobre desaparecidos del Palacio de Justicia. Es el caso de *La Siempreviva* (una obra de teatro que luego fue adaptada al cine) y *Antes del fuego* (un proyecto cinematográfico). En *La Siempreviva* se recrean varias escenas de la vida cotidiana del personaje principal, Julieta (una referencia a Cristina del Pilar Guarín); todas las escenas ocurren dentro de la casa en la que vive con su familia y comparten con otras familias —la casa funciona como inquilinato o pensión—. El argumento se desplaza por las tramas de las relaciones humanas, hasta que un suceso, en el que Julieta resulta inmersa, irrumpe la cotidianidad: ella se encuentra trabajando como cajera en la cafetería del Palacio de Justicia —pese a que acaba de graduarse como abogada y en vista del apremio de la difícil situación económica por la que pasa su familia— y luego de los estruendos y los confusos hechos no regresa a su casa nunca más. Las escenas finales muestran cómo la madre de Julieta emprende el camino de la búsqueda de la verdad.

En *Antes del fuego* (Mora, 2015), la historia de Luz Mary Portela León se entrecruza con la de la protagonista, quien se encontraba trabajando en la cafetería del Palacio en reemplazo de su mamá. El argumento de la película se centra en los días previos a la toma. Arturo, un periodista, y Milena, una practicante que trabaja con él, investigan la información que advierte sobre una acción del M-19 en el Palacio de Justicia y generan la hipótesis de la premeditada negligencia de las instancias militares frente

a las amenazas que pendían sobre los magistrados de la Corte Suprema de Justicia. El día de la toma, Milena está dentro del Palacio y Arturo la ve salir con vida, pero luego pierde su rastro. Lo que ocurre en las vidas de Milena y Arturo antes de la toma no es exactamente parte de una cotidianidad sino el anuncio del hecho que irrumpe, ya no solo en sus vidas, sino que representó tanta importancia en la historia del país entero.

Desde otro ángulo, *Las horas secretas* (Jaramillo, 1990) expone el juego inverso de ausencia/presencia. Una mujer empieza narrando el dolor de la pérdida, del peso de la carga de un muerto —o al menos de uno que se supone muerto— ausente, que, por su misma ausencia, marca un duelo sin elaborar y, al mismo tiempo, abriga la posibilidad de la vida. Desde este punto de partida, la narradora reconstruye el mundo que habitaba su desaparecido y, desde este, lo regresa al lugar en donde le es posible existir. Para ello rearma el amor y el erotismo —que hacen parte de la esfera privada—, los idearios, los planes, lo colectivo. La compañera de Alfonso Jacquin recorre desde el inicio de la militancia de su amante hasta las horas últimas de la toma. También *En el brazo del río* de Mabel Sandoval (2006) discurre en esta lógica. Una niña inicia preguntándose por el destino de su amiga desaparecida para luego ir contando sus vivencias con ella y los hechos que se vinculan con su desaparición.

En *Vivir sin los otros* (González, 2010) la trama es personal pero la narrativa se centra más en el proceso jurídico para esclarecer las circunstancias de desaparición de Ramiro, uno de los empleados de la cafetería, y jugar con la posibilidad de encontrar sus restos y hacer su duelo, dejando entrever procedimientos judiciales llenos de vicios, pero también conquistas obtenidas en materia de derechos humanos. Bety, la esposa de Ramiro, es la protagonista del relato y de la búsqueda. A partir de este personaje, la obra explicita la figura de un sujeto que estuvo en el lugar de los hechos de manera fortuita y que es sometido también a desaparición forzada como lo fueron otros de los miembros del M-19 que sobrevivieron a la toma:

Cuando Bety escuchó que la guerrilla tenía una proclama en la que anunciaba hacer un juicio al Presidente de la República por haber incumplido el acuerdo de diálogo firmado en el año anterior, le dio cierta tranquilidad, pues Ramiro y los empleados de la cafetería parecían no correr riesgos. Ni era subversivo, ni era magistrado, le explicaba Bety a su vecina, tratando ella misma de convencerse que la situación se resolvería a su favor. (p. 26).

También, con la reconstrucción de los hechos posteriores a la toma, con la que se intenta mostrar el destino de los desaparecidos, se expresa, a través de la mirada de un narrador omnipresente sobre lo que le ocurre a Ramiro, una referencia a la inocencia de las víctimas:

Luego de las preguntas, los golpes, las amenazas que acompañaron su viaje dentro del Nissan que conducía a uno de los grupos, Ramiro sentía que su pasado lo iba abandonando. Quiso haber sabido algo de la guerrilla, de los planes, de las casas en que vivían, para al menos decir algo de la verdad que le estaban pidiendo y así descansar por un momento, no sólo de la parte física, sino de la situación de culpable a que definitivamente lo estaban sometiendo con sus compañeros. En más de una ocasión trató de armar un relato que siempre terminaba en la misma versión, que a la cafetería llegaban personas de todas las dependencias, muchos visitantes, estudiantes y abogados; que él atendía por igual a personas conocidas del edificio y de afuera y que nunca vio nada sospechoso [...]. A la larga se desesperó por sentirse ignorante de lo que pasaba en su país, en la ciudad que habitaba, en el edificio donde trabajaba: era él, una mujer, unas hijas, un trago, un pincel y una hoja. Las otras cosas, el río, el pueblo, el servicio militar, simplemente las había dejado en el pasado. (pp. 149-150).

Finalmente, *Los muertos no se cuentan así* (Daza, 1991) revela prácticas en torno a los desaparecidos: las grandes peregrinaciones al río y a los pueblos aledaños por parte de los familiares de

los desaparecidos cuyo propósito es seguir el rastro de los cuerpos de los que ya no están. En esta obra aparece de soslayo la figura de los maestros, actores que han sido víctimas recurrentes de violencia política y sobre quienes ha pesado un manto de sojuzgamiento y de estigmatización; sus protagonistas son una pareja de profesores del golfo de Urabá: él, un hombre comprometido con el partido (La Nueva Fuerza, forma en que la autora denomina a la UP) y ella, Océana Cayón, una mujer que decide emprender la búsqueda y quien en este recorrido enfrenta la amenaza sobre su propia vida. En Océana el terror se convierte en locura y en esta crea un mundo alterno donde aún existe la calma.

La memoria como palimpsesto

Pero ¡qué importa lo que uno sabe / cuando
se está en la otra orilla del tiempo, mudo y
desaparecido!

MIGUEL BONASSO

Se requiere recordar, pero también se requiere olvidar; a su vez, se requiere callar, que es una especie de recordar/olvidar. Puede decirse que la memoria (y sus desdoblamientos entre recuerdo, silencio y olvido) es fundante en la experiencia de los seres humanos y posibilita una de las condiciones para la configuración subjetiva. Así, los trabajos de la memoria, en un sentido activo, de *anamnesis*, se convierten en un asunto vital en las narrativas testimoniales para dejar emerger horizontes de futuro, pues al permitir tramitar los acontecimientos traumáticos en el tiempo presente, ayudan a que el sujeto procese la vivencia pasada como parte de su experiencia y restablezca su lugar como sujeto dentro del tejido social, posibilitando que el *desiderátum* de *poder vivir juntos*, que guía las sociedades contemporáneas, deje de ser un ideal vacío de contenido.

De allí se desprenden múltiples tensiones en la configuración de las subjetividades en torno a los emplazamientos que los sujetos deben llevar a cabo respecto a la memoria, para hacer emerger los

recuerdos delineados por los trazos del olvido y de los silencios voluntarios y obligados, en los cuales los mandatos, familiares, sociales, políticos, militantes, forman parte de los haces que modulan a los sujetos y pugnan por la significación de los recuerdos y la selectividad de la memoria en torno a ellos, en un juego interminable entre recuerdo, silencio y olvido, entre lo individual y colectivo; en una especie de palimpsesto cuyos trazos se vislumbran de diferentes maneras según las singularidades y las maneras como el sujeto lidia con la ausencia o con la presencia de las experiencias vividas, procesos de subjetivación en los cuales los contextos sociales e históricos ocupan un lugar nada desdeñable.

Como lo menciona Ricœur al recoger el mito del Fedro de Platón, cuando la escritura quiere *atrapar* la memoria opera como *farmacon*, como veneno o como antídoto; ante la inminencia del olvido y los mandatos que se ciernen sobre el sujeto y sobre las colectividades para preservar la experiencia de lo vivido, la escritura invoca los sinuosos caminos de la memoria y deja entrever a través de ella las huellas de lo sucedido, a veces de manera nítida, otras veces borrosa, otras veces trastocada, a veces hiriendo, a veces aliviando, pero siempre poniendo en juego nuestra especificidad como seres humanos y las ambivalencias desplegadas por la memoria (Ricœur, 2008, pp. 183-187). ¿Cómo situarse frente a recuerdos que son tan dolorosos que lo mejor sería apagarlos en el olvido pero que la sociedad los requiere como parte importante del legado social y cultural?

Así lo expresa Daniel Goldman en el prólogo al libro *Betina sin aparecer* (2012), en donde Daniel Tarnopolsky relata historias de su familia diezmada por la dictadura argentina, y sus propias búsquedas por esclarecer los hechos y obtener verdad y justicia en torno a ellos:

Maldito mandato de la memoria, que no deja en paz a los vivos.
Bendito mandato de la memoria, que constituye estructuralmente lo poco humano que sigue existiendo en el ser. Son estas experiencias

las que me enseñan que algo puede ser maldito y bendito a la vez. Porque es en la trama de la contradicción que se administran ciertas situaciones de la existencia. Y hay que ser claro: se administran y no se solucionan. Administrar significa que van con *uno*, y que ellas acompañan a ese *uno* toda la vida. Solucionar sería olvidarlas. Pero olvidar es incurrir en la traición. Y el costo en la traición del olvido implica deshumanizarse. (p. 13).

Los juegos del recuerdo, el olvido o el silencio alcanzaron dimensiones complejas para quienes estaban detenidos y eran sometidos a tortura para lograr información: ¿cómo dar información para protegerse a sí mismo, pero resguardar, a su vez, a los seres queridos, a los compañeros de militancia?, ¿a los dirigentes de la organización? ¿Cómo informar sin decir más de la cuenta? ¿Cómo recordar lo que se decía para no entrar después en contradicción? ¿Cómo luchar contra el apagamiento de los recuerdos en el campo de detención? ¿Cómo no olvidar los rostros de los seres queridos? ¿Cómo, simultáneamente, conservar los mecanismos de retención de información sobre los torturadores y sus procedimientos para, una vez que se saliese del cautiverio, hacer las denuncias necesarias con pruebas suficientes? ¿Cómo recordar los nombres y las señas de los prisioneros durante años? ¿Cómo dar declaraciones diez, veinte, treinta años después relativas a estos acontecimientos y resguardarse de los fantasmas, los demonios, los ausentes, que con ello se desata?

¿Cómo entramar los recuerdos del antes de ser detenido, torturado e interrogado, el momento de la detención y el después del episodio, en un hilo que permita al sujeto identificarse a sí mismo, integrar los sucesos como parte de su propia vida, reconciliarse con lo doloroso, con lo abyecto, con lo ambiguo? ¿Cómo recordar quién se era antes del acontecimiento traumático, cuando la máquina represiva quiere justamente imponer el olvido de esas comunidades de memoria en las que se atesoran los reservorios que alimentaron las identidades políticas de los detenidos, cuando la

máquina represiva, después de arrancar la verdad de los sujetos, los reinserta en la sociedad con el mandato de olvidar tanto lo que se había sido antes de la detención, como lo que ocurrió en los lugares en los que fueron víctimas del terrorismo de Estado?

¿Cuáles son las estrategias de las que se sirve la memoria para fijar los recuerdos y tramitar el olvido y los silencios que giran en torno a ellos? En las declaraciones de algunos sobrevivientes de la ESMA se escuchan permanentemente las expresiones "no recuerdo bien", "creo que", "me parece que", "si no estoy mal". O también: "Lo oí en donde estaba detenido", "lo supe en ese entonces", "lo vi o me lo contaron", "lo supe después". De estas expresiones emerge tanto la fragilidad de la memoria, como el hecho de que en el gesto mismo del testimoniar se lleva a cabo simultáneamente un proceso de reelaboración de los recuerdos, de lucha contra el silencio y el olvido. Caben interrogantes respecto al modo como las comunidades de memoria que se formaron después incidieron sobre los sujetos y contribuyeron a reconfigurar sus recuerdos y olvidos; palimpsestos en los que se pone en juego la esencia de la naturaleza humana en su eterno transcurrir entre lo individual y lo colectivo, un tejido del que todos hacemos parte, formamos un nudo en una red que, aunque está cubierta de muchos nudos, al fin y al cabo, es solo una misma red.

El mundo exterior de los humanos apenas si significaba un silencio del que solo existían los recuerdos⁵⁵ (Chile)

Para los vivos, recurriendo a los versos de Jorge Teillier, / nos queda ese "eco de palabras que no recordamos, / pero que nos duelen, como si las fuéramos a decir de nuevo".

JORGE MONTEALEGRE

55 Texto extraído del libro *De academias y subterráneos* de Guillermo Teillier (1993, p. 119).

En el libro de Guillermo Teillier, *De academias y subterráneos* (1993), los recursos de la memoria le sirven al protagonista, Fernando (alter ego de Teillier), para evadirse del lugar de encierro y las condiciones de vejación a las que está sometido. En su narrativa se entremezclan pasajes que mencionan lo que le sucede en calidad de prisionero, a través del relato de las condiciones cotidianas de encierro, con rememoraciones sobre la persecución y detención tanto a dirigentes del Partido Comunista, dentro de los que se contaba él, como a dirigentes de la UP. Estas dos temporalidades se entrecruzan, al mismo tiempo, con la recreación de situaciones que lo llevan a lugares de la infancia y de la adolescencia, que utiliza como recurso para imaginarse en otro tiempo y lugar, previo al campo de concentración y previo, incluso, a su militancia, en un intento por preservar su identidad amenazada por el encierro y la tortura.

De esta manera, su trabajo está tejido con las textualidades de varias temporalidades que se desatan en la memoria y muestran los recursos del sujeto en relación con la reminiscencia y abren la puerta a una psiquis que vaga de un lugar a otro, de una época a otra, de una fantasía a otra, en procura de referentes que ayuden a conservar la cordura, a evadir el dolor, y, al mismo tiempo, organizar y explicar su situación actual. Esta multiplicidad de imágenes se mezcla entre sí a la manera que solo lo sabe hacer la memoria: abigarrada, traslapada, distorsionada, disfrazada, inventada. Dichas imágenes son activadas a veces sin saberse el por qué ni el cuándo, pero siempre buscan proteger al individuo de su derrumbe subjetivo: "Casi se había evadido del lugar y del tiempo, pensando, recordando" (Teillier, 1993, p. 94), nos dice el protagonista, consciente de que en sus pensamientos se trenzan de manera confusa los hechos puntuales con la fantasía: "En esa vastedad y en ese silencio atortujante, el espíritu tendía al onirismo. Pasos cercanos, quejidos distantes, respiraciones tenues despertaban fantasmas o configuraban sueños, imaginarias relaciones de hechos" (p. 129). Algunas de las sinuosidades de la subjetividad

y sus juegos con la memoria, con sus múltiples temporalidades, y la presencia de lo onírico como un componente crucial son retratadas en el libro de la siguiente manera:

Fernando meditaba, cuántos días había permanecido ya, parado sin dormir, no lo sabía con exactitud. Tal vez los torturadores le hicieran creer que había pasado mucho tiempo. De repente caía al suelo y lo pateaban o le pegaban con los fusiles hasta, de nuevo, ponerlo de pie, sin ninguna misericordia. Por ratos pensaba en lo sucedido. Cómo llegaron los agentes a la casa de reunión. Lo habrían seguido a él. Caería el resto de sus camaradas de Concepción. Cuánto sabía efectivamente la Fiscalía. Sentía que estaba cerca de su propia locura, ya empezaba a evadirse de la realidad. No sabía si era verdad o mentira que conversaba con su madre, durante algún momento de su infancia, en un paraje conocido, cálido, hermoso y tranquilo del sur. Siempre había un río que mitigaba su sed y las manos o las palabras de su madre que aplacaban su dolor. Veía hermosos colores, días esplendorosos. Cada vez eran más nítidos los recuerdos de su niñez, hasta que fue un niño otra vez, hablando con su madre; cosas muy remotas en su subconsciente emergían como por arte de magia. (p. 63).

Así mismo, en los relatos de diversos autores hay alusiones a los esfuerzos de la memoria por recordar pasajes sobre libros de historia, literatura, poesía o anécdotas como las del mismo Teillier, cuando describe las ocasiones en que jugaba "de memoria" ajedrez con otro preso, ya que el carcelero se negó a dejarlos usar las piezas del tablero que habían sido hechas por otro de los cautivos de manera artesanal. Allí se acude a los recursos de la memoria hábito y no propiamente a la memoria que evoca el pasado:

Supo que en la celda había un prisionero en silla de ruedas, a quien le decían Quila. Otro, que hacía piezas de ajedrez con migas de pan. Había también un viejo de La Calera. El Quila le pidió permiso a

un suboficial para jugar ajedrez con el diecisiete con las piezas que hacía el veintinueve. El suboficial se opuso. Entonces Fernando le solicitó si podían jugar de memoria, anunciando las jugadas en voz alta, para que el veintinueve fuera moviendo sus piezas de ajedrez. El uniformado aceptó. Así se pasaban unas tres horas al día jugando ajedrez, con los guardias observando atentamente la partida. La situación se ponía trágica cuando sacaban al Quila en su silla de ruedas y lo regresaban como un trapo, quejándose de los golpes de corriente. (Teillier, 1993, p. 118).

En los escritos de Carmen Castillo hay alusiones permanentes a los trabajos de memoria llevados a cabo en los procesos de configuración subjetiva en donde el ejercicio escritural tenía un lugar importante. Para ella,

el olvido se construye tanto cuando una memoria se fija hasta hacerse estática como cuando se borra. Yo he tenido que trabajar mucho mis memorias. El libro *Un día de octubre en Santiago* fue fundamental en mi trabajo con la memoria, mi pelea contra una memoria rígida que podía quedarse pegada porque buscaba responderme ¿a través de que afectos y que encuentros se puede seguir viviendo y no darle el gusto al torturador? (Castillo, citado en Bedregal, 1999, párr. 5).

Así mismo, tornar la memoria individual en memoria pública representaba, además de un recurso contra el olvido, la posibilidad de inscripción dentro de un tejido social, la opción de dar sentido a lo vivido en función de los otros, de una causa como estratagema frente a la voluntad ejercida por el terrorismo estatal, de borrar al individuo y las marcas que había en él de lo social, y sus propias marcas en lo social.

Según Castillo, la dictadura puso en marcha una máquina de olvido que le llevó a decidir no volver a vivir en Chile a partir de su exilio, debido al efecto social causado por este olvido obligado: "Ya no tengo problema en decir aquí

no puedo vivir, yo que he sobrevivido gracias al trabajo de la memoria, no puedo vivir en un país de la amnesia general", dice en la entrevista concedida a Ximena Bedregal (1999). Y es que los conflictos entre recuerdo y olvido adquieren un cariz importante en la sociedad para hacer frente a lo que Castillo llama máquina del olvido y librar una batalla en el sentido opuesto. Así, en la entrevista se trae a colación la declaración de Pinochet que llama a callar y olvidar, para mostrar el intento de Castillo de posicionarse en un lugar contrario a estas interpelaciones que se le hacen al sujeto:

Es mejor quedarse callado y olvidar. Es lo único que debemos hacer. Tenemos que olvidar. Y esto no va a ocurrir abriendo casos, mandando a la gente a la cárcel. OL-VI-DAR: esta es la palabra, los dos lados tienen que olvidar y seguir trabajando. Augusto Pinochet, 13 de septiembre de 1995, dos días después del 22° aniversario del golpe militar. (Bedregal, 1999, párr. 1).

En el mismo sentido de preservar del olvido la experiencia vivida por los miembros de su generación, Carmen Rojas (Nubia Becker) expresa en la introducción del texto *Recuerdos de una mirista* que su escritura lleva como propósito "rescatar estos recuerdos y a los hombres de carne y hueso, así como sus reacciones frente a las situaciones límites en que les correspondió hacer la historia" (Rojas, 1988, p. 13).

Rojas también menciona las tácticas puestas en práctica para acopiar todos los datos posibles sobre la represión vivida en los lugares de encierro: los métodos, las técnicas, los equipos, los lugares, los nombres de los victimarios y las relaciones de mando para luchar contra el olvido y dar sustento a las denuncias en torno a esta, a lo cual agrega:

También recogimos toda la información contenida en la memoria de cada una de las prisioneras sobre cada uno de los compañeros con

quienes les tocó compartir la represión: la detención, la tortura, el estado de salud y de ánimo, la prisión, la celda, etc. (1988, p. 91).

La información recolectada recorría diversos caminos para salir de los lugares de encierro hacia espacios de reconocimiento y denuncia pública, como la Vicaría de la Solidaridad y, a través de ella, la Comisión de Derechos Humanos de la OEA. Algunos de los datos eran escritos en pedazos de tela con los que se rellenaban artesanías, como los *soporopos* (muñecos de tela), en una frenética carrera contra el olvido:

En esos trozos de tela está escrita la historia brutal de ese tiempo. Allí están las declaraciones de gente, que con los datos frescos, entregó detalles valiosos, indispensables y únicos y que estarían perdidos, tanto por el olvido, como por las transformaciones que han sufrido los sitios de represión, los represores y las víctimas, muchas de ellas ya muertas o regadas por el mundo, sin poder atestiguar en la lejanía del exilio, si no fuera por esos testimonios recopilados en los mismos lugares de muerte y exterminio. (Rojas, 1988, p. 92).

También hay multiplicidad de silencios en los que la memoria es inducida a olvidos deliberados por conveniencia o mandato social o familiar: padres/madres que quieren proteger a sus hijos/hijas de ser portadores de esa vivencia de terror, o que se avergüenzan de haber sido víctimas, con todo el peso social que eso implica, por el miedo, por la funcionalidad que el terror tuvo en sus subjetividades; o hijos/as que quieren proteger o protegerse ante sus padres y madres, que quieren evitar el dolor de los demás frente a su propio dolor. Todos estos gestos obliteran la circulación, en la esfera pública, de estas memorias impedidas.

En el libro *Ingrid Olderock, la mujer de los perros* (2014), de la periodista Nancy Guzmán, se aborda la figura de uno de los personajes más oscuros de los campos clandestinos de detención en Chile: Ingrid, una exoficial de Carabineros, fallecida en 2001,

quien nunca fue interrogada judicialmente por sus actuaciones a pesar de haber jugado un papel destacado como agente de la DINA. Se le acusa de haber adiestrado perros para violar prisioneros e instruir a funcionarias en la Escuela Femenina de la institución, quienes participaron activamente en la represión.

Guzmán, quien realizó tres entrevistas a esta mujer en 1996, responde en una pregunta formulada en televisión por qué su libro se publica solo hasta el 2014, cuando las entrevistas se habían hecho varios años atrás y si, además, Olderock ya había muerto en el 2001. Guzmán aclaró que ante la negación de Olderock de haber usado a su perro Volodia para torturar y vejar sexualmente a varios detenidos, en especial a mujeres en el centro Venda Sexy, decidió buscar testimonios provenientes de mujeres detenidas que impugnasen las negativas de Olderock, momento en el cual tuvo que lidiar con las dificultades que estos testigos tenían para referirse a los hechos debido al temor que sus declaraciones pudiesen causar a sus seres queridos. Así, la periodista menciona cómo al obtener el testimonio de Alejandra Holzapfel, estudiante de veterinaria detenida a la edad de veinte años, esta le pidió no hacerlo público mientras su madre estuviese con vida. De este modo, solo cuando en 2013 muere la madre de la entrevistada, Nancy se siente en libertad ética de publicar el libro ("Nancy Guzmán profundizó", 2014).

Holzapfel presentó en el 2014, junto con otras mujeres vejadas sexualmente en los centros clandestinos de detención, una querrela por violencia sexual contra mujeres practicada por agentes del Estado, propugnando para que este tipo de hechos se tipifiquen como violencia política sexual y de tortura. En una entrevista Holzapfel menciona las dificultades que tuvo para hablar de estos asuntos y denunciarlos públicamente, a la vez que señala el trabajo colectivo, de piezas de rompecabezas, llevado a cabo:

Fue un proceso complejo, me costó enfrentar el tema con mi madre.
No quería que ella viviera una angustia más, pues ya sufrió mucho

cuando estuve secuestrada en Villa Grimaldi y Venda Sexy. Contarle todos los horrores era muy complicado. A muchas compañeras les ocurre lo mismo. Guardan silencio, por sus madres, por los hijos, por sus compañeros y esposos, por los nietos. No quieren que se enteren, no hacen la denuncia, esto es comprensible. Las sobrevivientes estábamos preocupadas de nuestros compañeros y compañeras desaparecidos, los buscábamos, eran nuestra prioridad como también apoyar las demandas de sus familiares. Recién ahora hemos empezado a conversar nuestro tema y a darnos cuenta que debemos ser capaces de hacer un recuento de lo que pasó. Hemos ido reconstituyendo las piezas que existían, quiénes eran los torturadores, los jefes de los centros de tortura. Ha sido un proceso difícil, pues se integran las compañeras a las que les cuesta hablar de lo que vivieron. Pero entre todas nos apoyamos. (Flores Castillo, 2014, párr. 4).

En *Calle Santa Fe*, Carmen Castillo entrevista a los padres de tres jóvenes militantes del MIR asesinados durante la dictadura, quienes, desde entonces, no han cesado de llevar a cabo acciones de denuncia. En una parte de su relato la madre, Luisa Toledo, alude a la pérdida de memoria que sufrió a partir de estos acontecimientos y la asocia con una especie de muerte:

Reconozco que todavía tengo mucho miedo, muchos temores, pero reconozco que me costó muchísimo sí, mucho, mucho... son veinte años. Tú me ves ahora como una persona, pero yo fui un guiñapo humano, fui nada. Yo morí con ellos, o sea, yo no me acuerdo de muchas partes de mi vida después de la muerte de mi hijo, no me acuerdo, no tengo memoria, porque estuve muerta. Y era un guiñapo, era... yo creo que estuvieron a punto de liquidarme a mí también, que era lo que querían, liquidarnos a todos. (Castillo, 2007, 1:58:00).

En *Chile: la memoria obstinada* (1996), el documentalista Patricio Guzmán⁵⁶ aborda la problemática de los hechos de la dictadura ante lo que considera un Chile amnésico: "veintitrés años de censura y autocensura, la mayoría de la juventud chilena ha crecido sin saber lo que pasó", dice al comienzo de su trabajo fílmico, en el cual se propone, con base en su trilogía *La batalla de Chile: la lucha de un pueblo sin armas*⁵⁷ (1972-1979), activar memorias, e interpelar tanto a protagonistas de la época como a las nuevas generaciones sobre las memorias en torno a la Unidad Popular y a la dictadura de Pinochet. A la vez que entrevista a colegas y amigos en referencia a la memoria, Guzmán presenta *La batalla de Chile* en diferentes escenarios para hacer que algunos de sus protagonistas se reconozcan en el documental y ayuden a identificar a otras personas, al tiempo que incluye escenarios con jóvenes de colegio y universidad, en donde surgen memorias enfrentadas en torno a los acontecimientos de ese pasado reciente que traspasan los arcos generacionales.

En este documental aparece el pintor José Balmes, quien comenta algunos de sus trabajos y la manera como interviene los materiales para evidenciar los efectos de la violencia en los sujetos, apoyado en fotografías de la represión dada en las calles de Santiago después de 1973, mostrando imágenes fragmentadas de cuerpos sometidos a la fuerza brutal de los soldados. El artista dice que en una de esas pinturas consigue mostrar "un efecto de movimiento que crea esa zona vaga e indefinida, que tú no sabes muy bien dónde empiezan las ropas, dónde empieza el cuerpo y dónde

56 Patricio Guzmán estuvo detenido en el Estadio Nacional durante quince días.

57 *La Batalla de Chile* es una trilogía en la que se llevan a cabo entrevistas a varias personas en las calles de Santiago respecto al inminente derrocamiento de Salvador Allende y a la toma del Palacio de la Moneda, en las que deja entrever las posiciones ideológicas polarizadas entre quienes apoyaban el régimen popular y quienes estaban de acuerdo con su deposición en la época. Los materiales con los que se elaboró, filmados hasta el mismo día del golpe, fueron sacados clandestinamente de Chile y el documental solo fue presentado en el país en 1997. Jorge Muller Silva, el fotógrafo de la *Batalla de Chile*, fue detenido al año del golpe, a la edad de veintisiete años, y llevado a Villa Grimaldi; hasta hoy se encuentra desaparecido.

empiezan las cabezas, es un movimiento muy vivo, muy sugerente y a la vez muy abierto". Para Balmes: "la memoria y el olvido son cuestiones permanentes, son como el positivo y el negativo de la acción humana y de la reflexión que el hombre hace de la vida y de los grandes acontecimientos" (citado en Guzmán, 1997, 8:40).

La memoria obstinada (Gran Premio, Florencia 97) muestra también las emociones exaltadas con las que los jóvenes discuten las versiones del pasado, dejando emerger recuerdos parciales y en pugna en los cuales están en juego las memorias políticas de la anterior generación. Los jóvenes se arrebatan la palabra unos a otros y muchos hablan al tiempo, lo que dificulta al espectador seguir el hilo de los argumentos, pero lo que sí se percibe es que el debate sobre este pasado suscita pasión en las actuales generaciones, a la vez que evidencia su conocimiento parcial en torno a este, aunque alcancen a percibir que están parados en un presente que es debitorio de este pasado y requiere de su tramitación. En este sentido, una de las estudiantes dice a sus compañeros:

Nosotros somos la principal consecuencia de ese golpe... nosotros estamos aquí discutiendo para eso, porque nosotros somos la consecuencia de ese golpe, y nosotros deberíamos sentarnos a discutir un poco más no es quién tuvo la culpa o no tuvo la culpa porque no podemos andar de culpa en un momento así. Alguien nos tiene que explicar. Y yo creo que nosotros como jóvenes que estudiamos sea en la universidad que sea, sea derecha o sea izquierda, deberíamos pedir eso, deberíamos pedir una explicación a los que en este momento están en el poder. (Guzmán, 1997, 29:00).

Además de pedir explicaciones, otros jóvenes han empezado a buscarlas ellos mismos, a producir trabajos literarios o cinematográficos, entre otros, en los que interpelan las memorias de sus mayores y se imbrica su presente con el pasado de sus progenitores; se inventan nuevas significaciones y, con base en ellas, nuevos mundos posibles. Al respecto, uno de estos jóvenes, Alejandro Zambra, en su libro *Formas de volver a casa* (2011), dice:

No quiero hablar de inocencia ni de culpa; quiero nada más que iluminar algunos rincones, los rincones donde estábamos. Pero no estoy seguro de poder hacerlo bien. Me siento demasiado cerca de lo que cuento. He abusado de algunos recuerdos, he saqueado la memoria y, también, en cierto modo, he inventado demasiado. (Zambra, 2011, p. 55).

Como ya lo hemos comentado, los primeros testimonios se concentraron en rememorar los impactos de la represión, tanto por la importancia de acopiar datos que permitiesen la denuncia y la posibilidad de justicia, como por el impacto traumático en el orden de las subjetividades y del tejido social (con un énfasis inicial en los desaparecidos). Los trabajos posteriores, si bien continuaron mostrando una memoria acosada, perseguida por los fantasmas, por lo irresuelto, también empezaron a articular otras dimensiones sobre lo acontecido a través de otras formas de resignificación de la experiencia. En estas ya no solo emerge el sujeto victimizado o el militante derrotado, el héroe o el traidor, sino también otras figuras de sujeto posibilitadas por los nuevos trabajos de la memoria. Así, por ejemplo, Jorge Montealegre, el autor de *Frazadas del Estadio Nacional*, publicó en el 2013 un libro fruto de su tesis doctoral, denominado *Memorias eclipsadas. Duelo y resiliencia comunitaria en la prisión política*, en el que salen a la luz otros recursos de la memoria, al referirse a los recuerdos de prisioneros que estuvieron en Punta de Rieles, Uruguay (mujeres), y en Chacabuco, Chile (hombres). Según el autor,

Memorias eclipsadas es un libro que trata de aportar con un grano de arena al rompecabezas de la memoria; todavía hay muchas piezas que faltan: la memoria de la cotidianeidad, la memoria del arte, la memoria de la vergüenza y del humor, aspectos que se deben ir completando en la historia de la prisión política. (Carrasco Salas, 2013, párr. 4).

Carmen Castillo expresa en registro subjetivo el poder curativo de los trabajos de la memoria que llevó a cabo a partir de

su documental *Calle Santa Fe*, al tiempo que los anuda con una búsqueda de carácter colectivo. Castillo deja emerger en pocas palabras claves de lo que configura su subjetividad en el momento presente, una subjetividad *reconciliada*, por medio de imágenes en las cuales se despliegan, de manera simultánea, la memoria fragmentada, las sensaciones corporales y la certeza de la existencia de *los otros* como opción de nuevos mundos posibles, anudadoras en un tejido que alude al transcurrir de la cotidianidad, *al mundo vivido*. Así, hacia el final del documental muestra una marcha en las calles chilenas en cuyas imágenes se superponen los manifestantes anónimos con un grupo de mujeres del que ella hace parte dentro de la marcha, como si quisiese evidenciar la apuesta común de la protesta pública y las reivindicaciones que ella esgrime sobre los acontecimientos de la dictadura. En estas, sus palabras, ella le apuesta al *podemos vivir juntos*: "Estos fragmentos reunidos de la memoria me han abierto una puerta. Afuera hace calor y otras voces reinventan juntas el reencantamiento del mundo" (Castillo, 2007, 2:36:00).

Quisiera olvidar, pero el imperativo de recordar es más fuerte⁵⁸ (Argentina)

Vivís una vida normal hasta que algo, / a
veces fuerte como un rayo, / otras veces difuso
como la niebla, / te golpea o te envuelve y el
Campo vuelve a aparecer.

MIRIAM LEWIN

Así es el recuerdo. Más allá de la voluntad,
el cuerpo tiene su propia memoria y conserva las
huellas de las viejas heridas.

GRACIELA FAINSTEIN

58 Texto de Mario Villani, citado en el libro *Desaparecido. Memorias de un cautiverio. Club Atlético, el Banco, el Olimpo, Pozo de Quilmes y ESMA* de Mario Villani y Fernando Reati (2011, p. 161).

La memoria trabaja de manera fragmentaria respecto a los acontecimientos vividos y los múltiples entrelazamientos entre recuerdo, silencio y olvido van trazando las rutas de configuración de los sujetos en donde, como lo mencionan los epígrafes con los que iniciamos este apartado, las imágenes asociadas con los recuerdos de sucesos traumáticos surgen de manera fantasmática y anuncian al sujeto la herida, la tajadura, en su vida, y le indican que ella aún permanece dentro del palimpsesto de la memoria.

En el libro *Nosotras, presas políticas* (Beguan, 2006), Ana Romero menciona las circunstancias de su detención cuando tenía quince años, en noviembre de 1975, y la manera como fue torturada en el centro clandestino denominado Escuelita de Famaillá, en la provincia de Tucumán; este fue el primer centro clandestino creado bajo el Operativo Libertad, que significó el inicio de la represión estatal que anticiparía el golpe de Estado de 1976. En su relato, elaborado veinticinco años después de su detención, Ana hace uso de un tiempo verbal que sitúa en el pasado los acontecimientos narrados, pero, en un dado momento, se desliza hacia el presente ("esos días han sido de mucha angustia") cuando los empalma con la afectación que le causan en su vida actual, indicando de qué manera los recuerdos pasados se instalan en el presente de las víctimas:

El dolor era intenso. No podía respirar. Quería llorar y no podía. Quería gritar y no podía. El aire me faltaba. En total estuve 20 días desaparecida, y a disposición del PEN hasta mayo de 1978. Esos días han sido de mucha angustia y aún hoy, tan sólo la semana pasada, no pude salir de casa: el miedo se apoderó de mí. Ni un instante he podido separar esos recuerdos de mi mente. Quiero que este día pase, quiero pensar en otra cosa y no puedo. Aparece esa adolescente asustada de 15 años que quiere salir de Devoto y volver a casa. (Romero, citado en Beguan, 2006, p. 61).

Por su parte, Munú, coautora de *Ese infierno*, al ser entrevistada en *Canal 23* por Eduardo Anguita, se refiere a la marca

que dejó en su vida el haber pasado por un campo de concentración como la ESMA. El entrevistador le pregunta: “así como tu identidad claramente está vinculada a la militancia y al arte, cuando a vos te dicen *sobreviviente* de la ESMA ¿es una categoría con la que vos te identificas, o es una circunstancia en tu vida?”; frente a esto ella responde que la marca que lleva de este suceso es como una *veladura*⁵⁹ que hace que su vida, a pesar de las cosas satisfactorias que pueda llevar a cabo y el mismo pasar de los años, vuelva a quebrarse siempre en dos, en un antes y un después de esta experiencia. Cuando piensa en sí misma,

es como si esa fuera mi vida y en el medio y exactamente en el medio, no importa cuantos años hayan pasado antes y cuantos después, en el medio hay una... como una veladura porque no alcanza a ser que hay una banda negra y no existe, esa soy yo y seguiré existiendo, pero tiene así como si arriba le hubieses puesto una chorrada muy importante de un color muy oscuro que asocio con el negro... porque aunque se siga viendo un poco lo de abajo esa marca siempre está. (Anguita, 2013, 23:07).

En su texto *Fenomenología de la desaparición* (2016), Martyniuk lleva a cabo una descripción en la que juega con la figura del desaparecido sobreviviente y los diversos movimientos en torno a la identidad del sujeto para conseguir reaparecer, asociada con el cuerpo, con la memoria, con la conciencia y la existencia, con los otros; son vueltas y revueltas para lograr alcanzar de nuevo lo perdido, para llenar el vacío, la desubjetivación que tuvo lugar y que ahora se reelabora a través del lenguaje y de los procesos que acompañaron las posibilidades de su enunciación,

59 Munú alude a una expresión usada en el campo del arte, que evoca de manera cercana la idea de palimpsesto: “La veladura consiste en capas muy delgadas de pintura, de forma que se transparente la capa inferior, así el color que se ve es el resultado suavizado de la mezcla del color inferior más el de la veladura” (Consultado en Wikipedia).

así como la presencia en dicho proceso de la memoria, del recuerdo, del olvido:

Agotadores los recuerdos. Se inician poco a poco, hasta la caída brusca que hizo negro a mi alrededor. Perdí el conocimiento. No necesité cerrar los ojos: veía poco. Casi nadie veía [...]. Apartado del cuerpo, desaparecido. Apartado de la memoria, desaparecido. No se veía. Y sin recordar haber venido nunca podré irme. No desaparecí. Sí desaparecí en esta miserable oscuridad. Oculto. Callado. ¿Adónde iría sin poder irme? El hueco de mi existencia. Desaparecido. No soy yo. Yo no digo nada. No dije nada. No existía. No sabía. No podía recordar. Desaparecido. Estaba en el mundo. Desaparecido. Tenía una especie de conciencia y de sensibilidad. Los otros también. Aquel tiempo no cesa de empezar. Y sigue el castigo. Desapariciones. Sufrimiento. No estuve en Esma. Sé que no hay aire. Sé que es necesario estar. Allí hay signos. Un volumen, pero parece aplanado por la sombra que recorre las calles. Vacío. (Martyniuk, 2016, p. 30).

Al respecto de este trabajo de Martyniuk, en una reseña se dice lo siguiente:

ESMA. Fenomenología de la desaparición es como una máquina que pone en funcionamiento un movimiento extraño de la memoria. A la memoria la integran recuerdos y olvidos. Por lo general, un relato de memorias está tejido por los recuerdos de los que se dispone. Martyniuk, en cambio, parece narrarnos los olvidos, como si fueran ellos y no los recuerdos los que traman su historia. (Mundo, 2004, p. 210).

Graciela Fainstein relata en su libro *Detrás de los ojos* (2006) de qué manera trató durante años de olvidar los tres días en los que estuvo detenida, vendada y torturada, con la ilusión de que, al haber sido una experiencia de pocos días, pudiera ser apagada en su memoria por medio de un trabajo deliberado de olvido;

no obstante, después de décadas, el acontecimiento traumático irrumpió de golpe en su vida y Graciela se vio obligada a darle tramitación a lo que antes había permanecido latente en el olvido:

Empezaron a tomar forma en mi mente, despierta pero también dormida, ciertos recuerdos, imágenes [...]. En el fondo de mi ser yo sabía perfectamente de qué se trataba, pero no me atrevía ni siquiera a confesármelo a mí misma. Me resistía a admitir que los recuerdos que habían permanecido en mi mente desde hacía veinticinco años, volvieran así, de golpe, a irrumpir en mi vida [...]. Algo había comenzado, el tiempo del recuerdo había llegado. La puerta se abría. Una puerta cerrada a cal y canto durante tantos años. Sentí una extraña sensación de familiaridad, como el que llega a casa después de un largo viaje, tras una larga ausencia. Había llegado, estaba en casa, empezaba a recordar. (2006, pp. 28, 30).

Mario Villani (2011) se refiere al juego incesante entre recuerdo y olvido que surge engarzado a través de imágenes y palabras que, al tiempo que toman forma en su mente, se desvanecen como el agua; estos recuerdos no siempre están asociados de manera directa a los eventos vividos, sino que también son evocados de manera oblicua a través de imágenes en torno a asuntos cotidianos, a pequeñas cosas:

Cuando hablo de mis experiencias se me presentan pantallazos de cosas olvidadas y sepultadas en la memoria. Son imágenes o palabras, piezas de un rompecabezas que se arma en mi mente y de inmediato se desarma otra vez [...]. Sin embargo, sobre todo me vuelven a la mente las cosas rutinarias. Ciertos recuerdos —como el impacto de la tortura— son imposibles de desterrar, pero otros se desvanecen. (p. 161).

Por su parte, Alicia Kozameh menciona las dificultades de hacer memoria en *Pasos bajo el agua*:

Estuve haciendo serios esfuerzos por recordar algunos episodios. No hubo caso. Es como si se me instalara una sábana entre los ojos y el cerebro. La razón de la desmemoria está ahí: en los colores, las formas, la mayor o menor nitidez, los ritmos. (2002, p. 28).

Al referirse al libro *La escuelita* de Alicia Partnoy (2006), Strejilevich dice que los rasgos de fragmentariedad que lo caracterizan no obedecen propiamente a una estrategia intelectual deliberada sino a la expresión de un sistema de exterminio que generó memorias fragmentadas cuyas huellas se perciben en el relato. En palabras de Strejilevich:

Desarticular lo real no será la tarea del intelectual que quiera des-pertar al público de su inercia, sino más bien la consecuencia penosa de un sistema de exterminio que genera una memoria fragmentada, como una pesadilla a la que solo el artificio le puede colocar comienzo, desarrollo y final. Es por esta razón que la forma del relato es el mosaico, lo que le permite transiciones tan bruscas como las de su vivencia, y fuerza al lector a recrear esa especie de viaje por la locura colectiva. (1991, pp. 187-188).

Cristina Zuker publicó un libro denominado *El tren de la victoria* (2010) en el que se propone seguir las huellas de su hermano (el Pato Zuker) desaparecido a partir de un operativo llevado a cabo por los *Montoneros* para regresar al país y continuar combatiendo a la dictadura. A partir de su propia zaga familiar, Zuker intenta reconstruir la trayectoria de su hermano y su vinculación con el proyecto de retorno conocido como *El tren de la victoria*, que infelizmente llevó a la muerte (desaparición) de 15 de los militantes que hicieron parte de él. En este contexto Zuker se entrevistó con personas relacionadas con este

proyecto, al tiempo que consultó cartas, registros judiciales, noticias de prensa, entre otras fuentes. Zuker cita una carta que le envió Silvia Tolchinsky, militante montonera que hizo parte de la contraofensiva, en donde alude a la perplejidad que le produce su sobrevivencia y no puede evitar anudarla con el deber de recordar a los ausentes⁶⁰:

Mentiría horriblemente si dijese que sobreviví para contar. Nunca voy a saber por qué sobreviví aunque cada día me lo pregunto [...]. No sé por qué sobreviví, pero sé por qué seguí viviendo a pesar de todo. Por el recuerdo de los ausentes. (p. 252).

Por su parte, Graciela Geuna expresa, en su testimonio sobre el campo de la Perla, la voluntad de instituir a través de este tipo de gestos una contramemoria que rescate del olvido y del anonimato a las víctimas del terrorismo de Estado, para oponerse a la voluntad de los victimarios de desaparecer toda huella de su existencia y de las arbitrariedades a que fueron sometidos; así, los testimonios individuales llevan en su voz las voces de quienes no pueden declarar por encontrarse hoy sin vida:

Hacer justicia a los responsables de las desapariciones es un compromiso con el pasado, en el campo decíamos: "el que salga que cuente", "alguno saldrá y alguna vez se va a saber", en nosotros está el que los mártires de la dictadura militar no queden allá, en la soledad para siempre, en el anonimato para siempre que nos quisieron imponer. Ellos quisieron el olvido, borrarlos, desaparecer, nosotros somos la memoria, en nuestra voz traemos muchas voces, en nuestros ojos muchas miradas, en nuestros datos acusadores no está presente solo quien hoy se asume como testigo sino también todos los que

60 Según Bonasso, Tolchinsky, asistente de la conducción nacional de *Montoneros*, fue secuestrada cuando se disponía a salir del país una vez dado el fracaso de la operación de contraofensiva y logró sobrevivir gracias a la protección de un represor civil, Claudio Scagliuzzi, que integraba el batallón 601, con quien estableció una relación de pareja que tuvo continuidad en el tiempo (2002).

retuvieron algún dato, algún nombre y lo contaron, esperando que algún día fuera contado, con ellos es el compromiso vital, porque vivimos hemos de recuperarlos de las sombras e incorporarlos a nuestro presente y a nuestro futuro. (Geuna, 1984, p. 3).

En *Ese infierno*, se alude a la labor de rememoración hecha por las cinco autoras del libro a través de la metáfora del bisturí para indicar el trabajo activo y fuerte de *anamnesis* llevado a cabo, y al modo como la publicación del libro les permitió liberarse de las imágenes de *sujeto/desaparecido*, de *sujeto/capucha*, indicando, al mismo tiempo, la complejidad de la experiencia vivida en los campos de concentración:

La aparición del libro completo fue nuestra propia reaparición: dejamos de ser finalmente desaparecidas, nos habíamos sacado la *capucha*. Habíamos hundido el bisturí de la memoria lo más profundo posible, desnudando nuestras debilidades para que todos pudieran comprender que la realidad concentracionaria da lugar a comportamientos complejos, contradictorios. (Actis et al., 2001, p. 297).

Al mismo tiempo, las autoras señalan de qué modo la decisión de encontrarse para recordar juntas, como manera de lidiar con las memorias fragmentadas, también se situaba como un gesto en contraposición a la voluntad expresada por la dictadura de aislar a los sujetos y desarticularlos como miembros de una colectividad. Según ellas,

decidimos recordar en conjunto, porque creemos que sobrevivir en ese sitio fue una empresa colectiva. El aislamiento era una herramienta que los represores usaban para hacernos sucumbir, para quebrarnos: en Capucha, para los secuestrados, la regla eran el tabique, la capucha y la prohibición de hablar con los compañeros. (Actis et al., 2001, p. 28).

Las autoras explicitan cómo los trabajos de memoria llevados a cabo a través de sus encuentros para compartir experiencias y dejarlas por escrito solo pudieron llevarse a cabo dos décadas después, ante la inminencia de que sus recuerdos se diluyeran y frente al deber de transmitir una experiencia que permitiese situar y comprender estos acontecimientos más allá de todo maniqueísmo:

Somos cinco mujeres. Seguimos unidas 20 años después. Tuvimos necesidad de volver a hablar de estas cosas antes de que se diluyeran en nuestra memoria. De dejarlas escritas. Tuvimos que esperar dos décadas para hacerlo porque nuestros tiempos internos sólo coinciden ahora, entre sí y con el tiempo social [...]. Queremos que conozcan la dimensión humana de esta historia. Que eso les permita apartarse del maniqueísmo. Porque toda exigencia es insuficiente cuando se trata de emular el heroísmo absoluto. Y lo real es que, más allá de pequeños episodios de heroísmo de santidad, la verdadera historia la hicieron contradictorios seres humanos. (Actis et al., 2001, pp. 28, 20).

Por su parte, Alicia Partnoy, al asimilar los campos de detención clandestina con Las Escuelitas del terror, aduce que fue mala alumna, menciona el juego entre el recuerdo y el olvido, al tiempo que alude a quitarse la capucha y poder mirar, *espíar*, como un gesto asociado a la memoria:

Pero fui mala alumna. Por eso es que hoy les abro la puerta. Olvidábamos los nombres, los rostros y las calles, las casas, los encuentros [...] pero siempre recordábamos alimentar la raíz de nuestro sueño [...]. O casi siempre. A veces ese sueño se quebraba un instante, un minuto, unas dos horas, un día entero, tal vez una semana. Después, la voz amiga construía de los cristales rotos una ventana desde donde podía presentirse a nuestra gente siguiendo la batalla cotidiana. Y entonces era volver a levantarse [...] convivir con la muerte y la locura

[...]. Tratemos de aflojarnos la venda que nos han puesto sobre los ojos, espiemos por el resquicio cómo transcurre la vida en La Escuelita. (Partnoy, 2006, p. 22).

Villani menciona cómo se le convirtió en deber ético el testimoniar en todos los tribunales a los que fue requerido cuando se iniciaron los gobiernos de transición, así muchas veces los recuerdos lo acosasen: "quisiera olvidar, pero el imperativo de recordar es más fuerte" llega a decir (Villani y Reati, 2011, p. 161). Así mismo, menciona algunas de las diversas estrategias que llevó a cabo para no dejar en el olvido toda la información que recordaba y la que fue a su vez acopiando con la ayuda de exdetenidos, exdesaparecidos o familiares de estos, en un intercambio memorioso que juntaba piezas sueltas para darles sentido:

Cuando los familiares se me acercaban, a veces podía ayudarlos con un dato: "sí, lo conocí, su código era X-86". A su vez ellos me daban un nombre o una característica que agregaba a mi lista. Cuando me reunía con sobrevivientes también intercambiábamos pedacitos de información. Era como armar un rompecabezas entre muchos jugadores, con el inconveniente de que cada uno tenía a lo sumo una pieza que los demás hasta entonces no habían visto: uno sabía el color de pelo de un torturador, otro le había escuchado decir que era de tal ciudad, un tercero podía reconocer su voz. (Villani y Reati, 2011, p. 150).

Los militantes que estuvieron presos en la cárcel de la Coronda, en la provincia de Santa Fe, también debieron esperar varias décadas para decidirse, a través de un trabajo colectivo, a escribir las memorias de sus vivencias en prisión y, con ellas, las prácticas de resistencia que llevaron a cabo en este lugar. El libro publicado recoge los testimonios de más de cien personas y está atravesado por la idea de dar testimonio, de dignificarse como sujetos y, al mismo tiempo, de dejar un legado a las nuevas generaciones caracterizado por la polifonía:

Este tapiz de relatos, escritos y testimonios que finalmente presentamos a la sociedad —y especialmente a las nuevas generaciones— creemos que tiene los colores particulares del mundo pequeño, pero propio, activo, organizado y solidario, que supimos construir entre esos muros de la infamia. No pretendemos ser voceros de nadie, ni mucho menos apropiarnos de una experiencia que pertenece a más de un millar de hombres que vivieron "del otro lado de la mirilla", detrás de los muros de la cárcel de Coronda. Nuestra intención arqueológica de desenterrar, des-olvidar, contar, narrar, relatar, decir, historiar, recuperar la palabra como instrumento de la Resistencia, tiene el valor de un testimonio que nos dignifica como sujetos y que está fundamentalmente dirigido a los "nuevos sin palabra", a los a-memoriados y los des-memoriados, para convertir su olvido en lo in-memorial. Nuestra mejor recompensa sería saber que aportamos un grano de arena en la prolongada tarea de reconstrucción de la memoria: transmitir un mensaje que desde hace 20 años nos debíamos a nosotros mismos, a los que hoy no están, a nuestras familias y a la conciencia colectiva de nuestro pueblo. (Asociación Civil El Periscopio, 2003, p. 15).

Tal vez recordando quién había sido encontraría la que deseaba ser⁶¹ (Colombia)

Acordate de olvidarme yo te lo pido /
que una bala me espera en cualquier sitio.

Tal vez calibre 9 o 45.

LEONARDO FAVIO

Alguien mencionó alguna vez que el olvido
se cura construyendo una máquina de recuerdos.
Porque todos podemos hacer del silencio un relato:
memorias del silencio.
Campaña de la serie web *Memorias del silencio*

61 Texto extraído del libro *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia* de María Eugenia Vásquez (2011, p. 186).

El libro de María Eugenia Vásquez (2000) inicia con una introducción denominada "La Memoria: hilo que teje la vida", en cuyo primer párrafo la autora explicita el sentido de hacer memoria tanto en su dimensión individual como colectiva, como relatos que disputan la memoria y la historia oficiales:

Esta autobiografía quizás es un conjuro contra el olvido de una colectividad política o unas ideas que dieron sentido a muchas vidas y que se pierden en la memoria y la historia oficiales. O, simplemente, una manera de situarme frente a mí misma. (p. 19).

Situada en un momento en el que daba un giro fundamental a su vida, al retirarse del M-19, decisión que tomó un año antes de que la organización firmara un acuerdo de paz definitivo que conllevó su reincorporación a la vida legal, Vásquez esboza las posibilidades de reconfiguración propiciadas por el trabajo de *anamnesis*: "La memoria actuó como fuerza vital, porque pude recuperar lo positivo en medio de tantas pérdidas, para salir de la tristeza y la incertidumbre en que estaba sumida" (2000, p. 24). Más adelante, menciona la dinámica en juego en la memoria autobiográfica y las tensiones presentes entre recuerdo y olvido:

En la memoria autobiográfica, los olvidos, las incoherencias, las inexactitudes, las distorsiones o los falsos recuerdos también dicen cosas: es preciso seguirles la pista. El olvido realiza su trabajo en la memoria, puede ser fuerza devastadora, salvadora o renovadora, actúa como límite para el recuerdo, es a la vez, sabio y cruel. Por eso, la memoria se muestra como espacio contradictorio y a la vez creativo. (2000, p. 27).

El procesamiento de las vivencias de tortura se integra en la trayectoria del sujeto con grandes dificultades en las que el juego recuerdo-olvido recurre a todos sus artificios. Al respecto Vásquez dice:

La pesadilla de los interminables días siguientes es mejor dejarla en un compartimento de la memoria donde no husmeo para mantener controlados los sentimientos de desasosiego. La tortura, sin importar su grado de sofisticación ni la intensidad de dolor o de terror que produzca, es una práctica orientada a quebrar la dignidad de los seres humanos. Nada hay más aberrante que someter por la fuerza a una persona, la impotencia lastima lo más profundo del ser. Quiero olvidar esas sensaciones que asocio con el paso por un túnel estrecho, sin tiempo y sin otra noción de vida que el sufrimiento del propio cuerpo. (2000, pp. 290-291).

Las vivencias bajo combate son una marca en las subjetividades con su legado de muerte, dolor, persecución, las cuales acechan todavía en sujetos que hoy están desvinculados de las organizaciones guerrilleras a través de recuerdos que se anudan en imágenes que resurgen en cualquier momento, a veces a través de los sueños, como lo relata un exmilitante de las Farc-EP:

Recuerdo mucho la guerra. Si tengo la comodidad de dormir encogido, así amanezco. Si me extiendo, me echo a soñar unos sueños que son como pesadillas pero que, a la vez, son una realidad. Sueño otra vez en la guerrilla peleando, sueño que me están correteando, incluso he soñado que me hacen juicio revolucionario, que me van a fusilar, que me están haciendo consejo de guerra. (“El ausente de la nevada, desmovilizado de las Farc”, citado en Peralta, 2008, pp. 216-217).

También hay recuerdos en cuya contundencia se juega la propia existencia, recuerdos que, por dolorosos, es imposible suprimir a riesgo de que todo sucumba en la existencia del sujeto. A esto alude Daza Orozco en la novela testimonial *Los muertos no se cuentan así*, en la cual se relata el frenesí y la zozobra de quienes buscan a sus muertos en el río y deben emprender nuevas formas de relacionarse con los muertos, con su presencia/ausencia, fustigados con los recuerdos de sus dolorosos hallazgos, imágenes imborrables en la memoria:

Cuando pensábamos en regresar a Bahía Rubia llegó Adiel Martín, que había indagado por los alrededores de la ciudad, y nos dijo que le habían contado que por el río San Jorge bajaban cadáveres. El Rumor cundió por todos los grupos que habían llegado en la zona del Golfo de Urabá y que, como nosotros, no habían encontrado a sus familiares en ese pavoroso desfile ante los cuerpos inertes. Y salimos en loca carrera y llegamos hasta aquí. Está todo tan arraigado en la mente que no es posible olvidarlo fácilmente. Librarme de ese recuerdo es como deshacerme de una parte de mi propia existencia, es como mutilar algo de mi razón de ser. (1991, p. 48).

Las reelaboraciones que, por su parte, hace Vásquez en su proceso de reconfiguración subjetiva una vez se reintegra a la vida civil, además de llevarla a decir que precisa borrar los recuerdos relacionados con el sufrimiento del cuerpo o con los años turbulentos, la urgen a situar su historia personal como parte de una historia colectiva poblada de recuerdos que no se pueden quedar en el umbral del olvido y le postulan un mandato como portadora de una memoria que no le pertenece solo a ella, sino a "la historia del país", que la induce a tener que recordar. Solo en este engarce con lo colectivo pareciera que la angustia ante la posibilidad de morir quedara liberada:

Me entendí entonces como portadora de una historia que no me pertenecía por completo y que suponía un punto de responsabilidad frente a otros. Ya no me podía morir tan impunemente, por lo menos hasta cuando consignara esa parte de memoria que pertenecía a la historia del país. (2000, p. 486).

Los caminos de su propio reconocimiento apalancados en los repertorios colectivos le posibilitaron emprender su propia búsqueda a través de un viaje por la memoria:

Retomé los caminos del recuerdo. Volví a los sitios donde amasé la identidad que trataba de recuperar a toda costa. En los amigos me

hallaba a pedazos: cada uno me regalaba un esbozo de mi misma guardado y alimentado en su propio corazón. Ninguno se percataba de la necesidad que tenía de su afecto, pero yo lo tomaba realmente agradecida. Los lugares, esos que se quedaron como una vieja fotografía en mi memoria, eran fuente de vida. Cuando penetraba en ellos quería robarles las vivencias que me pertenecían, los encontraba generosos en evocaciones, en sensaciones. A partir de allí podría reconstruirme. Tal vez recordando quien había sido encontraría la que deseaba ser. (2000, p. 486).

En la autobiografía de Grabe (2000), se describen sus búsquedas ancladas en los recuerdos de todo lo que consideraba que había sido, con el objetivo de volver a ponerlo en su lugar, de situar como parte de una misma trayectoria las temporalidades que marcaban su ser antes de la militancia, sus vivencias como militante (en las que se percibe a sí misma como una guerrera) y su posterior reinserción a la sociedad como un sujeto que se acoge a las reglas de la legalidad y despliega sus actuaciones como sujeto político en la esfera pública:

Y me puse en la tarea de construir el nuevo yo, recurriendo a mis herencias, a mis fuentes, a los tesoros entregados por mis padres, a mis esencias, a lo que aprendí en el colegio, la universidad, a lo que me habían dejado los amores, mis referentes ausentes. Por un lado recogía y reciclaba, y por el otro, me fui despojando de aquello que había sido útil en la batalla, pero que era un peso en la civilidad y la paz como opción de vida: la teología de la liturgia de la guerra, las botas y jerarquizaciones, aquellas que uno hace valer, pero también aquellas a las que se somete casi como orden natural; la clandestinidad de la vida, que significa no compartir, no abrirse con los demás, tener tanta dificultad para contar lo que hacemos a diario. (p. 456).

Así mismo, Grabe indica cómo el impulso de escribir su autobiografía, pautada entre recuerdo y olvido, estuvo marcado en

buena medida por su hija, lector-ideal frente al cual busca encajar en una sola narrativa su trayectoria, dando cuenta de sus acciones como militante del M-19 y de su participación como activista en defensa de la democracia en la actualidad; en la figuración de este lector-ideal se percibe la intención de la autora de entregar su legado a las nuevas generaciones:

Si desde el fondo de mi corazón me preguntaran qué razón o sentimiento me guió a elaborar este largo, duro y azaroso recuento de mi vida, más lleno de olvidos que de recuerdos, sobrepasados en el manto del perdón y la reconciliación, diría que ese impulso eres tú, hija mía. (2000, p. 281).

Por su parte, León Valencia menciona como propósito de su trabajo narrativo dar cuenta a través de la memoria de su trasegar como militante y de las razones por las cuales se apartó de la vía armada para sus actuaciones políticas:

Quiero ofrecer la memoria de mi paso por la guerrilla. Contar esa historia como la vieron mis ojos. Como la vivió mi corazón. Contar cómo llegué hasta allí y cómo salí. Será, seguramente, también una memoria controversial. Aspiro, eso sí, a que sea honesta conmigo mismo y con los demás. (2014, p. 18).

En la presentación que Clara López le hace a la compilación de Peralta sobre testimonios de desvinculados, evoca una frase de Kundera sobre la memoria en la que el autor afirma: "la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido". A través de esta frase, López enlaza las preocupaciones del tiempo presente dentro del contexto colombiano y las marcas de la violencia en el tejido social, resaltando, finalmente, la importancia de las narrativas en la lucha contra el olvido:

Para intentar el olvido se recurre primero al reinado del miedo; del miedo al silencio, hay un trecho muy corto; finalmente, consecuencia

perversa, es la indiferencia y el olvido. La nuestra, una sociedad conccionada por la violencia, ha sido señalada por muchos como carente de memoria, olvidadiza dicen. Hay quienes precisan que es tal el cúmulo de hechos violentos que se suceden día tras día, que se recurre al olvido como una forma de protección. De eso se aprovechan algunos y equiparan los sucesos de la farándula con el dolor de las víctimas de una masacre de campesinos en el norte o el oriente del país. Frente al olvido, el relato es narración escrita y también visual y oral. (López Obregón, citado en Peralta, 2008, p. 5).

María José Pizarro, la hija de Carlos Pizarro, publicó el libro *De su puño y letra* (2015) en el cual compila la correspondencia de Pizarro hacia sus familiares y diferentes personalidades de la vida pública. Al respecto dice:

Desde el día en que mi madre y mi abuela Margoth me las confiaron, las he leído mil veces, grabándolas en mi memoria como una huella indeleble, buscando encontrar siempre en ellas al padre que me fue arrebatado por la guerra. ("El lado más íntimo", 2015, párr. 5).

María José alude a una especie de transfiguración en la que la hija, al hacer visible al padre, lo hace "renacer" a través de su trabajo de memoria, dejando traslucir los hilos intergeneracionales que conectan nuestras historias recientes y la sospecha/certidumbre de que todas las generaciones marcadas por ellas tejen de maneras diversas en las redes de la memoria, en las que también la imaginación y la fantasía tienen un lugar cuando se trata de referirnos a lo que nos caracteriza como seres humanos:

Gracias a que estas cartas fueron escritas como su amor por la vida fue el cordón umbilical que me trajo a este mundo, y es precisamente en reconocimiento a este amor que he iniciado el camino de la memoria, donde es la hija quien pare al padre para entregárselo de nuevo al mundo, renacido y libre. Es entonces cuando se cumple

el ciclo de un amor que camina sobre el olvido y el tiempo, gracias a esa semilla que él sembró escondida en el lugar más seguro, mi corazón. (Pizarro, 2015, p. 18).

Reflexiones finales

A través del análisis del corpus documental que elaboramos en nuestra búsqueda investigativa, se recogieron indicios y claves de interpretación que permitieron ver algunos de los elementos de índole discursiva y experiencial que anudaron las prácticas sociales, políticas y culturales en las cuales se configuraron las subjetividades de individuos y colectividades entre las décadas de los setenta y los noventa del siglo pasado que fueron afectadas por la violencia política y el terrorismo de Estado, específicamente en Chile, Argentina y Colombia. Muchos de estos elementos fueron comunes a los tres países, a pesar de sus propias especificidades, como experiencias históricas, y sin que se puedan desconocer, en ningún momento, las diferencias entre los regímenes dictatoriales de Chile y Argentina y el de democracia restringida en Colombia.

En este sentido, mientras pudimos fijar con precisión los periodos 1973-1990 para Chile y 1976-1983 para Argentina, para Colombia esto no fue muy claro, incluso porque los mismos expertos de la violencia política se debaten para encontrar temporalidades precisas, lo cual evidencia las peculiaridades del conflicto colombiano que, si bien ha disminuido notoriamente su intensidad por cuenta de la concreción del más importante de los acuerdos con el grupo de las Farc, todavía sigue vigente por la existencia de otras organizaciones armadas. Dadas estas particularidades sobre

Colombia, para el *presente trabajo* (y solo para él) nos atrevimos a fijar 1978 como punto de referencia, por ser un momento en el cual la represión política empezó a ser más desembozada por la expedición del Estatuto de Seguridad "de clara factura contra-insurgente que imita la doctrina de Seguridad Nacional de las dictaduras del Cono Sur" (Vega, 2015, p. 33); como punto para el cierre se eligió 1991, teniendo como criterio la expedición de una nueva Constitución, cuyo significado fue una reforma en las costumbres políticas en el país. Así mismo, consideramos que las décadas posteriores complejizan las variables que nos permiten encontrar mayores aspectos en común entre la experiencia de Colombia y la de los otros dos países. No sobra insistir en que esta periodización se refiere a los regímenes políticos y a la manera como estos significaron un corte radical en las vidas de los sujetos y no, de ninguna manera, a la génesis de los acontecimientos que tuvieron su epítome en estos periodos, los cuales rebasan estos lapsos, tanto hacia atrás, remontándose a las décadas de los sesenta del siglo pasado, como hacia adelante, incluyendo los años posteriores a la década de los noventa.

Los textos testimoniales y las narrativas a ellos asociadas han ocupado un lugar importante dentro del campo político-cultural como vehículos de la memoria de esta historia reciente en el continente latinoamericano. Como se enunció a lo largo de este trabajo, dichas producciones han circulado de modo marginal bajo la existencia de los regímenes dictatoriales, cuando los canales internacionales han sido propicios para dar cabida a los textos de los exiliados; luego, cobraron mayor visibilidad a finales de los ochenta y comienzos de los noventa (al iniciarse, en el caso de los países del Cono Sur, la transición hacia regímenes democráticos, o, en el de países como Colombia, la ampliación de algunos de los márgenes permitidos por gobiernos con democracia restringida), constituyendo un amplio reservorio de memoria social que alimenta imaginarios y representaciones relacionados, entre otras, con las culturas políticas y las formas de gobernar que han

caracterizado al continente en las últimas décadas, lo cual, al mismo tiempo, tiene repercusiones en la memoria pública y en las políticas de la memoria.

A través de los testimonios llevados a cabo por individuos que sufrieron los rigores de la violencia política se articularon demandas tanto de verdad, justicia y reparación, como de reescritura de la memoria histórica sobre los acontecimientos vividos con la pugna por nuevas interpretaciones que cuestionan la historia oficial. De este modo, además de las declaraciones dadas ante los estrados judiciales o ante organismos internacionales de derechos humanos, las narrativas testimoniales de distinto género se multiplicaron en el continente, abarcando investigaciones que se ocuparon de los relatos hechos por prisioneros, exilados políticos, familiares o allegados de desaparecidos, crónicas, biografías, poesía, novelas de carácter histórico y ficcional, producciones cinematográficas y televisivas, y obras en los campos del teatro y de la plástica, entre otras formas de expresión.

Cuando se dieron los golpes militares en Chile y en Argentina, o cuando se endurecieron las condiciones del régimen en Colombia, el poder dominante mostró con claridad su intransigencia frente a iniciativas que lo cuestionasen de forma radical, y frente a su voluntad de llevar a cabo el escarmiento sobre los proyectos políticos que respaldaban estas iniciativas y los sujetos que los encarnaban. Las narrativas dan cuenta de estos acontecimientos, de los dispositivos y tecnologías desplegados por la violencia estatal a nivel micro y macro social para neutralizar estas iniciativas, y de los procesos de desobjetivación llevados a cabo, que mostraron niveles altos de crueldad basados en el suplicio corporal.

De este modo, los sujetos vieron sacudidos los referentes que les habían permitido configurarse como sujetos revolucionarios o como sujetos críticos, teniendo que pagar con sus propias vidas, con la tortura, con el exilio, con la ruptura de sus lazos partidistas, familiares, afectivos y sociales por esta impugnación al orden social que, en el caso de Chile, había dado pie a la experiencia

de la Unidad Popular. La censura ejercida en los campos político y cultural —que abarcó la prohibición de libros, música, teatro y cine— señaló las dificultades de circulación de la narrativa testimonial durante los primeros años, sin embargo, el exilio se configuró en un canal importante para su expresión, al tiempo que develó las problemáticas articulaciones entre dichos campos.

La narrativa testimonial se insertó de diferentes formas al campo político-cultural, adquiriendo distintas configuraciones según las esferas culturales en las que circuló y con la correlación entre las fuerzas políticas en los escenarios nacional e internacional. En esta medida, se interceptó con las políticas de la memoria, estableciendo con estas relaciones de múltiples vías. En el primer periodo, cuando el poder represivo estaba más desembozado, los primeros testimonios lograron salir a otros países donde fueron acogidos por grupos de intelectuales, por defensores de derechos humanos, por organizaciones políticas, por gobiernos progresistas o de izquierda, y por colectivos literarios y artísticos, entre otros.

Cuando llegaron los gobiernos de transición en Chile y en Argentina, los testimonios y sus diferentes registros jugaron un papel importante en la legitimación de los nuevos regímenes y de las políticas de la memoria promovidas en este contexto, al proporcionar el soporte y la información que posibilitaba procedimientos legales para castigar a los culpables del terrorismo de Estado, y construir representaciones que ayudasen a los gobiernos transicionales a distanciarse de pautas autoritarias de subjetivación y del ejercicio del poder que habían caracterizado las dictaduras. No obstante, la transición tuvo diversos clavajes en cada país según los compromisos institucionales establecidos con las fuerzas militares y con los demás sectores de la sociedad implicados de alguna manera con las dictaduras; según esto, se dieron estatus y usos diferenciales a las narrativas testimoniales y a la figura de las víctimas y de los sobrevivientes en función de estos intereses políticos.

En el caso de Colombia acontecimientos específicos como el "holocausto" del Palacio de Justicia, los múltiples crímenes contra miembros de la oposición política o el "genocidio" de la Unión Patriótica tuvieron que encontrar, en su primer momento, los canales del exilio, pero en las décadas recientes diversas expresiones testimoniales han empezado a contar con el apoyo de organismos estatales en cuya dirección se encuentran fuerzas progresistas que pugnan por la visibilidad de estos acontecimientos y su esclarecimiento ante la opinión pública.

Cada uno de estos ámbitos delinea las condiciones de posibilidad que tiene el testimoniante para narrar lo vivido, y explicar y explicarse lo sucedido. Según Pollak,

lejos de depender de la sola voluntad o capacidad de los testigos potenciales para reconstruir su experiencia, todo testimonio se ancla también y sobre todo en las condiciones sociales que lo vuelven comunicable, condiciones que evolucionan con el tiempo y que varían de un país a otro. Pero esa misma posibilidad de tornar públicos sus recuerdos, condiciona por su parte el trabajo realizado para superar las crisis de identidad que están en el origen de la necesidad, y de la dificultad de testimoniar. (2006, p. 56).

Con el transcurrir del tiempo, han surgido nuevas narrativas en las cuales los sujetos se han atrevido a hablar de lo que guardaban para sí por las imposiciones de silencio que el terror había labrado en sus cuerpos y en sus psiquis, lo que dio paso a acciones de denuncia, a declaraciones ante tribunales, a entrevistas ante los medios, y a la adhesión a grupos de derechos humanos, a la creación de organizaciones de exprisioneros políticos o a grupos y talleres de reflexión con personas que vivieron experiencias similares.

Con el pasar de los años, múltiples relatos empezaron a competir en la escena pública, provenientes no solo de los sujetos que habían sido afectados de manera directa por la violencia sino de diversos sectores de la sociedad desde donde se elaboraron

comprensiones sobre lo sucedido y sus implicaciones en el tiempo presente y en los horizontes de futuro. Asociaciones como las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina, la Vicaría en Chile, los familiares de víctimas en Colombia o las organizaciones de hijos, entre muchas otras, agenciaron luchas en pro de la verdad y la justicia, y a través de ellas vehiculizaron memorias que se contrapusieron a las versiones oficiales, las cuales también atravesaron las narrativas de los sobrevivientes de la represión.

Las narrativas de estas nuevas generaciones resultan en un referente distinto para acercarse al pasado. Quienes durante los procesos represivos fueron niños o jóvenes, e incluso sus hijos, han dado un vistazo a los acontecimientos del pasado desde sus propias interpelaciones generacionales, algunos de ellos con las distancias suficientes como para poder llevar adelante una mirada crítica de los proyectos a los cuales sus padres estuvieron inscritos, sin que una de las apuestas deje de ser la reivindicación de sus memorias y el restablecimiento de sus nombres. Los intentos que se tejen en estas narrativas tienen que ver con visitar el pasado con el propósito de comprenderlo y terminan por develar el impacto, en el tejido social, de los acontecimientos de este periodo en el largo plazo.

Todas estas narrativas dan cuenta de las dinámicas entre los planos individual y colectivo en dos sentidos: el primero, las distintas configuraciones subjetivas en relación con la propia experiencia represiva; y, el segundo, la manera como, según el paradigma en el cual se inscriba el testimonio (de denuncia o de memoria), se apela al uno (plano individual) o al otro (plano colectivo) para posicionar y legitimar las voces en el contexto político, social y cultural de producción y difusión de las narrativas.

En relación con las configuraciones subjetivas, es posible ver cómo en los relatos se encuentran referencias a los procesos de vejación a los que fueron sometidos los cuerpos y a las búsquedas individuales para la reconfiguración subjetiva de una generación sometida al miedo. También son notables las reflexiones en torno

a los proyectos en los cuales estos sujetos se encontraban inscritos, a la colectividad de la que formaban parte, al paso de concebirse dentro del colectivo a hallarse solos ante las distintas estrategias de desubjetivación y, en el caso de Colombia, ante los procesos de reintegración a la sociedad civil, a la ruptura del proyecto colectivo que se propusieron (y en buena parte lograron) las distintas formas de terrorismo de Estado.

Los distintos paradigmas (descritos por Peris Blanes) en los cuales se inscriben las narrativas testimoniales dan cuenta de los momentos en que son enunciados y de las condiciones del contexto de su producción. En ese sentido resulta clave observar cómo un testimonio presentado durante la dictadura y el mismo testimonio reeditado décadas después, en democracia, pueden mostrarse como narrativas altamente diferenciadas: mientras que en la primera se da un énfasis en la colectividad y el sujeto se identifica como parte de esta, es decir, no se narra por fuera de su pertenencia a la colectividad, en la segunda el sujeto puede presentar su experiencia como única e individual y no hacer mención alguna de la colectividad. En los dos sentidos enunciados, la mirada en torno a lo individual y lo colectivo en el testimonio devino en claves importantes para el análisis del corpus documental, pues los ires y venires entre estas dimensiones expresan tanto una posibilidad de comprensión del pasado reciente de los tres países desde aquello que ocurrió a los sujetos y al tejido social, como una oportunidad de observar estas narrativas situadas en contextos históricos y sociopolíticos en redes más amplias.

Las políticas oficiales posdictatoriales en Chile y Argentina, y en Colombia las establecidas a partir de la década del 2000, pugnan por imágenes de sujeto homogéneas, unificadas en torno a la figura del sujeto-víctima, y han querido calzar a las narrativas, y a veces lo han logrado, con las necesidades e intereses de la política oficial. Estos entrecruzamientos son a veces ruidosos entre las figuras e imágenes de sujeto que de allí emergen en su confrontación con

otros escenarios en los que se gestan las memorias individuales y sociales, y sus expresiones en la memoria pública.

Sin embargo, a su vez, no cabe una única lectura sobre estos acontecimientos, en especial cuando su cercanía en el tiempo no permite ver con claridad algunos de sus desarrollos, puesto que en el marco de las condiciones del orden social capitalista los movimientos de víctimas y de derechos humanos —pugnando a través de las luchas por la memoria para que se juzgue a los culpables, se resarza a los sujetos afectados por la violencia y se cuestionen las continuidades de estas lógicas en las instituciones democráticas que heredaron el pasado reciente— han conseguido desafiar algunas de las políticas de olvido que, a la luz de gobiernos de concertación, han pretendido pasar por encima de las subjetividades heridas, decretando amnistías, leyes de punto final y obediencia debida que favorecen a los victimarios.

Es tal vez en la posibilidad abierta por "los lenguajes del arte y de la crítica, de la creación y del pensamiento" que se puedan ampliar las comprensiones sobre la constitución de los sujetos y las configuraciones subjetivas que tuvieron y tienen lugar en los contextos de violencia política que han caracterizado a estos países. A través de ellos encuentran expresión tanto los mandatos y las interpelaciones que hacen el Estado y las distintas instituciones sociales a los individuos, como los partidos, las organizaciones sociales, los grupos guerrilleros o los círculos intelectuales; todos estos inciden en los vectores que intervienen en los procesos de subjetivación, así como otro tipo de expresiones que dejan emerger, casi a manera de trasluz, las turbulencias que atraviesan las subjetividades, el bullir de su singularidad, de lo que no logra ser nombrado por estar roto, fragmentado o apenas balbuceado. Allí, las múltiples figuras de sujeto a las que aludimos aparecen como destellos a modo de espejos trizados, formando figuras caleidoscópicas en las que se entrecruzan los mandatos y las interpelaciones con las singularidades subjetivas y las maneras como los sujetos encarnan lo social.

No hay un sujeto único y acabado, quienes existen son individuos situados históricamente, interpelaciones y mandatos gestados en ese magma de lo social, en donde se cuecen normas, valores, lenguajes, imágenes y formas respecto a los cuales los individuos llevan a cabo complejos procesos de apropiación o de ajenización, de subjetivación, cuyos resultados no son siempre los esperados por los poderes establecidos (Rose, 2001; Castoriadis, 1999).

Esta es la arista que las narrativas dejan entrever en sus intentos de dar cuenta de experiencias límites y, al mismo tiempo, de tratar de ajustarse a los contextos de enunciación en los cuales tienen que circular. Esto nos muestra los diferentes recorridos de los sujetos, no siempre lineales, y permite que nos podamos distanciar de los discursos hegemónicos y de sus tentativas por imponer representaciones únicas sobre lo que son o deben ser los sujetos.

Para terminar, basta evocar de nuevo las palabras de Ricœur con las que iniciamos, de gran significación en la empresa emprendida en la presente investigación, pues dejan abiertas las posibilidades y los alcances del trabajo con narrativas testimoniales: "En la historia, la memoria y el olvido. En la memoria y el olvido, la vida. Pero escribir la vida es otra historia. Inconclusión" (Ricœur, 2008, p. 647).

Referencias

Testimonios y (auto)biografías

- Abad Faciolince, H. (2006). *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta.
- Actis, M., Aldini, C., Gardella, L., Lewin, M. y Tokar, E. (2001). *Ese Infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Arce, L. (1993). *El infierno*. Santiago de Chile: Planeta.
- Becker, N. (2011). *Una mujer en Villagrimaldi*. Santiago de Chile: Pehuén.
- Behar, O. (2013). *A bordo de mi misma: crónicas autobiográficas*. Bogotá: Ícono Editorial.
- Bitar, S. (1987). *Dawson isla 10*. Santiago de Chile: Pehuén.
- Carrasco, R. (1977). *Prigué*. Centro Documental Blest y Agencia de Prensa Novosti. Recuperado de <http://www.blest.eu/biblio/prigue/intro.html>
- Cerruti, G. (1997). *Herederos del silencio*. Buenos Aires: Planeta.
- España, A. (1985). *Dawson*. Santiago de Chile: Bruguera.
- Fainstein, G. (2006). *Detrás de los ojos*. Buenos Aires: Icaria.
- Geuna, G. (1984). *Testimonio Zurich*. Consulado General de la República de Argentina. Mimeo.
- Grabe, V. (2000). *Razones de vida*. Bogotá: Planeta.

- Gumucio, R. (2010). *Memorias prematuras*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Iragorri, J. C. (2009). *Mi guerra es la paz. Navarro Wolff se confiesa con Juan Carlos Iragorri*. Bogotá: Planeta.
- Merino, M. (1993). *Mi verdad*. Santiago de Chile: ATG.
- Meruane, L. (2000). *Cercada*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Meruane, L. (2014). *Cercada*. Santiago de Chile: Cuneta Editores.
- Molano, A. (11 de mayo de 2001a). Desde el exilio. *Semana*. Recuperado de <http://www.semana.com/cultura/articulo/desde-exilio/49166-3>
- Molano, A. (2001b). *Desterrados: crónicas del desarraigo*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Montealegre, J. (2003). *Frazadas del Estadio Nacional*. Santiago de Chile: LOM.
- Montes, J. (1978a). *La luz entre las sombras*. Centro Documental Blest. Recuperado de <http://www.blest.eu/biblio/montes/index.html>
- Nieto, P. (2012). *Los escogidos*. Medellín: Sílabo.
- Núñez, G. (1989). *Diario de viaje*. Santiago de Chile: HEGAR Distribuidora de Ediciones.
- Quijada Cerda, A. (1977). *Cerco de púas*. La Habana: Ediciones Casa de las Américas/Centro Documental Blest. Recuperado de <http://www.blest.eu/biblio/quijada/cap8.html>
- Rojas, C. (1988). *Recuerdos de una mirista*. Montevideo: El Taller.
- Rojas, R. (1974). *Jamás de rodillas: acusaciones de un prisionero de la junta militar fascista*. Moscú: Agencia de Prensa Novosti.
- Teillier, G. (1993). *De academias y subterráneos*. Santiago de Chile: Comala.
- Timerman, J. (1981). *Preso sin nombre, celda sin número*. Buenos Aires: Ediciones La Flor.
- Valdés, H. (1974). *Tejas Verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*. Barcelona: Laia.
- Valdés, H. (1977). *Tejas Verdes. Literatura Chilena en el exilio*, 1(1), 17-21.

- Valdés, H. (1996). *Tejas Verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*. Santiago de Chile: LOM.
- Valencia, L. (2014). *Mis años de guerra*. Bogotá: Aguilar.
- Vásquez, M. E. (1998). *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*. Bogotá: Colcultura/Panamericana.
- Vásquez, M. E. (2000). *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*. Bogotá: Anthropos.
- Vásquez, M. E. (2011). *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Villani, M. y Reati, F. (2011). *Desaparecido. Memorias de un cautiverio. Club Atlético, el Banco, el Olimpo, Pozo de Quilmes y ESMA*. Buenos Aires: Biblos.
- Witker, A. (1975). *Prisión en Chile*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica. Recuperado de <http://www.blest.eu/biblio/witker/intro.html>
- Zambra, A. (2011). *Formas de volver a casa*. Barcelona: Anagrama.
- Zuker, C. (2010). *El tren de la victoria. Una saga familiar*. Buenos Aires: Del Nuevo Extremo.

Reportajes, entrevistas, compilaciones y literatura basada en testimonios

- Antequera, líder, esposo y padre (3 de marzo del 2014). *Noticias Centro Nacional de Memoria Histórica*. Recuperado de <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/index.php/noticias/noticias-cmh/2969-antequera-lider-esposo-y-padre>
- Asociación Civil El Periscopio (2003). *Del otro lado de la mirilla. Olvidos y memorias de ex presos políticos de la cárcel de Coronda (1974 y 1979)*. Buenos Aires: Ediciones El Periscopio.
- Becker, N. (2014). *La reina de la primavera*. Santiago de Chile: Pehuen.
- Bedregal, X. (5 de abril de 1999). Entrevista con Carmen Castillo: La dictadura, gran máquina del olvido, convirtió a Chile en país

- de la amnesia general. *La Jornada*. Recuperado de <http://www.jornada.unam.mx/1999/04/05/carmen-castillo.htm>
- Beguan, V. (Comp.). (2006). *Nosotras, presas políticas*. Buenos Aires: Nuestra América.
- Behar, O. (1985). *Las guerras de la paz*. Bogotá: Planeta.
- Behar, O. (1988). *Noches de humo: cómo se planeó y ejecutó la toma del Palacio de Justicia*. Bogotá: Planeta.
- Bonasso, M. (1984). *Recuerdo de la muerte*. México: Era Ediciones.
- Carrasco Salas, P. (2013). Jorge Montealegre presentó el libro "Memorias Eclipsadas". Universidad de la Frontera. Recuperado de <http://conveniocienciasociales.ufro.cl/index.php/noticias/96-jorge-montealegre-presento-el-libro-memorias-eclipsadas>
- Carrigan, A. (2009). *El Palacio de Justicia. Una tragedia colombiana*. Bogotá: Ícono.
- Castaño Guzmán, Á. (12 de agosto del 2016). Entrevista a Martha Orrantia. La elusiva verdad de la toma del Palacio de Justicia. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/cultura/elusiva-verdad-de-toma-del-palacio-de-justicia-articulo-648806>
- Castro Caycedo, G. (2008). *El palacio sin máscara*. Bogotá: Planeta.
- Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti (Producción). (2014). *Somos Memoria. Miriam Lewin* [Capítulo de serie documental]. Argentina: Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, Canal Encuentro. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=oDU28Ws-U9o>
- Clara, M. (2008). El sistema represor en la búsqueda de la pedagogía del miedo. Objetivos y consecuencias psicológicas del terrorismo de estado. Recuperado de <http://studylib.es/doc/190036/el-sistema-represor-en-la-b%C3%BAsqueda-de-la-pedagog%C3%ADa-del-miedo>
- Costantini, H. (1979). *De dioses, hombrecitos y policías*. Buenos Aires: Bruguera.

- Costantini, H. (1984). *La larga noche de Francisco Sanctis*. Buenos Aires: Bruguera.
- Daleo, G. (2001). Nosotros, además, somos testigos. *Revista Milenio*, 5, 115.
- Daleo, G. (22 de marzo del 2007). La mirada testigo. *Lavaca*. Recuperado de <http://lavaca.org/notas/la-mirada-testigo/>
- Daza, M. (1991). *Los muertos no se cuentan así*. Bogotá: Plaza y Janés.
- Documentales de la memoria (4 de julio del 2015). *Semana*. Recuperado de <http://www.semana.com/cultura/articulo/documentales-de-la-memoria/433546-3>
- Editorial (1979). *El Barco de Papel*, 2, 32.
- El lado más íntimo de Carlos Pizarro (21 de abril del 2015). *Semana*. Recuperado de <http://www.semana.com/cultura/articulo/el-lado-mas-intimo-de-carlos-pizarro/424883-3>
- Empieza a haber equilibrio: Navarro Wolff sobre absolución a Plazas Vega (16 de diciembre del 2015). *Noticias Caracol*. Recuperado de <http://noticias.caracoltv.com/colombia/empieza-haber-equilibrio-navarro-wolff-sobre-absolucion-plazas-vega>
- Ex detenida en Villa Grimaldi: Para los torturadores las mujeres éramos prostitutas. (18 de enero del 2012). *Cooperativa.cl*. Recuperado de <http://www.cooperativa.cl/noticias/pais/dd-hh/judicial/ex-detenido-en-villa-grimaldi-para-los-torturadores-las-mujeres-eramos-prostitutas/2012-01-18/110017.html>
- Feijóo, C. (2001). *Memorias del río inmóvil*. Buenos Aires: Clarín/Alfaguara.
- Fernández, N. (2013). *Space invaders*. Santiago de Chile: Alquimia.
- Flores Castillo, R. (18 de septiembre del 2014). La odisea de Alejandra. *Punto Final*, 812. Recuperado de <http://www.puntofinal.cl/812/holzapfel812.php>
- Giardinelli, M. (1984). *Luna caliente*. Buenos Aires: Bruguera.

- Goldman, D. (2012). Prólogo. En D. Tarnopolsky, *Betina sin aparecer. Historia íntima del caso Tarnopolsky, una familia diezmada por la dictadura militar* (pp. 4-6). Buenos Aires: La Página S.A.
- González, F. (2010). *Vivir sin los otros. Los desaparecidos del Palacio de Justicia*. Bogotá: Ediciones B.
- Guzmán, N. (2014). *Ingrid Olderock, la mujer de los perros*. Santiago de Chile: Ceibo Ediciones.
- Heker, L. (1996). *El fin de la historia*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Jaramillo, A. M. (1990). *Las horas secretas*. Bogotá: Planeta.
- Jimeno, R. (1989). *Noche de lobos*. Bogotá: Editorial Presencia.
- Kozameh, A. (2002). *Pasos bajo el agua*. Córdoba: Alción Editora.
- Lara, P. (1982). *Siembra vientos y recogerás tempestades: La historia del M-19, sus protagonistas y sus destinos*. Barcelona: Fontamara.
- Lara, P. (2000). *Las mujeres de la guerra*. Bogotá: Planeta.
- Lavquen, A. (2003a, septiembre). Aristóteles España, el poeta de Dawson. *Punto Final*, 553. Recuperado de <http://lavquen.tripod.com/entrevistaaristotelesespana.htm>
- Lavquen, A. (2003b). Jorge Montealegre. El poeta del campo de prisioneros. [Entrevista]. *Punto final*, 551. Recuperado de <http://www.puntofina.cl/551/montealegre.htm>
- Lazzara, M. (2008). *Luz Arce después del infierno*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- López, F. (1984). *El mejor enemigo*. Buenos Aires: El Cid.
- Luz Arce Sandoval. Agente DINA/CNI. Alias: "Mariana del Carmen Burgos Jiménez" (21 de diciembre del 2013). *Memoria Viva*. Recuperado de http://www.memoriaviva.com/criminales/criminales_a/arce_sandoval_luz.htm
- May, C. (2009). El regreso de Guillermo Núñez, Premio Nacional de Artes 2007: el artista que por hacer jaulas terminó enjaulado. *The Clinic* Recuperado de <http://www.theclinic.cl/2009/07/26/el-regreso-de-guillermo-nunez-premio-nacional-de-artes-2007-el-artista-que-por-hacer-jaulas-termino-enjaulado/>
- Medina, E. (1984). *Con el trapo en la boca*. Buenos Aires: Galerna.

- Mega (Producción). (2014). *Los horrores de la Venda Sexy* [Reportaje audiovisual]. Chile: Mega. Recuperado de <https://youtu.be/dbpM6QgBoYc>
- Molano, A. (1989). *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Molano, A. (1994). *Trochas y fusiles*. Bogotá: El Áncora Editores/ Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales/ Universidad Nacional de Colombia.
- Molano, A. (2009). *Aquí les dejo estos fierros*. Bogotá: Aguilar.
- Nancy Guzmán profundizó en el libro "Ingrid Olderock: La mujer de los perros". (2014). *CNN Chile*. Recuperado de <http://www.cnnchile.com/noticia/2014/09/10/nancy-guzman-profundizo-en-el-libro-ingrid-olderock-la-mujer-de-los-perros>
- Navarro Wolff, A. (3 de noviembre del 2015). 'El peor error de la historia del M-19': Navarro Wolff. El exdirigente de esa guerrilla da su mirada sobre los hechos del Palacio de Justicia. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/multimedia/especiales/palacio-de-justicia-el-peor-error-de-la-historia-del-m-19/16417823>
- Orrantia, M. (2016). *Mañana no te presentes*. Bogotá: Literatura Random House.
- Paoletti, M. (1993). *A fuego lento*. Murcia: Colección Carabelas.
- Paoletti, M. (1999). *Mala junta*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Partnoy, A. (2006). *La escuelita: relatos testimoniales*. Buenos Aires: La Bohemia.
- Peralta, A. (2008). *La guerra ¿para qué? Memoria de excombatientes*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Peralta, A. (2011). *La vida no da tregua*. Bogotá: Alcaldía Mayor.
- Peralta, A. y Patiño, O. (2004). *¿Valió la pena? Testimonios de excombatientes en la vida civil*. Bogotá: Intermedio.
- Pinto, M. C. (2013). Zurdos no diestros (serie). En *Historias humanas de humanos demasiados humanos en un Chile no humano*. Santiago de Chile: GritoGRAFIAS. Recuperado de <http://gritografiasenred.org/index.php/comunidad/>

- zurdos-no-diestros/item/296-huyendo-de-sus-fantasmas?tmpl=component&print=1
- Pizarro, M. J. (comp.). (2015). *De su puño y letra*. Bogotá: Penguin Random House.
- Prieto, M. (1999). *Calle de las Escuelas n.º 13*. Buenos Aires: Libros Perfil.
- Puig, M. (1976). *El beso de la mujer araña*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Qué es 4Ríos (s.f.). *Blog 4Ríos*. Recuperado de <http://4rios.co/blog/proyecto/>
- Restrepo, L. (1986). *Historia de una traición*. Bogotá: Plaza y Janés.
- Restrepo, L. (2001). *La multitud errante*. Bogotá: Planeta.
- Salazar, A. (1993). *Mujeres de fuego*. Medellín: Corporación Región para el Desarrollo y la Democracia. Recuperado de http://www.region.org.co/images/publicamos/libros/mujeres_de_fuego.pdf
- Sánchez-Blake, E. (2000). *Patria se escribe con sangre*. Barcelona: Anthropos.
- Sánchez-Blake, E. (2009). *Espiral de silencios*. Bogotá: Beaumont.
- Sánchez-Blake, E. (2012). Memoria de mujeres en el conflicto colombiano: Reportajes, testimonio y nuevas semantizaciones. *Tercer Milenio. Revista de Comunicaciones, Periodismo y Ciencias Sociales*, 23. Recuperado de <http://www.periodismoucnc.cl/tercermilenio/memoria-de-mujeres-en-el-conflicto-colombiano-reportajes-testimonio-y-nuevas-semantizaciones/>
- Sandoval, M. (2006). *En el brazo del río*. Medellín: Hombre Nuevo.
- Schmucler, S. (2000). *Detrás del vidrio*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Soriano, O. (1982). *Cuarteles en invierno*. Buenos Aires: Bruguera.
- Strejilevich, N. (1997). *Una sola muerte numerosa*. Miami: Letras de Oro. Recuperado de <http://norastrejilevich.com/images/USMNTercera.pdf>
- Trabucco, A. [1983] 2015. *La Resta*. Santiago de Chile: Demipage.
- Valenzuela, L. (1977). *Como en la guerra*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Valenzuela, L. (1983). *Cola de lagartija*. Buenos Aires: Bruguera.
- Valenzuela, L. (1999). *Cuentos completos y uno más*. México D. F.: Alfaguara.
- Zamorano Silva, O. (2012). Chacabuco, la prisión que floreció en el desierto. *Punto final*. Recuperado de <http://www.puntofinal.cl/754/chacabuco754.php>

Crítica y análisis literario y cultural

- Antequera, J. (2011). *La memoria histórica como relato emblemático*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Barraza, V. (2010). Reseña *Espiral de silencios*. Recuperado de http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22012010000100022&lng=es&tlng=es. 10.4067/S0718-22012010000100022
- Beverley, J. y Achugar, H. (eds.). (2002). *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Guatemala: Universidad Rafael Landívar.
- Bonasso, M. (14 de julio del 2002). Causa con Galtieri y los misterios. *Página 12*. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-7652-2002-07-14.html>
- Cuadros, A. (1 de julio del 2010). Expedientes narrados. *Revista Arcadia*. Recuperado de <http://www.revistaarcadia.com/opinion/critica/articulo/expedientes-narrados/22693>
- Davidovich, K. (2014). Hablar desde el silencio: el silencio como verdad en las narrativas de mujeres sobrevivientes. *Catedral Tomada. Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 2(3), 18-50.
- De Querol, R. (13 de julio del 2015). Los niños de la represión chilena llenan los silencios. *El País. Babelia*. Recuperado de http://cultura.elpais.com/cultura/2015/06/09/babelia/1433843677_532023.html#sumario_7
- Espinosa, P. (2014). Reseña. La bicicleta mágica de Sergio Krumm. *Fundación La Fuente*. Recuperado de <http://>

- www.fundacionlafuente.cl/recomendados/recomendado/la-bicicleta-magica-de-sergio-krumm/
- Ferreira, L. (21 de marzo de 1999). Esa carta. *Página 12*. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/1999/suple/radar/99-03/99-03-21/nota1.htm>
- Fundación Cuatro Gatos. (6 de abril del 2015). María Fernanda Maquieira y su "Rompecabezas": un excelente debut como escritora. *Miau Blog*. Recuperado de <https://cuatrogatos.org/blog/?p=2881>
- Giordano, M. G. (2005). *Más allá del trauma colectivo: represión y exilio en la narrativa de mujeres y el cine argentino* (tesis inédita de doctorado). McGill University, Montreal, Canadá.
- González, M. J. (2013). Literatura infantil chilena y dictadura: ¿un silencio elocuente? En *Jornadas de Estética. En el País del nunca jamás: narrativas de infancia en el Cono Sur*. Pontificia Universidad Católica de Chile, 2 y 3 de octubre de 2013.
- Herrera, M. C. y Pertuz, C. (2015a). Testimonio, subjetividad y lenguajes femeninos en contextos de violencia política en América Latina. *Kamchatka. Revista de Análisis Cultural*, 5, 385-410.
- Herrera, M. C. y Pertuz, C. (2015b). Narrativa testimonial y memoria pública en el contexto de la violencia política en Colombia. *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, 6, 913-940.
- Impunidad y olvido en el conflicto armado colombiano (2011). *Taringa*. Recuperado de <http://www.taringa.net/posts/info/10703098/Impunidad-y-olvido-en-el-conflicto-armado-Colombiano.html>
- Instituto de Estética (23 de septiembre del 2013). Presentación. *Jornadas: En el país del nunca jamás. Narrativas de infancia en el Cono Sur*. Universidad Católica de Chile. Recuperado de <http://estetica.uc.cl/noticias/186-jornadas-en-el-pais-de-nunca-jamas-narrativas-de-infancia-en-el-cono-sur>
- Kapkin, S. (2 de septiembre del 2016). El video juego que te convierte en víctima del conflicto armado. *iPacifista!* Recuperado de

- <http://pacifista.co/el-videojuego-que-te-convierte-en-victima-del-conflicto-armado/>
- La Siempreviva (s.f.). *Tragaluz Editorial*. Recuperado de <http://www.tragaluzeditores.com/libros/la-siempreviva/>
- Lavrin, A. (2003). La literatura testimonial en Latinoamérica como experiencia de mujeres. En J. Hidalgo (ed.), *Actas del 51° Congreso Internacional de Americanistas*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Lluch, G. (30 de enero del 2014). El mar y la serpiente, Paula Bombara. En *Blog Gemmalluch.com*. Recuperado de <http://www.gemmalluch.com/esp/el-mar-y-la-serpiente-paula-bombara/>
- Longoni, A. (2007). *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Los muertos de Mary Daza... no se cuentan así (s.f.). *Periodismo sin afán*. Recuperado de <http://www.periodismosinafan.com/site/noticias-de-libros/515-los-muertos-de-mary-dazano-se-cuentan-asi.html#.V7d6SZjhDIW>
- Maldonado, N. (2012). *Identidad, memoria, escritura: una sola muerte numerosa de Nora Strejilevich*. Recuperado de http://artsandscience.concordia.ca/cml/Dislocation_Maldonado.htm
- Merenson, S. (2014). *Y hasta el silencio en tus labios. Memorias de las ex presas políticas del Penal de Villa Devoto en el transcurso de la última dictadura militar en la Argentina*. La Plata: La otra ventana/Rosana Guber.
- Messina, L. (2012). Reflexiones en torno a la práctica testimonial sobre la experiencia concentracionaria en Argentina. *Sociedad y Economía*, 23, 37-58.
- Montealegre, J. (2013). *Memorias eclipsadas. Duelo y resiliencia comunitaria en la prisión política*. Santiago: Asterión.
- Montoya, M. C. (19 de febrero del 2015). La escritora chilena Alia Trabucco ofrece una mirada distinta de la dictadura. *Agencia EFE*. Recuperado de <http://www.efe.com/efe/america/entrevistas/>

- escritora-chilena-alia-trabucco-ofrece-una-mirada-distinta-dictadura/50000489-2541029
- Mundo, D. (4 de abril del 2004). El Museo del Horror. Debate sobre la memoria. *Página|12*. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-1004-2004-04-06.html>
- Muñoz, D. (2016). Reseña. Un diamante en el fondo de la tierra. Fundación La Fuente. Recuperado de <http://www.fundacionlafuente.cl/recomendados/recomendado/un-diamante-en-el-fondo-de-la-tierra/>
- Ochando Aymerich, C. (1998). *La memoria en el espejo. Aproximaciones a la escritura testimonial*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Ortiz, I. D. (2006). *Narración breve para una experiencia larga – Sebastián González. Upeista sobreviviente–*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/National Graphics.
- Ortiz, L. (1997). *Voces de la violencia: narrativa testimonial en Colombia*. Latin America Studies Association. Recuperado de <http://lasa.international.pitt.edu/LASA97/ortiz.pdf>
- Perasso, V. (29 de febrero del 2016). "Historia de un oso", el corto animado que logró el primer Oscar de la historia para Chile. *BBC Mundo*. Recuperado de http://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/02/160226_oscar_2016_nominados_chile_historia_de_oso_gabriel_osorio_gch_vp
- Peris Blanes, J. (2009a). Trauma y denuncia en los testimonios del exilio chileno. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 37, 261-278.
- Peris Blanes, J. (2009b). Combatientes de un nuevo cuño: supervivencia y comunidad en los primeros testimonios del exilio. *Universum*, 1 (24), 144-161.
- Peris Blanes, J. (2010). Usos del testimonio y políticas de la memoria. El caso chileno. En J. Babiano (coord.), *Represión, derechos humanos, memoria y archivos: una perspectiva*

- latinoamericana* (pp. 141-172). Madrid: Fundación 1° de Mayo/Ediciones GPS.
- Peris Blanes, J. (2014). Literatura y testimonio. Un debate. *Puentes*, 1, 10-17.
- Pertuz, C. (2014). *Vivir sin los otros. Literatura testimonial en la configuración de subjetividades y la constitución de memorias colectivas: aperturas pedagógicas* (tesis inédita de pregrado). Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, Colombia.
- Reati, F. (1992). *Nombrar lo innombrable: violencia política y novela argentina (1975-1985)*. Buenos Aires: Legasa.
- Reati, F. (2004). Trauma, duelo y derrota en las novelas de ex presos de la guerra sucia argentina. *Chasqui, Revista de Literatura Latinoamericana*, 33(1), 106-127.
- Reati, F. (2006). Historias de amores prohibidos: prisioneras y torturadores en el imaginario argentino de la posdictadura. *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 61(711), 27-32.
- Sklodowska, E. (1992). *Testimonio hispano-americano*. Nueva York: Peter Lang Publishing.
- Strejilevich, N. (1991). *Literatura testimonial en Chile, Uruguay y Argentina* (tesis inédita de doctorado). University of British Columbia, Vancouver, Canadá.
- Strejilevich, N. (2006). *El arte de no olvidar. Literatura testimonial en Chile, Uruguay y Argentina entre los 80 y los 90*. Buenos Aires: Catálogos.
- Tobón, N. (2008). *Una reflexión sobre la narrativa testimonial: Alfredo Molano y el narcotráfico*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Verón, A. (2011). *Víctimas y memorias. Relato testimonial en Colombia*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira.

Historia y documentos

- Berger, V. (2008). La búsqueda del pasado desde la ausencia: Argentina y la reconstrucción de la memoria de los desaparecidos en el cine de los hijos. *Quaderns de Cine*, (3), 23-36.
- Bolívar, I. y Flórez, A. (2004). La investigación sobre la violencia: categorías, preguntas y tipo de conocimiento. *Revista de Estudios Sociales*, 17, 32-41.
- Cabruja, T., Íñiguez, L. y Vásquez, F. (2000). Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad. *Análisis*, 25, 61-94.
- Calveiro, P. (1998). *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Calveiro, P. (2005a). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Calveiro, P. (2005b). Memorias virósicas. En Alicia Lo Gudice (comp.), *Psicoanálisis. Restitución, apropiación, filiación* (pp. 139-160). Buenos Aires: Abuelas de Plaza de Mayo.
- Carnovale, V. (2006). Memorias, espacio público y Estado: la construcción del Museo de la Memoria. *Estudios AHILA de Historia Latinoamericana*, 2. Recuperado de <http://www.riehr.com.ar/archivos/Investigacion/Carnovale%20-%20Museo%20de%20la%20ESMA.pdf>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2013). Estadísticas. En *¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional. Recuperado de <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/informeGeneral/estadisticas.html>
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos (1997). Informe n.º 5/97 - Caso 11.227. *Reiniciar*. Recuperado de <http://www.reiniciar.org/drupal/?q=node/98>
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep) (1984). *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: Eudeba.

- Crenzel, E. (2009). Los derechos humanos y las políticas de la memoria. Reflexiones a partir de las experiencias de las comisiones de la verdad de Argentina y Chile. En R. Vinyes (ed.), *El Estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia* (pp. 357-367). Buenos Aires: Del Nuevo Extremo.
- Crenzel, E. (2010). Políticas de la memoria en Argentina. La historia del informe nunca más. *Papeles*, 61. Recuperado de <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/61.pdf>
- Editorial: Renace la Unión Patriótica (11 de julio del 2013). *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12924130>
- El saldo rojo de la Unión Patriótica (2013). *Verdad Abierta*. Recuperado de <http://www.verdadabierta.com/justicia-y-paz/157-captura-de-rentas-publicas>
- Elias, N. (1997). *El proceso de la civilización*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Franco, N., Nieto, P y Rincón, O. (eds.). (2010). *Tácticas y estrategias para contar. Historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.
- Frete, A. (2000). Entre el documento, la literatura y la política. En E. Naranjo e I. Enkvist (Eds.), *Pensadores y escritores prehispánicos* (pp. 75-101). Recuperado de <http://folk.uio.no/jmaria/lund/2000/textos/4.pdf>
- Garaño, S. (2010). Romper la vidriera, para que se vea la trastienda. Sentidos, valores morales y prácticas de "resistencia" entre las presas políticas de la cárcel de Villa Devoto durante la última dictadura militar argentina (1976-1983). *Historia Crítica*, 40, 98-120.
- Herrera, M. C. (2013a). Entre Mnemosine y Clío: las pulsaciones de la experiencia humana. En G. Vargas y A. Ruíz (comps.), *Cátedra Doctoral. Campo intelectual de la educación y la*

- pedagogía* (pp. 147-170). Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Herrera, M. C. (2013b). Narrativa testimonial, políticas de la memoria y subjetividad en América Latina. Perspectivas teórico-metodológicas. En C. L. Piedrahita, A. Díaz y P. Vommaro (comp.), *Acercamientos metodológicos a la subjetividad política. Debates latinoamericanos* (pp. 189-202). Bogotá: Universidad Distrital/Clacso/Biblioteca Latinoamericana de Subjetividades Políticas.
- Lorenz, F. y Winn, P. (2014). Las memorias de la violencia política y la dictadura militar en la Argentina: un recorrido en el año del Bicentenario. En S. J. Stern, P. Winn, F. Lorenz y A. Marchesi (comps.), *No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria histórica en el Cono Sur*. Santiago de Chile: LOM.
- Luisa Valenzuela. Escritora (s.f.). *LuisaValenzuela.com*. Recuperado de http://www.luisavalenzuela.com/luisa_valenzuela.html
- Luto en el infierno. Murió Saint Jean, el que quería matar a todos (6 de octubre del 2012). *Página | 12*. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-205033-2012-10-06.html>
- Maestre Alfonso, J. (1989). *Constituciones y leyes políticas de América Latina, Filipinas y Guinea Ecuatorial*. Tomo II. Los regímenes de seguridad nacional. Vol. 1, Chile y Uruguay. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- Marchesi, A. (2008). Geografías de la protesta armada, guerra fría, nueva izquierda y activismo transnacional en el cono sur (1972-1977). En *II Jornadas Académicas: Partidos Armados en la Argentina de los Setenta. Revisiones, interrogantes y problemas*. Buenos Aires: CEHP/Unsam. Recuperado de http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/2j_marchesi.pdf
- Marshall, T. (1992). Ciudadanía y clase social. En T. Marshall y T. Bottomore, *Ciudadanía y clase social* (pp. 15-82). Madrid: Alianza.

- Moulian, T. (1991). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM.
- Peris Blanes, J. (2008). *Historia del testimonio chileno. De las estrategias de denuncia a las políticas de la memoria*. Valencia: Universitat de València.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límites*. La Plata: Ediciones al Margen.
- Richard, N. (1998). *Residuos y metáforas; ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Richard, N. (2010). *Crítica de la memoria (1990-2010)*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Romero Ospina, R. (2011). *Unión Patriótica. Expedientes contra el olvido*. Bogotá: Centro de Memoria, Paz y Reconciliación.
- Silberstein, S. (2002). *Bajo el mismo cielo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Vega, R. (2015). La dimensión internacional del conflicto social y armado en Colombia. Injerencia de los Estados Unidos, contrainsurgencia y terrorismo de estado. En *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Bogotá: Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. Recuperado de http://static.iris.net.co/semana/upload/documents/Documento_417635_20150211.pdf

Teoría y filosofía

- Arendt, H. (2005). *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza.
- Castoriadis, C. (1999). *La institución imaginaria de la sociedad*. Vol. 2. El imaginario social y la institución. Buenos Aires: Tusquets.
- Cefaï, D. (2001). Expérience, culture et politique. En D. Cefaï (dir.), *Cultures politiques* (pp. 93-117). París: Presses Universitaires de France.
- Chartier, R. (2005). *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.

- Espósito, R. (2010). *El dispositivo de la persona*. Madrid: Amorrortu.
- Ferrer, E. (2000). Teoría y enseñanza de la literatura. *Papeles*, 5, 1-11.
- Halbwachs, M. (1968). *La mémoire collective*. París: Presses Universitaires de France.
- Halbwachs, M. (1994). *Les cadres sociaux de la mémoire*. París: Albin Michel.
- Hartog, F. (2012). El tiempo de las víctimas. *Revista de Estudios Sociales*, 44, 12-19.
- Larrosa, J. (1995). *Escuela, poder y subjetivación*. Madrid: Ediciones de La Piqueta.
- Martyniuk, C. (2016). *ESMA. Fenomenología de la desaparición*. Buenos Aires: Prometeo Libros. Recuperado de http://catedras.fsoc.uba.ar/mari/Archivos/HTML/Martyniuk_ESMA.htm
- Ricœur, P. (1991). Pouvoir et violence. En *Lectures 1. Autour du Politique* (pp. 20-42). París: Éditions du Seuil.
- Ricœur, P. (1998). *Poder y violencia*. Recuperado de <http://catedranaishtat.blogspot.com/2006/07/textos-obligatorios-paul-ricœur.html>
- Ricœur, P. (1999). *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós.
- Ricœur, P. (2002). Ética y moral. En C. Gómez (ed.), *Doce textos fundamentales de la ética del siglo xx* (pp. 241-255). Madrid: Alianza Editorial.
- Ricœur, P. (2008). *La historia, la memoria, el olvido*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Ricœur, P. (2009). *Educación y política. De la historia personal a la comunión de libertades*. Buenos Aires: Prometeo.
- Rose, N. (2001). *Inventing our selves*. Cambridge: Cambridge University Press.
- San Agustín. (1951). *Confesiones*. Libro XI. Edición de Ángel Custodio Vega. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Weber, M. (1967). La política como vocación. En *El político y el científico* (pp. 81-179). Madrid: Alianza.
- Wieviorka, A. (1998). *L'ère du témoin*. París: Plon.

Filmografía

- Abad, D. y Salazar, M. (Dirección). (2015). *Carta a una sombra* [Documental]. Colombia: Producciones La Esperanza/Caracol tv.
- Anguita, E. (Conducción). (2013). *Munú Actis en "La historia en debate", el programa de Eduardo Anguita* [Serie televisiva]. Argentina: Canal 23.
- Antequera, E. y O'Shanahan Correas, A. (Dirección, Guion). (2012). *Hagamos memoria: la historia de Antequera* [Documental]. Colombia: Siroco Factory/Canal Capital.
- Archivo Nacional de la Memoria (Producción) (2007-2009). *ESMA. Testimonio del Terrorismo de Estado*. Argentina: Archivo Nacional de la Memoria.
- Ávila, B. (Dirección). (2004). *Nietos: identidad y memoria* [Documental]. Argentina: Sudamérica Cine/INCCA/Asociación Abuelas de Plaza de Mayo.
- Ávila, B. (Dirección). (2012). *Infancia clandestina* [Película]. España, Brasil y Argentina: Historias Cinematográficas Cinemania/Habitación 1520 Producciones/Antartida Producciones/Academia de Filmes/RTA Radio y Televisión Argentina.
- Briceño, L. (Dirección). (2014). *Adiós General* [Cortometraje]. Francia: ARTE France, Forum des Images, Trois Fois Plus.
- Caetano, A. (Dirección). (2006). *Crónica de una fuga* [Cinta cinematográfica]. Argentina: K & S Films S.A.
- Campos, Y. (Dirección). (2003). *Memoria de los silenciados: El baile rojo* [Documental]. Colombia: Ceicos.
- Carri, A. (2007). *Los Rubios. Cartografía de una película*. Buenos Aires: Ediciones del Bafici.
- Carri, A. (Dirección). (2003). *Los Rubios* [Documental]. Argentina: Coproducción Argentina-USA.
- Castillo, C. (Dirección, Guion). (2007). *Calle Santa Fe* [Cinta cinematográfica]. Francia/Chile: Parox Producciones, S.A./Les Films d'Ici/Les Films de la Pässerelle/Institut National de l'Audiovisuel (INA)/Love Streams Agnès b Productions.

- Cedrón, L. (Dirección, Guión). (2008). *Cordero de Dios (Agnus Dei)* [Documental]. Argentina: Les Films d'Ici/Goa Films/Lita Stantic Producciones.
- Guzmán, P. (Dirección). (1972-1979). *La batalla de Chile: la lucha de un pueblo sin armas* [Documental]. Venezuela/Francia/Cuba: Equipo Tercer Año.
- Guzmán, P. (Dirección). (1997). *Chile: la memoria obstinada* [Documental]. Chile/Francia: Les Films d'Ici/ONF para Arte.
- Habegger, A. (Dirección, Guión) y Puenzo, L. (Guión). (2001). *(H) Historias cotidianas* [Documental]. Argentina: La Mano Producciones Audiovisuales/Zafra Difusión S.A./Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA)/Fondo Nacional de las Artes/Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires.
- López, K. (Dirección). (2015). *Siempre viva* [Cinta cinematográfica]. Colombia: CMO Producciones.
- Miranda Hardy, D. (Dirección). (2011). *Topo Gigio is dead* [Cortometraje]. Chile: Tadpole Productions.
- Mora, L. (Dirección). (2015). *Antes del fuego* [Cinta cinematográfica]. Colombia: Laberinto Cine y Televisión.
- Morris, H. (Dirección). (2012). *Hagamos memoria: las mujeres de la Unión Patriótica*. [Documental]. Colombia: Hollman Morris Producciones y Comunicaciones/Canal Capital.
- Osorio, G. (Dirección) y Escala, P. (Producción) (2014). *Historia de un oso*. [Cortometraje animado]. Chile: Punkrobot Animation Studio.
- Otero, C. (Dirección). (2012). *Partir* [Cortometraje]. Chile: Universidad de Chile.
- Pizarro, M. J. (Guión). (2010). *Carlos Pizarro: un guerrero de paz* [Documental]. Colombia: Idea Productora.
- Pizarro, M. J. (Guión) y Hernández, S. (Dirección). (2015). *Pizarro: la película* [Cinta cinematográfica]. Colombia: La Popular.
- Prividera, N. (Dirección). (2007). *M*. [Documental]. Argentina: Trivial.

- Rodríguez, A. (Dirección). (2012). *Detrás del humo* [Cortometraje]. Chile: El Espino Films.
- Roqué, M. I. (Dirección, Guión). (2000). *Papá Iván* [Cinta cinematográfica]. Argentina/México: Centro de Capacitación Cinematográfica (ccc)/Fondo Nacional para la Cultura y las Artes México/Zafra Difusión S.A.
- Simón, P. y Bernàcer, Ó. (Dirección). (2008). *Volver a nacer: memoria desde el exilio del genocidio de la Unión Patriótica en Colombia* [Documental]. España: Fundación CEPS/Produccions Terratrèmol con la colaboración de Produccions Conta Conta.
- Soler, C. (Dirección, Guión) (s.f.). *Esperanza es lo que hay por ahí* [Documental]. Colombia: Carmen Rodríguez y Edgar Murcia.

Poesía

- Borges, J. L. (1969). Cambridge. En *Elogio de la sombra*. Buenos Aires: Emecé.
- Montes, J. (1978b). La venda. *Araucaria de Chile*, 2, 189.
- Strejilevich, N. (2008). Anamnesis. En M. C. Sillato, *Huellas. Memorias de resistencia. Argentina 1974-1983* (pp. 113-126). San Luis: Universidad Nacional de San Luis.

Literatura infantil y juvenil

- Arciniegas, T. y Álvarez, D. (2005). *El árbol triste*. Bogotá: SM Editores.
- Arciniegas, T. y González, H. (2011a). *El último viaje de Lupita López*. Bogotá: SM Editores.
- Arciniegas, T. y Soacha, Ó. (2011b). *El rabo de Paco*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bialet, G. (1997). *Los sapos de la memoria*. México: Conaculta.
- Bombara, P. (2005). *El mar y la serpiente*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

- Buitrago, J. y Blanco, D. (2015). *Un diamante en el fondo de la tierra*. Santiago de Chile: Amanauta.
- Buitrago, J. y Yonckten, R. (2008). *Camino a casa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Buitrago, J. y Yonckten, R. (2009). *Eloísa y los bichos*. Bogotá: Babel.
- Da Coll, I. (2012). *Tengo miedo*. Bogotá: Babel.
- Guajardo, M. (2013). *La bicicleta mágica de Sergio Krumm*. Santiago de Chile: Ediciones SM.
- Jiménez, J., Jiménez, M. y Cruz, A. (2013). *Los Once. Como un cuento sin hadas*. Bogotá: AppSolution.
- Leal Quevedo, F. (2010). *El mordisco de la medianoche*. Bogotá: SM Editores.
- Maquieira, M. F. (2015). *Rompecabezas*. Buenos Aires: Alfaguara Infantil y Juvenil.
- Meneses, G. (2012). *La luna en los almendros*. Bogotá: SM Editores.
- Ministerio de Educación, Presidencia de la Nación, República de Argentina (2003). *Memoria en Palabras. Graciela Bialet. No hay tumbas para la verdad. De los sapos de la memoria*. Córdoba: CB Ediciones.
- Montaña, F. (2013). *El gato y la madeja perdida*. Bogotá: Alfaguara Juvenil/Universidad Nacional de Colombia.
- Reyes, Y. (2000). *Los agujeros negros*. Madrid: Unicef/Alfaguara.
- Skármeta, A. y Ruano, A. (2000). *La composición*. Caracas: Ekaré.

Las autoras

Martha Cecilia Herrera

Profesora emérita y catedrática titular de la Universidad Pedagógica Nacional (Colombia). Investigadora Senior Colciencias. Socióloga, magíster en Historia, doctora en Filosofía e Historia de la Educación. Fundadora del grupo de investigación Educación y Cultura Política, categorizado en A1 por Colciencias. Coordinadora del proyecto "Narrativa testimonial, políticas de la memoria y subjetividad en América Latina" del Centro de Investigaciones de la Universidad Pedagógica (CIUP).

Carol Pertuz Bedoya

Profesora investigadora de la Universidad Pedagógica Nacional (Colombia). Joven investigadora de Colciencias 2017-2018. Licenciada en Psicología y Pedagogía y magíster en Estudios en Infancias de la Universidad Pedagógica Nacional. Integrante del grupo de investigación Educación y Cultura Política (categorizado en A1 por Colciencias).

RESCATES

Como quien rescata un tesoro sumergido en aguas o quien rastrea arqueológicamente antiguos códices, ofrendas, pinturas rupestres o sonidos del pasado, esta colección de libros pretende recuperar diversos textos que desde hace años seducen a lectores y renuevan perspectivas de estudio y conocimiento. Retomar autores y sus discursos, algunos de ellos convertidos en tradiciones del saber u otros inusitados, pero todos valiosos de fondos editoriales como el de la Universidad Pedagógica Nacional, que se ha mantenido activo desde 1985. Esta es la apuesta de relectura que se ofrece a quien contempla esta serie de obras en sus anaqueles o en pantallas como una segunda oportunidad. Como educadora de educadores y productora de conocimiento pedagógico, didáctico y disciplinar, la UPN presenta estas novedades del ayer para favorecer la apropiación social del conocimiento y la divulgación de la ciencia y la cultura del porvenir.

“¿Cómo dar cuenta visualmente de la anulación de los sentidos durante el encierro?, ¿cómo reconstruir la experiencia del sonido amplificado en los campos de concentración?, ¿con qué palabras nombrar el dolor extremo en el cuerpo que acaba por quebrar la propia subjetividad? El libro de Martha Cecilia Herrera y Carol Pertuz tiene el valor de abordar estas preguntas desde el rigor teórico, pero, al mismo tiempo, desde la ternura de la escucha activa. (...) Todas esas preguntas apuntan en un sentido determinado, en el que las autoras inscriben implícitamente su trabajo: las diferentes prácticas testimoniales pueden ser elementos claves de nuevas formas de aprendizaje. Efectivamente, la lectura, el análisis y la discusión de estas narrativas e intervenciones culturales pueden constituir un elemento central en nuevos modos de formación política basados en la escucha y puesta en valor de los saberes precarios, siempre incompletos y fragmentarios, pero por ello mismo preciosos e insustituibles, que ofrece el testimonio”.

Rescatado del prólogo de la primera edición

ISBN: 978-958-5503-86-1



9 789585 503861